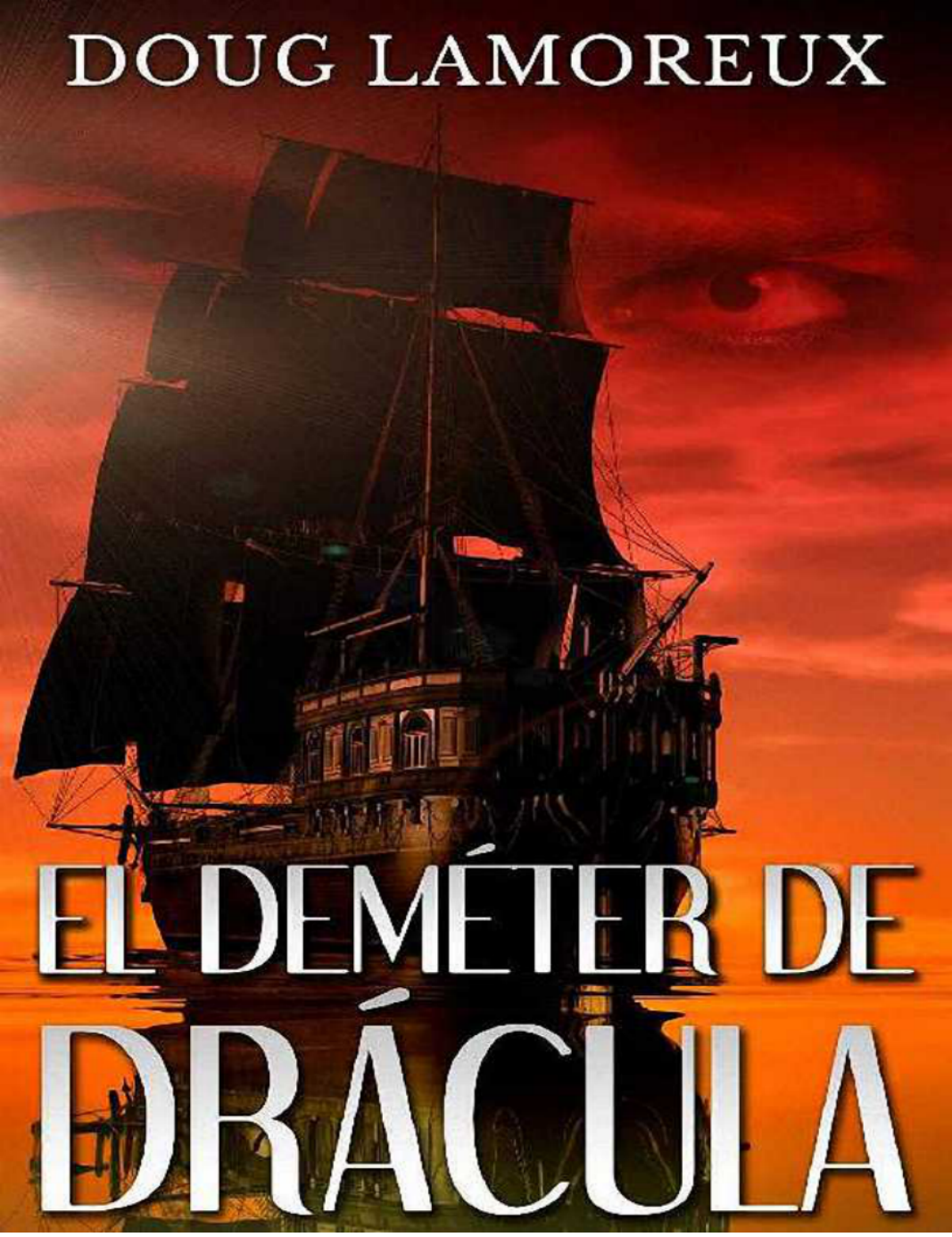
DOUG LAMOREUX



EL DEMÉTER DE DRÁCULA

El Deméter de Drácula

Doug Lamoreux

Traducido por Andrea Lorca

“El Deméter de Drácula”
Escrito por Doug Lamoreux
Copyright © 2017 Doug Lamoreux
Todos los derechos reservados
Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com
Traducido por Andrea Lorca
Diseño de portada © 2017 The Cover Collection
“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

Página de Titulo
Página de Copyright
El Deméter de Drácula
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho

Un penúltimo momento a modo de prólogo

El anciano sollozaba. El viento desordenaba su escaso cabello y soplaba las lágrimas que caían por su rostro torturado. Retorció su sombrero con dedos temblorosos y artríticos y suplicó a la joven mujer que lo perdonara.

El *dónde* era la aldea de Whitby, en la costa de Yorkshire del Mar del Norte. Era como cualquier otra aldea inglesa. Calles para carros de un solo caballo separaban las casas de techo rojo, apiñadas una junto a otra como cajas apiladas rápidamente y protegida por acantilados tan abruptos al este y al oeste que uno podía pararse sobre cualquiera de ellos y mirar a su alrededor sin ver la aldea. El río Esk hacía una S abrupta al acercarse al viaducto sur, se enderezaba hacia el norte al pasar por la aldea y terminaba por ensancharse al llegar al puerto y al mar. Curiosamente, debido a la ubicación de Whitby en este valle, aunque el mar se encontraba al este, los aldeanos solo podían verlo mirando al norte. En la orilla este del río, sobre los grandes escalones que se elevaban en una curva lenta desde el puente levadizo del muelle, mirando al puerto y al mar, se alzaban las ruinas de la antigua Abadía de Whitby. En el mismo prado, más cerca del puerto, estaba la iglesia parroquial. En torno a la iglesia, y extendiéndose sobre el mismo prado hasta el borde del acantilado sobre el puerto, se encontraba el enorme cementerio de la aldea. De todos los lugares visitados para contar esta historia, lo más apropiado es que la historia empiece allí, en compañía de los antiguos muertos.

El *cuándo* era más simple: la tarde gris del viernes 6 de agosto de 1897.

El *quién* era el anciano (los habitantes estaban de acuerdo en que tenía casi cien años) que defendía sus argumentos con lágrimas. Era escocés de nacimiento, ballenero de profesión pero estaba jubilado de la mar. Con él estaba la joven a la que confesaba su historia mientras su corazón latía rápidamente, la encantadora Mina Murrey.

Mina se encontraba en su lugar habitual, el cementerio de la iglesia, cuando el anciano se acercó a ella. No había nada extraño en ello, ya que el cementerio en lo alto de la colina era en la práctica el parque de la aldea. Senderos de caminata tranquilos pasaban entre las filas de tumbas con bancos de piedra intercalados. Todos en Whitby, residentes y turistas, eventualmente

vagabundeaban entre las tumbas, revigorizados por la brisa, para investigar las historias de los muertos, para echar un vistazo a la deteriorada Abadía (se decía que estaba encantada, como deben estarlo las iglesias en ruinas, por una misteriosa *mujer de blanco*), o para dejar transcurrir el día desde un bello punto de observación, con una vista a la aldea, el puerto y pasado el promontorio Kettleness hasta el mar.

Desde su llegada a Whitby dos semanas antes, era una rutina que Mina y Lucy Westenra, la amiga con la que se alojaba, se escaparan de sus habitaciones en el Crescent y recorrieran esos tranquilos senderos. Y cuando Mina iba a caminar sola, le gustaba descansar en un banco que había elegido como su favorito cerca del borden del acantilado. Ahí, pensar tranquilamente en sus problemas.

Desde la llegada de Mina, Lucy, siempre de temperamento excitable, había vuelto a su atemorizante antigua costumbre de caminar dormida, pero con una determinación que Mina no había visto nunca antes. En los últimos días de *caminata nocturna,* Lucy había llegado casi a un brote de fiebre. Mina estaba terriblemente preocupada. A eso se añadían los temores abrumadores por su prometido... Jonathan Harker estaba lejos en Transilvania completando una importante transacción comercial. Su trabajo solo le dejaba escribir cartas de forma irregular y la última, hacía dos semanas, había sido tan decepcionante, solo una línea desde el Castillo Drácula diciendo que empezaba el viaje a casa. Nada más, y no había tenido noticias suyas desde entonces. Era poco habitual en Jonathan. Mina lo extrañaba terriblemente y anhelaba su regreso. De ahí, las caminatas y la contemplación.

Pero no todo era soledad.

Era en su banco donde los visitantes hacían una pausa, a veces para pasar un momento agradable, para pasar el día, el guardia costero y sus técnicos instalando una nueva luz de búsqueda, los locales, los turistas y, por supuesto, los marineros.

De hecho había tres marineros; el anciano ballenero mencionado y sus malhumorados compañeros de mar (estos dos estaban ausentes justo en ese momento, mientras el escocés lloraba, pero normalmente estaban cerca). El asiento que ella había elegido como su favorito era, como descubrió Mina, el *banco de los mentirosos*. En vez de espantarla, los ancianos la acogieron, encantados de tener un par de oídos frescos a los que contar sus historias como si fueran nuevas, y desde entonces le habían obsequiado todos los días con historias de la mar. Mina llamaba al Viejo ballenero «Sr. Oráculo»

porque los otros dos lo adulaban, se reían de sus bromas, se mostraban de acuerdo con sus evidentes mentiras y alentaban sus historias interminables. A menudo no hacían otra cosa que sentarse en el cementerio todo el día y charlar. Muchos días ella no hacía nada más que sentarse y escuchar.

Pese a lo mucho que parloteaba el anciano rara vez hablaba de asuntos personales; hasta ese día. Ausentes sus compatriotas, y quizá debido a eso mismo, el Sr. Oráculo contaba su desgarradora historia como el agua que se desborda de un dique roto.

En sus cien años de vida, había acompañado a una esposa y tres hijos a su tumba. Le quedaba un hijo, también marinero, cerca de cumplir los setenta y todavía en la mar. El Sr. Oráculo no sabía ni el puerto ni en qué parte del mundo trabajaba actualmente su «bebé», pero claramente deseaba que volviera a casa. Mientras tanto, había hecho su hogar en Whitby con su nieta viuda (hija del hijo en la mar). Ella era hija única, su madre había muerto de parto, y él y su hijo se habían turnado en el papel de «padre» cuando uno de ellos iba a la mar. Ambos volvieron a navegar cuando ella se casó. Y ambos reanudaron el papel de «padre» cuando su marido falleció. Se habían cuidado el uno al otro durante toda la vida. Su historia, una de amor profundo, se veía tristemente marcada por grandes pérdidas y los estragos de la muerte.

Ahora el anciano lloraba y se arrepentía de los comentarios cínicos que había hecho en los últimos días. Había despotricado acerca de las lápidas, un discurso impresionante según recordaba Mina. Decía que eran «mentiras grabadas en piedra» y había llamado «mentirosas» a las familias. Había dado ejemplos de tumbas marcadas «Aquí yace este blablablá…muerto en la mar blablablá». Entonces había lanzado su acusación, «si se perdieron en la mar, ¿cómo es que yacen aquí?» Su diatriba se convirtió en un soliloquio melancólico sobre la tristeza de la vida y la muerte.

El pobre se disculpaba con todo su corazón. Pero cuanto más imploraba su perdón, innecesario en primer lugar, más desesperado se volvía su lamento sobre la eternidad acechante. Se interrumpía, intentando explicar estos portentos de la destrucción, hasta que las lágrimas empezaron a caer por sus pálidas mejillas. Mina estaba tan terriblemente triste por el confundido anciano que también sentía que iba a llorar.

Después él se quedo callado, respiró profundamente mirando a los dedos de sus viejas botas de cuero, y se recompuso. Sonrió, con ojos nublados y dijo «Pero estoy satisfecho». Se limpió las lágrimas con su sombrero. —Mi vida está aquí. Tierra sólida bajo mis pies

ancianos y cansados y un techo sobre mi cabeza. Tengo a mi nieta para que me cuide a mí y yo a ella. Y su padre ya viene camino a casa. Querido Gog, espero que llegue a casa pronto. — Entonces el Sr. Oráculo mirando al mar susurró: —Me gustaría verlo otra vez, antes de morir.

—Estoy satisfecho — dijo. Pero había resignación en su voz. — Porque viene a mí, mi querido hijo, y viene rápido. Puede estar llegando mientras mirarnos y nos preguntamos. Quizá es en ese viento del mar que trae con la pérdida de un naufragio, de angustia y corazones tristes.

— ¡Mire! —gritó. — ¡Mire! —Hizo gestos al cielo amenazante. —Hay algo en ese viento y en la tos del más allá que suena, parece, sabe y huele a muerte. Está en el aire. ¡Siento que se acerca! Su cabello bailó en el viento. Levantó las manos. — ¡Señor, haz que conteste con alegría cuando llegue mi hora! —murmuró una oración y Mina no pudo evitar sentir pena por él. Le apretó suavemente las manos con sus garras torcidas, le dio su bendición y dijo «Adiós». Después se dio la vuelta y cuando empezaba a cruzar el cementerio hacia las escaleras largas, murmuró: tantos escalones...tantos escalones... hasta llegar a casa.

Mina lo observó alejarse mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Ella era la esencia de la juventud vibrante, con un asiento en primera fila a los efectos debilitantes del tiempo. Cuando el Sr. Oráculo llegó a las escaleras, ella no pudo evitar preguntarse cómo se sentiría ser tan viejo, o estar tan cerca de la muerte.

No lejos del banco de Mina, el acantilado del este hacía una curva. El viento, el clima y el tiempo habían erosionado una parte de esa elevación. El terreno de abajo había cedido y con él varias tumbas habían caído al puerto de abajo. Fuera del puerto, en este lado, un gran arrecife se extendía por media milla directamente desde detrás del faro. Una boya solitaria se mecía allí y, en mar gruesa, el sonido de su campana vagaba sin rumbo como el llanto de los dolientes en el viento. El anciano había hablado de una leyenda local de que cuando un barco se perdía en el mar se escuchaba la campana triste.

Un humor sombrío se apoderó de Mina, eran los efectos de los ruegos llorosos del Sr. Oráculo, la tristeza de la campana, y al sacudirse de la ensoñación, la apariencia de lo que parecía una terrible tormenta acercándose desde el mar. Las nubes, grises todo el día, se oscurecían sobre Kettleness y el mar se volvía negro.

Mina vio al lisiado y viejo ballenero, cojeando escaleras abajo (los había contado una vez, 199 escalones en total). Fue

sobrepasado por un joven guardia costero que subía rápidamente, en dirección opuesta, tres escalones a la vez desde el puerto de abajo. Ella se apresuró a secarse las mejillas (su pañuelo era un regalo de Jonathan) antes de que llegara el guardia. Normalmente él hacia una pausa para saludarla antes de seguir con sus asuntos. Era su deber evitar al caballero un momento incomodo.

El guardia costa llegó al fin de las escaleras y la saludó con la mano mientras recuperaba el aliento. Pero en lugar de acercarse, se dirigió al mar. Llevaba un catalejo que levantó para estudiar el horizonte.

—No puedo identificarla.

Se apresuró al lado de Mina, hizo un saludo con la cabeza y volvió al catalejo. Mina continuó mirando al mar, más allá del puerto. La tormenta que se acercaba y la rara llovizna que había surgido de improviso hacia muy difícil la visibilidad pero, con esfuerzo, ella la veía ahora también. Muy lejos, un barco de vela se mecía en el mar.

—No puedo identificarla— repitió el guardia. Giró el catalejo siguiendo la embarcación, explorando sus velas hinchadas, trazando sus mástiles, esperando pacientemente a que una de sus banderas se desplegara en las ráfagas de viento en el mar. — ¡Es rusa! – gritó por fin. —Por su aspecto parece rusa.

Ahora lo veía, el blanco solido, las barras azules y rojas de la bandera rusa azotando desde el mástil principal, y una estandarte amarillo, su bandera imperial, volando en el mástil de popa. Una bandera pequeña de casa, indicando a los propietarios, volaba debajo pero sus detalles estaban más allá del alcance del catalejo. Pero no había duda, el barco era ruso. Pero, ¿qué estaba haciendo en nombre de Dios?

—Pero si está golpeando de la forma más extraña — dijo el guardia. Nunca había visto algo así y reportó sus movimientos para calmar sus propios nervios. —No sabe lo que hace, parece que ve que se acerca la tormenta pero no puede decidir si continuar al norte a mar abierto, o si refugiarse aquí. ¡Mire otra vez! Navega de forma muy extraña. —Agitó la cabeza invitando a Mina a compartir su alarma.

—Parece que no le importa quién está al timón y cambia con cada ráfaga de viento. — Bajó su catalejo y declaró con solemnidad — Sabremos más de ella mañana antes de esta hora.

Capítulo uno

Treinta ocho noches antes, el martes 29 de junio de 1897, en Transilvania, al este de Austro-Hungría donde....una sombra voladora agitaba el aire con sus alas de cuero.

Abajo en el campo oscuro, los arboles, las franjas negras de río, los campos ondulados...se transformaron en laderas áridas y dispersas, después se elevaron a picos abruptos que miraban despectivamente el camino poco frecuentado en dirección al noreste desde Bistreta, en el imperio austrohúngaro hasta Bukovina, en Rumania. La sombra voladora revoloteaba, giraba, saltaba abajo y después arriba, acariciando el aire mientras se elevaba por el estrecho y rocoso Desfiladero del Borgo, el punto en este camino polvoriento que ofrece a los hombres la última oportunidad de escapar al temido desconocido y volver ileso y cuerdo a su mundo de luz diurna.

Sus alas batían sin cesar rítmicamente. La sombra voladora emitía un grito agudo y escalaba sobre las pendientes abruptas de los Cárpatos, aún más alto bajo la luna que desaparecía entre las almenas derruidas de un antiguo castillo. Su único acercamiento desde el suelo era una línea de tren en desuso, en el norte, que llevaba a un estrecho patio. El Castillo era inexpugnable desde todos los otros lados. Enormes ventanas en sus paredes, fuera del alcance de la honda, arco o cañón, miraban desde la roca en la fueron construidas, para descender abruptamente al este y caer a un precipicio al sur y al oeste. La sombra se zambullía, se elevaba bajo sobre el fuerte deteriorado y aparentemente deshabitado y desaparecía entre sus torres. Un instante después, un hombre alto emergió de la oscuridad – en su lugar – y caminó por el tejado del castillo.

Estaba ataviado de negro fluido de la cabeza a los pies. Su cabello abundante y tremendo bigote eran ambos de un tono hierro gris oscuro. Sus mejillas llenas, cuando la luz de la luna lo iluminaba, eran rojo rubí bajo la piel blanca pálida. Sus labios eran de un rojo intenso y estaban salpicados por manchas granate de sangre seca. Incluso sus ojos, como dos carbones ardientes, parecían

profundamente enterrados en la piel hinchada. El hombre alto, como una sanguijuela sucia, estaba atiborrada de sangre. Esa cosa era el Conde Drácula.

Caminó sin hacer ruido al borde del tejado y se inclinó sobre el parapeto. Cono ojos y oídos ansiosos, vio y escuchó una manada de lobos, monstruosos incluso desde esa altura, que caminaban lentamente y resollaban por el oscuro patio. Antes habría considerado innecesario llamarlos para poner en su lugar a un joven inglés y ayudar a ese *huésped* a entender quien mandaba aquí exactamente. Sonrió al recuerdo y sus dientes afilados y extrañamente salientes mordieron la superficie de su labio superior ensangrentado.

Los lobos, sus hijos, habían cumplido su cometido. Ahora, con un gesto elegante, Drácula los dejó libres. Cerró los ojos y se deleitó con sus aullidos melódicos, clamorosos al principio y después debilitados, mientras uno por uno abandonaban el patio y la cara de la montaña, para volver a las laderas de densos bosques. Un silencio impresionante sobrecogió el lugar.

Drácula contempló su Transilvania, su imperio, su sustento durante los últimos cuatrocientos cincuenta años. Hacia el este, donde el valle estaba protegido por picos de montañas escarpadas, las grietas en sus caras de roca salpicadas de ceniza y espino. Hacia el sur, donde la amplitud de las distantes colinas, bañadas por la luz de la luna, se fundía en la oscuridad aterciopelada de los prados de campesinos. De una belleza interminable pero sin vida. La tierra, a pesar de la sangre fresca en sus labios, se secaba.

Su decisión era la única posible. Abandonaría su hogar, viajaría a costas lejanas, se insertaría en un mundo moderno ignorante de la superstición y sus protecciones; un mundo que rogaba por servir de alimento. También sabía que había elegido su hogar sabiamente. El Imperio Británico controlaba una cuarta parte de la población mundial; una cuarta parte de su tierra. Si Transilvania ya no podía mantenerlo, ¿qué mejor lugar que Inglaterra para un conquistador?

Su viaje había sido planeado durante mucho tiempo. A través de las maquinaciones de los avariciosos y los estúpidos, un patrimonio le esperaba en Londres, un receptor esperaba en Whitby y el barco que lo llevaría en Varna. Los gitanos bien pagados, los Szgany, acampaban abajo. En la mañana vendrían los eslovacos a ayudarlos. En la oscuridad, en el viaje que tenía por delante, él dormiría....y haría florecer su gran experimento.

Entre sus crecientes poderes estaba la capacidad de comunicarse con seres inferiores; animales, sí, y aquellos humanos especialmente

dóciles. Durante siglos se había maravillado por su sensibilidad a sus pensamientos y había probado las distancias en que podía influir en esos sujetos. Era necesario, pues necesitaría ayuda en su nuevo hogar.

Con ese fin...

Había estado desmalezando entre las voces de humanidad que flotaban en el viento, descifrando, seleccionando a los oradores y sus pensamientos a distancias cada vez más lejanas. Una vez que *aprendió el truco*, los kilómetros se derritieron como la cera y las palabras sonaron como campanas. Entre ellos, encontró una voz en particular. Escuchó a su sujeto, leyó sus pensamientos y finalmente aprendió a experimentar de verdad el entorno de este. Cuando pudo escuchar y sentir en lugar del hombre, el Conde invirtió los papeles. Envió de vuelta su psique en el mismo flujo mental y le transmitió sus pensamientos, sus palabras. Este experimento tenía un solo objetivo: la obediencia absoluta. En cuerpo y alma, este hombre serviría a Drácula.

El elegido para la grandeza, un don nadie llamado Renfield, había estado hospitalizado por un colapso mental por algo más de un mes. Se mostraba excitable de forma morbosa, sufría periodos de melancolía y, por su gran fortaleza física, fue considerado un peligro para sí mismo y otros. Nada de eso le importaba a Drácula. Renfield tenía una conciencia maleable. No era coincidencia que el sanatorio estuviese en las cercanías de Londres.

Así empezó la instrucción. Destacó el secreto, la lealtad y la obediencia. Incluso había sugerido un pasatiempo. Con el rasgo natural de crueldad que encontró en el sujeto, la sugestión de Drácula fue aceptada con entusiasmo. Se convirtió en una necesidad, y poco después en una obsesión. ¿El pasatiempo? Simplemente que Renfield debía atrapar y coleccionar moscas.

Renfield fue catalogado inmediatamente como lunático. Su pasatiempo, en el espacio de solo dos semanas, llevó a que su psiquiatra tratante, un adulador sabelotodo llamado Seward, a exigirle que desistiera. Por orden de Drácula, Renfield suplicó que le diera tres días más para liberarse de su horrible colección. Y, por supuesto, el doctor de corazón bondadoso cedió.

Seward había caído en manos de Drácula. Las moscas eran solo un medio para un fin y para entonces habían servido su propósito. Para continuar el juego, el Conde solo tenía que transmitirle a Renfield otra sugerencia. En unos pocos días, las moscas habían disminuido enormemente. En su guarida, escondido en una caja de los ojos vigilantes de Seward, el lunático había coleccionado varias

arañas grandes y jugosas.

En lo alto de su castillo, Drácula estiraba sus manos blancas hacia las estrellas (un gesto que parecía fijarlo en piedra) y, cruzando la tierra y los mares lejanos, llamó a su sirviente. Desde lejos, escuchó la respuesta susurrada de Renfield, —Sí, amo. ¡Te espero!

La luna había desaparecido casi por completo y los primeros rayos del amanecer aparecieron sobre las montañas. Drácula se subió al parapeto sur y se deslizó de cabeza por un lateral. Sus afiladas uñas se agarraban a las piedras de corte rugoso, las puntas de sus botas se metían en los recovecos que el tiempo y los elementos habían producido en la argamasa o la habían erosionado. Contempló la embriagadora vista del campo en sombras y se arrastro hacia abajo como una lagartija por la parte exterior del castillo.

Hizo un pausa en su descenso en un ventana alta, profunda y desgastada por el tiempo, el dormitorio del huésped de Drácula, y observó al inglés que dormía de manera irregular, sobre la pesada cama, todavía en su ropa desarreglada. Los ojos del Conde brillaron y rió en silencio. Pensó en sus tres *esposas* vestidas de blanco, en algún lugar en el interior, ahora volviendo a su lugar de descanso. Sus mujeres y su huésped, solos y juntos. Se felicitó a sí mismo por el destino que tenía previsto para el Sr. Jonathan Harker. Reptó a otra ventana, un paso más abajo y a la izquierda, levantó la ventana de guillotina y desapareció en el interior.

La habitación llena de telarañas estaba amoblada escasamente, una cama ornamental, una silla con brazos de respaldo alto, todo cubierto de un polvo espeso. En una esquina una gran pila de oro ascendía desde el suelo como una montaña en una caja de arena para niños; cadenas y ornamentos (algunas joyas incrustadas, muchas empañadas) y formando montículos entre ellos, monedas de oro y plata de países de toda Europa y del Este; Grecia, Turquía, Hungría, Austria, Italia y Gran Bretaña, todo antiguo y cubierto de polvo: durante mucho tiempo había yacido allí sin ser molestado.

Abrió una pesada puerta en la esquina opuesta, caminó por un pasillo hasta una escalera circular y descendió. Las escaleras eran inclinadas y traicioneras pero él se deslizó hacia abajo sin emitir ningún sonido. Abajo había un túnel impregnado con el desagradable olor a tierra antigua recién removida. En su extremo, abrió una puerta pesada y entró a una capilla en ruinas. El techo estaba roto, las amplias paredes habían caído y su cementerio había sido abandonado y olvidado. Hasta ahora.

Este terreno había sido excavado recientemente; la tierra había sido colocada en grandes cajas apiladas en la capilla por los Szgany, a sus órdenes. Entre estas cajas, en dos lugares, los escalones llevaban a las criptas subterráneas. Pasó por delante de las escaleras hasta llegar a las dos primeras, que contenían fragmentos de antiguos ataúdes y montones de polvo, y descendió por la segunda escalera a otro conjunto de criptas. Al llegar abajo entró en la cripta a su izquierda. Examinó las cajas restantes, apiladas unas sobre otras, la última de un total de cincuenta estaba siendo preparada para que la retiraran los eslovacos cuando llegará el día.

El Conde Drácula suspiró satisfecho.

Su propia caja estaba donde la había dejado, junto al muro, sobre un terreno recién removido, abierta y parcialmente llena de tierra. Junto a la caja se inclinaba la tapa, con diminutos orificios repartidos irregularmente y clavos en las esquinas, lista para que la cerrarán hasta su destino.

Drácula subió a la caja. Hinchado, eructó y una erupción de sangre escapó de sus labios y corrió hacia abajo en un riachuelo carmesí por su barbilla. Se puso la capa encima como una mortaja y se recostó sobre la tierra fría. Acercó la tapa y la puso sobre la caja, exhausto por el esfuerzo, cerró el rayo de luz que se colaba en la cripta desde la puerta de la escalera.

Mañana, él y sus cajas serían llevados desde su hogar del castillo; desde el reino donde había vivido, gobernado y fallecido. Lo llevarían de sus montañas de Cárpatos encantadas donde, después de su muerte, había pasado de ser nonato para volver a nacer. Abandonaría la Transilvania que amaba pero que ya no podía alimentar a su clase. Mañana, empezaría la nueva vida del Conde Drácula.

Capítulo dos

¡El sabor era horrible!

No se le ocurría otra palabra para describirlo. Si hubiera estado en su casa Nikilov se hubiera tapado la nariz (como hacia su difunta madre cuando quería que el niño pequeño que fue se tragara un elixir desagradable). Ahora, cincuenta años después, en público – en un pub – no podía hacer eso. Así que se tomó una cucharada repleta directamente desde el envase etiquetado. La respuesta del curandero a su corazón poco colaborador. Agitó la cabeza para tragarse la dosis. ¡Horrible!

Envejeciendo, pensó, y cansado. Pero no tenía derecho a quejarse y no lo haría. Envejecer también era parte del plan de Dios.

— ¿Capitán?— preguntó el tabernero, con la tetera en la mano. Nikilov despejó el camino a su taza. Sorbió la infusión fresca y humeante que, después del tónico de un curandero, sabía mejor que nada que hubiera tomado en toda la mañana. Se guardó la medicina para el corazón en el bolsillo de su abrigo y volvió a sus mapas. Su barco zarpaba a mediodía y tenía que estudiar el rumbo.

Un antiguo muro de piedra rodeaba Varna, cincuenta millas al sur de Rumania, en el noreste de Bulgaria. En su interior, las casas de madera de la ciudad costera otomana se apiñaban a lo largo de calles estrechas y serpenteantes que terminaban en un solo lugar: el puerto más grande del mar negro occidental.

Era martes, 6 de Julio de 1897, y Trevor Harrington había llegado a Varna con la esperanza de encontrar un buque de pasajeros que saliera del continente. Odiaba la idea. La navegación era anticuada, sucia y demoraba una eternidad con una plaga tras otra: camarotes sobrepoblados, peligro de incendio, mareo, comida intragable y enfermedades. Él soñaba con una de esos elegantes barcos a vapor que estaban reemplazando a los veleros en todo el mundo. Pero solo era un sueño. A medida que se acercaba al Puerto, el joven inglés tenía que enfrentar dos hechos indiscutibles.

La navegación a vela era más barata que los barcos a vapor. Y su dinero era escaso y preciado.

Harrington era un fugitivo de la justicia (una frase que acababa de ponerse de moda). En los últimos cuatro días con sus noches había tenido una lección dura de primera mano sobre su significado. En realidad, en lo que se refería a fugitivos, podría estar en peor situación. El territorio era desconocido pero Harrington todavía no se daba por vencido. Había pasado diez meses estudiando en Bukovina (una ciudad rumana en la frontera este de Transilvania), un año caminando hasta allí desde España y hablaba seis idiomas. Se encontraba bien...pero su ropa necesitaba ayuda.

Normalmente Harrington parecía un hombre a la moda. Pero una noche en un viñedo, después de cuatro días al aire libre sin un baño, habían estropeado mucho su atuendo. Su sombrero era irreparable. Su traje a rayas marrón se había destrozado debido al barro y la hierba. El reloj de bolsillo en su chaleco de seda roja había sido arrancado por la maleza. El cuello estaba vergonzosamente flojo, sus tirantes de seda necesitaban tirantez y su corbata de cuatro nudos estaba torcida. Todo hubiera estado perdido si no fuera por el ocasional riachuelo donde lavarse la arenilla del pelo y el dolor de su rostro y las manos quemadas por el sol.

Para su buena suerte, Harrington encontró una taberna fuera del puerto de Varna. Él no era bebedor pero, en una ciudad portuaria, qué mejor lugar donde enterarse que barcos estaban listos para zarpar. Se sacudió el polvo de los pantalones, se ajusto la corbata y guardó el sombrero en su cesto. Se obligó a levantar la barbilla (se sacó el cuello postizo), sacó pecho y entró al pub.

El tabernero, y los hombres apoyados sobre la barra del pub, examinaron a Harrington con ceños fruncidos y susurros. El búlgaro no estaba entre los idiomas que dominaba. Aunque la mayoría de las lenguas del este de Europa eran similares, el inglés solo había escuchado jerga y supuso que había causado mala impresión. Aún así, sonrío y les deseo buenos días. Pronto descubrió que los acompañantes sabían rumano y alemán (idiomas que conocía bien) y que ambos hablaban el búlgaro del dueño. Se estableció una ronda por turnos y se rellenaron los vasos. Harrington tomó té. Satisfecho de que su moneda fuera genuina, el tabernero y sus clientes aceptaron ayudar si podían y Harrington se enteró del nombre de un barco por zarpar.

—Deméter— dijo uno de los viejos. Los otros estuvieron de acuerdo. —Deméter, una Goleta rusa, zarpa hoy. Para Inglaterra, creo.

Eran noticias magníficas. Harrington no esperaba un buque en dirección a su tierra y se encontró preguntándose si su suerte no habría cambiado. No tenía ni idea de cuánto hasta que siguió las miradas hacia un duro hombre de mar sentado solo en una esquina.

—Su capitán — susurró uno. Tras un codazo del propietario, añadió —Nikilov.

Llevaba un abrigo azul con brillantes botones de latón, chaleco y pantalones a juego, una camisa blanca de raya diplomática y una corbata azul arrugada. Unas botas negras gastadas arañaban el suelo y un sombrero usado yacía junto a su codo. Aparentaba unos sesenta años, bien afeitado, quemado por el viento y asado por el sol. Estudiaba varios mapas, desenrollados sobre la mesa y sorbía de una taza de porcelana.

Harrington se trago su propio té, cruzó nerviosamente hacia donde se encontraba el capitán, y se presentó en su ruso verdaderamente oxidado.

Sin mirar hacia arriba, el capitán dijo —No eres de aquí.

Él confesó que no, explicó torpemente su presencia y, omitiendo la razón para tener que irse, preguntó si había pasaje a bordo de su barco. Haciendo una ola desinteresada con la mano, el comandante murmuró —No se aceptan pasajeros. Viaje privado, solo carga.

—Por favor, capitán— soltó abruptamente Harrington, recordando cuatro noches antes, los días duros entre los hermanos Gabor y su padre con la cara roja, pisándole los talones, con sangre en los ojos, dispuestos a dispararle como un perro. Se estremeció. —No pretendo ofenderlo. Pero es importante que abandone Varna. Puedo pagarle.

—Sí me ofende, joven señor. Su ruso ofende mis oídos. Yo hablo inglés.

—Lo siento.

Él ignoró la disculpa y a su autor. —No puedo ayudarle.

Harrington no se desanimaba. Agarró la silla más cercana y se sentó insolentemente. — ¡Por favor, se lo suplico! Es necesario que llegue a Inglaterra.

El capitán subió la mirada, lo acechó con ojos azul eléctrico tras unas cejas blancas desordenadas. — ¿Es eso cierto? ¿Debe llegar a Inglaterra? ¿O solo es necesario que abandone Varna? —El joven dudó. —No importa. Nos han contratado solo para carga. Sería ilegal.

— Estoy dispuesto a pagarle lo que me pida.

— Eso es ridículo. No tiene idea de lo que puedo pedir. Le ruego, ¿*Herr*...?

— Harrington. Trevor Harrington.

— Se lo ruego, *Herr* Harrington, guarde su alma con más cuidado que su monedero. No puedo ofrecerle pasaje. Pero tiene suerte. No soy un bandido así que al menos se irá sin que le corte la garganta.

— ¿Necesita tripulación? Podría trabajar para usted. Entonces no habría problema.

El capitán estudió al hombre que parecía inteligente pero no entendía la palabra *No*. — ¿Serviría usted para algo?

— ¿Perdone?

— No me preocupa el problema, puedo manejar los problemas. ¿Serviría usted de algo? ¿Ha estado alguna vez en el mar?

— He cruzado el Canal de la Mancha...una vez.

El capitán hizo un ruido, de diversión o de disgusto, Harrington no estaba seguro, y negó con la cabeza. —Ya tengo lastre.

— No soy un marinero —dijo Harrington hablando rápidamente ante la negativa tan directa. —Soy un académico. Pero soy fuerte, No temo al trabajo duro. Sé muchas cosas buenas.

— ¿Por qué tiene que irse? ¿Qué leyes ha violado?

—No es un asunto de infringir leyes— dijo amargamente Harrington. Entonces, arriesgándolo todo, terminó el pensamiento. —Es un asunto de corazones rotos.

El capitán sorbió su té y sonrío con tristeza. —Yo tuve corazón alguna vez, Herr Harrington. También me lo rompieron. — Frunció el ceño y alejó ese pensamiento. —Usted sería tan inútil como las tetillas en un cerdo castrado. Después hizo una pausa, se le había ocurrido una idea. Levantó un dedo y, mirando fijamente a Harrington, lo dejó caer en el primer mapa que estaba sobre la mesa. —Dígame algo, cualquier cosa sobre este punto – que yo no sepa todavía - y le venderé un pasaje en mi barco.

Los dos miraron siguiendo al dedo en el mapa.

—Los Dardanelos. —Harrington se aclaró la garganta.

—Sí. Eso dice.

Se aclaró la garanta otra vez, intentando ganar tiempo. —Uh, con el Bósforo,..mm, hacen posible la navegación entre el Mar Negro y el Mediterráneo.

— ¿Cree usted que no sabía eso?

Harrington levantó la mano, suplicando. —Las aguas— dijo intentando recordar algo que había leído. —Las aguas de los Dardanelos fluyen en dos direcciones; desde el Mar de Mármara al Egeo a través de la corriente de superficie y en la dirección opuesta por una corriente subterránea.

Nikilov sonrió. —Eso es bueno. Es usted inteligente, joven Herr. Pero ya sabía eso también. Lo despidió con la mano y volvió a su taza.

No era justo, pensó Harrington, levantándose para irse. ¿Qué, en nombre de dios, podía decirle a un capitán de mar sobre los Dardanelos? Entonces, como si se hubiera encendido una luz, gritó — ¡Lord Byron! Se volvió hacia el capitán, ignorando al curioso trío en el bar. — Lord Byron.

Nikilov encogió los hombros para demostrar su ignorancia.

—En mayo de 1810, Lord Byron, autor y poeta inglés cruzó a nado el estrecho de Dardanelos. Un evento que inmortalizo en Cantón, el cuarto canto de su obra maestra de poesía Don Juan, eh, publicada en 1821.

El capitán gruño con las cejas. — ¿Por qué debería interesarme eso?

—Supongo que no le interesa. La pregunta es ¿lo sabía?

El capitán se lo quedó mirando y después se rió con una carcajada ruidosa (el dueño y sus clientes habituales se le unieron). Se puso de pie de un salto, agarró la mandíbula de Harrington en su mano rugosa y preguntó — ¿Está usted sano? — Apretó tan fuerte que Harrington tuvo que abrir la boca, giró la cara hacia el farol y, agachándose, le examinó los dientes. Satisfecho, el comandante disminuyó la presión pero mantuvo el agarre en la mandíbula. Con un pulgar amenazante tiró hacia abajo la piel en la mejilla de Harrington, cambiando el rol del dentista por el de oftalmólogo. Su globo ocular sobresalió y Nikilov lo observó. Repitió el proceso en el otro lado.

Aunque sorprendido y avergonzado, Harrington comprendió, había leído sobre eso. El capitán estaba buscando signos de enfermedad, conjuntivitis quizá. Los pasajeros emigrantes tenían que superar exámenes físicos antes de viajar para prevenir el

contagio de enfermedades; a menudo se retenía al pasaje durante días. El capitán estaba agilizando el proceso. —Parece lo suficientemente sano.

Nikilov soltó su cara adormecida, y después murmuró otra vez — ¡Lord Byron!

Al final, el capitán cobró un precio alto pero justo por el viaje. Nikilov asumía un riesgo. Harrington lo reconocía y habría pagado más. Salió del pub con una nota que ordenaba que lo dejasen subir a bordo y la advertencia de que estuviera listo a las once y media porque ellos zarparían a las doce con o sin él.

Eso último había sido innecesario. No había nada en Bulgaria, o en Europa, que Harrington necesitará más que salir del país. Él suponía que sus perseguidores lo seguían a poca distancia y hubiera sido descabellado que lo agarraran tan cerca de salvarse. Se subiría a bordo y desaparecería de su vista. Comprar un sombrero nuevo podía esperar hasta que estuviera de vuelta seguro en Inglaterra.

La entrada del puerto estaba separada de la ciudad por un gran almacén frente al cual, en ese momento, había una fila de hombres que se extendía desde la puerta abierta. Dentro, desde una mesa un marinero calvo y musculoso gritaba palabrotas a la línea de aspirantes a marinero. Las cosas parecían ir mal. El inglés consideró la nota en su mano y avanzó con la esperanza de encontrar un oficial de marina menos enfadado. Al doblar la esquina del edificio en dirección al mar, el caos del puerto apareció ante su vista.

Al fondo a la derecha había una red de embarcaderos que se extendía desde el muelle formando un puerto de barcos comerciales, botes de pesca y embarcaciones privadas de recreo de toda forma, aparejo, tonelaje y color, banderas de toda nacionalidad considerada amigo, amarrados o anclados. Algunos veleros (uno sin bauprés, otro equipado con el mástil delantero) cambiaron de rumbo, pasaron a un vapor y dejaron un rastro gris al alejarse. Al otro lado de la ensenada, un queche se preparaba para zarpar. Detrás de él, había varias goletas de dos mástiles ancladas (transportistas de madera y cereales) con sus velas plegadas, sus mástiles apuntando al cielo como los dedos de un esqueleto; una recibiendo carga y la otra descargándola. Una barca más grande yacía ociosa hacia la entrada del puerto. Hacia el mar, un gran embarcadero y un rompeolas se proyectaban al sur protegiendo a todos de los estragos esporádicos de la naturaleza. Culminaba en un faro en la boca del Puerto. Hacia atrás, atado a la popa de la barca,

un cúter tirador (*Harbor Pilot* pintado en la proa) se mecía sobre el agua. El cielo arriba estaba repleto de aves marinas cantando al trabajo. En el muelle, trabajadores del puerto, marineros y civiles caminaban y hablaban, se paraban y seguían andando, trabajaban y descansaban bajo el sol de la mañana.

Por mucho que Harrington lo encontrara excitante, era solo el decorado.

Lo que atrajo su atención a pesar de la actividad del puerto fue el mascarón de un barco imponente; la escultura bellamente esculpida que decoraba la proa de una goleta de tres mástiles apareció ante él y se extendía a su derecha por la dársena.

Durante siglos, la ornamentación de la proa había proclamado la riqueza y poder de los dueños del barco; el tonelaje y el hermanamiento de los lados del bauprés. Después de las guerras napoleónicas, seguían siendo bellas, pero dejaron de estar de moda como grandes obras de arte, se redujeron en gasto y pomposidad y volvieron a su propósito original: proclamar el nombre del barco a una sociedad analfabeta. El académico estudió este mascarón, cautivado. La mayoría, según entendía Harrington, eran mujeres o bestias pero este espécimen era ambas cosas. La diosa griega de las cosechas y la fertilidad, su cabello dorado envuelto en un halo, miraba sobre las aguas del puerto. Llevaba un vestido granate hasta los hombros, con la cabeza de un jabalí descansando sobre sus pechos expuestos, sus cuerpos entrelazados. Una cesta de verduras ocupaba su mano más cercana. En la otra, una vara de antorcha agarrada se extendía para iluminar simbólicamente la oscuridad por venir. Harrington la había encontrado, la diosa griega y la goleta rusa que llevaba su nombre: *Deméter*.

Aunque no era la obra de arte que sí era su mascarón, la goleta *Deméter* era bella. Aún más, era la respuesta a las plegarias de Harrington. Medía treinta metros de largo, quizá treinta y cinco, con otros diez para el bauprés y la botavara de la mesana; más de 150 pies. Sus tres mástiles se elevaban a más de veinticinco metros, casi noventa pies, en el aire. Era marrón oscuro en sus barras y de un tono cambiante a medida que descendía por los lados del barco; marrón a caoba, a ámbar quemado, a siena, bermellón y finalmente granate intenso en la línea del agua. El efecto era impresionante: como si el barco se desangrase en el mar.

— No parecía estar de buen humor.

El segundo oficial se rió. —No, casi nunca lo está. Empezó a

retroceder. —Prepararé su camarote. Quédese aquí hasta que lo llame.

«Aquí» era junto al barco, al aire libre; un lugar en que Harrington no deseaba estar. Eligió en cambio desaparecer en las sombras entre el almacén y la cabaña del práctico del puerto, hasta que el segundo oficial le permitiera subir a bordo. Fue su primera lección sobre el peligro de desobedecer órdenes.

Se produjo un estrépito. Después fue el turno de ruedas pesadas, chasquido de látigos, relinchos salvajes de caballos jadeantes, gritos y hasta cantos. Un sorprendido Harrington miró hacia arriba y vio una revuelta borrosa de fuerza y color que rodeaba el almacén a velocidad de locos. Era un enorme carro adornado que hubiera sido más propio de una caravana de feria. Llevaba una carga de cajas de madera, y hombres (¡cantando jovialmente!), y era impulsado por cuatro caballos de tiro que se abalanzó hacia abajo como si Harrington fuera su objetivo. El conductor, un gitano con bigote, abrió los ojos al ver un hombre en su camino. Tiro de las riendas y gritó. Harrington se quitó de en medio. El grupo de caballos lo esquivó por solo unas pulgadas al detenerse el carro, sus cajas chirriaron, sus hombres gritaron. Pero el incidente no había terminado. Otros dos carros, de tipo Leiter con escalera lateral del campo, siguieron en un desfile de una sola columna; cargados con idénticas cajas apiladas, tirados por ocho enormes caballos cada uno y conducidos, no por gitanos, sino por eslovacos. El conductor del segundo gritó y tiró las riendas de sus caballos justo antes de chochar con el carro principal. El conductor del tercero detuvo su equipo y evito por poco estrellarse contra el segundo.

— ¡Cielo santo! — balbuceó Harrington. Era un expresión que había aprendido en Londres; nada propio de un caballero pero adecuado para el momento. Saltó cubierto de tierra fresca. — ¿Qué piensa...? ¡Casi me mata!

Los caballos patearon y resollaron.

El primer conductor, que llevaba un rifle, descendió de su asiento por el lado del inglés. Era un Szgany, un gitano, uno de los seis que se estaban bajando. Iban vestidos con botas altas, pantalones anchos, chalecos coloridos, llevaban pañuelos o sombreros de ala ancha. Estaban sucios por haber estado a la intemperie, tatuados; varios usaban pañoletas al cuello, varios pendientes en las orejas. El conductor, el más grande de todos, tomó al caballo principal por la brida para calmarlo.

Los hombres que viajaban en los otros carros también se bajaron. Estos eran eslovacos; bárbaros de aspecto glorioso con

pantalones blancos abombados y sucios metidos en botas negras altas, camisas de lino abombadas y enormes cinturones de cuero adornados con clavos de latón. Varios usaban largos bigotes y todos llevaban el pelo largo bajo enormes sombreros de vaquero. La mayoría llevaba rifles.

Nadie sabía por qué los eslovacos y Szgany estaban juntos. Pero su número era imponente, sus armas amenazantes y su silencio aterrador. Nadie parecía dispuesto a disculparse. De hecho ignoraron totalmente a Harrington. Por su parte, el inglés tuvo un mal presentimiento. A pesar del sol brillante, era como si algo sombrío hubiera descendido sobre el muelle. Decidió rápidamente que Falstaff tenía razón, la discreción era la mejor parte del coraje. Podía pasar sin una disculpa. Se limpió y renovó su búsqueda de sombra y anonimato.

El primer oficial calvo y sus candidatos a marineros, habiendo presenciado el tumulto, volvieron a entrar al almacén. Harrington, deambulando, escuchó el principio de una discusión (en lamentos en rumano y ruso). El oficial gritó — ¿De qué demonios estás hablando?

—Lo que he dicho. Yo no voy.

Otra voz añadió, —Yo tampoco.

—Ya firmaste en el registro. Y tú. Ambos accedisteis a navegar.

—Hemos cambiado de opinión.

— ¿En veinte minutos? Estabas ansioso por zarpar hace veinte minutos.

— ¡Hace cinco minutos si insiste en saberlo!

— ¿Algo cambió en los últimos cinco minutos? ¿Qué? ¿Qué ha cambiado?

— ¿No lo siente? La ira había desaparecido. El hombre estaba asustado. —Hay algo raro aquí. Algo está terriblemente mal. Y no estaba aquí, esta sensación, hace cinco minutos. ¡Yo renuncio!

—Y yo también.

Los dos marineros, con el petate al hombro, salieron y se alejaron del puerto. En cuanto se fueron, el primer oficial ya estaba discutiendo con otro. — ¿Qué has dicho?

—Dije que si este barco tiene algo malo, quiero más dinero.

Incluso desde fuera, Harrington reconoció el batacazo de la piel y un estruendo. Alguien había recibido un golpe y se había caído como una tonelada de ladrillos. — ¡No hay nada raro con este barco! — grito el primer oficial. —Ese es el salario. Además de todo el maldito dolor que puedas aguantar. Si quieres el trabajo, firma el registro y agarra tu petate. Si no, ¡vete de una vez del muelle!

Otro marinero salió bruscamente. Con su ojo hinchado, maldiciendo, se puso el abrigo sobre el hombro y se alejó caminando. Harrington lo vio irse, después recorrió con la vista el muelle desde la goleta hasta los gitanos y su carga de cajas, preguntándose que se habría perdido. ¿Qué había pasado en los últimos minutos que de pronto nadie quería ser parte de este viaje?

Capítulo tres

Aunque las tensiones se calmaron en el almacén, se encendieron en el muelle. Los trabajadores búlgaros, que descansaban tranquilamente antes de que llegaran los gitanos, estaban impacientes por descargar los carros. De pronto estaban extrañamente nerviosos y querían esas cajas fuera de su embarcadero.

Su supervisor mandó a tres hombres a la parte trasera del carro de los Szgany e inmediatamente empezó a mover los féretros, de siete pies de largo, dos y medio de ancho y dos de alto, por las manillas de cuerda a cada lado. En su apresuramiento, se les cayó con fuerza la primera caja en la parte de atrás del carro. El jefe, quejándose del peso, dejó caer con fuerza su extremo de la caja sobre la dársena. Su colega no tuvo más remedio que seguirlo. El conductor Szgany se enfadó. Blandió su rifle y gritó que se fijaran en lo que estaban haciendo. Cuando el supervisor respondió gritando, la pelea estaba servida. Los contrincantes se definieron claramente; los trabajadores del puerto tras su líder, los gitanos y eslovacos con pistolas detrás de su jefe Szgany.

Harrington tenía asiento en primera fila. El primer oficial y sus posibles marineros, observaban desde el almacén. El segundo oficial bajo la rampa del *Deméter* mientras varios de sus hombres observaban desde la cubierta. La puerta del práctico se abrió y, gritando, otros dos hombres se unieron a la reyerta. El primero era el sorprendentemente vivaz maestro del puerto que aparentaba unos sesenta años pero corría como si tuviera veinte años menos. Muy detrás corría un hombre redondo como una pelota y con gafas, vestido como un ricachón y ondeando unos cuantos papeles. El piloto los alcanzó antes y, jadeando, le preguntó el motivo del conflicto.

Se desató el caos mientras los hombres gritaban en búlgaro, alemán, ruso y rumano (y varios dialectos del romaní). Los Szgany estaban lívidos por el manejo inepto de las cajas. A los búlgaros no les gustaba que les dijeran cómo hacer su trabajo. El práctico quería orden en su Puerto. El segundo oficial quería su barco cargado (el

primer oficial estaba de acuerdo, ¡maldita sea!). El abogado, que se presentó como Herr Leutner en nombre de los intereses del noble de Transilvania propietario de las cajas, quería que se hiciera un inventario de los carros antes de mover nada. Leutner quería hacerlo ya para poder firmar e irse.

El maestro del puerto ganó y se restableció el orden. La tripulación del barco volvió a guardar la arena, y el primer oficial a buscar marineros. Los hombres en el embarcadero estaban tranquilos mientras el piloto, Herr Leutner, el supervisor, el gran Szgany y el segundo oficial del barco realizaban el inventario.

Los carros contenían cincuenta cajas, según decía el manifiesto, de tierra común para usos científicos no especificados (y para Harrington bastante inimaginables); a ser entregados al consignatario, un abogado de nombre Billington en 7, The Crescent, Whitby, Inglaterra. Qué pasaba con el suelo inglés que hacía necesario enviar tierra desde Transilvania, el académico no tenía ni idea, ni mayor interés. El segundo oficial pronto estaría libre y tendría permiso para subir a bordo.

Sin embargo, ocurrió otro incidente antes de que la carga fuera embarcada de forma segura.

El supervisor y su oficial llevaron una caja al aparejo que subía a sus compañeros a la cubierta de la goleta. Allí, como si no tuvieran suficientes problemas, el líder tropezó y cayó. Su trasero golpeó contra la mampostería del embarcadero, la caja se rompió en dos por una esquina y la tierra se desparramó. Su compañero no tuvo más remedio que permitir que su trasero también se golpeara.

El conductor Szgany saltó de su carro y los amenazó, soltando maldiciones, con sangre en los ojos. Ambos retrocedieron con miedo. El gitano inspeccionó el daño y después se puso de pie con un gran suspiro de alivio. Se dio la vuelta y abofeteó al supervisor búlgaro tirándolo al suelo. Mientras el supervisor yacía paralizado, el gitano lo abofeteó otra vez. Dirigió su ira hacia el segundo hombre y, solo con la intervención de otros, Szgany evitó que le pegara.

Cuando el maestro del puerto intervino esta vez, los Szgany se negaron a ceder. Ondeando su rifle, gritó que las cajas habían sido confiadas a su pueblo y advirtió a todos los que pudieran escucharlo que él y sus camaradas dispararían al próximo hombre que dañara las cajas. El práctico pidió que no hubiera violencia. El abogado agradeció al jefe Szgany, diciendo que valoraba sus esfuerzos en nombre de su cliente. Agitó un sobre con un sello rojo de cera roto, correspondencia de su cliente, como prueba de autoridad y añadió:

«Estoy seguro que el maestro del puerto velará porque todas lleguen sanas y salvo a bordo».

El práctico hizo una reverencia de mala gana. —Así se hará, Herr Leutner. —Reprendió al búlgaro por su estupidez y su indolencia y amenazó con despedirlo a él y sus hombres en ese mismo momento. Les ordeno que volvieran al trabajo, y que tuvieran mucho cuidado.

El asunto había terminado. Los Szgany y los eslovacos, tras la insistencia de su líder, descargaron lo que quedaba en los carros. Los búlgaros se ocuparon de subir las cajas a bordo y una vez allí, la tripulación del barco (el descamisado que reía, uno enorme que agitaba la cabeza y otro que murmuraba y se persignaba nerviosamente) se unió a ellos para cargarlas en la bodega.

Con sus carros vacíos, el supervisor agradeció al gran Szgany y les deseo buen día a él y a sus hombres. Estaba perdiendo el tiempo. El gitano, que todavía llevaba el rifle, caminó hacia el borde del muelle. Sus hombres y los eslovacos armadas lo siguieron. Silenciosamente, se alinearon junto al barco a ambos lados de la rampa de desembarco con el objetivo, aparentemente, de quedarse ahí hasta que hubiese zarpado la goleta.

Los problemas en el muelle se repitieron dentro del almacén. Otro marinero había desertado, sin razón aparente, y el primer oficial estaba a punto de explotar.

Todo en Iancu Constantin, el primer oficial de *Deméter*, era explosivo. No solo parecía un hombre duro, realmente lo era; con cejas grises que, dependiendo de la luz se veían rojas o marrones, o negras, sobre los ojos pequeños y demasiado juntos que siempre parecían amenazantes. Su boca tenía un ángulo que, incluso aunque sonriera, parecía despreciativa. Ahora no estaba sonriendo.

¡Qué mañana había tenido! Se frotó la cabeza doliente porque todavía no había terminado.

Le habían informado que su cocinero, Dimitri Andreev, estaba enfermo y no podía zarpar. El mismo informe decía que el enfermo les había hecho el favor de encontrar quien lo reemplazara. Cuando llego el reemplazante, al oficial casi le dio un ataque cardíaco. El nuevo cocinero era viejo como el infierno, décadas más allá de sus años útiles para el mar y, encima, un escocés exigente. Constantin lo rechazó rotundamente. Pero para la sorpresa, el viejo, llamado Swales, no solo se mantuvo firmo sino que se defendió. Transmitió su enorme experiencia e insistió que no había ningún cocinero de

barco mejor en toda Varna, en Bulgaria o en el Mar negro. Constantin cedió. Inscribió al viejo, le dijo que tendría que apañárselas con sus provisiones o buscar extras por su cuenta y le advirtió que estuviera listo a tiempo. Cayera el cielo o nevara en el infierno, zarpaban a mediodía.

Como era habitual, varios hombres de su último viaje habían desaparecido con su paga. Reemplazarlos rara vez suponía un problema pero hoy contratar a esos pocos parecía casi imposible. Después de la conmoción en el muelle, un marinero tras otro se arrepentían diciendo que *había algo malo*. Era lo más extraño que Constantin había visto.

Todavía necesitaba tripulantes y solo le quedaban los dos últimos candidatos. ¡Menudo par! Constantin puso el libro de registro en la mesa y le pasó una pluma al primero; un enjuto retoño, más niño que hombre, con pelo corto rubio asomando debajo de su gorra lana negra. El chico dudó, agitando la pluma, mirando la página como si no pudiera recordar su...

— ¡Nombre! ¿Cómo te llamas, hijo?

— Uh, oh, Funar — chilló el chico, todo nervioso. —Umm, Rada Funar.

—Escribe eso. El chico miró el registro. —No te preocupes. Muchos no saben escribir, solo haz una marca.

— ¿Uuh?—graznó el chico.

— ¡Haz una x! — gruñó impaciente. —Marca la página, ¡por dios!

El aterrado joven garabateó rápidamente una X. Agitando la cabeza, Constantin agarró la pluma y señaló la puerta al segundo oficial sobre la rampa de desembarco. —Ese es el Sr. Eltsin. Haz lo que te diga.

El joven asintió. Agarró su petate y salió apresuradamente, para cruzar el muelle y subir por la rampa.

— ¿No tienes nada más grande dispuesto a navegar contigo?

¡La pregunto vino en un falsete ridículo! El oficial miró al que preguntaba, incapaz de creer lo que veía. Acababa de deshacerse de una cola poco impresionante de candidatos pero este hombre, el último de pie... ¡Bendito sea Nikolay! Este se llevaba la palma.

La caja dañada había sido reparada, la tierra reemplazada, y esta y sus hermanas cargadas. Harrington también estaba a salvo a bordo y en su camarote ya no pensaba en el incidente. Ni él, ni la tripulación, entendían cuán importante podría haber sido esa caja.

Si hubiera ocurrido el mismo error con uno de los otros ataúdes, podría haber estallado un momento de horror en el muelle. Y la prolongada tragedia de terror que se ponía en marcha ese día podría haberse evitado. Cuarenta y nueve de las cajas de madera que no contenían nada más excepto tierra mohosa, tomada de la tumba de la capilla de un castillo en ruinas de Transilvania. La quinta contenía...algo más.

Los dos últimos hombres firmaron, el chico de cubierta, delgado como un lápiz y el marinero de aspecto extraño (con el inquietante falsete y la camisa sucia), estaban de pie junto a la escotilla observando el tumulto en la cubierta del *Deméter*. Se hubiesen quedado allí para siempre, ignorados por la tripulación, si no los hubiera visto el segundo oficial que les gritó una orden. En respuesta, apareció el gigantesco hombre de mar; un atemorizante ruso llamado Olgaren, con un pecho de barril, la barbilla de un mastín bull y una cabeza de melón de la que irradiaban despeinados mechones pelirrojos. Eltsin, el segundo oficial, le ordenó que acompañara a los dos hombres abajo para que dejaran sus cosas y volviesen arriba el doble de rápido. Olgaren escupió un saludo con dedos de salchicha y tomo una de las dos bolsas del marinero.

— ¡No! —chilló el nuevo marinero, sonando alterado. Agarró sus bolsas como si Olgaren fuese un ladrón. — ¡Yo las llevaré!

Olgaren miró sorprendido con ojos bovinos vacíos. Al *nuevo* hombre le quedaba bien su voz femenina: pequeño, con una cortina de cabello grisáceo en la espalda. Si no fuera por el enorme bigote blanco, con cera en las puntas, que escondía la parte inferior de *su* rostro... Olgaren se encogió de hombros y se volvió hacia el otro, un retazo de chico. Funar retrocedió con miedo y abrazó su pequeño bolso contra el pecho. Sin inmutarse, y más que dispuesto a dejarles que cargaran su propio equipo si eso querían, Olgaren empezó a caminar. Dirigía a sus marineros a popa, pasando por la caseta del entrepuente, y abajo hacia las habitaciones de la tripulación.

Desde que entraron al entrepuente, la vida de Olgaren era miserable todo el tiempo que pasaba abajo. Olgaren medía casi un metro noventa. El techo del espacio bajo la cubierta y el entrepuente a bordo del Deméter, excepto la bodega de proa, medía un metro ochenta. Sus viajes tenían ecos de los sonidos de su cabeza al golpearse con las barras superiores, sus maldiciones susurradas y la risa de sus compañeros (despiadados bastardos todos ellos). En el entrepuente, su espalda agachada y la parte superior del brillante

pelo rojo de Olgaren estaban siempre a la vista.

—Tienes suerte — dijo Olgaren indolente. El indicó los catres vacios y los lugares para guardar sus cosas. —Estamos cortos de tripulación. Todos tienen un catre. Los marineros eligieron los suyos mientras él les advertía que no tocaran nada que no fuera suyo y sugería (sin mayor explicación) que no se pusieran demasiado cómodos. Terminó murmurando, «nos necesitan arriba». Después, encorvado, con la cabeza baja, los llevó de vuelta arriba.

El segundo oficial les ordenó que limpiaran. Lo que, para este viaje, significaba que la nave estaba casi vacía. Las provisiones, el agua, la comida y el ron estaban en la cubierta, en la despensa de la galería, y en las bodegas según convenía a la voluntad del capitán y a los caprichos del cocinero. Las cajas del cliente estaban en la bodega de proa (y algunas en la del centro). Y, debido a que la carga era tan ligera, habían repartido una gran cantidad de lastre de arena entre las tres bodegas. —Listos para zarpar.

El capitán Nikilov volvió a popa donde su primer oficial conversaba con el timonero. —El Sr. Eltsin informa que la nave está lista. ¿La tripulación?

El oficial llevó al capitán lejos de los oídos del timonero, detrás de la mesana principal, a la barandilla de estribor. —He elogiado la nave, capitán — dijo. —Pero no es ningún elogio para usted. Tenemos los hombres para zarpar pero estamos terriblemente faltos de marineros. Lo siento, señor.

—Sr. Constantin, no sea injusto consigo mismo.

El primer oficial negó con la cabeza. —No, señor. Miró por encima de la barandilla al puerto, buscando las palabras, después dirigió su mirada sobre la proa estribor al espigón, más allá del faro en su punto sur más extremo y hacia el brillante Mar Negro por el sol de mediodía. —Cuatro hombres desaparecieron con su paga, eso nos deja tres. Reemplazarlos ha sido...difícil. Muchos candidatos; pero pocos que mereciera la pena considerar.

—Entonces ¿No habían hombres con experiencia?

—Algunos...firmaron. Pero después se arrepintieron. Dijeron que había algo malo con la nave. Uno de ellos, no sé el nombre del desgraciado...

Nikilov frunció el ceño. —Sr. Constantin.

—Perdone, capitán. Pero dijo, para que el resto lo escuchara, que este barco estaba maldito. Casi... El oficial hizo una pausa.

Nikilov estudió a su subalterno, imaginando lo que *casi* había

hecho. La lealtad y devoción de Constantin eran bien conocidas. Al igual que su mal genio.

—Contraté a cinco — dijo el primer oficial. —Dos no se han presentado. Con lo hora que es, dudo que lo hagan.

—Tres serán suficientes— dijo el capitán ignorando sus propias dudas. —No tenemos nada para cargar y solo espero mar apacible. ¿Dónde están?

Constantin llevó al capitán a la parte delantera de la caseta y recorrió con la vista la cubierta y más arriba. Vio a los tres hombres en la vela cangreja y señaló a uno, el raro, a mitad de camino al mástil de proa. —Es es Smirnov — dijo el oficial. —Un ruso.

Nikilov siguió la mano de Constantin hacia el hombre de contextura ligera con el horrible bigote, sus pies entrelazados alrededor del palo de mástil, con su pelo atado en un pañuelo de color azul brillante. — ¿Un hombre de mar? — preguntó el capitán. —Parece poca cosa, excepto el pelo.

Constantin asintió, incapaz de discutir. —Se comporta de forma tan extraña como su aspecto. Volviendo a la cubierta, señaló más allá de la escotilla, a la proa. El segundo oficial había llevado el reloj de arena (un reloj de media hora; guardado en el timón para llevar el tiempo de barco) y se lo estaba mostrando al nuevo chico. Sin duda explicándole una de sus muchas tareas. —El chico con Eltsin es Funar, un rumano.

El capitán miró al delgado rubio con gorro, jersey y botas; todos demasiado grandes para él. — ¿Qué planea hacer con él?

—Aunque no haga nada más que fregar la cubierta o pasar el ron, librará de tareas a alguien más capaz.

El capitán miro fijamente a su primer oficial. —Un pelagatos y un niño. Nunca he visto nada igual.

—No tengo ninguna explicación, señor — dijo Constantin. — Nadie en Varna quería navegar con nosotros.

Sabiendo que llevaba las emociones a flor de piel, Nikilov desvió la mirada al cielo y la mantuvo ahí hasta que su ceño se relajó y sus sentimientos de furia desaparecieron. Solo entonces volvió su mirada a cubierta y al nuevo chico de cubierta. Observó como el joven de aspecto delicado tomaba el frágil reloj en la mano (preguntándose qué rompería primero) y seguía al segundo oficial en dirección a popa. Nikilov suspiró y asintió dando su consentimiento, aunque no su aprobación. — Supongo que servirá — dijo al primer oficial. Pero no estoy seguro de que tenga la edad suficiente. Déjalo fuera del manifiesto. Fingiremos que no está aquí.

— ¿Qué pasa con la aduana? Si no aparece en el manifiesto...

—Sí, Sr. Constantin, es un problema. Ha traído un niño a bordo de mi barco. Cuando llegue el momento, usted será responsable de esconderlo de los agentes de aduana turcos.

—Sí, capitán.

—Inscribió a cinco. Dos no aparecieron. Dos son como mujeres inútiles. Contendré la respiración en espera de conocer a su quinto recluta.

El oficial miró como si deseara estar en cualquier otro lugar. Entonces, consciente de que retrasar las cosas solo las empeoraría, se aclaró la garganta y empezó. —Dimitri Andreev cayó enfermo esta mañana y no pudo navegar.

— ¿No tenemos cocinero?

—Sí, tenemos. Él mismo envió a su sustituto. ¿Qué otra cosa podía hacer excepto aceptarlo?

—Por favor, Iancu, ¿dígame que ha navegado antes? ¿Qué usa botas de hombre?

—Sí, ambas. Lleva usando botas de hombre...por un largo tiempo.

Nikilov se preguntó qué significaría eso. Su mirada se encontró con la del oficial y decidió no preguntar. Ya había sido una mañana suficientemente extraña. Pero las profecías, buenas o malas, eran herramientas del diablo y él no mordería el anzuelo. Era el momento de de zapar y, como no podía retrasarlo, se sacudiría la pesadumbre que intentaba ahogarlo y se haría a la mar con una actitud positiva; agradecido por la tripulación que Dios le había dado. Ya que seguramente un Dios cariñoso le había enviado esta tripulación, y su carga.

Capítulo cuatro

Los propietarios de *Deméter* habían alquilado su barco, sin consentimiento del capitán, bajo extrañas condiciones. La nave no debía llevar pasajeros (y oficialmente no los llevaba) y ninguna carga excepto las cajas que ya estaban a bordo. Por supuesto el barco podía y normalmente transportaría mucha más carga. El obstáculo de las ganancias perdidas se había superado cuando el cliente accedió a pagar la diferencia por el peso que podrían haber llevado. Esto significaba que la bodega de Nikilov estaba llena de tierra tremendamente cara.

El contrato también estipulaba que el barco debía salir hacia Inglaterra ese día, *no después del mediodía*, lo que les planteaba otro problema. Zarpar desde la dársena hubiera sido preferible. Pero tenían una vela cangreja en la proa, por lo que necesitaban un equipo completo y bien entrenado de hombres, una marea y condiciones de viento favorables. El Señor había concedido a Nikilov una tripulación, pero no la suficiente. Y la providencia había dejado al comandante con las manos atadas en relación al viento y la marea. La vela cangreja principal y las velas mesanas podrían haberlo logrado en esas condiciones pero el riesgo de daño al barco, la carga y el puente hacían que esa idea no fuese apropiada.

El piloto del puerto fue consultado ya que era su trabajo guiar a los barcos en los peligros de entrar y salir del puerto (la parte más desafiante de cualquier viaje). Y, aunque Nikilov seguía al mando, el piloto ofrecía su consejo experto sobre el puerto local.

— Tenemos tripulación suficiente para navegar — dijo el capitán. —Pero sin viento, no es suficiente para zarpar.

—No tenemos prisa — contestó el piloto— si quiere esperar a la marea.

—Los dueños dicen que debemos zarpar antes del mediodía, a toda costa. — ¿No podemos impulsar la goleta?

—Sí, Puedo poner algunos hombres de una barca que estamos cargando. Pero habrá que pagarles.

—Hasta ahora, el dinero es lo único de este viaje que no es un

obstáculo.

—De acuerdo entonces. Los desanclaremos.

Se dieron las órdenes y pronto, con las velas bajadas, el cúter del práctico se puso en servicio. Cuatro hombres, en doble banco, remaron el pequeño bote hasta el lado del *Deméter*, mientras los hombres de Nikilov se dirigían a la proa de la goleta. Juntos, empezaron a colocar el anclote.

En su camarote, Harrington sintió que el barco se movía. Era una sensación extraña moverse mientras se estaba de pie. Seguido por la sensación de estar levitando; el suelo — sólido bajo sus pies — de pronto se sentía fluido. No había duda, estaban zarpando y un ola de alivio lo recorrió. Había escapado con vida de Europa.

Pero el alivio le duró poco ya que el movimiento del barco era confuso. Además de la sensación de flotar, que ya sentía que requeriría aclimatación, su movimiento parecía, extrañamente, lateral. Harrington se agarró a la litera superior para sujetarse. Sí, estaba seguro. El barco avanzaba de lado.

El proceso de anclaje de popa estaba a plena marcha.

Una línea de amarre había sido enganchada a un ancla ligera y pasada al cúter. Los hombres del bote remaban tirando del ancla tan lejos como lo permitía la línea, varios ciertos de yardas hacia la costa, después la dejaron caer en el lecho del puerto.

El extremo suelto del amarre había sido colocado a bordo del *Deméter* y sujetado al cabrestante de proa; la manivela que subía las anclas del barco. Se insertaron pértigas, en lugar de punzones de mano más cortos, horizontalmente, en la corona del cabestrante. Los hombres de Nikilov, como esclavos en una rueda de molino, empujaban las barras moviéndose en círculo para enrollar la línea. Con el ancla en la cama del puerto, la línea de ajuste tiraba del barco desde el muelle hasta aguas más profundas.

En poco tiempo, el *Deméter* se acerco al cúter del practico y, cuando la línea estaba casi vertical, el capitán gritó: «Sr. Constantin, retroceda la gavia».

La vela principal superior cangreja se pivoteo para atrapar la ligera brisa, detener el rumbo y aprovechar la distancia que habían ganado.

Sin contar con el cruce del Canal de la Mancha, la experiencia de navegar consistía en sentarse en ese camarote y en ese puerto. Allí se quedó, ya que le había dejando claro que la tripulación no lo necesitaba. La verdadera razón, por supuesto, es que ni él ni el capitán querían arriesgarse a que lo vieran en cubierta.

Incluso había planeado saltarse la cena; aunque eso no fuera un sacrificio muy grande. Estaba demasiado nervioso. ¿Y cómo podía comer con Ekaterina en su mente? No, se dijo a sí mismo, ¡No pienses en ella ahora! De todas formas, con el piso moviéndose, parecía sensato esperar a acostumbrarse antes de llenar el estómago. No, no comería. Era mejor dejar su cabeza, su corazón y estómago para sí mismo por un rato.

Entonces se encontró pensado otra vez en Ekaterina. ¡Maldita sea! Nadie en su familia, ni su padre, ni el cacareado Alcalde mayor, ni sus musculosos y cabezotas hermanos querían escuchar. Lo estaba persiguiendo como perros locos por el olor y con toda la intención de matarlo. ¡De qué servía pensar en ella!

Se acercó al único ojo de buey del camarote, intentando sacarse de la cabeza a la chica y, mientras estaba en ello, resolver el misterio del movimiento del barco. Y, suponiendo que fuese deseado y no un precursor de su hundimiento, echar una última mirada a Varna y despedirse del tumulto que Europa había traído a su, hasta entonces, aburrida vida. Dio un vistazo y vio dos cosas inmediatamente. El primero, el barco se estaba moviendo — ligeramente de proa, pero principalmente hacia estribor — de forma lateral y el muelle y todo lo demás se iban empequeñeciendo gradualmente a medida que se alejaban. Segundo, había un estallido de actividad en el muelle.

Varios carros nuevos, caballos, caballeros, campesinos (algunos llevando rifles) aparecieron, aparentemente de ningún sitio, moviéndose por el embarcadero formando una ola. Detrás de ellos, aparecieron sus comandantes, autoridades en uniforme político y paramilitar. Entre ellos, obviamente a cargo, estaba Su alteza, el ilustre alcalde Gabor y sus hijos Los hermanos, con pistolas en las manos, miraban de abajo arriba el muelle mientras el alcalde observaba, con el ceño fruncido, como se alejaba el *Deméter*.

Harrington se agachó. No lo podían ver desde esta distancia, pero saberlo no convencía a su corazón acelerado. Escapar para salvar la vida puede no haber sido heroico, pero era la una respuesta posible. La fuga nunca había sido su medio previsto de volver a casa, mucho menos un largo viaje por mar. Pero era su única posibilidad. Ahora solo podía esperar que hubiera escapado.

— ¿Qué significa esto? — murmuró uno de los marineros Era el hombre que se había santiguado cuando los trabajadores del embarcadero peleaban. Había caminado desde el cabestrante para observar la actividad en el muelle donde más hombres armados parecían buscar algo y dar gritos. Otros, sin duda los lideres, se mantenían en actitud de enfrentamiento con los gitanos que cuidaban el atracadero que acababan de vaciar. El marinero se persignó otra vez. —Hay algo malo aquí— murmuró. —Algo malo con este viaje.

Funar estaba detrás de él. El miedo asomaba en los ojos del joven; miedo y tristeza. Se agarró la barandilla de popa y miró la creciente distancia que los separaba del caos. Smirnov se les unió también, observando con interés la escena.

— ¿Podremos escapar? —chilló Smirnov.

—No lo sé — contestó Funar en un susurro.

— ¿Escapar? El marinero gruñó, mirando a ambos con molestia y sospecha.

—Popescu, ¡vuelve a tu trabajo! Era el primer oficial enfurecido. —Deberías comportarte mejor.

El marinero miró con furia a los dos marineros nuevos y después, murmurando, volvió al cabestrante.

— ¡Funar! ¡Smirnov! —gruñó Constantin. Señaló a sus mástiles desatendidos entre los otros marineros que circulaban servilmente. — ¡tú también! Tu tarea está aquí. Si quieres volver al muelle, ¡salta y nada de regreso! ¡O te tiraré yo mismo!

Funar se puso rojo y, tras una última mirada aterrada al puerto, volvió rápidamente a sus tareas. Smirnov miró desafiante sobre su enorme bigote y caminó de regreso desafiante. El oficial registró sus respuestas para futura referencia.

La tripulación del bote había alzado el ancla de popa, recogido la línea para soltarla otra vez. Los hombres del *Deméter*, incluyendo Funar y Smirnov, estaban empujando alrededor del cabestrante, alejando al barco del puerto y acercándolo al mar.

A mitad del puerto Nikilov encontró una briza para izar la vela cangreja superior de proa. En la boca del puerto encontró viento para navegar. En el faro del rompeolas ordenó que dejaran caer una de las anclas del barco y se ajustarán las velas otra vez. Agradeció al práctico, quien respondió deseando buen viaje al barco.

Pagado y satisfecho, el práctico volvió a su cúter. Su tripulación izó las pequeñas velas y, cambiando de rumbo de adelante hacia atrás, enfrentaron agradablemente las olas del puerto de regreso al

embarcadero.

En el muelle, el Ilustre señor alcalde Gabor había aceptado finalmente (y regañadientes) la palabra del jefe de los Szgany de que no había pasajeros a bordo de la goleta que acababa de zarpar. —Mi amo ha contratado la nave para un viaje privado — insistió el inamovible gitano. —No lleva pasajeros ni ninguna carga excepto la que hemos cargado a bordo.

A Gabor le convenía creerle. El hombre, y sus compatriotas armados, seguían alineados a lo largo del embarcadero y pretendían quedarse allí mientras considerasen que su carga estaba en peligro. El alcalde había venido a Varna esperando encontrar a un inglés deshonesto, no para involucrarse en un conflicto armado con un grupo variopinto de gitanos y bárbaros que nunca habían oído hablar de Trevor Harrington. El cúter devolvió a su dueño al muelle donde el práctico, sin ponerse de lado de los Szgany y los eslovacos, se mostró de acuerdo con su postura. Le aseguró a Gabor que el barco que acababa de zarpar no llevaba pasajeros. El alcalde dio la orden y sus hijos y sus cazadores contratados se retiraron.

Cuando se fueron, el práctico volvió a su casa, y el muelle se libró de todas las amenazas, el jefe de los Szgany se volvió y miró al mar para ver al *Deméter* por última vez mientras izaba las velas. Asintió con la cabeza, satisfecho de que hubiesen cumplido su cometido. Les dijo lo mismo a sus compatriotas, les dio las gracias por sus servicios y les deseó buena suerte en su viaje de regreso a Transilvania. Después puso la culata de su rifle en la boca, y se voló la tapa de los sesos.

El último incidente de alguna consecuencia que ocurrió ese día en el muelle de Varna fue cuando el cuerpo inerte del jefe de los Szgany cayó desde el embarcadero al puerto con un chapoteo casi inaudible. Allí, como en la pintura de la goleta recién zarpada, se desangró en el mar.

Con sus velas desplegadas, el Capitán Nikilov ordenó a la tripulación que levaran el ancla y a mediodía del martes 6 de julio de 1897, la goleta rusa *Deméter* — ignorante de la tormenta de la autoridad impotente y el sangriento suicidio que los había despedido — zarpó del puerto de Varna. Impulsados por un viento del este, salieron de forma segura alrededor del rompeolas hacia el Mar Negro y puso rumbo sursureste por la costa búlgara. De forma

oficial, llevaban una tripulación de cinco marineros, un primer y segundo oficial, un cocinero del barco y el capitán. De forma no oficial, y por tanto no registrado en el manifiesto, llevaban un chico de cubierto y, escondido en sus habitaciones, un pasajero inglés.

Ninguno de los hombres a bordo tenía idea de que en la tranquila oscuridad de la bodega delantera del barco llevaban algo totalmente distinto.

Drácula se despertó, como siempre, en la oscuridad. Pero ahí terminaba su rutina de siglos. Normalmente sus salidas programadas de la hibernación eran un despertar en el silencio de la tumba. Pero ahora una ola de sensaciones lo abrumó.

La primera era una sensación aguda, algo que rara vez sentía: dolor. Eso lo intrigaba. A pesar del escaso espacio de su caja, levantó una manó y se tocó la frente. Sus manos eran ásperas, anchas con dedos achaparrados. En el centro de sus palmas crecían cabellos y sus uñas largas y finas estaban cortadas en punta. No eran herramientas con las que realizar una investigación sensible en la oscuridad. Pero demostraron ser aptas para la tarea. Inmediatamente localizó y, con la punta de su dedo índice, identificó rápidamente la fuente de su dolor. Una cuchillada profunda dañaba la parte superior de su frente, justo cerca del centro, bajo la línea del cabello. La herida — más de dos pulgadas de largo por el tacto — estaba abierta en el centro e incrustada de líquidos secos. Alguien lo había herido mientras dormía.

Su mente repasó rápidamente las posibilidades; aquellos que pudieran haber tenido la oportunidad. Los Szgany y los eslovacos, por supuesto, mientras manejaban su transporte. Rechazó esa teoría. Eran leales, hasta la muerte. La de ellos.

Después se le ocurrió. ¡Harker! De alguna forma el maldito inglés había... Pero no importaba. Tuvo un pensamiento fugaz para sus novias, las señoras del Castillo Drácula a cuyo cuidado había dejado a Jonathan Harker. Ellas cobrarían la deuda. El pagaría por su herida, en besos.

Satisfecho con ese pensamiento, se olvidó de Harker. Se concentró en cambio en otras sensaciones; el agua que corría debajo de él, el chirrido de la madera a su alrededor, los gritos, las risas e incluso los cantos, en algún lugar distante arriba en la cubierta. Sintió la quilla rodar suavemente, sintió el viento en las velas impulsando al barco, bajando a proa y después arriba otra vez, bajando a escora y después subiendo nuevamente, desafiando el

oleaje.

Descansó las manos a los lados y cerró los ojos. Su plan había dado resultado. Estaba en el mar y todo iba bien. El viaje de Drácula había comenzado. Las costas de la desprevenida Inglaterra lo esperaban.

Capítulo cinco

La mañana del miércoles 7 de julio trajo sol y un fuerte viendo que impulsaba al *Deméter* hacia el sur a través del Mar Negro occidental. Sin embargo, no pudo devolver el apetito al único pasajero del barco. Ni el estómago de Harrington ni su cabeza encontraron una buena razón para romper el ayuno y cuando sonó la campana de la cena, otra vez rechazó participar.

En lugar de cenar, el inglés decidió abandonar su litera para intentar acostumbrarse a caminar por el barco. No se quejaba. Tenía un buen alojamiento; una cama estilo litera (prefería la superior y usaba la inferior como silla) que usaba como escritorio y el escritorio no lo usaba para nada. Había una caja para dejar su equipaje, una repisa sobre cada cama (él tenía más libros que ropa) y su propia lámpara había estado encendida la noche anterior pasada la llamada para *apagar las luces* de las diez sin que a nadie pareciera importarle. Era cómodo, para ser una prisión. Pero tras haber dejado tierra hace solo un día, Harrington quería escapar. Por su sanidad mental necesitaba ocupar su mente en otras cosas; conocer a la tripulación y olvidarse de Europa y del último año de su vida.

No era de extrañar que los hombres estuvieran poco entusiasmados por compartir su vida con un extraño, además de extranjero, a pesar de su capacidad, en diverso grado, de hablar sus idiomas. Sus ánimos eran irregulares. Algunas veces reían y cantaban (dos tocaban instrumentos: un acordeón y un violín) pero la música parecía rápida y las risas huecas. A menudo susurraban o simplemente estaban en silencio mientras realizan sus tareas, tensos sin parecer saber el motivo. Incluso aprender sus nombres parecía como sacar una muela, particularmente entre los rusos; seguido por la monumental tarea de intentar entenderlos.

Por ejemplo, al capitán del barco. Su nombre, se había enterado Harrington, era Mikhail; un nombre ruso bastante común. (Un tripulante lo había divulgando jurando que si llegaba a oídos del maestro, negaría habérselo dicho y añadió una advertencia susurrada, «Dios salve el alma del idiota que lo use en su cara»).

Pero los nombres rusos tenían variaciones drásticas dependiendo del usuario. El formal *Mikhail* se usaría en relaciones comerciales y en documentos oficiales. El abreviado *Misha* por amigos y familiares. El más afectuoso *Mishenka* por padres y abuelos. O, si alguien deseaba ser maleducado, se podía emplear la variante *Mishka*. El nombre patronímico del capitán, Sergeyevich, se derivaba de la regla que añadía —*evich* o —*ovich* al nombre de pila de su padre, Sergei. Este había sido el apellido (como lo llamarían los ingleses) del capitán durante la mayor parte de su vida. La combinación, Mikhail Sergeyevich, se usaba formalmente con personas ajenas a la familia, otros capitanes de barco, miembros mayores de su familia, autoridades de gobierno.

Hasta hace solo unos meses, el capitán, como la mayoría de sus compatriotas, no tenía apellido. En el primer censo de la historia de la población rusa, que acababa de completarse, los censores dieron apellidos. Estos se basaban en los nombres del padre mayor de la familia. El capitán, cuyo abuelo se llamaba Nikolay (ninguna relación con el actual Emperador de todas las Rusias) todavía estaba vivo, gracias al movimiento del lápiz del censor, sería conocido en adelante como Mikhail Sergeyevich Nikilov, el apodo aprobado por el gobierno.

Entre los nuevos apellidos rusos más comunes se encontraban: Ivanov, Petrov, Vasiliev y Nikitin; todos para responder a la pregunta, formulada de forma tan encantadora por los rusos: « ¿De quién eres?». Harrington solo agradecía que no hubiera mujeres a bordo. Los nombres de mujer, según lo entendía, añadía *-ovna* o *-evna* al nombre de su padre, tomaban los nombres de su marido, o tomaban el nombre familiar paternal de su marido (con frecuencia el mismo que el de su aldea). Harrington tembló. Los nombres masculinos ya eran bastante difíciles.

Mientras Harrington lidiaba con los apodos rusos, alguien (sin que los demás lo supieran) intentaba abrir el orificio de la escotilla de popa.

Hasta ese momento, estaba oscuro como la tumba en la bodega de popa. No tan tranquilo, por el flujo de agua que pasaba por ambos lados y, siendo la parte más profunda y más a popa del barco, por los chirridos, crujidos y gemidos llenos de tensión de las líneas detrás del mamparo que hacían funcionar el timón del barco. Pero estaba igual de oscuro. Entonces se abrió uno de los dos orificios superiores y un resplandor de ámbar se coló desde la

escalerilla del entrepuente. Una forma flexible se deslizó a través de ella y, silenciosamente, cerró la tapa.

El intruso, una sombra fina, llevaba un fardo envuelto en tela e hizo una pausa al inicio de la escalera, intentando ver la disposición del compartimento en el cual no tenía razones legítimas para estar. Se movió silenciosamente, desplazándose a tientas alrededor de los lastres de arena apilados en medio de la bodega. Hizo otra pausa para acercar el fardo a su pecho.

El barco se balanceaba de forma irregular. Volvió a poner los pies en el suelo para evitar caerse e inhaló profundamente... De pronto sintió nauseas, mareo y nostalgia. Pero no se arrepentía de su decisión. Estaba donde quería estar; donde necesitaba estar. Pero basta. Tenía poco tiempo. Alguien le echaría de menos en la cubierta y necesitaba volver.

Fue a tientas entre los sacos de arena hasta que encontró un espacio que serviría. Un escondite invisible para un marinero ocupado en sus labores habituales. Tras encontrarlo, con mucho cuidado, metió el fardo hasta que dejó de verse. Se abrió paso con las manos para volver a la escalera, levantó la escotilla y al encontrar la escalerilla libre, escaló arriba y empujo la tapa a su lugar.

La bodega de popa se sumió nuevamente en la oscuridad.

Esa noche, la de su primer día completo en alta mar, Harrington tuvo la oportunidad de practicar sus nombres cuando se unió a la tripulación para cenar en el comedor. Sus compañeros eran tres rusos, el gran Moisey Olgaren, Feliks Petrofsky, y Pasha Amramoff, quienes habían navegado con el capitán por muchos años, y un rumano, Bogdan Popescu (quien no parecía caer bien a nadie), que había estado con ellos en varios viajes. Estaba presente un oficial, el segundo ruso con el amenazante flequillo, Georgiy Eltsin.

El primer oficial, Constantin, que normalmente comía con la tripulación, esa noche cenaba con el Capitán Nikilov en sus aposentos. Ippolit Smirnov, el bigote pegado a un pequeño ruso, estaba de guardia en la rueda del timón. El chico de cubierta, a quien Harrington todavía no conocía ni había visto de cerca, estaba ausente. También el viejo cocinero, tras servir su comida en silencio, había desaparecido como un fantasma. Si la desaparición del viejo Swales era consecuencia de la comida de ayer, Harrington lo ignoraba.

Lo que sí sabía, o descubrió rápidamente, era cuán

equivocadamente había juzgado su disposición a comer. Ver a los lobos de mar experimentados atracarse con cerdo salteado, salsa grasosa y galletas saladas duras untadas con trozos de mantequilla mientras la mesa oscilaba según el movimiento del mar, solo empeoraba las cosas. Cuatro bocados y el estomago del inglés empezó a protestar. Harrington respiró profundamente...

Entonces, sin motivo, Olgaren golpeó la mesa con la palma de su mano. El explosivo BANG hizo saltar a Harrington. Miró de reojo al enorme ruso. Olgaren levantó la mano, y vio los restos aplastados de la cucaracha de cinco centímetros que había matado.

Harrington se excusó y se golpeó la espinilla al salir. Se tapó la boca con la mano para silenciar un grito y la devolución inminente de su estomago, y avanzó rápidamente a tropezones desde la mesa bajo un coro de risas burlonas.

— ¡He navegado alrededor del mundo!

Harrington escuchó el grito sobre las aguas turbulentas. Respiró profundamente, mirando el remolino de bordes blancos en la fría negritud, y se obligó a mirar hacia arriba, a través de los ojos borrosos, al orador en la cubierta junto a él. Era Oliver Swales, el viejo cocinero.

A la débil luz de la media luna, y la aún más tenue luz de la lámpara de queroseno en el mástil de proa a cierta distancia, era poco más que una sombra; pero una sombra inclinada y reconocible. Encendió una cerilla y la acercó, parpadeando en sus dedos artríticos ahuecados, a una pipa corta que tenía entre los dientes. Entonces repitió en voz alta el alarde, —Oye chico. ¡He navegado alrededor por todo el mundo!

Harrington, inclinado sobre la barandilla, su cabeza colgando sobre el mar, respiró profundamente. Se pasó un pañuelo por el labio superior y dio toquecitos a los extremos de sus ojos llenos de lágrimas.

El cocinero continuó fanfarroneando. —He cazado ballenas en el amargo norte del mar alemán. He cargado sisal de la isla Gran Turca, café de Sudamérica, he empujado trigo río abajo por el Nilo inundado, y he bebido Bumboo en las indias occidentales. He navegado de un extremo al otro de la creación de dios y el mareo fue mi único compañero constante. Su pipa de arcilla hizo clic contra sus dientes. —Oye, chico, el mareo fue mi compañero constante.

Harrington se secó la boca otra vez, enrojecido y acalorado, pero

con esa irrefutable sensación de alivio que se produce después de... En resumen, se sentía bastante mejor y estaba — al menos temporalmente - seguro de su estómago. Se apoyó en la barandilla. Se dio la vuelta lentamente, ya que a pesar de la mar calmada, la cubierta estaba en constante movimiento, y apoyó la espalda contra el baluarte. La etiqueta dictaba que respondiera, pero no se le ocurría nada. Su boca sabía a vomito. Mejor mantenerla cerrada.

El viejo, cabello blanco ralo, rostro ovalado y enrojecido, sujetando con fuerza su pipa, soltó una nube aromática de humo y señalo sobre el lado del barco. —Espero que no sea un comentario sobre mi forma de cocinar

Harrington negó con la cabeza para asegurarle que no era así.

El cocinero soltó una risa cogestionada llena de humo. El ceño fruncido de inglés se perdió en la oscuridad, o el cocinero lo ignoró, pero dio a Harrington una palmadita en el hombro de forma paternal y continuó como si no lo hubiera visto. —No tiene por qué avergonzarse, joven. La mayoría de la gente vomita después de tomar su primera comida a bordo. Algunos luchan durante días por mantener la comida; son días largos y extenuantes. He visto a gente, elegante señor, que no podía moverse de la cama durante el viaje, vértigo, náusea luchando por levantarse solo por una única razón, vomitarlo todo y volver a la cama. He visto a hombres tan abrumados por el mareo que se murieron de hambre durante el viaje. ¿Y quién podría culparlos? ¿Quién podría comer? ¿Cómo podías comer? ¿Cómo podría uno tragar piel de cerdo, carne asada sangrienta medio hecha, guiso de pescado con algunos de esos locos bastardos comiendo cabezas frente a uno. Con el barco moviéndose de arriba abajo, empujado por las olas. La cubierta moviéndose hacia delante y atrás, de estribor a puerto; cabeceando y ladeando, cabeceando y ladeando.

Harrington se dio la vuelta y, sintiendo arcadas desde el fondo de sus dedos de pie flexionados, vomitó por la borda otra vez. Entre los espasmos, en alguna parte detrás de él, se alejaba el timbre de la risa.

Con el estómago vacío, su mareo casi dominado, su boca enjuagada y sus labios limpios otra vez (gracias a uno de los barriles de lluvia en la cubierta), y su camisa y chaleco enderezados, Harrington avanzó con cuidado por la escalerilla de babor, junto a la caseta del entrepuente hacia la parte posterior del barco, con la intención de volver a su camarote y litera. De pronto, su celda de prisión

alquilada no sonaba tan mal.

Hizo una pausa en la esquina posterior de la caseta, escuchando el sonido de la campana del barco. Fue seguido por el falsete rasposo de Smirnov, «Ocho campanas y todo está bien». Entonces, bajo su respiración, añadió: «Excepto por Popescu que llega tarde otra vez a relevar la guardia».

Harrington echó un vistazo por la esquina. En la pálida luz de la lámpara, solo podía intuir a Swales charlando con Smirnov en el timón del barco. Harrington puso los ojos en blanco y se apoyó contra el mamparo oculto en la sombra. Había tenido más que suficiente de Swales por una noche. Mejor volver a popa y esperar que desapareciera. Seguramente el viejo cocinero bajaría pronto.

El *Deméter* cabalgaba las oscuras aguas con relativa facilidad, cabeceando y ladeándose solo ligeramente, con un bandazo ocasional en la proa, mientras acortaba camino hacia el suroeste. La brisa cálida de la noche soplaba suavemente en el lienzo hinchado de las velas. Llegó a la escotilla delantera cerrada y la abrió, buscando a tientas el mástil principal, cuando el barco enfrentó una ola particularmente fuerte. La cubierta se inclinó y una de las velas de foque se soltó con el sonido de un disparo. Entonces se oyó un sonido que Harrington conocía demasiado bien. En algún lugar en la oscura proa estribor escuchó a alguien enfermo.

Harrington sintió pena por él. El fondo de su estomago todavía rugía. Su nariz y garganta ardían. Todavía sentía un agotamiento inminente. Pero, perdonadlo, estaba secretamente encantado de no estar solo. Alguien más, pobre alma, sabía por lo que él había pasado (su estomago gorgoteó), lo que estaba soportando. Y, en este mundo cruel, ¿quién quiere estar solo realmente? Avanzó preguntándose si podría servir de más ayuda que el insoportable viejo cocinero. Quizá podría ofrecer apoyo moral a falta de otra cosa.

Llegó al baluarte a nivel de la fuerte jarcia del mástil principal, se agarró al cabillero para sujetarse por el movimiento de la cubierta y, en la proa iluminada por la luna, vio la forma del chico de cubierta.

Se inclinaba por la barandilla y ancla de estribor, como había hecho antes Harrington, vomitando violentamente al mar.

El inglés espero silenciosamente, no quería sorprenderlo, hasta que la emesis hubiera completado su curso. Entonces, cuando el chico jadeando tomó aire, y se secó los ojos húmedos con una manga y su boca embobada con la otra, Harrington gritó — No te preocupes, chico.

El chico sorprendido lo miró con auténtico terror.

Harrington vio poco bajo esa luz, pero sentía que el joven enrojecía de vergüenza. —No estás solo — dijo, intentando confortar al chico —Créeme, lo sé.

En realidad no lo sabía. Aparentemente el chico sentía ganas de correr. Y eso fue exactamente lo que hizo, sin decir palabra, huyó del sorprendido académico desapareciendo en las sombras de la caseta hacia popa. A la distancia, Harrington escuchó al timonero gritar el nombre de Funar. La llamada no obtuvo respuesta. Entonces escuchó el portazo al cerrarse la puerta de la caseta.

Harrington estaba estupefacto. No había querido asustar al chico. Lo único que intentaba ofrecer el confort que le había sido negado por el arrogante cocinero. Su idea pasajera de seguirlo y disculparse fue rápidamente desechada por su propio estómago enfermo. Su cabeza, con un ligero mareo, tomó la decisión de olvidarse del chico de cubierta y retirarse a su propia litera. Sus piernas temblorosas estuvieron de acuerdo. La propuesta fue aprobada sin objeciones.

Capítulo seis

Las rutinas de la navegación fueron interrumpidas el jueves 8 de julio por dos incidentes extraños, consecutivos, a bordo del *Deméter*.

La mañana amaneció brillante y Harrington, sintiéndose mejor, salió para respirar el aire marino. El capitán y el oficial estaban charlando cerca del timonero. Olgaren estaba rebobinando una línea a los pies del mástil de mesana. (Llamarlo cuerda, había aprendido el académico, era un pecado grave a bordo) Los otros estaban en la sección media del buque, en los obenques del mástil principal, haciendo lo que los marineros hacen con las velas. El inglés no pretendía saberlo, pero se lo explicaron más adelante.

Smirnov, con su impresionante bigote y la misma camisa sucia había estado en la jarcia solo una vez. Esa mañana iba subir a trabajar. Dos marineros expertos, Petrofsky y Amramoff tuvieron una amistosa discusión sobre quién debería subir con él.

Ambos eran marineros capaces. Como muñecas de papel, solo se distinguían por la cabeza, pero las diferencias eran notables. Feliks Petrofsky llevaba el pelo negro como un caballero, con grasa y peinado al medio. Tenía grandes ojos castaños y era el hombre más tranquilo que Harrington había conocido. Pasha Amramoff era el carpintero del barco y, hasta la llegada del extraño Smirnov, era también el personaje del barco. Amramoff reía fácilmente, su barba en punta y la explosión redonda de pelo rubio hacía que su cabeza pareciera uno de esos conos de helado comestibles que Harrington había visto bajo el título *Cucurucho con crema*, la receta en «*Marshall's Cookery Book*», el libro de cocina de su madre

Petrofsky ganó (o perdió) la discusión y subió al mástil con el nuevo hombre. Su misión era ajustar una línea, llamada «contra», para evitar que la parte superior de la vela cangreja principal colgara a sotavento. Esto podría haberse conseguido bajando la vela pero, con una brisa cálida, cielo despejado y mar en calma, el oficial pensó que era un día bonito para que Smirnov trabajara en las nubes.

Petrofsky había subido la percha hasta el borde de baluma de la vela, donde Smirnov esperaba en el mástil para pasar la línea a

través de la polea y hacia abajo. Harrington observó durante varios minutos antes de darse cuenta de que Funar, el chico de cubierta, también había subido. Funar colgaba, a mitad del obenque, mirando hacia arriba a los marineros de verdad como una pequeña araña temblorosa en una red. El inglés no podía evitar admirar al chico. Con nada excepto unas pocas líneas y a diez metros de aire de las otras manchas en la cubierta, ignoraba su miedo y con valentía mostraba sus talones a los que estaban abajo.

Entonces apareció Swales. El viejo cocinero, inclinado y beligerante como siempre, salió de la caseta llevando desechos para el mar. Hizo una pausa, frunció el seño y entonces vio a los tres arriba. Reaccionó violentamente y gritó — ¡Carrie! Swales dejó caer su cubo. — ¿Qué estás haciendo, bonita? ¡Dios bendito! ¡Baja antes de que te rompas la cabeza! A quién y para qué estaba gritando, Harrington no tenía idea. Ni tampoco, por sus expresiones, los sorprendidos marineros en sus puestos altos y bajos.

Ese fue el primer incidente raro. Con todo lo extraño que era, no debería haber causado el segundo.

Petrofsky, en la punta de la percha de la botavara, entre la vela principal y la mayor, sentía tanta curiosidad como los demás por los aullidos del viejo cocinero. Estirando el cuello, distrajo la atención y los pies. Petrofsky cayó.

Habría caído a la muerte si no hubiera actuado. Conocido como el «Punzón» del barco, Petrofsky llevaba la herramienta metálica para cuerdas (por la que le habían puesto el apodo) en un cordel alrededor de su cintura cuando estaba en cubierta. Al caer, se la puso en la mano, se balanceó rápidamente y metió el punzón a través del pie de la vela mayor. Durante un instante sin respiración se balanceó a quince metros sobre la cubierta como uno de los acróbatas del trapecio de Jules Léotrard, los brazos extendidos entre el punzón que había introducido por la vela y la percha cangreja en la otra mano, que todavía sostenía el alarmado Smirnov en el mástil que luchaba por soportar su peso.

—Swales ¿qué demonios estás...? La diatriba del capitán fue interrumpida por Smirnov, chillando como una mujer, a punto de soltarse del mástil.

Los obenques, Harrington sabía, no eran lugar para él. Los otros podían subir, ¿pero para qué fin? Amramoff, en el cabillero, esperando que el marinero de bigote pasara la línea hacia abajo cuando el cocinero gritó y las cosas fueron de mal en peor, no había forma de ayudar desde abajo. Swales se sacudió de lo que fuera que hubiera causado su estallido y, avergonzado y enojado, miró con

desesperación. El capitán y el oficial Olgaren estaban allí. Eltsin amarró la rueda del timón y se unió a ellos. Aparte de Popescu, que descansaba de su guardia y estaba acostado, todos estaban ahí. Pero ¿qué podían hacer?

Entonces la vela mayor principal se rompió. Petrofsky no tuvo otra opción que soltar su Punzón y confiar en Smirnov. Eso hizo y se balanceó en la botavara como un bucanero hasta la vela principal, donde su compañero luchaba por sujetarse a la línea y el mástil.

El primer oficial saltó a la jarcia y empezó a subir. Pero, para sorpresa de todos, Funar estaba bastante arriba, haciendo algo más que mirar. Había subido incluso con Petrofsky colgando y había logrado llegar al obenque. Sujetándose con un codo y una rodilla, el joven duendecillo había agarrado a Petrofsky con el otro brazo y pierna y había tirado de él hacia la seguridad del obenque. Ahí, encontraron el nudo de «contra» que mordía la mano de Petrofsky. Soltaron el nudo en miniatura (que irónicamente le había salvado el cuello) y descubrieron que su salvación había tenido un precio. La mano de Petrofsky se había desgarrado. Solo su piel callosa evitaba que se le soltaran el pulgar y el índice. Constantin llegó y, con Funar, ayudó a bajar a Petrofsky.

Smirnov temblaba como una hoja, había saltado para escapar de la jarcia y cayó los últimos dos metros y medio hasta la cubierta. Se puso de pie inmediatamente, sujetándose la espalda dolorida y observando con los ojos muy abiertos como los otros ayudaban a Petrofsky. El Punzón no dijo una palabra, mientras Smirnov gritaba y corría (su aversión a las alturas no superaba su miedo a la sangre).

La tripulación ignoró las excentricidades de Smirnov ahora que Petrofsky estaba a salvo. En cambio, como si alguien hubiera tirado una lona húmeda, intercambiaron silencio y miradas envenenadas. Para aliviar el mal ambiente, Eltsin dio una palmada a la espalda del Punzón, miro de reojo su mano ensangrentada y se puso a silbar.

Amramoff rió (Amramoff siempre estaba riéndose), y dijo, —Menos mal que Popescu está abajo. Estaría contando abalorios; agradeciendo al Señor y culpando al diablo todo en la misma frase.

—Echaría la culpa a la maldición del barco — dijo Olgaren. Excepto las olas rompiendo y el viento azotando las velas, la cubierta se quedó en silencio. Sonrojado, el gran ruso añadió, —No yo, Popescu dice que hay una maldición.

— ¡Ya es suficiente! —bramó Constantin. —La única

maldición... ¡son los malditos trabajadores del barco que son descuidados en sus tareas! Intentemos corregir eso.

Cuando todos volvieron a sus tareas, Harrington notó que el chico de cubierta no estaba. Observó también que el capitán y el cocinero intercambiaron algunas palabras, aunque solo escuchó un fragmento.

—No necesito decírselo, Swales, ese hombre casi...

—Sí, capitán — añadió el cocinero. —Lo siento, señor. No quería distraer a nadie. Pensé que...había visto algo... Que no podría haber visto. No tengo ni idea de qué me sucedió. No ocurrirá otra vez.

Nikilov permitió que se retirara, preguntándose si el oficial no habría cometido un error contratando a ese viejo marinero. Su presencia era una cosa más a la que debía estar atento...

— ¿Quién de ustedes es el doctor? —preguntó Harrington, interrumpiendo los pensamientos del capitán.

—No hay doctor — respondió simplemente Nikilov. Señaló al oficial y, junto con Eltsin, regresaron al timón.

Harrington los vio alejarse, preocupado de que el barco no llevará médico. Aparentemente, era la política del barco que nadie resultara herido. Entonces escuchó a Swales, retumbando otra vez, preguntar a Petrofsky si necesitaba ayuda abajo. El Punzón, con el brazo agarrado, la bandana ensangrentada envuelta alrededor de la mano, negó con la cabeza y se dirigió a la caseta. Swales lo siguió, murmurando a Harrington al pasar, — El cocinero hace de doctor.

— ¡Por supuesto! Si necesita ayuda, he leído bastante de medicina.

—Venga, —dijo Swales. —Si lo desea. Recogió su cubo, tiró los desechos y, con Harrington, alcanzó al paciente. El lesionado Petrofsky dirigía el camino hacia abajo. El rengueante cocinero y el académico lo siguieron obedientemente.

Preocupado, el capitán observó el desfile. ¿A quién y a qué había dejado subir a su barco?

Ni durante su momento de desafío a la muerte allí arriba ni después, mientras se dirigían entre cubiertas, Petrofsky no había dicho ni una sola palabra. (Ahora que lo pensaba, Harrington no estaba seguro de haberlo oído hablar alguna vez). Ahora, en la cocina, obligado a responder preguntas, el secreto del silencio del Punzón quedo al descubierto. Petrofsky tartamudeaba al hablar. No era que molestase a Harrington; pero a muchos sí. Pero un ruso tartamudo (con su dicción aguda y exacta) era algo que merecía

oírse. Y, aunque nunca nadie lo había mencionado, la condición avergonzaba a Petrofksy lo suficiente para que prefiriera mantener la boca cerrada.

Tragarse el dolor era una disciplina que venía bien, pensó Harrington, cuando el cocinero le dijo al marinero que la herida necesitaba puntos. —Lucharemos como demonios para mantener fuera la infección — dijo Swales mordiendo su pipa apagada. —Y no querrás que se gangrene. Petrofsky tomó la noticia de la misma forma que tomaba todo: en silencio.

Recibieron permiso para cuatro raciones de ron, tres para que Petrofsky bebiera y otra para desinfectar la herida. Las herramientas disponibles eran: jabón y agua dulce, toallas y paños limpios, un carrete de hilo grueso, un anzuelo para pesca, y por último una lima y un par de tenazas que pidieron prestadas al carpintero del barco. Mientras Harrington rasgaba los paños y Swales limaba la púa del anzuelo, Petrofsky bebía ron. Mientras el académico limpiaba la herida y el cocinero esterilizaba el anzuelo y las tenazas, el marinero tomó una segunda ración. Mientras el inglés mojaba la herida rezumante y Swales enhebraba el anzuelo, el ruso tragaba su tercera ración y no paraba de hablar, arrastrando las palabras pero sin signos de tartamudeo.

Para evitar los detalles más sórdidos, coser la herida fue sangriento, doloroso y Petrofsky perdió el conocimiento durante el proceso. Pero la operación fue un éxito. Los puntos se mojaron por última vez y se vendaron. Después Harrington y el primer oficial llevaron al inconsciente Punzón a su cama donde permaneció durante el resto de ese día y la noche.

Harrington volvió a la cocina. Habían llevado a cabo la operación en la mesa del comedor y lo correcto era ayudar a Swales a limpiarla antes de la próxima comida. Constantin se quedó atrás. Notó que la puerta a la bodega principal estaba abierta y, sabiendo que no debería estar abierta, decidió investigar.

El oficial extendió la mano hacia la puerta de la bodega cuando esta se abrió. Para su sorpresa y molestia, salió Smirnov. — ¿Qué estás haciendo aquí?— preguntó Constantin.

El enjuto ruso miró por sobre su ridículo bigote con ojos brillantes. Se limpió la mano en la parte delantera de la camisa sucia, aclaró la garganta y en esa voz de tono alto que el primer oficial estaba llegando a detestar, trinó —Nada. Y después de pensarlo mejor añadió: —Señor.

—Abandonaste la cubierta después de que el Punzón resultará herido. ¿Viniste aquí abajo? ¿Por qué?

Smirnov devolvió la mirada estúpidamente. —Solo....estaba mirando.

— ¿Qué significa eso? Los ojos pequeños y brillantes diseccionaron al nuevo marinero. Se le ocurrió una idea, la tensión desapareció de sus duros rasgos y el primer oficial sonrió (aunque parecía una mueca). —Vi que estabas alterado por lo que le paso a Petrofsky, Te sentiste mal al ver la sangre...y saliste corriendo ¿no? Por un momento, ¿no?

Smirnov parecía confundido pero respondió «Sí, señor.» de todas formas.

—La vida en el mar puede ser dura.

—Sí, señor.

—Es gracias a ti y a Funar que Petrofsky está vivo.

—Sí, señor — repitió Smirnov y encogió los hombros.

—Actuaste bien, a pesar de tu miedo y excitación.

El marinero simplemente se encogió de hombros otra vez, pareciendo no entender el cumplido. Constantin frunció el ceño preocupado de que el hombre que había contratado no solo fuera raro sino además idiota. No importaba un ápice. Estaban en el mar y Smirnov era uno de sus hombres, cualquiera que fuesen sus limitaciones. —Déjame decirte algo sobre la vida a bordo de este barco— dijo el oficial. —*No* puedes encogerte de hombros por esto. La primera regla es: No vas donde no perteneces. ¿Entiendes?

Smirnov asintió lentamente. —Sí... señor.

—No tienes nada que hacer en la bodega.

El marinero miró con parpados pesados la puerta de la bodega como si nunca la hubiera visto antes. Por un instante Constantin pensó que el desgraciado iba a encogerse de hombros otra vez, pero al final asintió y consiguió añadir «Sí...señor».

—Muy bien. Vuelve a la cubierta y a tus tareas.

Smirnov se acarició el bigote y empezó a alejarse con su habitual e irritante forma de caminar. Constantin lo siguió con la mirada hasta que subió, archivando la infinidad de preguntas que le pasaban por la cabeza y después se giró para estudiar la puerta. Entró en la bodega.

Todo estaba silencioso, solo un rayo de luz de la lámpara la atravesaba mientras bajaba los escalones y descubría que todo estaba en su lugar: sacos de arena, cajas de tierra, barriles de aceite, nada más. Pensó en bajar aún más para echar un vistazo más minucioso, pero decidió que no. No había nada fuera de lugar; nada

excepto un sentimiento inquietante. Sí (lo admitía). *Sentía* que había algo malo en las profundidades del barco.

Entonces le sobrevino un nuevo sentimiento: vergüenza. ¡Estaba siendo ridículo!

Al volver a la escalerilla cerró bien la puerta. Smirnov había huido a la bodega en un momento de cobardía. Mientras ese momento hubiera sido después, y no antes, del incidente, ¿qué más le daba? El primer oficial volvió a la cubierta donde el resplandor rojo y naranja del atardecer lo inundó y desvaneció el pesimismo que se había apoderado de él en la bodega. Sus pulmones se llenaron del aire fresco del mar y, a pesar de sí mismo, Constantin sintió un abrumador sentimiento de alivio.

El sol descendió bajo el horizonte, un lazo rojo flotando en las olas. Se hundió en una tarde azul y desapareció en la noche oscura. En la bodega delantera, en su caja, los parpados casi traslucidos que cubrían los ojos del Conde Drácula se abrieron. Dio una bocanada de aire cuando termino su sueño intermitente.

Estaba escuchando...más intensamente que nunca, los sonidos de lejos; olas psíquicas y sónicas que cabalgaban por el éter a medida que la nave cruzaba el mar. Había estado escuchando, durante días, al incesante zumbido de las moscas, al aleteo de sus alas de cristal, el arrullo del lunático, los quejidos del doctor que se daba importancia controlado como un cordero para encontrar que todo el asunto era una molestia. Escuchar el terror y sorpresa de Seward cuando la afición *enfermiza* de Renfield floreció. Era impresionante cuánto ruido hacían las arañas, escabulléndose, hilando y alimentándose. Drácula sonrió al recordarlo.

Pronto el psiquiatra, tan lejos, había olvidado todo sobre las moscas. Porque las arañas de Renfield eran una molestia creciente.
— ¡Debes deshacerte de ellas!

—Oh, pero Dr. Seward...

—Y no hace falta que te pongas tan triste. Debes deshacerte de algunas de ella, a toda costa. — ¡Tres días! Igual que antes. Tres días para deshacerte de algunas de esas arañas.

Renfield respondió, como siempre, escribiendo en su pequeño cuaderno de notas; cifrando, sumando, restando, multiplicando, dividiendo maniáticamente hasta que el mundo desapareciera. ¡No era inteligente darle una pluma a un lunático peligroso! Entonces el silencio... al interrumpir los garabatos.

¡Habían sido muy entretenidos todos los *crujidos* y *chapoteos* que siguieron! Cuando una mosca inflada como un carion entró volando a la habitación, el paciente enfermo, la agarró en el aire y

la sostuvo (por insistencia de Drácula) para asegurar que el doctor la viera bien y después Renfield de la metió en la boca como si fuera un caramelo.

— ¡Renfield, por Dios! ¡No me refería a eso! Oh, no es lo que te pedí, para nada.

Entonces, desde su caja de tierra, desde el mar, Drácula remontó el creciente éxito del experimento solamente susurrando, — ¡Es delicioso! Es muy bueno para ti.

En cuanto las palabras dejaron sus labios, a miles de millas de distancia en Purfleet, salieron de los de Renfield: —¡Pero es muy bueno, Dr. Seward! Muy saludable. Es vida. Es vida fuerte. Y, oh... — se extasió el lunático— me da vida a mí.

¡Muchas noches de teatro de marionetas similar! Ida y vuelta sobre el viento. Ahora otra vez, esta noche, sobre el agua, sobre las millas recorridas, el Conde Drácula escuchó la voz de quien sería su sirviente.

Al igual que con las moscas, Renfield había dejado atrás su obsesión con las arañas. El buen doctor insistió. Pero Drácula era generoso y su excelente sirviente se merecía tener un pasatiempo. ¿O no? Ahora el vampiro escuchaba mientras se levantaba el telón y Renfield presentaba a su psiquiatra del este de Londres su *afición* más reciente.

—Es un gorrión común, Dr. Seward. No tiene nada de malo ¿no? Solo es un gorrión, solo una mascota.

— ¿Qué paso con tus otras, eh, mascotas? —Entonces oyó su respuesta en tono agudo y prepotente. —Oh, ya veo. Son... Tus arañas y moscas....su número parece haber disminuido mucho.

—Debo amaestrar al gorrión, ¿no? Es simple en realidad. Una cuchara de azúcar para tentar a las moscas....un puñado de moscas para saciar a las arañas... Las arañas para, oh, simplemente para amaestrar al gorrión.

En reposo, Drácula asintió con la cabeza para demostrar su aprobación y susurró, —La sangre es la vida.

A miles de millas Renfield lo repitió, —La sangre, Dr. Seward... La sangre es la vida.

En la oscuridad, Drácula escuchó el tensar de las líneas, el crujido de los mástiles y el viento en las velas. Escuchó las olas golpear contra el barco, el agua pasando por debajo. Sintió girar la quilla a medida que la proa se mecía. La cama de tierra estaba fría en su espalda. El moho le picaba la nariz. Entones vino otro olor: duro, metálico y, a medida que lo reconocía, implacable. El olor a sangre humana.

Levantó las manos, sintió los confines de su casa y respiró. La sangre siempre estaba en el aire, rodeándolo como el mar rodeaba al barco. Pero esta diferente. Estaba en el aire como el polen; no amortiguada por las capas habituales de grasa y tejido, no corriendo bajo la presión arterial y venosa sino quieta como el agua de un estanque. Sangre, al exterior. Alguien a bordo de este barco estaba herido.

El Conde Drácula sintió el hambre; la abrasadora necesidad de sangre.

Empujó hacia arriba con las palmas y las uñas chirriaron en las esquinas de la caja. Pero el sonido, como un silbato de advertencia, lo hizo detenerse. Retiró las manos, formando puños. ¡No!

No. Había un plan, y tendría que llevarlo a cabo. La sed de sangre debía ser dominada, porque el barco tenía que llegar a Inglaterra. Apretó los dientes, se obligó a descansar las manos a los lados y cerró los ojos. Tenía que ser paciente. Por encima de todo, el barco tenía que llegar a Inglaterra.

Capítulo siete

La mañana del viernes 9 de julio Petrofsky, aturdido por la resaca de ron, estaba de mal humor y se compadecía de sí mismo ante su desayuno intacto. Veinte puntos en una mano que palpitaba como el infierno ardiente, perdida entre capas de vendajes y su primera tarea esa mañana sería subir y reparar la vela que había dañado ayer. Habían salido del puerto consoló los hombres necesarios para navegar. Lesionado o no, no podían prescindir de él.

— ¿Café o té? El viejo Swales merodeaba con un hervidor en cada mano.

Petrofsky sonrió débilmente. Apreciaba al cocinero y al ratón de biblioteca, que habían cuidado de su mano pero no entendía porque el desgraciado se había puesto a gritar en cubierta, despistándolo desde su percha en primer lugar. —Ca-ca-ca-fé-

— ¿Pensé que odiabas mi café?

—Ssssi. Petrofsky cedió y asintió. —El...agua es ho-ho-horribe....deja el....té in-in-insípido. El ca-ca-café es tan malo que lo esconde.

— ¿Mi café? Dios bendito, ¡eso es una gran mentira! Otros cocineros compran mezclas baratas de granos estropeados, achicoria y excrementos de rata. Lo tuestan, lo muelen, es casi imbebible. ¡Este de aquí es de Sudamérica! —refunfuñó Swales con disgusto. — Es mejor que comas. Hay carne para la cena, pero falta mucho para la cena. Y tienes que recuperarte.

Petrofsky, enfadado otra vez, pensó en preguntarle de qué iban los gritos de ayer, pero lo dejó pasar. Swales era demasiado viejo para navegar, estaba loco de atar y, le gustará o no, no tenía explicación para su comportamiento. ¿Cuál era la diferencia? Su mano le dolía de todas formas y aún tenía una vela que reparar.

En la tarde, aburrido y con ganas de salir, Harrington decidió hacer un recorrido por el barco. Llegó a la cubierta y, bendita su suerte, justo cuando llamaban a los hombres a su ración de ron.

Desde hace mucho tiempo se consideraba que el ron era bueno

para la salud de los marineros, excelente para su actitud y en la mayoría de los barcos se repartían raciones de ron diariamente a cargo de la compañía. La infusión del *Deméter* se guardaba de la caseta de popa, bajo los ojos del timonero, en dos barriles de roble elípticos de noventa centímetros de alto y sesenta centímetros de ancho entre la parte frontal y la posterior. Cada barril cintado contenía medio tonel; uno estaba pinchado y otro esperaba intacto.

Los hombres se habían acercado cada día desde que salieron de Varna. Harrington, que pasaba en el momento adecuado, fue incorporado a la fila por Swales para su primera experiencia. Como es habitual, el académico aprovechó la oportunidad de hacer preguntas. — ¿Por qué ron? ¿Los rusos no beben vodka?

— ¡Tonterías, joven! Esto no es beber— dijo Swales. —Es la ración diaria.

— ¿Vodka? Olgaren se entrometió. Con su tamaño, ¿quién podría detenerlo? —Cuando el Capitán Nikilov empezó a navegar de jovencito, cada barco llevaba vodka manufacturado por el estado. Odia el vodka, intensamente.

—Ni siquiera le gusta la palabra — dijo Amramoff.

Los hombres rodearon a Harrington.

—Los mares están llenos de tripulaciones de barcos que beben ron. El Capitán Nikilov es tan bueno como cualquiera. Olgaren se inclinó, amenazante. — ¿Estás diciendo que no lo es?

— ¡No! —Gritó Harrington.

Constantin, en el picador, disparaba malvadas miradas de fastidio. Era, en términos marineros, un buen oficial. Solía estar solo o con los oficiales y evitaba estar con la tripulación. Servía la ración sin preocuparse por la tarea y nunca, bajo ninguna circunstancia, bebía con los hombres ante el mástil. —Avanzad —ordenó a la fila.

— ¡El inglés tiene algo contra nuestro capitán! dijo Amramoff. Entonces, girándose hacia el pasajero preguntó — ¿Qué tienes contra nuestro capitán?

—Nada, — dijo Harrington. —Nunca he sugerido nada parecido.

Siguió un silencio tenso...hasta que la tripulación estalló en carcajadas. Olgaren dio una palmada en el hombro a Harrington con su enorme mano. El académico se enderezó y después se unió a ellos. Al apagarse las risas, Amramoff explicó: —Él ofrece ron porque el capitán es un hombre religioso.

Empezaron a reír otra vez. Harrington miró dubitativo al cocinero.

— ¡No eres un académico! —dijo Swales con su gruñido burlón. — ¿No sabes que el alcohol se evapora al fermentar? La mayoría

pierde cerca del dos por ciento, sino más. El ron pierde, ¿qué? ¿Ocho, diez por ciento? Se llama la *parte de los ángeles*. El ron del capitán les da a los ángeles una porción más grande. Justo lo que esperarías de un hombre pio.

—Se están divirtiendo a tu costa. Significa que les gustas —el oficial dijo a Harrington. Levantó una taza. —*Les* caes bien.

La tripulación rió descontroladamente. Mientras el sonrojado Harrington aceptó su ron, le quedó claro que si no espabilaba sería un viaje realmente largo. El pensamiento le recordó una pregunta que nunca había hecho. —Sr. Constantin, ¿cuánto demorara el viaje?

El primer oficial lo miró con ira y se encogió de hombros.

—Me doy cuenta que no puede saberlo. Pregunto cuánto tiempo debería tomar el viaje.

El oficial lo examinó como si fuera estúpido. —Eso no depende de nosotros. Dependemos del viento y del clima. Para terminar la discusión, gruñó: — Llegaremos allí cuando lleguemos.

Su conversación con el primer oficial había ido tan bien que, después de tomar su ración, Harrington continuó su recorrido, lejos del malhumorado caballero. Pronto se encontró en el camarote de la tripulación.

La habitación tenía una lámpara de aceite apagada, ningún ojo de buey y, excepto un rayo de luz que se colaba desde la escalerilla, estaba sumida en la oscuridad. Habían camas de sobra debido a la escasez de hombres del *Deméter*; diez literas permanentes, con cama superior e inferior, y ganchos para hamacas si fuera necesario. Ocho literas tenían sus cabezas contra el casco de estribor y dos, para los oficiales, en paralelo al mamparo interior. Sobre cada una había una repisa para artículos personales (libros, cartas, mazos de cartas, curiosidades de puertos exóticos e incluso la fotografía de una reunión familiar) y, a los pies de las literas de los oficiales, gabinetes para el equipaje cada hombre. Había dos orinales...con su olor correspondiente.

La puerta de la escalerilla llevaba al comedor. — ¡Entre! bramó Swales mientras Harrington intentaba pasar sin ser visto. Susurrando, el cocinero añadió: —Tómese un trago conmigo.

A Harrington no se le ocurría nada que deseara evitar más. — ¿Tenía la impresión de que, aparte de la ración, el capitán no permite beber alcohol?

—Sí, no le gusta. ¡Así que no diga nada!

Agarrando su brazo con su mano artrítica, Swales lo arrastró hacia adentro.

El comedor tenía una mesa y poco más. Detrás estaba la calurosa cocina donde Swales hacía su trabajo. Tazas, platos, ollas y jarros llenaban las estanterías. Sartenes pulidos colgaban brillantes desde el techo. La principal atracción era un tubo de cocina metálico lleno de arena, de un metro veinte de ancho que llegaba hasta el pecho. Swales encendía los fuegos encima de la arena, bajo los marcos de hierro que soportaban las ollas. Una chimenea con conducto de estufa se extendía desde la campana, a través del techo de la caseta, pero, en realidad, la mayor parte del humo volvía a la cocina. Estaba prohibido fumar abajo y los fuegos de la cocina estaban prohibidos en la noche, con mal tiempo o mar bravo. Detrás de la cocina estaba la despensa y la litera de Swales.

—Por aquí, joven. Swales levantó una botella por el cuello.

—No soy muy bebedor, en realdad — dijo Harrington al sentarse a la larga mesa del comedor.

— ¡Excelente! El viejo rió, agitando el aire con la botella. — Porque esto no es my bueno. ¿Qué pasa? ¿La ración no le sentó bien? Coja una taza de agua. Mézclelo, haga un grog, una mezcla de agua caliente azucarada, licor y limón.

Vertió la botella y levantaron sus vasos. Swales bebió profundamente y después suspiró. Harrington dio un sorbito, torció y frunció los labios y después tosió. — ¿Qué es esto?

—Mediasch dorado, un vino de Transilvania. — El cocinero se rió. —Sí, ¡más bien malo!

—No, solo que causa un ardor extraño en la lengua.

—Que es justo como uno sabe que es de mala calidad. Swales se dejó caer frente a él y sirvió otro vaso. —Todo el vino de Transilvania es una mierda. Los productores de vino son unos cabrones sucios y vagos. No discriminan. Mezclan todas las uvas, las verdes, las maduras y las demasiado maduras. Movió su mano torcida en el aire y gruñó de disgusto. —Y el prensado, ¡dios mío! Hombres casi desnudos bailan descalzos a la música de la gaita, pisando con toda su fuerza una fruta escogida sin cuidado. ¡Imagínese eso! —Se estremeció. — Todo es malo. ¡Y así preparan el vino en todo el país!

—Si es tan despectivo, ¿por qué lo toma?

—Cuando uno trae algo abordo sin que lo sepa Nikilov, lo hace si el contrabando es bueno. No puedes ser exigente.

—Eso pensaría uno, para justificarlo, que la recompensa debería valer la pena el riesgo.

Swales se rió. —Ah, ¿hablamos de riesgo? ¿El suyo? — El viejo lo miro sabiamente. — ¿Qué le trajo a bordo de este barco, joven? A menos que me equivoque...una pequeña dama ¿no?

— ¿Cómo lo sabe?

— ¿Qué podría ser...a su edad? ¡Y me habla de riesgo! Si quiere tener problemas, joven, acérquese a cualquier cosa con ruedas o pezones.

— ¿Es por eso que navega?

—Dije a su edad. —Swales soltó una risa corta y vacía. Después se puso serio. —Los viejos, como los mejillones, van al mar solo para conservar lo que tienen o porque lo han perdido todo.

— ¿Y usted?

—Estoy intentando conservar lo que tengo: una hija y un padre.

— Un padre, ¿todavía?

—A punto de cumplir los cien, si todavía vive. La última carta fue de hace un año. Quiero ver a mi padre antes de que pase a mejor vida. Y a mi hija. No tiene idea de cuánto puede extrañar uno a su hija. No se imagina lo que mucho que duele el corazón.

—Bueno, en eso se equivoca.

—Ah, ¿sí?

Harrington se bebió el Mediasch, tragó con fuerza, respiró profundamente y miró a los ojos del viejo. —Sr. Swales, ¿tiene alguna relación o la ha tenido, ha hecho negocios o es amigo cercano del Alcalde mayor de Bukovina?

—Bukovina, la conozco. Nunca he oído hablar de él.

—Un pez bastante grande en un estanque muy pequeño.

— ¿No lo son todos? Y él, este alcalde tan importante, tiene... ¿una hija?

Harrington asintió sombríamente y golpeteo el borde de su vaso vacio. Swales sirvió y el inglés bebió. —Una cosita encantadora... Y su padre me odia.

—Todos los padres odian a los enamorados de su hija.

—Me quiere muerto.

—La mayoría de los padres quieren ver muertos a los galanes de su hija.

—Él y sus hijos intentaron matarme.

—Eso es más original.

—Dispararon a mi sombrero. Harrington vació su vaso otra vez. —Me insultaron, me llamaron cerdo. Respiró larga y profundamente. —Me acusaron de dejarla embarazada.

—Te habría matado yo mismo, y no habría fallado.

—Pero no era verdad. No es verdad. No puede serlo.

—Ah, ¿sí? A mí me pareces sano.

—Sí. Pero no es posible. Harrington negó con la cabeza. —Yo nunca...nosotros nunca...jamás.

—Así que ¿podría no ser verdad de tu lado?

— ¡Tampoco de ella! No es una mentirosa. Ella me quería. ¿Y no era su nombre Ekaterina? ¡Del griego Katarios! ¿No significa *casta*? Si está embarazada, ¿de quién? Si no lo está, ¿por qué disparan?

— ¿No preguntaste?

—Herr Gabor no estaba dispuesto a conversar. En cambio, salieron de caza.

—Así que, ¿decidiste ir a navegar?

—Me di el piro— confesó Harrington.

Harrington tomó sorbos y Swales bebió hasta la hora de la cena. No sería mucho. Swales prefería el almuerzo como comida principal, y el ágape de la noche era sencillo: café, té, pan y mantequilla y sopa. Para sofocar las quejas, añadía pasas o melaza. ¿Quién se quejaría mientras comía algo dulce?

A medida que se acercaban las siete, seis campanadas en el reloj del barco, un Harrington lleno de vino se levantó para irse. No quería tener nada que ver con comidas, agradeció a Swales y subió a la cubierta. Allí, achispado pero intentando parecer sobrio, el pasajero inglés deambuló hacia la proa.

El viejo espolón (o *espolones*) de los grandes barcos de navegación del siglo XVII, las plataformas adornadas bajo el mascaron desde el cual los marineros trabajaban en las velas del bauprés, habían desaparecido hace tiempo. Pero la proa del *Deméter* conservaba una de las funciones importantes de los espolones: los baños. Estos eran orificios en la cubierta, a ambos lados del bauprés, por los cuales los desechos se dejaban caer al mar.

Harrington deambuló, con las piernas rígidas, hacia la proa para tomar un poco de aire y echar un vistazo al sol de atardecer. Lo que vio fue al azorado chico de cubierta en cuclillas, cubriéndose, haciendo sus cosas sobre el orificio del espolón de estribor.

—Oh, — dijo Harrington estúpidamente.

Funar levantó la cabeza y vio al inglés mirándolo. Se bajó la gorra para cubrirse la cara y gritó: ¡Váyase! Con el chillido agudo que solo un adolescente puede emitir. Harrington, sorprendido y avergonzado, retrocedió hacia popa, implorando al chico que aceptara sus disculpas. En respuesta recibió otro atormentado ¡Váyase!

El pobre chico, pensó Harrington, apresurándose hacia popa. Cada vez que veía a Rada Funar, era en alguna situación horriblemente embarazosa. Con razón el chico nunca se acercaba a él durante el día. A este paso Funar odiaría sus entrañas antes de haberse presentado formalmente.

En secreto, Smirnov se había deslizado otra vez a la oscura bodega delantera. No tenía nada que hacer allí (y se lo habían dicho), pero se metió de todas formas. Lo que sus oficiales no supieran no podía hacerles daño. Lo que Smirnov no sabía era que la encarnación del diablo yacía en una caja a menos de doce pies de distancia.

Los ojos del Conde Drácula se abrieron bruscamente. Jadeó por aire, cerró los puños e inhaló. Su pecho subió casi hasta la tapa. Su mente divagaba rápida y salvajemente a medida que sus sentidos se extendían mas allá de la tierra moldeada, la madera húmeda, el aire viciado del ataúd improvisado. Olía algo...que le pinchaba como agujas.

Había alguien en los confines de la bodega.

Pero algo más le molestaba. Podía escuchar la sangre circulando por las venas de la tripulación. Incluso podía oler la sangre del hombre herido. Pero, además de eso, olía algo...único. No algo nuevo, lo había olido antes en su tierra, pero único. Un olor en sí mismo. Inhaló otra vez profundamente. Sí, lo había olido antes y lo reconocía. Sangre...impura, manchada. Gruñó por lo bajo. Entonces, incapaz de contenerse, siseo hacia afuera. Los ojos del Conde relucían rojos en la oscuridad. Apretó los dientes ante el deseo de sangre. Pero sabía que debía controlarlo; más aún debía reprimirlo. Tenía que llegar a Inglaterra. Lo que significa que no importaba cual fuera su deseo, tenía que permanecer en la caja. Pero la tentación, el deseo intenso... La sed de sangre. Podía oler...sangre menstrual.

Había una mujer a bordo del barco.

Capítulo ocho

El capitán del *Deméter* era una criatura de orden y hábitos. Si el tiempo lo permitía (una frase que precede a todas las actividades a bordo del barco), se esperaba que el cocinero tuviera encendido el fuego a las cuatro campanadas, seis de la madrugada, todas las mañanas. Todos los miembros de la tripulación, excepto los que tenían guardia nocturna y los que estaban enfermos, debían estar levantados no después de la siete. Y el sábado fue creado para limpiar y airear el barco. Ese sábado 10 de julio no era la excepción.

La mayoría de los palurdos temía navegar debido al miedo de irse a pique, pero la causa principal de la mortalidad en los barcos era la enfermedad. Incluso los viajes exitosos a menudo terminaban con terribles tasas de sobrevivencia. El cólera, la fiebre tifoidea, el sarampión, la varicela y la disentería proliferan en los camarotes sucios y húmedos. La única forma de evitar su contagio era limpiar y airear el barco. Constantin distribuyó las tareas, ignorando las protestas de la tripulación hasta que llegó a Popescu. El desagradable rumano cometió el error de refunfuñar demasiado alto y fue reasignado a pulir los orinales (o cagaderos como tan graciosamente los llamaba Swales).

Faltaba la descripción de Popescu...porque era la última persona que alguien querría conocer. Se quejaba cada momento que no estaba siendo santurrón y solo se reía de los demás. Tenía un pico de viuda sobre unas cejas tupidas, ojos castaños de barro y una nariz puntiaguda que casi se tocaba con su puntiaguda barbilla. Era religioso sin un toque de espiritualidad (se santiguaba casi cada vez que decía una palabrota) y supersticioso sin creencias distinguibles.

Así comenzó la limpieza. Eltsin, de guardia, trapeó la cubierta delante de Petrofsky quien frotaba con una sola mano. Swales, repasando la cocina, el comedor y sus aposentos, hervía agua para Smirnov a quien le habían asignado hacer la colada. Amramoff recogía acido carbólico de la bodega de proa (un lugar donde no se atrevía a entrar por la inquietante sensación que le producía) para ayudar a Funar a fregar el cuarto de la tripulación. Trabajarían

cerca de Olgaren quien, tras terminar su guardia, se había acurrucado en una esquina sobre el suelo; una montaña que roncaba. (Cuando surgía una oportunidad para dormir, un marinero la aprovechaba)

Nikilov bajó para informar a su pasajero que él también tendría que limpiar y airear su habitación, se sorprendió agradablemente al descubrir que el inglés ya estaba llevando su colchón a cubierta. —Estoy impresionado, Herr Harrington. Gracias.

—Encantado de hacer mí parte, comandante.

—Me gustaría que toda mi tripulación compartiera su actitud. Dígame, ¿es usted un hombre religioso?

—No, capitán. No lo soy.

Nikilov se puso rígido. —Realmente — dijo cortantemente. —¿No cree usted en Dios?

—Creo en lo que puedo ver y tocar.

—Entonces yo rezaré, Herr Harrington, para que este viaje lo obligue a tocar a Dios. Al volverse para ir a su camarote, el capitán añadió. —Por cierto, llegamos al Bósforo en la mañana, una situación que ya hemos discutido. Después de esa inspección, todos estarán en cubierta para los servicios religiosos. En este barco, independientemente de sus creencias, se espera que respete el Sabbat. ¿Me ha entendido bien?

Harrington consideraba que la religión era una mezcla de misticismo, miedo y buenos deseos. Pero, ya que el capitán *había* dejado claras sus expectativas, independientemente de sus creencias, no parecía que quedara mucho por decir. Así que no dijo nada. Asintió con la cabeza para indicar que había entendido y continuó avanzando de lado con su colchón.

Siendo tan maníaco con la limpieza como con su religión, Nikilov compraba personalmente los jabones en las grandes fábricas de Marsella para los viajes de ida y los de Levers Brothers en Londres para los trayectos de regreso. Era un saco de mortero especial y polvo de jabón de mortero lo que Smirnov cargaba ahora. Creando una base de operación cerca del mástil de proa, recolectó los elementos que necesitaba: una cuba grande, un cucharón que tomó prestado de la cocina y una pila de la ropa sucia de la tripulación. Llenó la cuba hasta la mitad con el agua hirviendo del cocinero, la enfrió ligeramente con agua dulce, añadió un puñado generoso de

jabón, lo revolvió con el cucharon (lo que Swales ignoraba no le molestaría) y empezó a restregar.

Se habían colgado líneas desde el mástil principal a los obenques de babor y estribor sobre las cuales se colgaba la colada y la ropa de cama. El aire marino se encargaba del resto.

—En los viejos tiempos, — dijo Eltsin a todo el que estuviera escuchando — lavaban y colgaban la ropa abajo. No tenían ni idea de que eso los estaba matando. Era poco saludable el vapor y la humedad de abajo. Nada se secaba, lo que hacía que la gente se enfermera.

—Co-co-como la ca-ca-camisa de Smirnov — dijo Petrofsky. Se volvió hacia el lavandero con bigote. —En-en-enferma a to-todos cuando te hu-huelen.

El pequeño marinero despidió con la mano al Punzón.

—Tiene razón — dijo Eltsin. —Estas lavando la ropa de todos. Lava la tuya.

—La mía está bien.

Eltsin se quedó mirándolo. Algo sobre Smirnov, más allá de su ridículo bigote, estaba mal. Los hombres se burlaban sin descanso de su físico frágil y su voz de falsete, sus estallidos emocionales y, ahora, por hacer un trabajo de mujeres. Lo hacía pensar a uno. Pero eran sandeces. En el mundo había todo tipo de personas. Aún así, algo sobre Smirnov despertaba las sospechas de Eltsin. Un momento el marinero parecía próximo a estallar, al siguiente casi se dormía de pie. Su postura, su forma de moverse...eran raras. El hombre escondía algo.

—Sa-sa-saquémosela— dijo Petrofsky, agarrando la camisa de Smirnov desde atrás. El pequeño marinero sostuvo la parte delantera de su blusa con las dos manos, gritando.

—Ya basta— dijo Eltsin, poniendo fin a la refriega. —Petrofsky, suéltalo. Cuando lo hizo, el segundo oficial se volvió hacia el nuevo. —Sr. Smirnov. Te ordenó que te saques la camisa. Sácatela...ahora.

El día pasó volando para la tripulación, no tanto para Harrington. Con su litera repuesta hace rato, su camarote limpio y aburrido de leer, el académico decidió terminar su recorrido del barco echando un vistazo en el único sitio que le quedaba por visitar: las bodegas. Nunca había estado porque no tenía nada que hacer allí, pero había pagado su pasaje ¿no? Convencido de la noción idiota de que merecía verlo todo, se deslizó silenciosamente hacia abajo por la escotilla fuera de la puerta de su camarote.

Harrington no estaba excepcionalmente impresionado al pasar, bajo la luz de una cerilla, a través de la popa (lo que Swales llamaría «la popa más a popa») y las bodegas del entrepuente. Contenían arena de plata pesada como lastre, un puñado de cajas llenas de tierra de Transilvania en los entrepuentes y poco más. Casi listo para dar por terminado el recorrido, pasó sin hacer ruido por la puerta que comunicaba con la bodega delantera.

Más grande que los otros compartimentos, se extendía trece metros hacia la proa, y debido a que los entrepuentes no se extendían a la proa, tenía tres metros y medio de alto. Seis escalones permitían el acceso a través de una puerta desde el extremo de los entre-cubiertas, y una escalera a la escotilla con seguro en la cubierta de arriba. Desde el centro de la bodega, el mástil delantero ascendía y atravesaba la cubierta como un enorme árbol y a su alrededor yacía la carga; la mayor parte de las cajas de madera con tierra del cliente, la arena de plata de lastre, cajas de papel de suministros del barco y serrín, y barriles de aceite para iluminar (rodeados de aureolas filtradas en la cubierta) para las lámparas de queroseno del barco.

Eso era todo. Doscientas quince toneladas de desplazamiento de agua con una capacidad para 190 toneladas de carga. (Lo había preguntado, por supuesto). ¿Qué demonios hacían llevando nada más que cincuenta cajas de tierra...? Dios bendito, Harrington no tenía ni idea.

Aquí terminaba también su visita. Lo había visto todo...o creía haberlo visto. Se había sentido *raro* desde que entró a la bodega delantera; algo opresivo que le ponía los nervios de punta, le erizaba los cabellos de la parte posterior del cuello. Sentía...una presencia. Ese sentimiento se convirtió en algo más cuando escuchó un ruido en un recoveco oscuro de la proa. Harrington encendió otra cerilla y se aventuró con cuidado hacia la proa.

Lentamente cubrió la mitad de la distancia, mientras sus sentimientos pasaban del miedo a la estupidez con cada paso. Estaba dispuesto a admitir que había escuchado cosas, cuando algo tomó forma. Se agachó, iluminando... Smirnov.

Parecía un despojo, con su camisa desabrochada, el pecho envuelto en un vendaje grueso, apoyado contra el mamparo, bebiendo de una diminuta botella. Levantó la cabeza, mirando a través de sus ojos borrosos. Harrington dudaba que el marinero pudiera verlo realmente. Su cabeza se cayó hacia un lado y el marinero se *desvaneció* al mismo tiempo que la cerilla de Harrington.

Harrington encendió otra y examinó la etiqueta en la ahora vacía botella. —Láudano. Dios — susurró el inglés. Smirnov no estaba embriagado, estaba drogado.

Harrington ignoraba los detalles pero sabía que no podía dejar al hombre desmayado en la oscuridad. Levantó al marinero y lo sostuvo contra su hombro, gracias a dios era pequeño, y lo cargó hasta arriba a la puerta entre cubiertas. Echó un vistazo a su alrededor, vio a Olgaren despierto esconderse en el comedor y notó que detrás del enorme ruso la escalerilla estaba desierta. Harrington avanzó rápida y silenciosamente, decidido a poner al marinero nuevo en la cama sin ser detectado.

Estaba tan concentrado en rescatar a Smirnov que Harrington no se fijó en la figura, que detrás de la puerta a la bodega del medio, observaba cada uno de sus movimientos.

Con el *Deméter* reluciente otra vez, Swales llamó a la tripulación, Popescu, Petrofsky y Eltsin a la cena. Olgaren ya estaba allí, preguntando al cocinero sobre sus días de ballenero y dando cuenta de una segunda taza. Faltaban el vigilante (Constantin), el timonero (Amramoff) y el escurridizo chico de cubierta. El capitán, como siempre, cenaba en su camarote.

Harrington, recuperado después de dejar la carga inconsciente a su litera, llegó tarde sin dar explicaciones. Con su equilibrio de marinero recién adquirido, por fin sentía apetito y se unió a los demás con gusto.

— ¿Dónde está Smirnov? —preguntó Swales.

—Durmiendo—contestó Harrington casualmente. —Tanto lavar debe haberlo dejado agotado.

—Este viaje lo está dejando agotado — dijo Eltsin. —Escucha esto. Usa un soporte para la espalda. Lo vi mientras hacia la colada. Lo llevaba cuando subió a bordo, lo esconde debajo de la camisa. Señaló a Petrofsky. —Lo llevaba cuando te salvó. Su aspecto es muy raro pero hay que reconocer que tiene agallas. Sostenerte colgando debe haberle dolido como el demonio.

—No m-m-me reiré más de él. — dijo Petrofsky.

— ¿Ya no podemos reírnos de Smirnov? —preguntó Popescu. — Eso solo deja a Harrington.

Estallaron risas a costa del inglés. Se sucedieron bromas, cumplidos por su aspecto saludable (el cambio del aspecto verdoso a un pálido oscuro) y zalamerías que sugerían que lo habían aceptado. No era uno de ellos, sino uno entre ellos. Incluso se

estaban acostumbrando a sus interminables preguntas.

— ¿Por qué lo llaman goleta?

—Es escocés — dijo Swales sirviendo la sopa. —*Scon*, saltar sobre la superficie del agua.

—Más le vale que salte sobre la superficie—dijo Harrington. —No sé nadar.

— ¿S-s-sabe f-flotar? —preguntó Petrofsky. El compartimento estalló en risas y el Punzón movió su mano vendada en el aire, aceptando los elogios.

—No se preocupe. —dijo Olgaren. —Nunca estaremos a más de dos millas de tierra firme.

— ¿De verdad? —preguntó Harrington esperanzado.

—Absolutamente — dijo Olgaren. Golpeteó la cubierta de la mesa, indicando algo muy abajo. —Nunca más de dos millas...del fondo del mar.

La tripulación se rió a carcajadas. Popescu, con una lágrima en los ojos, notó que la piel de Harrington estaba verde otra vez.

La campana del barco sonó a la distancia. Constantin los siguió, llamándolos de su cena tardía para tomar una ración de ron aún más tardía después de su día de limpieza. —Allá vamos — dijo Swales, poniendo una taza de agua ante Harrington. —Y después de usted.

Harrington se animó. — ¡Momento para una copita!

Los otros se quedaron quietos, mirándolo. — ¿Qué es la copita? —preguntó Olgaren.

— ¡Mezcla el grog!— Respondió alegremente Harrington, levantado su taza. — ¡Unan los puntales!— asintió, intentando alentarlos. — ¿Sabe qué quiere decir?

—Por supuesto que sí, —dijo Swales. —Quiere decir «pinchar al almirante».

Todos se reían disimuladamente otra vez.

— ¿El almirante?

— ¿Y dices que eres británico?— Swales fingió estar horrorizado por la ignorancia de Harrington. —En octubre de 1805, veinte siete barcos de la Real Marina británica, dirigida por el Almirante Lord Nelson a bordo del HMS Victory, derrotó a treinta y tres barcos franceses y españoles al oeste del cabo de Trafalgar, al sur oeste de la costa de España. Los franceses y españoles perdieron veintidós barcos, los británicos ninguno. Pero el costo fue alto, porque Nelson murió en la batalla. El cadáver del Almirante fue preservado en un barril de ron para su regreso a Inglaterra.

—Sí. ¿Y?

—Al llegar, abrieron el barril y Nelson estaba ahí pero el ron había desaparecido.

—Continua—dijo Harrington con incredulidad.

—Su cuerpo encurtido fue retirado y se realizó una inspección. Se descubrió que los marineros habían hecho un orificio en el fondo del barril. Habían bebido el ron y con él, la sangre del Almirante. Desde entonces al ron se le llama Sangre de Nelson, y la ración diaria de «pinchazo al almirante».

La tripulación se reía a carcajadas. Harrington dejó su tazón, ya no tenía sed. La tripulación lo agarró y lo arrastró a la escalerilla. — ¡Esperad! ¡Mi agua!

Swales se rió, siguiéndolos hacia fuera, escuchando los gritos de Harrington mientras la tripulación lo llevaba arriba sin su tazón. Empezó a subir pero lo pensó mejor. Hoy no tenía ganas de ron. Retrocedió pero, justo dentro de la puerta del comedor, se detuvo.

Swales recorrió con los ojos el comedor y la cálida cocina. Todo parecía tranquilo, pero él no se engañaba. No se sentía tranquilo. Cojeó hacia la puerta de la cocina, se apoyó contra el quicio con los brazos doblados y dijo tranquilamente: — Sal de ahí —No hubo respuesta. —Soy viejo—dijo al aire— pero no soy sordo. Y no me gusta tener que repetirme.

El chico de cubierta salió de su escondite detrás del mostrador.

—Bueno, ¿por qué será — preguntó el cocinero— que no quieres comer con la tripulación pero estás dispuesto a robar comida de mi cocina caliente? El chico se quedó mirando con sus inocentes ojos verdes. —Eso es comida ¿no? ¿Detrás de tu espalda? —Funar mostró las manos: una galleta en cada una. —¿Y en tu bocaza? — Descubierto, Funar empezó a masticar el pescado que todavía tenía en la boca. Parecía difícil seguir.

— ¿Sabes cuál es el castigo por robar en el mar? Todavía masticando, Funar examinó el pan que tenía en las manos y después se encogió de hombros resignado. ¿Qué más podía hacer? — Olvídalo — dijo Swales, luchando por no reírse. —No importa, chico.

El «chico» de cubierta dejó de masticar, tragó (casi atragantándose), tosió y miró al rostro astuto del viejo. Los ojos verdes de Funar ya no eran inocentes. Eran grandes como platos.

—Oye, jovencita— dijo Swales asintiendo. —Tonto de mí. Tú...eres una chica.

Capítulo nueve

El «chico» de cubierta lo miró aterrorizado, negando desesperadamente con la cabeza.

— ¿No? —preguntó Swales incrédulo. — ¿No eres una chica? ¿Crees que estoy sordo? Bueno, no lo estoy. Y si tú eres un chico entonces yo soy una sirena. —Los ojos verdes de Funar se entrecerraron. El «chico» tragó con fuerza el último trozo de pescado y después se preparó para hablar. —Si está pensando en negarlo, ahórrate la saliva. Ya te lo he dicho, sé que eres una jovencita.

— ¿Cómo...? ¿Cómo...lo supo...?

—Tengo una hija, señorita — dijo Swales. Dio un vistazo a la escalerilla. — ¿Y qué posibilidades tenía ella? Sin madre. Sola con una mala excusa de padre, y su abuelo salado para empeorar la cosas. Lástima que quedó al cuidado de marineros como nosotros; un cocinero de barco y un viejo ballenero. Cuidada por uno, mientras el otro estaba en alta mar. Cuántas veces la he visto —muy parecida a ti — dando vueltas a mí alrededor o jugando con el equipo y botas de lluvia de mi padre. Nadie en esta tierra, señorita, podría detectar a una jovencita en traje de marinero como yo. Eres la viva imagen de mi princesa cuando era joven. Por ese hice el idiota el otro día. Cuando salí a cubierta y te vía arriba en los obenques, mi mente voló. Creí ver a mi pequeña Carrie en el equipo de su abuelo. Y me atemorice terriblemente. Por eso cuando grite, a mi niña, y la pobre alma de Petrofsky cayó de cabeza desde la botavara por mi culpa. Ahora, tenemos que hablar sinceramente, jovencita. Y empezaremos con lo más simple: ¿quién eres?

—Mi nombre es Ekaterina Gabor.

Swales reconoció el nombre pero no dijo nada. —He escuchado el nombre. ¿Ruso?

—Rumano. Mi padre es el Alcalde de...

—Bukovina, —dijo Swales. ¿Entonces era tu padre quien dio el espectáculo en el muelle mientras nos alejábamos de Varna?

Ekaterina se quedó boquiabierta. — ¿Cómo lo sabe...? Sí. Mi padre y mis hermanos.

¿Bien? Ella dudó y Swales le dio un codazo, — Venga, chica. Tu secreto se ha descubierto e incluso te crees con derecho a protestar. Viajas de polizón a la vista de todos, fingiendo que eres un chico. Te han perseguido hasta el puerto tus familiares armados. Debe haber una historia.

—No me estaban persiguiendo a mí. No saben que estoy aquí.

— ¡Ahh! Swales sirvió una taza de té y, junto al azúcar, lo colocó sobre la mesa. Añadió un plato para las galletas que tenía en la mano, mantequilla y melaza e indicó a Ekaterina, todavía con la ropa de Funar, que se sentara. — ¿Así que están persiguiendo al joven Harrington?

— ¿Cómo lo sabe todo?

—No lo sé—bramó Swales. — ¡Pero me voy a enterar! ¡Y lo voy a saber ahora! O vamos a ir a ver al capitán, los dos juntos.

—Eso causó una inundación de palabras y lágrimas. —Estoy enamorada de Trevor Harrington. Nunca había estado enamorada antes. Cuando lo conocí él era un estudiante, en la biblioteca de Bukovina, todo un caballero inglés. Estaba recorriendo Europa para estudiar. Hablaba rumano y ruso, y alemán, y... Oh, Me volví loca por él. Y él por mí. Dijo que me amaba— su voz se fue apagando. Swales esperó. Ella suspiró y continuó. —Dijo que tenía poco tiempo, que a lo mejor se iría. No podía soportar la idea.

Swales se sirvió una taza y se sentó frente a ella.

—Hice algo estúpido, horrendo.

— ¿Algo que te trajo aquí? ¿Qué? ¿Qué motivo tenía tu familia de perseguir a Harrington con armas? ¿Qué mal que un padre no podría perdonar, con el tiempo? Estoy atónito. Tienes que explicarte, señorita.

—Le dije a mi padre que esperaba un hijo.

— ¿De Harrington? —Swales fingió ira. — ¡Señor bendito! Ese cerdo inglés... ¿se fue y te abandonó así? ¡Por eso el desgraciado estaba huyendo! Debería haberlo sabido por sus primeras palabras, con vomito de patán cayendo por su barbilla débil. ¡No culpo a tu padre por tratar de protegerte! ¡Por vengar tu virtud mancillada! ¡Si hubiera sido mi Carrie le hubiera partido las piernas! ¡Lo hubiera matado! Humillándolo. Destruyendo su honor familiar. Swales golpeó la mesa, con toda la fuerza que le permitía su artritis, y Ekaterina saltó. — ¡Te ha hecho un mal imperdonable! Agarró un cuchillo y se burló con toda la amargura que los escoceses sentían por la corona. —No tenga miedo, señorita. ¡Yo actuaré en nombre de su padre y sus hermanos, y de usted!

— ¡No! ¡No lo entiende! —Ella extendió la mano para intentar

calmarlo. — ¡Por favor, Sr. Swales!

—Oliver, chica. Solo llámeme Oliver, vieja amiga.

—Debe escucharme, Oliver. ¡Trevor no ha hecho nada! Yo cometí un terrible error. Me humillé a mí misma. Todo era mentira y le hice una enorme injusticia.

Swales interrumpió su bravata y dejó el cuchillo. ¿Qué quiere decir?

— ¡No espero ningún bebé! Su mano voló a su boca. Ekaterina parecía nerviosa. Unas risas se filtraron por la chimenea mientras la tripulación bebía su ron, pero la escalerilla estaba tranquila.

—Está todo bien, chica—dijo Swales señalando arriba. — Estamos solos.

—Todo era una mentira. Trevor no hizo nada. Nunca he estado con él, nunca he estado con nadie. Cuando le dije a mi padre que estaba... Me lo invente.

— ¿Por qué en nombre del cielo hiciste eso?

—No soy una de esas finas señoras inglesas. La sangre rumana es apasionada. Lo hice para evitar que Trevor se fuera. Pensé que mi padre insistiría en que nos casáramos. En cambio, juro matarlo.

—Como yo hubiera hecho. Como cualquier padre... Swales negó con la cabeza. — ¿Y el inglés huyó pensando que estabas embarazada?

— ¡No!— casi grito al salir a defenderlo. —El sabe que no estoy...

—De él.

—Por supuesto que no. Él sabe...

—Todo lo que sabe es que necesita un nuevo sombrero. El resto lo supone.

— ¡Dios mío! Si piensa que espero....de otro hombre... Debe pensar que soy la más despreciable de las criaturas. ¡Debe odiarme! ¡Y mi familia intentó matarlo! Tomé una terrible decisión por miedo a perderlo. Ahora no solo lo he perdido, además lo he puesto en peligro. He causado un lío terrible, por una estúpida mentira.

—Así que ahora sabemos por qué él está aquí. ¿Por qué estás tú aquí, vestida así?

— ¡Para asegurarme de que esté a salvo! Se sonrojó bajo su mirada. —Lo amo. No puedo corregir las cosas y nunca me lo perdonará... Pero si sé que está a salvo, al menos me puedo consolar con eso. No merezco más.

—No seas demasiado dura contigo misma, jovencita.

— ¿No lo castigarán a él porque yo haya subido a bordo con engaños?

—No nos adelantemos tanto, joven. No veo ninguna razón para hacer pública tu presencia. —Consideró la idea por un momento. — Tú y Harrington no son la única consideración. Eres un polizón, estas aquí bajo pretextos falsos. ¿Cómo piensas que tomará eso el capitán? ¿O el primer oficial? Una mujer entre la tripulación...que los ha dejado en ridículo.

— ¡Lo he arruinado todo! — gritó ella. — ¡No puedo vivir conmigo misma!

¡Vamos, vamos! Swales se puso de pie con un gemido y le puso una toalla en las manos de ella. —Deja de llorar, chica. No tenemos tiempo para eso, y no hay forma de explicar las lágrimas en un marinero. Límpiate la cara. No eres la única pecadora a bordo. Echó una mirada a la escalerilla otra vez. —Si una confesión te hace sentir mejor, no eres la única que está aquí por falsos motivos. A decir verdad, el cocinero enfermo que reemplacé no estaba enfermo. Le pagué para ocupar su puesto. Me gasté todo lo que tenía, que no era mucho; pero era todo lo que poseía. Así que ya ve, yo también soy un polizón. —Y no por amor — se rió. —Soy demasiado viejo para eso. —Pero sí por las personas que quiero. Los extraño; quiero ver a mi hija antes de que me olvide, y a mi padre, si todavía está vivo.

Tomó la toalla y le secó un rastro de lágrimas que aún tenía en la mejilla. Sus ojos estaban enmarcados en rojo pero no era mucho lo que él podía hacer para evitarlo.

—Así que, chica, los dos somos unos fraudes — continuó —Con secretos que guardar. Si la tripulación descubre que estoy aquí por motivos falsos, bien pueden tirarme por la borda. Y si encuentran a una mujer entre la tripulación, seguro que te tiran por la borda. Lo que significa que por el momento los dos seguimos con nuestros disfraces. Ahora... ¿cómo le hacemos saber a Trevor que estas aquí, sin que se entere nadie más?

—No puede. Pondría en peligro su seguridad.

—No te puedes esconder todo el viaje. Así que no puedes ocultárselo.

—Debemos hacerlo. ¡Por favor! Sr. Swales... Oliver, juro que esto quedará en secreto.

Capítulo diez

—Herr Harrington, despierte. Aún no amanecía esa mañana del domingo 11 de julio y la voz cavernosa del ruso lo sacaba del sueño. Después sintió el agarre de una mano callosa. —Herr Harrington, levántese... Despierte.

Intuyó al comandante, inclinado sobre su litera, con una lámpara ardiendo que le quemaba los ojos en el estrecho camarote. — ¿Qué...qué pasa?

—Hemos llegado a la entrada del Bósforo. Estamos en el estrecho de Estambul. Le advertí que llegaría este momento. Levántese.

La bruma se aclaró y lo recordó todo.

El Bósforo, con su hermana del sur, los Dardanelos, formaba los estrechos turcos, uno de los límites que separaba Europa de Asia y que conectaba el Mar Negro con el Mediterráneo. La mitología decía que las Simplégades flotaban aquí por el poder de los dioses y destruirían a cualquier nave que intentase pasar. Pero, una vez que el legendario Jasón y sus argonautas navegaron este peligro, las *rocas enfrentadas* se quedaron fijas para siempre y se abrió el acceso griego al Mar Negro. Era vital para la región, con una historia sangrienta.

—Levántese, — dijo el capitán. —Vístase y recoja sus cosas.

Harrington no tenía quejas. El capitán le había dejado muy claro en Varna que su *pasaje de huida* venía con condiciones. Ahora, mientras Nikilov indicaba el camino hacia la oscura bodega delantera, Harrington lo siguió (con su equipaje) dispuesto a cumplir una de ellas.

El barco *Deméter,* contratado de forma privada, con sus cincuenta cajas de arena que proyectaban sombras angulares desde la lámpara ámbar del capitán, tenía prohibido llevar nada más; ni carga ni pasajeros. El no cumplir el contrato infringía la política de la empresa y la ley. El descubrimiento de esta *indiscreción* significaba que el capitán perdería su trabajo y la empresa,

posiblemente, el barco. Así que Harrington había quedado fuera del manifiesto, y los funcionarios de aduanas no debían encontrarlo a bordo.

—No hay registro de su pasaje. La voz del capitán era tan tenue como la luz, tan agorera como las sombras. —Cuando entremos al estrecho, seremos abordados y registrados por los turcos. Si lo descubren, será arrestado. Yo diré que usted es un polizón. Si no me creen, me pueden arrestar y confiscar mi barco. NO deben encontrarlo. ¿Entendido?

Harrington le aseguró que había comprendido.

El capitán encendió una segunda lámpara asegurada al mástil principal pero la dejó tenue. —Haré que lo apaguen antes de la inspección — dijo, dirigiéndose a la salida. —Escóndase bien.

Harrington entornó los ojos, observando la cámara de arriba. ¡Otra vez esa sensación! Quizá era la humedad, la oscuridad, pero la pesadumbre se instaló como si estuviera en una tumba. Decidió no dejarse llevar por ella, y se dispuso a cumplir las instrucciones. Intentó meterse entre un montón de cajas de cartón y varios barriles a lo largo de la mampara de babor, pero desistió sin sacar en claro nada, excepto una mancha de aceite en la rodilla. Recorrió las profundidades buscando un agujero más adecuado y al final se enterró, incómodamente, bajo una pila de cajas cubiertas por una lona de difícil acceso. Le llevó tiempo pero, tan escondido como estaba, solo un oficial muy meticuloso lo encontraría. Allí estuvo tumbado, durante lo que le parecieron años, en la oscuridad, en el aire fétido y húmedo.

El vaivén del barco disminuyó y se impuso el silencio. Sin advertencia, se dejó caer el ancla de estribor. Rugió el metal al chocar con la madera, el chapoteo y el traqueteo de la cadena hasta el fondo. Después siguió una sensación que no suele gustar a los marineros aficionados por la mañana temprano, con el estómago vacío; el movimiento del *Deméter* anclado. En los últimos cuatro días se había acostumbrado al barco en movimiento pero erguido, cabalgando el oleaje y las estelas de otros barcos que pasaban como una botella que giraba, con el timón golpeando y el barco chirriando como la tapa de un ataúd... Harrington respiró profundamente, agradecido por la mar calmada.

Perdió toda noción del tiempo. Puede haber estado allí por horas, o quizá solo minutos, pero finalmente el silencio en la extrañamente aterradora bodega fue interrumpido por el sonido de una puerta. Harrington supuso que los inspectores estaban bajando, pero lo reconsideró cuando escuchó los susurros. Cuidadosamente,

su vida estaba en peligro, tiró de la lona y echó un vistazo.

Dos figuras de tamaños drásticamente diferentes estaban de pie junto a la lámpara, una luz centelleante para los ojos dilatados del académico. Parpadeó y, al adaptarse sus ojos, distinguió al segundo oficial y al chico de cubierta. Eltsin ordenó al joven que se escondiera entre un montón de barriles bajo las escaleras, después cubrió el lote y lo amarró. — Ni un sonido— le dijo al atado. Eltsin apagó la lámpara, como había ordenado el capitán, y siguió su camino. Tiró de la puerta al cerrarla y la bodega se sumergió nuevamente en la oscuridad.

Harrington puso la lona en su sitio, escondiéndose. Aparentemente no era el único hombre no autorizado a bordo. No habría sonreído así, si hubiera sabido cuánta razón tenía.

Amanecía en el Bósforo.

El barco del práctico turco se acercó. Se bajó un esquife que fue abordado por cuatro funcionarios, tres hombres delgados como juncos vestidos de blanco y uno gordo en rojo sangre, que remaron hacia el estribor del barco de Nikilov. El bote llegó rápido, se lanzó una escalera de cuerda y se ayudó a los turcos al llegar a cubierta. Al subir a la cubierta, el inspector de aduanas presentaba una visión gloriosa con su abrigo rojo hasta la rodilla y un sable curvo. Tenía un rostro caoba tostado por el sol, una barba gris recortada y un bigote negro peludo. Un tipo de aspecto impresionante.

Hablaba jovialmente como si él y el capitán fuesen buenos amigos (aunque las respuestas cautas de Nikilov indicaban que no lo eran). Sus hombres se mantuvieron en su lugar mientras el hombre de aduanas examinaba el manifiesto. El funcionario expresó su sorpresa ante la escasez de la carga y entonces, con el capitán, el segundo oficial y sus hombres dirigiéndose a la parte posterior, comenzaron la inspección.

Debido a la ausencia de pasajeros, la carga ligera no almacenada y la limpieza a la que se había sometido al barco, el grupo dio cuenta de la cubierta y las entrecubiertas rápidamente. Husmearon en las bodegas traseras y en poco tiempo avanzaron hacia adelante. Sosteniendo las linternas en lo alto, el oficial de aduanas estudió la bodega delantera, los barriles de suministro, los sacos de lastre y el envío: las cajas apiladas y cubiertas de lona.

—Cincuenta, — dijo el capitán. —Nada más que arena, aserrín y aceite para lámparas.

El jefe turco emitió una orden, sonriendo todo el tiempo, y sus

hombres se pusieron a trabajar. Se desataron las líneas de un montón, retiraron la lona que cubría otro. Al alcance de los barriles donde se escondía Ekaterina (Funar, para Harrington), uno de los hombres metió una barra de apalancamiento en una caja. La madera gimió, los clavos chillaron y la tapa se soltó. Levanto un puñado húmedo, hizo una mueca ante el olor del moho y lo tiró de vuelta. —Tierra — anunció sin sorprender a nadie.

— ¿Para qué? La pregunta del jefe obedecía más a la curiosidad que a una pregunta oficial.

Nikilov echó un vistazo al manifiesto y se encogió de hombros. —Dice que para experimentos científicos.

El inspector señaló a otra caja a cierta distancia. Su hombre volvió a usar la barra y, otra vez, los clavos chirriaron... Tierra negra húmeda y pegajosa; nada más.

El jefe levantó un dedo, indicando «una más» y señaló otra indiscriminadamente.

El tercer hombre escaló varias cajas, deteniéndose (ignorante) frente al escondite de Harrington. Levantó la lona, descubrió al inglés sin verlo, y volvió a dejarla en su sitio. Al disponerse a usar la barra, pisó la lona, y la mano de Harrington.

Harrington apretó los dientes para no gritar, ¡luchando con cada instinto por liberar sus dedos! Por suerte el ignorante hombre de aduanas pisó los dedos de sus pies para hacer palanca y abrir la tapa. El académico retiró sus dedos y se los metió en la boca.

Aparte del dolor, el inglés escuchó el crujido de los clavos del ataúd.

Dentro del ataúd, los ojos del vampiro acostado se abrieron bruscamente. ¡Una esquina de su caja se estaba levantando y un rayo de luz de la lámpara atravesaba por la grieta! El voivode en él, el líder guerrero, necesitaba ayuda y ahora pensó en las únicas tropas a sus órdenes, los sucios roedores de la bodega. Bajo su respiración Drácula los llamó, gruñendo «¡Ratas!».

Un coro de chillidos surgió desde las sombras en la proa. El joven turco disminuyó la presión sobre la barra y se giró hacia el sonido que erizaba el pelo con ojos abiertos como platos. Un borrón de negro, marrón y gris se escabulló desde la oscuridad, chillando, las uñas arañando la madera, cortando ligeramente la tela, subieron corriendo y sobre la lona. Abajo, Harrington escuchó sus pasos, sintió su ola vil, se mordió la lengua, cerró los ojos y rezó por tener el coraje de quedarse callado mientras los roedores pasaban encima de él.

Las ratas saltaron desde la lona a la caja y hasta el funcionario

de aduanas en una horda que se escabullía. El hombre joven gritó, dejando caer su barra al caer de espaldas desde las cajas. Las ratas chillonas cayeron sobre él. Gritó aterrorizado.

Se escucharon también gritos de las otras personas en la bodega. Pero, antes de que cundiera el pánico, los roedores se habían ido, desapareciendo entre las sombras del extremo opuesto. El silenció inundó el compartimento. Siguió un momento de estupefacción....después los hombres empezaron a reírse. Al otro lado de la bodega, el inspector principal y el Capitán Nikilov también se rieron. El aterrorizado asistente se puso de pie, intentado respirar.

— ¿Qué pasa? — preguntó el inspector. ¿Nunca habías visto polizontes?

Estruendosas risas resonaron a su costa.

— ¡Abra otra!— Dijo Nikilov. —Ábralas todas.

El hombre apretó los dientes. Exploró el suelo oscuro, localizó y recuperó su barra de apalancamiento y después volvió a la caja.

—Ya es suficiente — dijo el inspector. —Más que suficiente. Vuelve a ponerlo todo en su lugar. —El hombre hizo un gesto de asentimiento a Nikilov y empezaron a subir. Sus asistentes, uno todavía muy asustado, y el segundo oficial del *Deméter* se ocuparon de martillear los contenedores para cerrarlos otra vez, después salieron apresuradamente de la bodega. Ligeramente agitado, Harrington estaba encantado de notar que se habían ido sin hacer *ningún* descubrimiento importante.

Eltsin y los hombres de aduanas hicieron una parada en la cocina, donde Swales les sirvió una comida. Nikilov y el inspector desaparecieron en el camarote del capitán para terminar la visita con un brindis. El oficial vendió al capitán su permiso para entrar al estrecho (y se guardo la propina no acordada pero esperada). Nadie lo consideraba un soborno, solo parte de sus actividades.

Eso era raramente un problema con los oficiales de aduanas. Nikilov había descubierto que eran pocos y aislados los países donde el dinero no terminara en una inspección satisfactoria. Esta vez no fue la excepción. Pero, con buen vino y mejores historias, el rato después de la inspección tomó más de lo que Nikilov había previsto. Eran casi las cuatro de la tarde cuando el inspector y sus hombres volvieron a su nave.

El agradecido y cansado capitán del *Deméter* dio unas breves órdenes. Eltsin, ejerciendo de contramaestre, emitió una nota aguda con su silbato y los hombres se dirigieron a las barras del cabestrante. En poco tiempo, el ancla estaba subida y empapada en

la proa. Las velas estaban desplegadas y la goleta reanudaba su viaje.

Si la tarde transcurrió lentamente en cubierta, estuvo quieta en la bodega.

En la oscuridad, un adolorido y hambriento Harrington se quitó su cubierta. Se sentó, reprimió un gemido, hizo una pausa para respirar, se limpió el sudor del labio y se estremeció otra vez al recordar las ratas. Aún así, parecía que lo había logrado.

—Psst, — susurró Harrington a los barriles donde se escondía el chico de cubierta. —Creo que nos hemos salvado.

Un rostro pálido, un pequeño ovalo en la oscuridad, apareció desde debajo de la lona. Irreconocible con esa luz, desapareció rápidamente. Seguido por un murmullo de telas, pasos rápidos en los escalones, un rayo punzante de sombra en la puerta reflejado por la luz ámbar que se filtraba desde la escalerilla. Levantar la voz era impensable ya que Harrington no tenía ni idea hacia dónde habían ido los turcos. Además, hubiera sido inútil. Funar había salido por la puerta y desaparecido.

—Dios — susurró Harrington. Ese chico me odia.

Como los turcos habían alargado su estadía, Nikilov canceló el servicio dominical previsto pero prometió que la oración volvería la semana siguiente. En su lugar, el comandante se vio obligado a quedarse hasta tarde ese día para ver a su barco pasar el peligroso canal. El avance era, por necesidad, lento. Los vientos eran suaves esta vez pero las corrientes suponían el desafío habitual. A mitad de camino, cuando acababan de pasar el giro de 80 grados en Yeniköy, un arco fuerte (de 45 grados) a estribor fue seguido por un giro opuesto a popa entre los puntos de Asiyan y Kandilli, la sección más angosta del estrecho. Desde la caseta, a popa, los marineros siempre tenían que estar atentos al espacio sobre su cabeza. El mástil principal y el de mesana, ambos amarrados con sólidas botavaras, se inclinaron de un lado a otro en los cambios de rumbo. La historia estaba repleta de marineros descuidados que se golpeaban la cabeza en esa curva, pero el *Deméter* de Nikilov superó las esquinas admirablemente.

Después, para celebrar la exitosa negociación del canal, y que sus polizontes hubieran sobrevivido a la inspección, el capitán ordenó que se sirviera una buena cena y se unió a los hombres en la

mesa. La charla esa noche fue animada (con Popescu ausente en el timón) y no faltaron mentiras y risas. Incluso Constantin estaba de buen humor.

Funar, notó Harrington, también estaba ausente, aunque esta vez por un buen motivo. Está cumpliendo su primera guardia. ¡Desgraciadamente se había perdido esa comida!

Swales sirvió haggis; una salchicha escocesa de tripas de oveja (corazón, hígado y pulmones), molida con cebolla, avena, grasa de vaca y especias, cocida con caldo en el estómago del animal. La descripción no era muy atractiva pero el inglés reconoció que el plato era sabroso. Como dictaba la tradición, se sirvió con lo que Swales llamaba «neeps and tatties» (nabos y patatas hervidas y hechas puré separadamente). La tradición también indicaba una copita de whisky escocés, pero eso no iba a cumplirse en el barco de Nikilov.

Para el postre, en honor del domingo amado del capitán, Swales preparó un delicioso budín de ciruelas. La pregunta de si el viejo escocés podía cocinar o no quedo apartada. Pero Swales descartó mayores expectativas, insistiendo en que era una comida única durante el viaje.

A pesar de varios extraños cuasi desastres, el *Deméter* navegaba sin problemas y la tripulación y el pasajero estaban encontrando su lugar. Por esa noche se olvidaron los accidentes, el pesimismo y las maldiciones. Quién sabe...quizá definitivamente. El viaje, pensó Harrington, podía terminar siendo más que huida después de todo. Quizá solo sería un crucero agradable.

Después, caminando por el camarote a babor bajo las velas plateadas por la media luna brillante, Harrington se desvió por un «Gracias» susurrado con un inconfundible tono de falsete. Se volvió para ver a Smirnov holgazaneando a la sombra del mástil. El gran bigote no había dicho una sola palabra durante la cena del capitán y, aunque parecía tener algo de decir, no se atrevía a hacerlo bajo presión.

—Encantado de haber servido de ayuda — contestó Harrington ofreciéndole la oportunidad de olvidar el asunto.

—Le debo una explicación.

—No me debe nada.

—Le debo más. Quiero explicarle.

Harrington asintió levemente. Ya que Smirnov parecía decidido, que podría hacer excepto escuchar.

—Me dañé la espalda hace años. Smirnov miro alrededor de la cubierta para asegurarse de que estaban solos. —Los cirujanos, uno tras otro, querían cortarme para ver qué podían hacer. Pero ser viviseccionado por su ilustración no me parecía atractivo. La única otra solución era láudano para el dolor. Era una elección entonces, ya no lo es. Solía tomarlo para sentirme bien, ahora debo tomarlo para no sentirme mal. Columpiar a Petrofsky desde los obenques no me ayudó, como podrá imaginarse.

—No, de eso estoy seguro.

— ¿Me delatará al capitán?

Harrington estudió al hombre bajito y después negó con la cabeza. —Todos tenemos nuestros problemas...y nuestros secretos. Buenas noches Ippolit.

Harrington comenzó a alejarse. Detrás de él, en el falsete único que solo Smirnov podía producir, escuchó «Buenas noches, Trevor».

Capítulo once

El lunes 12 de julio el *Deméter* cabalgaba las olas entre Europa y Asia, rumbo suroeste a través del Mar de Mármara, a la entrada de los Dardanelos.

El segundo de los estrechos turcos hacia el Egeo, como su hermano hacia el noreste, figuraba estratégicamente en las muchas guerras de la región y las leyendas sangrientas. En el año 483 antes de Cristo (150 años antes de que Alejandro el Grande invadiera Persia), Xerxes I ordenó construir dos puentes para que su ejército persa pudiera invadir Grecia. Los dioses intervinieron y ambos se hundieron en una tormenta.

Los constructores del puente fueron decapitados y el estrecho azotado.

Se pusieron grilletes, se dieron trescientos latigazos a las aguas, y las olas fueron marcadas con hierros ardientes mientras los soldados gritaban maldiciones.

El *Deméter* ingresó al estrecho y dejó caer el ancla. El capitán bajó al camarote del pasajero y despertó al inglés con un aire de excitación. —Tiene que ir abajo, Herr Harrington. Los aduaneros están a punto de subir, y vienen acompañados de un escuadrón.

Harrington estiró el cuello por el ojo de buey. Nikilov tenía razón. Detrás de un buque de aduanas había una nave militar de bandera. Los marineros se asomaban a la cubierta con cañones asomando de entre sus filas; un amenazante pared azul en la luz de la mañana. Helado hasta los huesos, Harrington preguntó «¿Hemos hecho algo?».

—No, todo está bien. Pero no lo pueden encontrar. Vaya abajo...por favor.

De regreso en la bodega, Harrington no vio necesidad de arriesgarse. Encontró rápidamente el mismo montón de cajas y se escondió (esta vez con las manos a cubierto). Acababa de acomodarse cuando la puerta se abrió bruscamente. Elstin bajo las escaleras arrastrando al chico de cubierta, susurrando de forma más

bien histérica ¡Escóndete! No sé porque el oficial me endilga esto. ¡Yo no te contraté! ¡Escóndete!

El problema, aparte de la proximidad de los turcos y su tardanza, era que —como descubrió Harrington más tarde — el escondite del chico había desaparecido. Los barriles, entre los cuales se había ocultado la mañana anterior, habían sido desatados y faltaba uno. Funar miró con desesperación desde el espacio vacío al segundo oficial.

—No tengo tiempo para esto — se quejó Eltsin. Indicó al chico que entregará a la bodega. —Encuentra un lugar. Mantente oculto. ¡Y no hagas ruido!

Los instantes que siguieron sonaban hilarantes, el chico presa del pánico corría de un lado a otro para irritación de Eltsin. Pero no era gracioso. Todos podían terminar en prisión. Sin tiempo ni paciencia, ¡el segundo oficial salió de la bodega! El chico abandonado, en último minuto, agarró la esquina de una tarpulina y se deslizó debajo.

La puerta de la escalerilla se abrió y el Capitán Nikilov dejó pasar a los inspectores.

A seis metros de distancia de los inspectores, bajo la tela de la tarpulina, las cartas estaban echadas. Cuando Ekaterina, disfrazada como Funar, se tapó, se dio cuenta de que no estaba sola. Se había deslizado a un escondite junto a...otro cuerpo. Por su parte, Harrington estuvo a punto de gritar cuando la lona se levantó y Funar saltó a su lado. Estaba oscuro como un pozo. Ninguno podía ver al otro, pero ambos sabían que había otra persona.

Temeroso del pánico, Harrington puso la mano sobre la boca del chico y atrapó su cuerpo para que no pudiera moverse. Lo lamentó profundamente, otra vez, dándole al joven motivo para odiarlo pero no podía arriesgarse a un exabrupto. Ekaterina, sujeta por un hombre, estaba asustada y molesta pero mantuvo el sentido común.

Fuera de la lona, la inspección había comenzado. Este inspector, más joven que el hombre del Bósforo, no tenía barba pero sí un fino bigote castaño, vestía un abrigo corto azul Fez y pantalones anchos, resultó ser menos amigable pero (afortunadamente) menos minucioso. Ordenó a sus hombres, cada uno con un abundante bigote propio, que fueran rápidos. Su supervisor quería ver partir pronto al *Deméter*.

Se desataron ataduras, se discutió la escasez de la carga, se movieron cajas, se rodaron barriles, se discutió lo extraño de la

carga, se fisgoneó entre las maderas, se retiraron lonas. De pronto una parte de la lona fue retirada, exponiendo a Harrington y al chico al brillo de la lámpara pero, por suerte, no a la vista de los inspectores.

Harrington y Funar, envueltos el uno en el otro, compartieron miradas de horror. Los ojos de Harrington se entrecerraron. Contempló al chico bajo la escasa luz, en ese lugar hacinado, por primera vez de cerca y el reconocimiento se hizo patente en la cara del inglés. Retiró lentamente la mano de la boca de Funar y levantó su gorra tejida. Los ojos de Harrington se abrieron. El «chico» de cubierta era su amor abandonado apresuradamente, Ekaterina. Sus ojos se dirigieron a la gorra en la mano, después a sus ropas oscuras con olor a sal. Sus labios temblaron.

Ekaterina le puso la mano sobre la boca.

Al brillo de la lámpara, parcialmente ocultos por la tela, ignorados por los funcionarios de aduanas, Harrington y Ekaterina se descubrieron el uno al otro. La joven retiró la mano de su boca y se puso un dedo sobre la suya. Harrington asintió. Se abrazaron, y contuvieron la respiración, entre las cajas y el mamparo en sombras. En el cielo de sus cuerpos tocándose, sabiendo lo que sabían ahora, y el infierno del mismo contacto, ella rezó (y el esperó) para que no los descubrieran.

Las sombras bailaban alrededor de la bodega, arrojadas por tres agentes de aduana, su jefe, el Capitán Nikilov y, en el único espacio bajo cubierto donde se podía estar erguido, el enorme Olgaren. Todo a pocos pies de los amantes ocultos.

Por suerte, ya sea en respuesta a sus oraciones o a sus esperanzas, el inspector tenía prisa. Ordenó abrir una caja y descubrió que contenía tierra tal como declaraba el manifiesto. Se contó la carga, allí y en los entrepuentes, y se acordó que eran cincuenta féretros. El turco estaba satisfecho. Ordenó a sus hombres que subieran, y al salir de la bodega acepto la invitación del capitán a tomar una copa (y, por supuesto, la propina). Se cerró la puerta tras ellos.

La bodega se sumió nuevamente en la oscuridad y el silencio.

La pareja se separó. Lenta y silenciosamente Harrington salió desde debajo de la lona y ayudó a salir a Ekaterina. Encendió la lámpara del mástil del trinquete y redujo su intensidad. Se miraron, en silencio, permitiendo que sus ojos se adaptaran. Entonces, como si se hubiera dado una señal, se besaron profunda y

apasionadamente.

Cuando el beso terminó, algún tiempo después, ambos empezaron a susurrar excitadamente.

— ¡Ekaterina! No puedo creer que seas tú. Siempre has sido tú. Me siento como un idiota. Katya, ¡por Dios! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Oh, Trevor — gritó ella, poniendo el acento en la silaba incorrecta (un error que él atesoraba) No podía dejar que te fueras.

—Sssh. ¡Dios! — repitió conmocionado.

—Te seguí...desde Bukovina. No podía perderte. No quería que te fueras.

— ¡No tenía alternativa! Tu padre, tus hermanos... ¡Deberías ver mi sombrero!

— ¿Tu sombrero?

—No importa, no es nada. El punto es que tu familia...

—Lo sé. Lo siento mucho. Por favor, ¡perdóname!

— ¿Perdonarte a ti?

—Lo he arruinado todo. Es culpa mía. Dije una mentira para poder quedarme contigo...y te perdí por su culpa. Mi padre me odia. Mis hermanos me odian. Y no me importa. Cuando los vi en el muelle mientras salíamos de Varna, yo... Pero no. No importa. No podía vivir sabiendo que me odiabas. Tenía que venir; ver si estabas a salvo y si encontraba el valor, rogar por tu perdón.

—Las cosas que gritaban tu padre y hermanos, las acusaciones... Incluso en la penumbra, ella podía ver que él estaba afligido. — Me pides que te perdone. Dijeron que esperabas un hijo, me acusaron de... No les creí. ¿Ahora me pides que te perdone? ¿Qué estás diciendo?

—Por supuesto, no estoy embarazada. Esa fue la mentira. Pero no a ti. Le mentí a mi padre. Mentí para estar contigo. ¡Dijiste que a lo mejor te ibas! ¡No podía soportar la idea!

—Irme, sí. Nunca pensé quedarme en Bukovina para siempre. Pero no me habría ido sin ti. Ciertamente no me habría ido sin una promesa entre nosotros. Te amo.

Ella dejó caer la cabeza a su pecho, afectada por el error cometido. Y, en su opinión, todo para nada. — ¡Soy una idiota!

Él la interrumpió con un beso y ella se lo devolvió.

— ¡La sangre rumana! Pensé que mi padre nos obligaría a casarnos. Nunca imaginé que quisiera vengar mi honor. Nunca soñé que actuaría como en la Inglaterra de la época Isabelina. Como el dramaturgo que arroja su sangre caliente a ti, a nosotros. Oh, Trevor ¿qué he hecho?

—No has hecho nada.

—Pero... ¿qué vamos a hacer?

Harrington se rió tranquilamente. Se agarró los lados de la cabeza como si estuviera mareado. —Hay poca alternativa, vamos a Inglaterra. Él le tocó las mejillas, la miró a los ojos y se rió otra vez suavemente, animosamente, pero sin creerlo del todo. — ¡Solo mírate!

Ekaterina se echó la gorra hacia atrás para mirarlo bien.

La puerta de la entrecubierta se abrió de pronto y el segundo oficial entró apresuradamente. Ekaterina y Harrington saltaron, sorprendidos. ¿Qué está pasando? —Atravesaba con la mirada pero no veía más que oscuros perfiles en la penumbra. —Los inspectores se han ido. Funar, ¡vuelve a la cubierta! Hay trabajo que hacer.

Harrington levantó la mano. —Yo solo...

—No tengo ningún interés en usted, Sr. Harrington — gritó Eltsin. —A menos que interfiera con el trabajo del barco. ¡Funar! ¡Vamos! La erupción termino tan rápidamente como había comenzado y el segundo había desaparecido; su salida destacada por el portazo al salir de la bodega.

Harrington silbó suavemente. —Gracias a dios que no tienes que escuchar eso nunca más.

— ¿Qué quieres decir?

—No tienes que seguir fingiendo. Harrington se rió. — ¡Rada Funar! Engañaste a todos. ¡Desde luego me engañaste a mí! Pero ahora te puedes quitarte ese horrible disfraz.

— ¡Me encantaría! Pero, claro, no puedo. Será un viaje largo y estoy atrapada aquí.

—Pero...ahora que lo sé, seguramente, ¿no puedes volver a ser Ekaterina otra vez?

—No puedo. Oliver insistió mucho en ello.

— ¿Oliver?

—Oliver Swales, el cocinero.

—Yo sé quien es pero... ¿sabe él quién eres tú? Quiero decir, ¿sabe quien no eres?

—Por supuesto que lo sabe. Todo el mundo lo trata como un anciano, pero dudo que lo engañen a menudo. Estará contento de que tu hayas descubierto el engaño, pero insiste en que nadie más debe saberlo.

— ¿Pero por qué?

—Porque no podemos saber cuál será su reacción. El mundo no está compuesto de estudiosos liberales. A las mujeres se les permite subir a regañadientes como pasajeras, pero desde luego no como

parte de la tripulación. Oliver dice que me pueden tirar por la borda si me descubren. Él dijo que tú, como estudioso de la historia, lo entenderías. ¿Cómo lo dijo...? Sí, ¿la ironía de Helesponto?

Harrington pensó por un momento, después sonrió. Por supuesto, el nombre original de los Dardanelos; llamados así por Helle, la hija de Atamante. ¡Sí! Helle se ahogó en estas aguas mientras Jason buscaba el Vellocino de Oro. Desde entonces las mujeres han sido malas profecías; no son bienvenidas a bordo de un barco. Y ahora estas aquí, en el Mar de Helle, disfrazada para evitar que te ahoguen marineros supersticiosos.

Ella encogió los hombres inocentemente, después lo besó otra vez. —Estoy vestida para subir a bordo. Y así seguiré porque Oliver dice que es lo mejor.

—Tiene razón. Nikilov nunca hubiera zarpado de haberlo sabido. No tenemos opción. Debemos mantener tu secreto; y debes ser cuidadosa. Hasta que lleguemos a Whitby, eres Rada Funar, el chico de cubierta.

—Será mejor que vuelva a la cubierta. El segundo oficial se volverá loco si tardo mucho más.

Ekaterina dio un pequeño beso en la mejilla a Harrington, y ya como Funar se dirigió arriba. En la cubierta, *él* ayudó a la tripulación a poner en marcha el barco otra vez. El resto del día fue de navegación suave y, en la noche, el *Deméter* atravesó tranquilamente al Archipiélago (el Mar Egeo).

Capítulo doce

El martes 13 de julio Harrington pasó el día evitando al chico de cubierta. Quería desesperadamente estar con Ekaterina pero sabía que era impensable. Lo último que necesitaba era reaccionar de forma extraña ante Funar y meterlos a ambos en problemas. Ekaterina, por su parte, estaba ocupada como Funar ayudando a la goleta *Deméter* a navegar por el cabo Matapán, al sur de Grecia, saliendo del Egeo y entrando al Mediterráneo. El clima era espléndido, la mar tranquila.

Harrington estaba descubriendo rápidamente que el viaje era una tortura. Incapaz de soportarlo, robó un momento antes de la ración para estar con Ekaterina en la cocina e insistió en que se reuniera con él por la noche en la proa. Como a ella la separación le resultaba tan difícil como a él, accedió rápidamente.

Harrington se anudo la corbata, estudió su reflejo en el pequeño espejo del camarote. En su cabeza deseo tener un frasco de agua de lilas o, puestos a soñar, un peine; algún rastro de civilidad. Al pensar en los inteligentes marineros a cuyo lado tendría que pasar en el trayecto entre su habitación y la proa, decidió que era mejor que no tuviera ninguno. Cuanto menos pareciera y oliera como si se dirigiera a una cita, más probabilidades tendría de tener una realmente. Hizo todo lo que pudo por verse lo mejor posible para alguien que iba a pasear por la cubierta.

Apagó su lámpara, echó un vistazo para ver si había alguien en el pasillo y, sabiendo que tendría que pasar junto al timonero, puso su expresión más inocente al subir. Respiró profundamente, salió de la caseta y encontró que las cosas estaban el doble de malas de lo que había imaginado. No solo Pasha Amramoff estaba allí, manejando el timón, sino Filiks Petrofsky también, haciendo su guardia. Los dos se quedaron miraron (¿o era su imaginación?) desde el timón cuando el inglés entró en la cubierta. Harrington respondió sus miradas saludando con la mano.

— ¿T-T-T-Trevor, qu-qué estás...haciendo —Petrofsky agitó la

cabeza— por aquí?

—Quería respirar aire fresco antes de dormir. Es decir, si te parece bien.

Petrofsky lo miró sospechosamente, asintió con la cabeza y volvió a charlar con el timonero. Harrington caminó lentamente rodeando la caseta y después se apresuró hacia adelante. Para su deleite, Ekaterina —todavía vestida como marinero— estaba esperando en la proa.

—Buenas noches, Funar.

—Sr. Harrington. Una noche preciosa.

—Ahora lo es— dijo él con una sonrisa.

Ella sonrió y, al acercarse él, bajo la voz a un susurro. —Ni siquiera sé cómo puedes soportar mirarme después de todo lo que te hecho pasar.

Mirarla era increíblemente fácil. Pero ella tenía razón, lo que había pasado no había sido fácil. En ese instante Harrington volvió a recordar su viaje de cuatro días, la fuga por los bosques de Bulgaria, hasta Varna y la seguridad del *Deméter*.

Había odiado tener que dejar a Ekaterina, la pequeña joya que había conocido entre las estanterías de la biblioteca. Habían tenido un maravilloso romance que, según pensaba en ese momento, había terminado de forma catastrófica. Tristemente, no había tenido idea del porqué. No había sido una ruptura llorosa. A poco de llegar a la puerta de su casa esa noche, y tocar la puerta, ya estaba corriendo para salvar su vida. A la distancia, escuchó que ella lo llamaba. Escuchó a su padre (el Alcalde Dragos Gabor) y sus hermanos maldiciendo el mismo nombre. ¡Las acusaciones que gritaron! ¡Dios bendito! Absolutamente ridículas. Pero claramente no estaban de ánimo para discutir.

Después siguieron cuadro días infernales: corriendo, merodeando de un campo accidentado al siguiente, su marcha dificultada por un tupido bosque tras otro, escapando al sur a través del campo moldavo, y todavía al sur por el territorio Walacho de Rumania sin ser visto durante el día, sin romperse el cuello por la noche. Tenía unos pocos artículos personales, agarrados a toda prisa, pero ni comida ni agua excepto lo que encontraba en el camino. Debía admitir que no tuvo que esquivar moscas tse-tsé de la zona de los Maasai pero tampoco iba de picnic. Él que era el más estudioso de los académicos, perseguido sin razón. No importaba que no hubiera infringido ninguna ley, cuando sus perseguidores eran la ley. Harrington era un prófugo de la justicia.

Al ser inglés (léase *forastero*), viajar por una Europa del este

ferozmente política bajo las mejores condiciones no era fácil. Como un hombre buscado, evitó la ciudad de Bucarest y eligió el anonimato de la naturaleza como si fuera un piel roja norteamericano. Con pocas opciones, sin tiempo para pensar y un agujero de bala en su antaño elegante sombrero, se apresuró a huir hacia el sur. Sospechando que sus puertos más pequeños estarían vigilados, necesitaba salir de Rumania. A pesar del peligro, se escondió en un vagón para pasar la noche y consiguió llegar hasta el Danubio, para cruzar a Bulgaria (más exactamente el nuevo principado del Tercer Estado Búlgaro). Allí, pudo respirar con algo de alivio. Pero todavía necesitaba abandonar Europa.

El dominio de siglos de los otomanos había terminado gracias a los ejércitos ruso y rumano, con voluntarios búlgaros, en la guerra entre Rusia y Turquía. Pero el Tratado de paz había sido rechazado por todos y la autonomía del país estaba en transición. (Un viejo proverbio ruso dice: *Si ves a un búlgaro en la calle, pégale. Él sabrá porqué*). Entrar de forma ilegal a Rumania podía haber convertido a Harrington en el blanco de personas de distintas nacionalidades. Pero aun así, *posiblemente* ser asesinado era mejor que ser asesinado *ciertamente*, así que corrió. Pasó varios días escondiéndose durante el día, cruzando los campos por la noche y, lamentablemente, avanzando a pie mientras los granjeros locales pasaban en tentadores carros de caballos. Al final llegó a Varna. Temeroso de despertar interés, y esperando guardar sus pequeños ahorros para regatear, durmió esa noche en los viñedos del norte. Al amanecer, hambriento, desaliñado pero descansado, Harrington ingresó a la ciudad portuaria.

Y ahí estaba, y Ekaterina, el amor que pensaba que nunca vería otra vez, estaba con él. Ella había dejado la única vida que había conocido, contratado un transporte y a un hombre que le siguiera el rastro, y lo siguió a la oscuridad desconocida. Ahora los dos estaban prófugos.

Drácula se despertó en su caja, como un animal salvaje en su jaula. Su alma oscura estaba hambrienta, enardecida. No pudiendo luchar más contra la sed de sangre, empujó hacia arriba para salir de su prisión de madera. Los tornillos en las esquinas cedieron con un rugido estridente y la tapa se levantó con un crujido. Eso era suficiente.

Cerró sus ojos resplandecientes, dio una orden en silencio y se convirtió en vapor. La nube gris se deslizo por la grieta y salió.

Flotó sobre la carga, merodeó sobre las lonas atadas y después bajó a la cubierta. Cambió de forma horizontal a vertical y se materializó...

El Conde Drácula se irguió en forma humana.

Este era un Drácula muy diferente al que había subido a esa caja hace más de dos semanas. Había desaparecido la enorme herida en su cabeza (infringida en la bóveda de su castillo por la mano de Jonathan Harker). Había cicatrizado y ahora era solo una marca de color rosa. También había desaparecido la piel inflamada con la sangre por haber comido recientemente. Su rostro ahora era muy aguileño, con un puente alto en su delgada nariz, fosas nasales arqueadas y una frente alta y abovedada. Sus orejas eran puntiagudas en los extremos. Su barbilla era amplia y fuerte y sus mejillas firmes pero delgadas. Su boca se veía fija y cruel, con dientes blancos marcadamente afilados. Estos sobresalían sobre los labios, cuyo tono rojizo demostraban una increíble vitalidad para un hombre....de su edad. Porque era un hombre viejo. Su cabello crecía escasamente alrededor de las sienes pero profusamente en el resto, sus cejas indómitas casi tocaban su nariz, su largo bigote, todos sorprendentemente blancos por la edad. Estaba extraordinariamente pálido, y desesperadamente necesitado de la savia nutritiva.

Se concentró en los sonidos del barco: el agua arremetiendo, las vigas chirriantes, el viento en las velas, las ratas en la oscuridad, las charlas, las risas, los susurros, la respiración, el latido de los corazones, la sangre circulando por las venas de la tripulación humana. Olió el aire salado, el olor de la carne cocida de animal, el sudor humano... La sangre cálida y rica en hierro... Y ese otro olor...

Viendo como si fuese de día, Drácula avanzó hasta debajo de las puertas cerradas de la bodega. Podía olerla arriba, en la parte delantera del casco, en la proa del barco...la mujer. ¡La poseería! Cerró los ojos y levantó las manos.

Desde algún lugar de la popa llegó el crujido de la madera y el chirrido del metal. Harrington y Ekaterina miraron, se volvieron hacia la popa y miraron a la penumbra en torno al mástil principal. Examinaron silenciosamente la cubierta, no vieron nada e intercambiaron risitas nerviosas. Acababan de volver su atención al agua cristalina cuando ocurrió otra vez, un gran chasquido, un sonido metálico chirriante, un golpe seco. Ahora ambos miraban a popa, la mano de Harrington agarrando la de Ekaterina, buscando

el origen del sonido.

— ¿Qué fue eso?

—No lo sé. No veo nada. Justo entonces el académico vio...

Los cerrojos de la cubierta de la escotilla se habían salido y estaban tirados uno a cada lado. No tenía sentido. Sin duda los habían asegurado para la noche y, una vez puestos, no podían haberse caído solos. Se acercó unos centímetros a la luz de la lámpara. Ekaterina lo siguió con una mano en la espalda.

Las puertas de la escotilla se abrieron, como si hubieran sido empujadas desde abajo por ráfagas de viento, y golpearon contra la cubierta. Ekaterina dio un salto, Harrington gritó e inmediatamente después una ráfaga de luz los golpeó desde los entrepuentes. Sin ver, intentando protegerse los ojos, ninguno de los dos vio una nube de vapor escapar de la bodega.

— ¿Qué demonios está pasando?— llegó un grito desde detrás de la luz. La voz era inconfundible. Constantin, en la parte delantera de la caseta, salió con un farol en la mano. Bajo la luz, mirando enfurecido. — ¿Qué pasa? Rada, ¿Por qué estás en la bodega?

Se produjo un instante incómodo hasta que Ekaterina se dio cuenta de que el oficial se dirigía a ella. — ¿La bodega? No, señor, no estaba en la bodega. Ninguno de los dos.

—Solo...se abrió sola — añadió Harrington. —Debe haber sido el viento.

Constantin observó fijamente a la pareja, después miró hacia las velas bajo la luz de la luna. Estaban hinchadas por una brisa constante pero no eran tocadas por nada que se pareciera a una ráfaga. El primer oficial miró, pero no detecto la extraña niebla que merodeaba cerca de la percha de mesana.

— ¿Por qué estás en la cubierta, Funar, a esta hora de la noche?

—Yo...eh...Estaba usando el baño, señor.

—Hay un orinal en el camarote de la tripulación, ¿no?

—Yo, yo no... Prefiero la soledad.

— Eso es una niñería. Tienes que madurar. Constantin se pasó la mano por la cabeza, molesto, entonces se volvió hacia el pasajero. —Sr. Harrington, no recomendamos a los pasajeros que estén en cubierta por la noche. ¿Sabe el capitán que está usted aquí?

—No lo sabe. A menos que me viera venir. Ciertamente no es un secreto, solo quería tomar el aire.

—Bueno, ya lo ha tomado, le recomiendo que baje ahora. Rada, deberías estar en la cama. Nunca se sabe cuando te llamará el mar para cumplir tu deber durante días sin dormir. Duerme cuando

puedas. Ahora, despejen la cubierta.

El «chico» de cubierta se dirigió a una de las puertas de la bodega.

—No importa— dijo el primer oficial. Ya lo hago yo. Puedes irte.

Constantin esperó, lámpara en mano, mientras Harrington y Funar pasaban y empezaban a dar la vuelta a la caseta. Optando por la discreción, Harrington siguió la barandilla solo. Funar se dirigió a estribor, con Constantin siguiéndole los *talones*.

Detrás de ellos, el vapor girando en la vela de proa flotó hasta la cubierta y bajo resplandor ámbar tenue de la luz del mástil se transformó otra vez en el envejecido y hambriento Conde Drácula. Se quedó mirando a popa mientras el trío desparecía.

Petrofsky y Amramoff todavía estaban en el timón cuando el chico del barco y el inglés aparecieron desde la penumbra por ampos lados de la caseta. El primer oficial venía detrás de Funar, dirigiéndolos como si fueran ladrones. Al empezar a bajar, Constantin hizo una pausa y miró al timón. —La escotilla en la bodega delantera está abierta. Petrofsky, ciérrala bien. La puerta dio un golpe y el oficial desapareció.

Petrofsky se giró hacia su compañero de tripulación. — ¿Qu-que hice? Son t-t-tres... ¿y-y no pueden cerrar una escotilla?

Amramoff se encogió de hombros. —Quien sabe.

—Yo s-s-sé- se quejó el Punzón. Agarró una lámpara con su mano buena. —Co-como...si-siempre. Petrofsky ti-ti-tiene que ocuparse de t-t-todo.

— ¿Qué crees que era eso? ¿Esos dos?

— ¡A qu-quien le importa! ¡T-tengo que c-cerrar la escotilla!

En la proa, solo, bajo el resplandor de su lámpara, el ánimo de Petrofsky mejoró. No era un fanático de hacer guardia, ni tampoco era tan poético como para decir que sus sentidos habían despertado, pero sí disfrutaba una noche calma en el mar; la cálida brisa del Mediterráneo empujándolos hacia el oeste, la inclinación, el cabeceo y la ocasional elevación de la cubierta, el rugido cuando la proa se clavaba en el agua formando arcos iguales bajo las anclas... Y, algo descaradamente transgresor, el silbido de Amramoff al timón (¡Dios ese hombre sabía silbar!)

Pero al pasar por los barriles de lluvia delanteros algo llegó sobre él... Si fue un sonido o simplemente una extraña vibración, Petrofsky no lo sabía. Algo en el barco se sentía de pronto....mal.

Adelante, escuchó algo que se escabullía, un arañazo en la

madera. Independientemente de la hora, ¡era ridículo! El carpintero del barco estaba en el timón. No debería haber nadie haciendo trabajos de carpintería. Se detuvo y contuvo la respiración para escuchar mejor. Levantó su farol para ver en la oscuridad.

La escotilla estaba abierta, como había dicho el primer oficial, dejando un orificio negro amenazante en la cubierta. Los cerrojos yacían tirados a un lado. Pero ¿Por qué dios mío a esa hora? ¿Y por que tras abrir la bodega no la habían cerrado otra vez? No podía imaginárselo. ¿Pero dónde estaba la sorpresa? Todo lo tenía que hacer el.

Algo se movió, y Petrofsky se sobresaltó.

Recuperó el control, levantó su lámpara y buscó en la penumbra. No vio nada, pero escuchó... Ahí estaba otra vez; el movimiento, ¡el rasguño! Dirigió la lámpara hacia abajo sobre la cubierta y descubrió el origen del sonido. ¡Ratas! Varias de ellas, negras y sucias, con sus uñas desnudas y sus colas carnosas y blancas bajo la luz mientras emergían por del borde de la escotilla desde la bodega de abajo. Sus ojos se veían rojos, chillaban y se escurrían entre las sombras de la proa.

Petrofsky tembló involuntariamente (¡odiaba las ratas!), después agitó la cabeza, sintiéndose tonto. Por mucho que despreciaba a esas horribles criaturas, no había nada novedoso en su aparición a bordo de un navío. ¿Qué barco de línea no tenia ratas?

Al acercarse a la escotilla para cumplir la orden de Constantin algo más atrajo su atención. Adelante, donde debería haber estado la barandilla de puerto (aunque estaba oculta por la oscuridad), algo se movía. ¡Algo más grande que una condenada rata! Petrofsky rodeo y el agujero y levantó el farol. ¡Ahí estaba! Apenas si se podía distinguir....un hombre alto parado sobre la barandilla.

Capítulo trece

— ¡U-u-usted a-a-llí!

¿Quién era ese hombre? Tenía una cabeza grande de pelo blanco, pero era demasiado alto para ser el capitán o el cocinero, los únicos hombres de pelo cano a bordo. Era demasiado alto para que pudiera ser otro excepto Olgaren. Pero Moisey era grueso como un árbol con pelo rojo ardiente. ¿Quién era este fantasma delgado y oscuro? Debe ser alguien de la tripulación. ¿De dónde más podría haber salido? Sin embargo el Punzón estaba seguro de que no era un miembro de la tripulación. Quien quiera que fuese, el hombre solo se quedó de pie mirando al agua sin indicación de haberlo oído.

Petrofsky estaba perplejo. — O-o-oiga u-u-usted — llamó otra vez.

Lentamente la figura oscura se volvió. Petrofsky dirigió toda la luz hacia él, y su garganta se secó. Era un anciano con un rostro tan blanco como su gran bigote y ojos que brillaban rojos bajo la luz del queroseno. A pesar de la calidez del verano mediterráneo, un golpe frio recorrió a Petrofsky como si hubiera sido impactado por un rayo. — ¿Q-q-quien es usted?

Los ojos del anciano atravesaron a Petrofsky. Los extremos de sus labios rojos retrocedieron mostrando unos dientes increíblemente afilados en una horrible sonrisa. Gruñó y siseó como un gato salvaje. Entonces, increíblemente, el extraño saltó por la borda.

Tan simple como eso, desde su posición de pie, simplemente saltó hacia arriba por sobre la borda y desapareció. Petrofsky gritó y saltó a la barandilla. Miró hacia abajo, al mar, pero no vio nada. Nada excepto el agua con bordes blancos pasando suavemente cerca del casco. Se estiró, explorando la oscuridad y el mar a popa, pero sin resultado.

¡No tenía sentido! El anciano había estado ahí en la escalerilla y había saltado por la borda sin decir una palabra. Petrofsky podía jurarlo, sobre una biblia, ante el mismísimo Papa Leo. ¿Pero donde había ido? Incluso ahogarse demoraba tiempo; un chapoteo, un

grito, ¡la lucha instintiva independientemente de cuán voluntario fuera el acto! ¿Cómo podía haber desaparecido tan rápido? El vigía estaba boquiabierto, después vino la vergüenza total. ¿Qué demonios estaba esperando? Alguien acababa de... ¡Y él no había hecho nada! — ¡Ho-ho-hombre al a-a-agua! —Petrofsky gritó, corriendo a popa. — ¡Ho-ho-hombre al a-a-agua! ¡To-to-todos a cu-cu-bierta!

Amramoff lo escuchó desde timón y un instante después sonó la campana del barco. Poco después aparecieron los demás en cubierta; el primer oficial gritando, Smirnov, Olgaren, Popescu gruñendo y el segundo oficial. Al momento siguiente el inglés estaba ahí, después el chico de cubierta y después Swales (jadeando para respirar). Incluso Amramoff, quien supuestamente estaba arreglando el timón, apareció. — ¡Ho-ho-hombre al a-a-agua! — gritó Petrosky, dirigiéndolos hacia la proa. — ¡Ho-hombre al a-a-agua!

— ¡Cállate! —gritó Constantin, agarrando por el brazo a Petrofsky. El Punzón dejó de gritar y el oficial bajó la voz. — ¿Por qué demonios estás gritando?

—Ha-ha-había un...hombre....p-p-por la b-borda!

Varios acudieron a la barandilla a mirar en el mar pero Constantin se mantuvo firme. Recorrió con la vista la oscura cubierta y aquellos bajo la luz de la lámpara. Sus ojos volvieron a concentrarse en Petrofsky. — ¿El capitán?—preguntó el oficial. — ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Qué el capitán se cayó por la borda? ¡Acabo de hablar con él!

—N-n-no, señor— contestó confundido Petrofsky. -Yo n-n-nunca....dije que fuera. Nunca d-d-dije eso. N-n-no era el ca-ca-capitán.

El primer oficial lo fulminó con la mirada. —Mira a tu alrededor. — El Punzón solo le devolvió la mirada y Constantin se enfureció. — ¡Es una orden, estúpido bastardo! ¡Mira a tu alrededor!

Petrofsky lo hizo, sin tener idea de qué es lo que se suponía debía mirar.

— ¡Estamos todos aquí! El capitán está...indispuesto y estará aquí en un momento. Aparte de él, toda la tripulación está aquí. ¡Todas las almas a bordo te están mirando!

Petrofsky los contempló a todos. —S-s-si, s-señor.

— ¡Estamos todos aquí! —repitió Constantin. —Incluso aquellos que no deberían estar — Se volvió hacia Amramoff y gruñó — ¿No estabas tú en el timón?

—Sí, señor. Viento en popa. Solo la dejé atada para ver qué eran los gritos.

—Vuelve a tu puesto. El carpintero se fue rápidamente a popa. El capitán volvió su atención hacia Petrofsky, quien solo acertaba a agitar la cabeza.

Desde la popa llegó la voz rasposa del capitán — ¡Sr. Constantin! La gravilla en su voz era un remanente del elixir del curandero. (Los gritos lo habían pillado desprevenido y se había visto obligado a bajar su ritmo cardiaco con la medicina). Todavía la sentía en la boca mientras se enganchaba los tirantes y se ponía el abrigo. ¿En nombre de los turcos asesinos qué está pasando en mi barco?

—Petrofsky creyó ver a alguien caer por la borda, señor.

— ¿Y todos están aquí?

—No falta ningún hombre, capitán. No puede haber visto lo que dice.

—Pe-pero sí lo vi, s-s-señor — insistió Petrofsky. —Yo v-v-vi a un ho-hombre saltar por la b-b-orda! Un an-anciano.

No había una buena adecuada de resolver el misterio. No había evidencia de que hubiera ocurrido algo fuera de lo normal. Petrosfsky le contó al capitán, los oficiales y sus compañeros merodeantes lo que había visto. Nikilov formuló las preguntas tranquilamente. El vigía respondió, en excitados estallidos, que solo podían ser tonterías.

Se hizo una inspección de la cubierta durante la cual la mayoría hizo una pausa para mirar embobada por la borda (Popescu, el último, se persignó con nerviosismo). Swales, renunciando a su turno en la barandilla, gritó que ya había visto el agua antes. Sugirieron «que todos fueran directamente a la cama» donde había estado «durmiendo como un bebé antes de este extraño incidente». No se encontró nada; no se podía hacer nada.

A la orden del comandante, el oficial dispersó a la tripulación. A Olgaren se le ordenó relevar a Petrosky en la guarida y se dio permiso al Punzón para que bajara. Se alejó tras los otros y deambuló solo hacia la popa, murmurando. Todavía estaba hablando consigo mismo cuando llegó a los escalones de la caseta.

—Parece que hubieras perdido a tu último amigo... —gritó Amramoff desde el timón — ¡a manos de un fantasma!

Petrofsky refunfuñó y habría contestado si no hubiera visto al segundo oficial en las cercanías. Se trago el comentario, mudo.

Eltsin miró a Amramoff con el ceño fruncido, después le dijo al Punzón «No dejes que te moleste, Feliks. Pensaste que viste algo que no podías haber visto. Te podría contar miles de historias sobre los trucos que me han jugado mis ojos» ofreciendo una sonrisa amigable. Amramoff añadió una risa.

Petrosfky bajó sin contestar a ninguno de los dos.

El capitán y el primer oficial intercambiaron unas palabras finales en la barandilla sobre el agua en movimiento. Ninguno creía a Petrofsky. ¿Cómo podrían hacerlo? Toda la tripulación estaba allí, al igual que los dos únicos a bordo con pelo blanco. Y, como ya habían conseguido pasar a Harrington y Funar por las aduanas, era ridículo pensar que hubiera otro polizonte por descubrir. Ninguno de ellos pensaba que Petrofsky fuera un mentiroso, sino que se había imaginado este «anciano». Aceptando que el misterioso extraño nunca había subido a bordo, tampoco podrían hacer creído...que todavía estuviese allí.

Adelante, agarrado del mascarón y el casco del *Deméter* como si fuese una mosca, Drácula colgaba atrapado entre el bauprés y, arriba, los mortales arcos de agua a cada lado, como ya estaba atrapado entre la vida y la muerte. El agua salpicaba y le quemaba como si fuera ácido. Los colmillos desnudos, su odio bullía, sufría en silencio...esperando.

El Conde escuchó cada palabra que del capitán y su oficial, quienes, ignorantes de su presencia, echaron la culpa del incidente de Petrofsky al pesimismo que se había apoderado durante el viaje. El primer oficial insistió que los hombres debían concentrarse en sus tareas, mientras que el capitán dijo que necesitaban subirles el ánimo. Su conversación terminó sin consenso y abandonaron la proa para dirigirse a sus camas.

Cuando los humanos desaparecieron, Drácula trepó hacia arriba, sobre la barandilla y aterrizó en la cubierta. Se aliso su ropaje, como alejando la humillación de haber tenido que esconderse de esos roedores. Una más en una serie lamentable de acciones tomadas en los últimos cuatro siglos y medio para sobrevivir. El Conde Drácula, viejo y blanco, enfadado y con un hambre insaciable, se convirtió en vapor otra vez.

Una reunión espontánea tuvo lugar en los aposentos de la tripulación. Empezó con Popescu quejándose. Smirnov, alterado por el evento de cubierta, se unió a él y refunfuñaron juntos. Petrofsky, tembloroso y murmurando, sumó su voz y pronto tenían una

reunión. El Punzón contó su experiencia otra vez, insistiendo en que no se había inventado la historia. Las palabras le fallaban pero su miedo era evidente. Para cuando entró Funar (el secreto de Ekaterina todavía era ese), el miedo de Petrofsky se había contagiado.

—No es solo tu extraño anciano, quién o lo que sea. Hay algo antinatural a bordo del barco— dijo Popescu. —Algo demoniaco. Hemos estado bajo su maleficio desde que zarpamos.

—Desde antes de zarpar — corrigió Smirnov, su terror evidente en su falsete susurrado. —Tú ya estabas a bordo. No sabes lo difícil que fue para Constantin contratar una tripulación en Varna.

—Me lo puedo imaginar. ¡Se conformaron contigo! —Popescu se rió de su propia gracia.

—Tómatelo a risa — dijo Smirnov. —pero hablo en serio. Todos los marineros con experiencia de la ciudad desistieron alegando que había algo malo con este barco. ¿Recuerdas la pelea en el muelle? Esos campesinos amenazando a los estibadores. ¡Y nuestra carga! ¿Alguien había oído de una carga así?

—Una carga maldita — añadió Popescu. Con los ojos muy abiertos, ya no reía.

Pero alguien en la escalerilla sí reía; una risa profunda y familiar seguida por un gruñido familiar de disgusto. — ¡Si mi padre pudiera escucharos, chicos! —se entremetió Swales, con la pipa apagada y agarrada entre sus dientes. —Idioteces, eso es lo que lo llamaría él, nada más. Cosas que flotan, y fantasmas y huéspedes y espantapájaros que solo sirven para marear a las mujeres de las granjas. Inventadas para asustarse unas a otras.

— ¿Por qué?

—Ah, sí. ¿Por qué? Esa es la cuestión.

—No nos hemos inventado nada. Solo estamos diciendo lo que piensan y sienten todos a bordo.

—Ah, todos, ¿no? ¿Estás seguro entonces? Bueno, yo tengo mis dudas. Sientan lo que quieran chicos. *Teman* lo que quieran. Pero acepten mi consejo, ¡guárdeselo para ustedes! Por qué no hace falta ser un genio para saber que nuestro buen Sr. Constantin odia las supersticiones tanto como a nuestro capitán le gusta la religión; y si ellos se cansan de vuestras historias de fantasmas, me imagino que lo lamentareis.

Concentrados en la advertencia del cocinero, todos saltaron cuando Harrington asomó la cabeza. — ¿Es esta una reunión privada?

—Sí — dijo enfadado Popescu. —Sí lo es.

Por supuesto que no — dijo Swales. Se volvió hacia el rumano. —No puede tener las dos cosas a la vez, Bogdan. No puedes hablar por cada alma en el barco, y excluirlos de la conversación.

—Estaba hablando de la tripulación. No deberíamos estar llevando pasajeros. No pertenece aquí.

—Tiene una nota del capitán que dice que sí. ¿Qué tienes tú? Popescu refunfuñó sin responder. —Ah, Eso pensaba. Swales hizo una seña al inglés para que entrara y señaló un lugar en una litera junto a Funar.

Harrington se dirigió a él cuando, consciente de sus debilidades, encontró otro asiento cerca de Petrofsky. —Así que — dijo acomodándose. —por lo que veo el tema de conversación es...

— ¡Fantasmas y espantapájaros!

—Nadie ha hablado de fantasmas — interrumpió Smirnov— No exactamente.

— ¡Gog! No querréis desdeciros ahora— insistió Swales

—Entonces no lo haremos. —Popescu miró duramente al escocés, después se volvió hacia el inglés. —Hay una sombra sobre este viaje. Algo antinatural en o cerca del barco. Sí, ¡antinatural! ¡Esas cosas existen! Nos preguntamos que puede ser. Y yo me pregunto si tendrá algo que ver contigo.

—No tan rápido, chico, con tus acusaciones. Estoy más que dispuesto a responder por el Sr. Harrington.

—Está bien. En tu opinión, eso lo libra de sospecha. Me pregunto ¿quién responde por ti, viejo?

Swales se inclinó hacia Popescu y susurró — Chico, yo sé cómo actúan los hombres cuando están atemorizados. Hacen y dicen cualquier cosa. La mierda se les escurre de la tripa sin pensar, y realmente no puedo culparlos. Y no estoy defendiendo a los caballeros, os pido disculpas por adelantado. Pero vuestros saltos arriba y abajo me está poniendo de los nervios. Recomiendo que toméis esto como la única advertencia que este viejo os va a dar... Tocó el pecho de Popescu con su pipa de arcilla. —Piénsalo bien.

— ¿Hay algún problema? La voz era la de Constantin al pararse en la entrada al camarote.

—No realmente. No.

Los ojos negros pequeños y brillantes del oficial abandonaron a Swales y se concentraron en los demás. — ¿Me he perdido una reunión?

—Para nada, señor. —dijo Popescu— Solo un encuentro amistoso.

— ¿Entonces no hay nada que deba saber?

Parecía como si algunos de ellos tuvieran algo de lo que querían desahogarse. Pero nadie habló. Una tensión extraña, se sentía un miedo palpable en el aire. Finalmente, Popescu rompió en silencio. —No, señor. Nada de nada.

Constantin asintió evasivamente. En ese caso, Swales, Sr, Harrington, me harían el favor de irse a sus aposentos. Popescu, tú y yo tenemos guardia temprano. Apagad las luces.

Capítulo catorce

Popescu se frotó la piel de gallina en los brazos. Estaban a mediados de julio, miércoles 14 y se encontraban en la mitad del Mediterráneo; todavía, a esa temprana hora, una brisa fría corría sobre el agua, a través de sus hombros en el timón y a través de las velas, la oscuridad perseguía al amanecer. Cansado, cerca del final de su guardia pero todavía atado al timón, no podía evitar temblar. Se dijo que era la brisa.

Podía escuchar al primer oficial jurando y gritando a la tripulación en la proa. Los había obligado a levantarse temprano en represalia por reunirse a sus espaldas la noche anterior, y los había puesto a trabajar. Molesto con el constante fastidio de su compatriota, Popescu intentó sacárselo de la mente, pensar en otra cosa. Pero la única imagen que encontraba para reemplazarlo era la del anciano de Petrofsky saltando del barco.

En eso concentraba sus pensamientos cuando Constantin vino a popa y sorprendió al soñador Popescu. —Lo siento, señor —dijo el timonel. —Me estaba...preguntando. El oficial miró fijamente pero no dijo nada y el incómodo marinero intentó llenar el vacío. —Un poco de frescor en el aire.

Constantin asintió. El sol naciente pintado en el horizonte; el mar y el cielo mudando del negro al azul, al rojo dorado brillante.

—Como el cambio de la marea— susurró Popescu. —El frío que llega con el amanecer.

Constantin refunfuñó. — ¿Eso es poesía? No le gustaba la poesía y, aunque nunca había conocido uno, estaba seguro de que no le gustaban los poetas.

—Solo un antiguo refrán.

—Repítelo otra vez. Volvió sus ojos negros como el carbón hacia Popescu. El timonel le sostuvo la mirada cautelosamente. —Dije que lo repitieras. Es una orden.

—Como el cambio de la marea, El frío que llega con el amanecer.

— ¿Qué significa eso?

Popescu se aclaró la garganta y, temeroso, respondió en un

susurro. —Se dice que aquellos que van a morir a menudo mueren al amanecer, o cuando cambia la marea.

El primer oficial enrojeció. —Me estoy cansando de tus quejas.

—Sr. Constantin...

— ¡No me interrumpas! Escuché tus lúgubres murmuraciones anoche en tu pequeña y ridícula asamblea. He venido escuchando esta tontería sobre un barco maldito desde Varna. ¡Estoy harto! Estoy cansado de que todos os quejéis como niños. Es hora de que esta tripulación empiece a comportarse como hombres. Y tú vas a dejar de preocuparlos con tus ridículas supersticiones, o sentirás mi mano.

Popescu, lánguido bajo la mirada del primer oficial, desvió su mirada y no vio a Nikilov salir de la caseta. Constantin, regañando al timonel, tampoco se dio cuenta de la llegada del capitán.

—No quiero escuchar nada más sobre muerte — dijo el primer oficial con los labios apretados. —Ni una palabra. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Ahora ocúpate del timón. Solo entonces Constantin vio a Nikilov. Se alejó del timón y lo saludó con un movimiento de cabeza. —Buenos días, señor.

—Buenos días. El capitán se dirigió casualmente a estribor seguido de Constantin. Llegó a la barandilla y se giró, sus ojos azules buscando los de su primer oficial. —Iancu, ¿se encuentra bien?

—Estoy bien, capitán.

Caminaron a la parte delantera de la caseta, hicieron una pausa y observaron a la tripulación ocupada en sus tareas con destreza pero sin entusiasmo. Los hombres estaban tensos, ansiosos y se notaba. Nikilov los conocía, aquellos con los que había navegado; hombres tranquilos con actitudes de primer nivel. Su melancolía no tenía sentido y se lo comentó al primer oficial.

—Estoy de acuerdo— dijo Constantin. Hay algo que está alterando a toda la tripulación. Es palpable. No sé qué está mal, y ellos no pueden o no quieren decirlo. Solo dicen que hay ALGO malo. Con desprecio, añadió, —Y después Popescu se persigna.

A pesar de sus convicciones religiosas, Nikilov escuchó en silencio.

El primer oficial, mirando hacia arriba, notó que el pie de la vela mayor (dañada días antes por Petrofsky para salvar su vida) estaba rasgada otra vez. La reparación del Punzón parecía no resistir. Gritó a Petrofsky, para que se fijara en el daño y le ordenó que subiera otra vez.

Ante la sorpresa de todos, Petrofsky replicó — ¡N-n-no es m-m-mi cu-culpa! La orden del oficial le sonó como una acusación de que había sido incompetente al repararla. Ondeó su mano vendada y gritó: ¡Esto ha-ha-hace casi impo-po-posible el trabajo! ¡Y a-a-arde como el in-in-fierno!

— ¡Deja de quejarte! Exigió Constantin. — ¿Estás enfadado con el trabajo? ¿Entonces, en primer lugar porque dañaste la vela? ¿O te avergonzaste ante todos ayer noche con tu fantasma anciano?

— ¡No fue un fa-fa-fantasma! ¡Vi lo qu-qu-que... v-vi!

— ¡Cierra la boca!— Ordenó el oficial tras perder la paciencia. — ¡Cierra tu maldita boca y obedece las ordenes! Agarró una cuerda enrollada de la cubierta, se giró hacia el Punzón y lo azotó en el hombro. Petrofsky gritó y cayó sobre una rodilla.

Los otros interrumpieron sus labores, observando.

—T-todo me p-p-pasa a...mí — gritó Petrosfky. Agitó su dañada mano como prueba. —Y ahora e-esta....enfadado por a-anoche, como... Yo. Pero n-n-no tiene....nada que hacer con-migo, aparte de...que lo vi.

Constantin, lívido, levantó la mano para dar otro latigazo.

El capitán miró, con una mirada de desaprobación, pero mordiéndose la lengua. La cadena de mando solo podría resultar debilitada si se entrometía entre un oficial y su tripulación en temas de disciplina. Pero no estaba satisfecho con la forma en que Constantin manejaba la situación. Hablaría con él más tarde. Por ahora, Nikilov esperaba que el altercado resultara en una disputa feroz.

Para su alivio, no ocurrió. Encontrando una paciencia que no sabía que tenía, el oficial se detuvo al segundo golpe y bajó la cuerda. Petrofsky, también, se retiró sin decir palabra. No era cobardía. Simplemente se daba cuenta de que sus problemas, cualesquiera que fuesen, no tenían nada que ver con el oficial. Popescu tenía razón, eran causados por este barco maldito. Cauteloso y golpeado, Petrofsky recogió su equipo sin decir nada y subió al obenque del mástil principal, a la vela dañada.

El resto de la tripulación volvió a su trabajo en silencio. Nikilov los observó, aliviado de que se hubiera evitado una confrontación violenta pero profundamente preocupado.

Los vampiros no sueñan.

Reposan en un estado frío y parecido a la muerte. Pero cuando despiertan, son muy similares a los humanos: piensan, sienten...y

tienen hambre.

El Conde Drácula tenía mucho en que pensar para ocupar sus horas en vela; había dejado atrás todo lo que conocía, todo lo que anticipaba y el momento actual. Uno solo puede imaginarse las cosas que debería considerar.

Y, aunque sus pensamientos tenían toda la gama posible, dos emociones dominaban. El primero era la rabia. Existir en un mundo en el que no podía vivir había engendrado en Drácula un estado constante de rabia y amargura. A eso se añadía la necesidad de esconderse de la tripulación del barco, como una sucia rata en un sótano, y sus pensamientos aumentaban hasta la ferocidad. Los odiaba, anhelaba su destrucción...y más.

¡Y ahora esa nueva sensación!

La reciente revelación de una mujer a bordo del navío había despertado en él...algo que no había sentido o pensado durante generaciones. Una imagen de sus esposas, abandonadas en el Castillo Drácula, pasó por su mente y las palabras de una en particular, pronunciadas recientemente con despecho, se repetían en sus oídos...

Acababa de regresar al castillo con el...sustento. Arrojó al suelo una bolsa desde donde se escaparon un soplido y un jadeo al retorcerse con su contenido vivo. Enfadado como estaba, Drácula no le prestó mayor atención. Las encontró — a sus tres mujeres — en una habitación donde no debían estar, haciendo algo que les había prohibido; acercarse a Harker con la intención de beber su sangre.

Las detuvo, por supuesto, negándoles sus anhelados besos. Entonces Marinshka, su tesoro de cabellos rubios, con su risa habitual de coquetería procaz, dirigió su acusación. —Tú nunca has amado. ¡Nunca amas! Las otras se unieron a ella, llenando la sala con su risa triste. Bellas doncellas sin edad, demonios sin alma, deleitándose en su dolor. Pero él había amado y así se lo dijo. Hace mucho tiempo y en un lujar lejano, había amado...profundamente. Antes de ese amor, acercándose a ese amor, había sentido lujuria.

Ahora, hambriento por la sangre nutritiva, deseaba locamente a la criatura femenina aquí y ahora, a bordo del barco, sabía que esos no eran sueños (porque los vampiros no sueñan). Eran deseos que lo consumían. En su caja, en la oscuridad de la bodega delantera, Drácula sintió el abrumador e innegable dolor. Porque, de hecho, un deseo alimentaba al otro.

—Hay tantas cosas que quiero decirte.

La noche había caído sobre ellos y Ekaterina, todavía vestida como Funar, se las arregló para reunirse otra vez con Harrington en la proa. Allí hablaron en susurros, queriendo cogerse de las manos, tocarse el uno al otro pero sabiendo que no se atreverían. La compañía, el secreto, quizá sus vidas exigían que fuesen mozo de cubierta y pasajero de pago atravesando la noche.

—Yo también tengo cosas que decirte. Las diremos pronto — le aseguró Harrington. —Pero como sabiamente lo has expresado, no ahora.

Ekaterina asintió y sonrió. Muchas cosas tendrían que esperar pero valía la pena la espera. Comprobando la cubierta, se quitó un collar desde debajo de su jersey de marinero, una delicada *fleur-de-lis* dorada que destelló bajo la luz de la lámpara del mástil. —¿Te acuerdas de esto?

Él se acordaba del collar y de su historia. El colgante era un lirio estilizado que, históricamente, simbolizaba todo para todos (política, dinastía, arte y heráldica). El Gran Duque de Luxemburgo, el destronado Rey de España, la Casa de los Borbón cuyo *coup d'etat* lo había reemplazado, los francocanadienses, todos lo consideraban parte de su herencia cultural. Los religiosos creían que los pétalos significaban la Sagrada Trinidad. Harrington prefería la interpretación simple de *fe, esperanza* y *caridad*; una encantadora representación de Ekaterina. La había visto admirándolo en el escaparate de una tienda. (En realidad ella había admirado el colgante *y* varias joyas en forma de crucifijo pero, como ni siquiera comprendía a los creyentes cristianos, Harrington no vio motivo para comprar sus baratijas). Lo compró ese mismo día y lo había guardado cuidadosamente hasta que se presento la ocasión apropiada para dárselo. —Por supuesto que lo recuerdo. Sonrió al saber que ella llevaba su regalo bajo el disfraz.

—Compré un vestido para usarlo— dijo ella, todavía susurrando. ¡Es precioso! Blanco como la nieve recién caída, con una bella falda larga al biés. Ya sabes, un estilo *imperio* tan popular en las ciudades, con un corsé... Él sonrió. Incluso bajo la luz tenue, Ekaterina vio como él se sonrojaba. —Solo una línea de cintura ligeramente elevada, tonto. Ella se rió con nerviosismo y levantó la palma de su mano hasta su estómago para demostrar la altura. Con increíble equilibrio en la proa en movimiento, caminó, se giró y volvió simulando modelar el vestido. —Tiene una blusa amplia con tres filas de volantes. Se inclinó para susurrar el secreto —... que rodean la parte superior del cuerpo— y se rió otra vez.

Harrington también se rió, en silencio, al tiempo que la hacía

callar.

—El cuello es alto, las mangas abombadas en los hombros. Tiene volantes en los codos y un cinturón por aquí. Se pasó delicadamente la mano sobre su estómago.

Harrington tragó saliva, su garganta inesperadamente seca. —Estás encantadora en él.

Ekaterina quedo boquiabierta. —Pero nunca me has visto usarlo. Yo...nunca lo usé. La tristeza asomó tras sus ojos brillantes. —Excepto para probármelo.

—Sí — dijo él, con similar melancolía. —La noche que...escapé. Te vi, a través de la ventana, como un ángel blanco, cuando...alguien empezó a disparar.

—Trevor, lo siento tanto.

—Está bien. Quería abrazarla, consolarla y sabía que no se atrevería. No aquí. Se obligó a reír para animarla. —Tú tienes un vestido nuevo, yo perdí un sombrero viejo. ¿Qué podría ser mejor?

—Es tan bonito...— Ella hizo una pausa y empezó a llorar. —Se veía tan bello en contraste con mi cabello.

Rastros dorados asomaban debajo de la gorra tejida de Funar. La maravillosa melena de Ekaterina, antes recogida hacia atrás al estilo de moda *pompadour*, trenzada detrás de los hombros, pasada por un lazo y pegada a sus ligeras caderas era un solo un recuerdo. Todavía brillante, parecía cortada a dos centímetros sobre la cabeza del chico de cubierta. Harrington le puso suavemente la mano en el hombro. —Todo está bien.

—¿Tú crees? Ekaterina le besó la mano. —Después de lo de anoche, lo dudo.

—¿No estarás dejando que te afecten la fantasías de Petrofsky, los espíritus endemoniados de Popescu? Los marineros son supersticiosos por naturaleza.

Ella asintió. —Aún así, lo admito, tengo miedo.

—¿Miedo?

—Avanzamos a través de la oscuridad y aunque estamos en el Mediterráneo en verano, algo frio e indescifrable lo amenaza todo. La noche está llena de sonidos terribles. ¿Tenemos un destino o nos estamos engañando a nosotros mismos? ¿Estaremos solo alejándonos de lo que conocemos y amamos hacia cosas oscuras y espantosas? Oh, Trevor, no puedo evitar sentir que va a ocurrir algo horrible.

—Querida. Harrington no pudo resistirlo más. Agarró a Ekaterina, la abrazó y cuando ella lo miro a los ojos y lo besó, él respondió apasionadamente al beso como si su vida dependiera de

ello.

Si no hubiera sido por un accidente, los hubieran descubierto, allí, en ese mismo momento.

El oficial, que caminaba tranquilamente por la cubierta, tropezó al rodear la caseta y evitó que un barril de lluvia cayera al suelo. El golpe seco, el agua derramada y la maldición a gritos alertó a la pareja. Tuvieron justo el tiempo para arreglarse antes de que Constantin llegara hasta ellos en la oscuridad.

Miró fijamente al dúo de aspecto inocente, con más sospecha ahora que la noche anterior. - Un poco tarde para otra reunión ¿no? - preguntó el oficial. -¿De qué tenéis que hablar vosotros dos?

-Funar y yo simplemente nos encontramos por casualidad, Señor Constantin — dijo Harrington. Nada más que eso. Las cosas a bordo de este barco que despiertan sus sospechas, supongo, son las mismas que me impiden dormir.

-¿Y Funar?

-Solo estaba hablando, señor — añadió el chico- Conversando, al ver aquí al señor Harrington.

Constantin asintió evasivamente. -Rada no serás excusado por falta de sueño.

-Sí, señor.

-Señor Harrington, me gustaría hablar con usted si no le importa. No era una petición y Constantin no esperaba respuesta. Esperando sin dudas que su pasajero lo siguiera, se dirigió a las sombras de popa.

Harrington y Ekaterina se hicieron muecas, se sonrieron y se dieron las buenas noches en silencio. Entonces ella se despidió de él con la mano. Él sonrió y la dejó para alcanzar al oficial.

Ella lo vio alejarse y se quedo otra vez sola en la proa lúgubre, completamente ignorante del gran murciélago gris colgado cabeza abajo desde los aparejos de la vela de arriba. Suspendido desde las líneas de la percha de trinquete del mástil principal, la criatura sombría que apretaba la tela de la vela principal con los pulgares salientes de sus alas plegadas, soltó las líneas de arriba de su agarre de sus pies como garras, y rápida y silenciosamente se contoneó por la superficie de la vela hinchada.

Se detuvo arriba de la cabeza de la joven.

Capítulo quince

El primer oficial lo hizo pasar al comedor como si fuese su oficina privada. Harrington, a pesar de ser un pasajero de pago, lo siguió con la cabeza colgando como un niño travieso entrando en la iglesia.

— ¿Qué está pasando exactamente?

—Lo siento, Señor Constantin, no entiendo su pregunta.

—Esta es la segunda vez que lo descubro a usted y al chico en cubierta, en horas de la noche, donde no tiene nada que hacer. Quiero saber qué está pasando.

—No está pasando nada, se lo aseguro.

—No acepto su garantía.

—¿Señor? —preguntó Harrington indignado.

—Venga, Señor Harrington. Usted es súbdito de una monarquía, yo de un imperio. Ninguno de los tiene derecho a sentimientos democráticos o expectativas de autonomía. Especialmente usted. Aquí tenemos una cadena de mando y usted, Señor Harrington, no está en ella. Usted seguirá las ordenes del capitán en este barco, y en su ausencia, las mías o lo lamentará. ¿Entiende?

—Por supuesto. No tenía otras intenciones.

—Me alegra. De pronto esta tripulación está tensa...por algo. No lo entiendo pero tampoco necesito hacerlo. Necesito ponerle fin. Y lo haré insistiendo en la normalidad. Lo que sea que usted y Rada Funar se traen entre manos, no es parte de la rutina en este barco. Es un misterio.

—Solo fue una coincidencia que estuviéramos en cubierta los dos.

—¿Dos veces? ¿Por la noche? No. No creo que sea una coincidencia. Lo que sea que esté tramando, no me gusta que interfiera con la tripulación y no lo toleraré. Camine por la cubierta todo lo que quiera, pero esos encuentros se han acabado. El misterio ha terminado.

Ekaterina esperaba indecisa en estribor, temerosa por Trevor. No es

que creyera que corría peligro físico. Sabía que no. El primer oficial era un hombre enojadizo pero justo. Ciertamente había sido bueno con ella. Ella era (o más bien Rada Funar) el único miembro de la tripulación que el oficial llamaba por su nombre de pila. Él, junto con el segundo oficial, se habían ocupado de instruir a Funar para que fuera un buen marinero, le habían enseñado sus tareas, e incluso le habían enseñado cómo manejar el timón, y velaban por su bienestar. Se preocupaba por el «chico». Dicho esto, el primer oficial podía ser un hombre duro y brutal cuando se trataba de impartir disciplina. Esperaba que no fuera demasiado duro con Trevor; que no estuviese lanzando rayos y truenos para protegerla.

Le había ordenado ir abajo y sabía que debería bajar. Pero Ekaterina esperó un momento más para contemplar el oscuro mar Mediterráneo, para ver los fantasmas de bordes blancos en las olas rompientes, de escuchar como azotaban el barco. Para escuchar el viento en las velas. Al menos eso pensaba ella que estaba oyendo.

Lo que en realidad escuchaba era a la oscura criatura gris, sus alas plegadas como cuero, en su tallo, sus pulgares como agarrando la tela al deslizarse por la vela, cada vez más abajo y más cerca. Ella no escuchó a la cosa soltarse, ni escuchó cómo caía. No se dio cuenta de que, mientras caía, la criatura se transformaba...

Sus sentidos, vívidos con la belleza de la noche mediterránea estaban, un instante después, abrumados con el horror. Porque algo, alguien, cayó en una bruma, aterrizó detrás y la agarró con manos de hielo. Una ola de repulsión inundó a Ekaterina. Unas manos frías, una sobre su boca, la otra sujetando sus muñecas, la tenían sujeta en un agarre de hierro. Un destello periférico en la penumbra ámbar en el rostro de un anciano. El pútrido olor de la pudrición y la putrefacción, un horrible aliento caliente la asfixiaba mientras la cabeza de su atacante descendía bajo de su línea de visión. Una quemadura como de un alambre de acero al raspar su grueso bigote su piel blanca y suave. El dolor intenso cuando sus dientes afilados como cuchillos violaban su garganta; rasgando tejidos, aplastando capilares, perforando una vena. Ekaterina gritó en silencio a la palma de su atacante mientras su sangre fluía.

El Conde Drácula, deseoso, hambriento desde hace mucho, bebió intensamente.

En la primera semana de viaje la tripulación había llegado a conocerse entre sí y, aunque no habían surgido grandes amistades, todos parecían llevarse bien. Las únicas excepciones evidentes eran

Popescu y Smirnov. El primero, no era ningún secreto, no era el preferido de nadie. El segundo, aunque extraño, se llevaba lo suficientemente bien. Ambos cumplían sus deberes y evitaban el azote de la lengua de Constantin. Dicho esto, estaba claro que el rumano gruñón y el ruso menudo no congeniaban. No se odiaban directamente, pero desde luego no se llevaban bien. Popescu había acostumbrado a gritar fuerte y con frecuencia «*Tu fundul prostie!*» al pequeño ruso. Smirnov, habiendo conseguido una traducción, estaba harto de ser llamado *burro tonto* ante sus compañeros. Eso no sería nada comparado con el golpe que sufriría el ego de Smirnov cuando tras la noche de guardia del miércoles llegó la mañana del jueves 15 de julio.

Debido a lo escaso de la tripulación, el día anterior el capitán había extendido las guardias normales de cuatro a seis horas. Eso complicaba las cosas, parecía que los marineros iban y venían al azar, pero les daba un descanso más largo cuando les tocaba. Así que Popescu relevó a Smirnov a las 6 en vez de a las 4 de la madrugada (cuatro campanadas en lugar de ocho) justo antes del amanecer. El ruso reporto «Todo en orden» en el tono monótono que generalmente intercambiaban entre ellos y se fue abajo. Menos de diez minutos después Smirnov se encontró de vuelta en cubierta, y criticado por todos.

Después de tomar la guardia, Popescu, como era su rutina, se dirigió a estribor para revisar la proa y las velas. Normalmente regresaba por babor completando su circuito en el timón. No llegó tan lejos. Al pasar por la proa, vio algo en cubierta a los pies del mástil delantero. Se acercó y lo reconoció como el cuerpo de Funar. Dio una patada a la bota del joven y lo llamó por su nombre pero el chico no se movió. No podía oír ni casi sentir la respiración del chico.

—¡Pasha! —gritó Popescu, llamando a popa con un miedo súbito.

Se detuvo a mitad del grito, y recordó lo que le había caído a Petrofsky por sembrar la alarma innecesariamente. Mejor conseguir ayuda en silencio y dejar que los oficiales levantaran la voz. Se apresuró a volver al timón donde Amramoff estaba hablando con el segundo oficial.

—¿Qué pasa, Popescu? ¿Has visto un fantasma?

Eltsin fulminó al timonel con la mirada. —¡Cállate, Pasha! Tú y tus malditos fantasmas. Se volvió hacia el agitado rumano. —¿Qué ocurre?

—¡No un fantasma! —susurró Popescu.— Un cuerpo. El cuerpo

del chico de cubierta, más a proa.

—¿Está muerto?

—No creo. Me parece que respira...pero apenas.

Eltsin se dirigió hacia la proa. Popescu lo siguió, intentando informarle, para defenderse, para calmar sus nervios.

Una franja roja del amanecer apareció sobre el baluarte, perforó la oscuridad y lanzó a los pies del mástil una sombra más negra a medida que llegaban al cuerpo caído. Eltsin se acuclilló, puso su mano sobre la cara del chico. —Está frio — dijo. —Apenas respira. Miró a Popescu. —Levanta al capitán, sin hace ruido.

Popescu, temblando, murmuraba la «oración del señor» de memoria mientras recordaba las supersticiones de su tierra, parecía no haber oído.

—¡Bogdan! Ve abajo y despierta en silencio al capitán.

Popescu, como despertando de su trance, se persignó y se apresuró a popa.

Smirnov lo escuchó todo; como el aterrado rumano bajaba por la escalerilla, pasaba al lado de los aposentos de la tripulación hasta el camarote del capitán, su golpeteo apresurado a la puerta, su murmullo excitado pidiendo que Nikilov subiera a cubierta y, un momento después, el capitán pasando rápido en dirección opuesta con Popescu siguiéndole los talones.

El primer oficial también se había despertado y levantado al sentir sus pasos. Más curioso que alarmado, cogió su abrigo y los siguió sin mirar a Smirnov por segunda vez.

El pequeño ruso estaba asustado. Temeroso de haberse perdido algo en su guardia, Smirnov se puso otra vez las botas y siguió apresuradamente a los tres. Subió a cubierta y lo recibió un ceñudo Amramoff en el timón. El carpintero, que había presenciado el desfile, hizo una seña para que siguieran a proa. Rodeo la caseta y, cerca del mástil delantero, vio al capitán, al segundo oficial y a Popescu reunidos en un circulo y a Constantin arrodillándose sobre...

—¡Oh, demonios!

Smirnov se acercó y, a la débil luz de la mañana, confirmó que el cuerpo en cubierta era de Funar. —¿Qué ha ocurrido?—preguntó.

—¡*Tu fundul prostie!*,— gritó Popescu. —El chico está casi muerto. Está tan frio como una tumba. Debe haber estado aquí toda la noche, mientras tú estabas supuestamente de guardia. ¿Dónde estabas?

Popescu podía tener razón. Desgraciadamente, por lo que Smirnov sabia, el chico podría haber estado ahí durante su guardia. Nadie lo sabía pero...había abandonado la cubierta varias veces durante la noche. Sus espasmos lumbares habían empeorado y había necesitado, y bebido, láudano para el dolor. No había estado fuera por mucho tiempo, pero eso no significaba nada y lo sabía. Había abandonado su puesto. Peor, había regresado a él bajo la influencia de la droga. En la oscuridad, en su niebla de láudano, pudo haber pasado junto al chico. Pudo haberlo hecho varias veces, sin verlo ni tropezar con él.

—¿Dónde estabas? Popescu le echaba la culpa.

Todo lo que Smirnov podía hacer era bajar la cabeza. Quizá el rumano tenía razón; quizá era un tonto.

La luz del sol iluminó la vela y los inundó. El chico volvió en sí. Gimió y levantó una mano para cubrirse los ojos, como si la luz le quemara. Se quejó de dolor y se giró a un lado. Constantin se acercó para desabotonar la camisa de Funar y la cabeza del chico cayó a un lado. El oficial exclamó por lo bajo.

—¿Qué pasa? — preguntó el capitán, acercándose.

El primer oficial levantó la mano, con rastros de sangre en los dedos. Bajó el cuello de Funar para iluminar la terrible herida en su garganta; un moretón del tamaño de un puño alrededor de dos perforaciones, blancos con centro rojo, rezumando sangre.

—Dios mío — exclamó Popescu detrás de ellos. Se persignó. —El diablo está a bordo. —se volvió hacia Smirnov, lívido — ¡Y tu le dejaste deambular por cubierta!

—¡Cállate, idiota! —gritó Smirnov.— ¡Cierra tu sucia boca!

—Callaos — soltó el capitán. —los dos.

Funar empezó a jadear repentinamente. Para ayudarlo a respirar, Constantin le abrió la camisa. Debajo encontró el cuerpo del chico y la sección media envuelta en una tela tirante muy parecida a la de Smirnov. ¿Sin duda Funar era demasiado joven para sufrir también dolores de espalda? El capitán lo miró fijamente, intercambió un gesto con el primer oficial y dijo — No es de extrañar que no pueda respirar. Sáqueselo. Constantin desabotonó la camisa de Funar hasta su cinturón, y después empezó con el vendaje. Lo soltó, levantó al chico con un brazo y tiró del vendaje alrededor de su torso, una, dos, tres veces.

Detrás del oficial, la presión de la mañana, junto con sus miedos, hizo que Popescu perdiera los nervios. Sin razón ni excusa, el supersticioso rumano abofeteo a Smirnov en la cara. El sorprendido ruso respondió con un puñetazo. Rápidamente el par estaba

intercambiando golpes. Eltsin y Nikilov, gritando, no tuvieron otra alternativa que interponerse entre ellos.

Ignorando la disputa para concentrarse en el paciente, Constantin retiró el último vendaje del pecho de Funar. Se quedó boquiabierto. Se quedó paralizado, excepto por sus ojos abiertos y sorprendidos.

Eltsin, ordenándole que parara, sujetó a Popescu que respiraba agitadamente contra el mástil delantero. Mientras tanto, el cabello y bigote de Smirnov, parecían un motín. Nikilov, tras darle una sacudida que hubiera debido aturdirlo, exigió igualmente que desistiera. Los marineros recuperaron el control y la pelea se detuvo. En cuanto llegó la tranquilidad, explotó Constantin, en la cubierta a proa, escupiendo ¡Buen Cristo!

El comandante, que todavía sujetaba a Smirnov, bramó — ¡Señor Constantin! No tome el nombre del Señor en... Se detuvo a mitad de la frase. El oficial, la persona más imperturbable que el capitán conocía, se sonrojó intensamente en la luz opaca, profundamente alterado. Nikilov se movió para intercambiar lugares. —Ocúpese de los hombres — ordenó al primer oficial. Yo atenderé a Funar.

Constantin, aturdido, intentó advertir a su comandante al pasar. Demasiado enfadado para escuchar, el capitán señaló a los marineros (separados por el segundo oficial) y le dijo al primer oficial: ¡Encárguese de esos sinvergüenzas!

—Señor Eltsin — dijo el primer oficial — ¡llévese a esos hombres al timón! ¡Espere órdenes allí! ¡Vamos, ahora!

El segundo oficial empezó a moverse hacia popa, empujando a los marineros delante de él.

Nikilov se agachó junto a Funar. Vio las heridas sangrientas en la garganta del chico y el vendaje de tela aflojado para ayudarle a respirar. Abrió la camisa, bajó el vendaje para ver qué otras heridas habían provocado la intolerable reacción de Constantin. Entonces también jadeó. Debajo de la ropa y el ajustado vendaje del pecho, Rada Funar, un marinero contratado a último minuto, su esforzado chico de cubierta, había estado escondiendo un pequeño pero encantador par de senos.

El capitán entró al camarote de la tripulación donde solo había dos hombres en cama y vociferó ¡Arriba! ¡Levantaos! ¡Todos los hombres a cubierta! El torpe Olgaren se levantó en un segundo, mientras que el atlético Petrofsky gruñó y se arrastró como un oso

en periodo de hibernación. El gruñido terminó en cuanto vio quien los había despertado. Nikilov ordenó que se vistieran y salieran, y los siguió a la escalerilla del entrepuente, gritando ¡El señor Eltsin os espera en el timón! Desaparecieron por las escaleras y el capitán soltó un suspiro de alivio.

Necesitaba el compartimento, algún sitio donde ir con el....hombre...la persona...herida. Para cuidarla y no revelar su secreto. La tripulación ya estaba alterada y poco preparada para más sorpresas. Tenía sentido sacarlos de su camino y, con la pelea de Popescu y Smirnov, Nikilov tenía una excusa. Eltsin podría disciplinar al grupo, en el nombre de esos canallas, mantenerlos ocupados y darles tiempo a Constantin y él para resolver este nuevo dilema.

Con la escalerilla libre, abrió la puerta a la bodega delantera. Constantin, habiendo bajado por la escotilla de la bodega, estaba esperando en la escalera con el joven herido en sus brazos. Nikilov asintió y el primer oficial salió apresurado. Se metió en el camarote de la tripulación y, mientras lo seguía el capitán, depositó a Funar suavemente sobre una litera. Cerró...su camisa y la mantuvo firmemente sujeta con sus dedos. Por su parte, la chica parecía haber perdido la conciencia otra vez.

— ¿Cree que vieron algo?— preguntó Constantin. — ¿Popescu? ¿Smirnov? ¿Georgiy?

—Vieron la sangre— contestó el comandante. —Eso es todo. Estaban demasiado ocupados con sus propias tonterías para....ver...para ver los...de Funar. No podía encontrar las palabras. Desvió la mirada del chico de cubierta...la joven...hacia su primer oficial a tiempo para escuchar a Constantin formular en palabras la pregunta del día

— ¿Qué demonios vamos a hacer?

Capítulo dieciséis

Nikilov necesitaba pensar.

Miró fijamente a la....dios, ¿cómo podía llamarla? Quién en... ¿Quién era ella? No podía llamarla nada. Desde luego no podía dejar que se conociera su sexo, con el barco ya sumergido en un extraño alboroto.

Constantin, ahora que tenían a la joven en el camarote de la tripulación, no estaba sirviendo de ayuda. Solo miraba fijamente con los ojos muy abiertos del capitán al chico inconsciente en la litera. ¡Chico! Dios bendito...jovencita... —Mikhail, —dijo tuteándolo sin pensarlo. — ¿Qué vamos a...?

—Deja de preguntar—contestó cortante Nikilov. —Haremos...lo que estamos haciendo.

Aunque estaba cerrada, el oficial ajustó la camisa de la chica como si temiera que algo pudiera escaparse. Miró incrédulamente al capitán, quien a su vez lo miró incrédulamente desde arriba. Ambos atónitos.

—Su chico de cubierta... La boca del oficial se había quedado seca— no es un chico.

Los ojos azules del capitán lo miraban fulminantes. — ¿Querrás decir...*tu* chico de cubierta? Tú lo inscribiste a *él* en mi barco. Su voz era casi inaudible. —Esto es lo que nos faltaba. ¿Se imagina el pandemonio si los otros descubren que hay una mujer entre la tripulación?

—Sí. Especialmente Popescu, —dijo Constantin. —Si juntamos su naturaleza supersticiosa con su falta de discreción. Incitará a los otros. —Tendríamos mucha suerte si no la tiran por la borda.

—No desde mi barco, no lo permitiré.

—Lo que quiero decir, señor, es que sería mejor que continuáramos el engaño hasta que lleguemos a un puerto y nos podamos deshacer de ella.

Nikilov suspiró. —Lo pensaremos. Mientras tanto, ¿Qué le pasa a... ella?

— ¡Swales! Era Constantin en la escalerilla. Puso la cabeza en la puerta del comedor, vio al cocinero hasta los codos en harina y grasa de tocino y, para su alivio, también al académico inglés.

Harrington se volvió como atontado de su primera taza de café. — ¿Qué es todo ese escándalo?

Ver a Harrington ayudó a Constantin a entender otras cosas también, sobre su pasajero, su llamado chico de cubierta y varios encuentros nocturnos inexplicables entre los dos. De pronto le pareció una suposición razonable que el secreto que él y el capitán acababan de descubrir no fuese un secreto para todos. Enviado a buscar al cocinero en su calidad de doctor del barco, la teoría del oficial merecía la pena probarse. —Swales, —dijo cortante. —Te necesitan en el camarote de la tripulación. El, eh, chico de cubierta está herido.

Harrington saltó de la mesa como disparado por un cañón. — ¿Qué ha ocurrido?

—No es asunto suyo — contestó el oficial. — ¿Swales?

—Voy — dijo el cocinero ondeando las manos para explicar su lentitud.

—Yo también voy—insistió Harrington.

Constantin no sabía que tramaba la pareja pero estaba dolorosamente claro que él tenía razón: el ratón de biblioteca y la chica tenían una alianza, quizá algo más. —No lo necesitan.

—Señor Constantin, perdóneme. Solo quería decir... Le tengo aprecio al chico y... ¿Puedo ir? Eh, quizá pueda ayudar.

Swales, ya lavado y secándose con la toalla salió de la cocina, intervino.

—Él ha leído libros médicos que yo no conozco. ¿Quizás...?

—Sí, — dijo el oficial mirando al cocinero bajo una luz distinta. ¿Habían engañado también a Swales? ¿O era el tercer integrante de esta conspiración? Pensando que era preferible mantenerlos juntos hasta que lo supiera, se volvió a Harrington con una sonrisa. —Tal vez debería venir.

Constantin llamó a la puerta del camarote de la tripulación y la abrió tras la respuesta del capitán. Al entrar dijo — Swales, señor, como ordenó. Dejó pasar al cocinero y después, reteniendo al inglés en la puerta, añadió: —Y....por insistencia suya, el Señor Harrington.

Nikilov miró interrogante al primer oficial pero no dijo nada. En cambio, puso una mano sobre el pecho de Swales para impedir que llegara al paciente. —Hay algo que debe saber, eh, antes de que trate al chico. Miró hacia la puerta. —Iancu, haga que Herr Harrington espere en la escalerilla.

—Perdone, señor — dijo Constantin guardándose una carta en la manga. —Quizá el Señor Harrington preferiría decírselo.

El capitán frunció el ceño, mirando al trío compuesto por el oficial, el cocinero y el pasajero. —Señor Constantin, ¿de qué habla?

—Señor. He podido observar que el señor Harrington y... —se aclaró la garganta. —...Funar se conocían más íntimamente de lo que se nos hizo creer. He interrumpido varios encuentros nocturnos en la cubierta y estoy convencido de que su relación es anterior a este viaje. Creo que nuestro pasajero conoce lo suficiente a Funar para conocer el hecho que usted estaba a punto de contar al Señor Swales.

Nikilov miró al pasajero. — ¿Herr Harrington? ¿Sabe algo que pudiera ayudar al cocinero a tratar a Funar?

Tres pares de ojos lo perforaron; interrogantes los del capitán, triunfantes los de Constantin y los de Swales con resignación. Harrington los miró en un incomodo silencio.

El rostro de Nikilov se puso serio. El primer oficial mostraba anticipación. El pobre y viejo escocés parecía atrapado. Harrington no podía permitirlo. A él y a Eketarina los habían pillado, pero no había razón para arrastrar a Swales con ellos. Frunció los labios y respiró profundamente. Asintió respetuosamente al capitán, dirigió un reconocimiento cortante al oficial y le dijo al cocinero: —Oliver,

tú no lo sabes pero el chico de cubierta no es un chico. Él, o sea, ella...es una joven llamada Ekaterina Gabor.

La mente de Swales se aceleró pensando cómo reaccionar. Por último, sabiendo que debía hacerlo, le siguió la corriente a Trevor y fingió ignorancia. — ¡No! ¿Una joven? ¡No! ¿No me diga?

—Capitán, — dijo Harrington. —Estoy seguro de que tiene preguntas. Por lo menos, antes de tomar una decisión, espero que lo haga. Yo responderé lo mejor que pueda. Pero se lo ruego, permita a Swales que la vea ahora.

—Señor Swales, usted atenderá *en silencio* las necesidades de la joven. La tripulación no debe saberlo, ¿entiende? El capitán no esperó la respuesta del cocinero. —Herr Harrington, usted me acompañará. Señor Constantin, usted también.

Capítulo diecisiete

El camarote del capitán Nikilov era tan austero como su dueño. Un catre con una almohada delgada, tres estanterías pequeñas con libros, revistas y varias Biblias en distinto estado de uso, ordenadas de la más alta a la más baja como soldados en posición de firmes, un paragüero lleno de mapas enrollados, una silla de escritorio, un escritorio gastado (lo suficientemente grande para desenrollar los mapas) y despejado excepto por una lámpara de keroseno y la única concesión de la habitación a lo material: un reloj de mesa esculpido, brillante y dorado. Y, al igual que en el camarote de Harrington, un solitario ojo de buey.

El capitán entró, se sentó y miró al reloj. Lo siguió el primer oficial, hizo una seña a Harrington para que se parara en medio del camarote y cerró bien la puerta. Cuando por fin habló el capitán, lo hizo como si Harrington no estuviese allí. —Parece, señor Constantin, que hemos hecho el ridículo. El pasajero se movió para hablar pero el primer oficial levantó un dedo, indicándole que se mordiera la lengua.

El capitán continuó. — ¿Estoy en lo cierto, Herr Harrington? ¿Somos sus pardillos?

—Por supuesto que no, ¡se lo aseguro!

—Usted sabia que nuestro chico de cubierta... ¿No era tal?

Harrington asintió, sintiéndose un poco tonto él mismo.

—No me gusta este viaje, — dijo el capitán. —Aunque no son exactamente órdenes selladas, sí son especiales. Tener las manos atadas es una cosa, pero zarpar según el mandato de un cliente sin nombre, ya que estamos contando secretos, se lo diré, no me gusta. Ahora, para empeorarlo, descubro que se me ocultan cosas. Corriendo un gran riesgo, accedí a llevarlo como pasajero. Y usted paga mi favor con engaños.

—Capitán Nikilov, niego cualquier complicidad en un ardid para embaucarlo. No es lo que cree.

—Usted no sabe lo que pienso yo, Herr Harrington. Ni yo mismo sé lo que creo, ¡porque no sé lo que está pasando en mi barco! Ahora se explicará.

—Cuando le pagué el pasaje en su buque, no tenía ni idea de que Katya estaba... De que Ekaterina estaba en Varna. Ciertamente no tenía ninguna pista de que ella estuviera intentando enrolarse en su barco. Pensaba que la había dejado atrás en Rumania. Mi intención era irme y que ella se quedara segura en Rumania.

—Usted ya ha admitido que sabía que ella estaba a bordo.

—Señor, no lo sabía cuando zarpamos de Varna. Ekaterina es...impulsiva. No me enteré de su presencia hasta el séptimo día de navegación mientras pasábamos por los Dardanelos. La descubrí por accidente en la bodega durante la inspección. Hasta entonces yo también pensaba que ella era Funar, el chico de cubierta.

El capitán estudio al joven académico e, inexplicablemente, le creyó. —Muy bien. Quizás no es culpa suya que ella esté aquí. Pero no puede negar una conspiración para engañarme desde que lo descubrió. ¿Cuántos hombres lo saben?

— ¿Señor?

—Le estoy preguntando quién más sabe que ella está a bordo

Harrington dudó un instante. Sus ojos buscaron el suelo como si buscara allí una respuesta.

—Quizá no se da cuenta de la gravedad de su posición, Herr Harrington. No me conformaré con nada excepto la honestidad total. Ahora, ¿quién más en el Deméter sabe que esta joven está a bordo?

Para una criatura de casi quinientos años, las semanas pasaban como si fueran segundos. Aunque eso era cierto, había estado en esa caja, en suspenso, sin alimentarse durante semanas. ¡Demasiado tiempo!

Se había alimentado la noche anterior por primera vez en todo ese tiempo y Drácula estaba fuerte y vibrante nuevamente. Joven otra vez. Ahora estaba de vuelta en su caja, en posición supina, saciado pero muy lejos de estar satisfecho. Había cedido a la tentación, había satisfecho su deseo. Había probado a la chica pero eso solo había aumentado su hambre. Le había perdonado la vida, dejándola viva. La sed de sangre — y el ansia— seguían ahí y se habían intensificado.

El Conde Drácula la poseería otra vez.

— ¡Swales! El capitán estaba lívido, mordiéndose la lengua. — ¿Swales, participaste en este engaño?

—No lo hizo. Él lo supo antes que yo. Nunca se trato de un engaño. Swales mantuvo el secreto de Ekaterina para mantener la calma en el barco. La tripulación estaba muy tensa. Le preocupaba que pudieran reaccionar de forma negativa, peligrosa, si la descubrían. Si me pregunta, señor, él solo estaba intentando hacer más fácil su trabajo.

—Esa no es su función, ni la suya. En lo que a mí respecta, fue cómplice de un polizón en la comisión de un delito. El capitán empujó hacia atrás su gorra. —Y por ahora, haremos lo mismo.

Constantin empezó. — ¿Señor?

—Mi queja es que se me haya ocultado este secreto. No me opongo a mantenerlo oculto a la tripulación. Estamos escasos de hombres y de experiencia. La tripulación ya ha sido testigo de una serie de incidentes extraños. No necesitan más sorpresas.

—Sí, capitán.

—Fraulein Gabor mantendrá su identidad como Rada Funar. El *chico* ha tenido una contusión cerebral grave y necesita descanso y soledad.

—Habrá rumores, señor. ¿Cómo los reprimo?

—No lo haga. Solo cambie de tema e ignore los rumores, pero no los reprima. Mientras los marineros estén hablando, no están pensando. Es una lesión en la cabeza que requiere reposo, nada más. No se hablará de enfermedad ni de lesiones, y no se mencionará el descubrimiento de hoy. Gruñó hacia Harrington. —No me gusta. Pero así están las cosas. Por ahora hay que mantener el secreto y no se debe contar ni al loro.

— ¿El loro? —preguntó Harrington.

—Quiere decir que no se vaya de la lengua — bramó Constantin, molesto por su ignorancia.

Nikilov fulminó con sus ojos al inglés. —Funar será trasladado a su camarote. Usted dormirá con la tripulación durante el resto del viaje. La respuesta de Harrington fue interrumpida por la mano levantada de Nikilov. —No se hable más. Swales se encargará de atender a la joven. Aparte de eso, usted será totalmente responsable de ella. ¿Me entiende?

—Sí, capitán.

—Entonces puede irse y ocuparse de sus responsabilidades.

—No le fallaré, capitán.

—Le recomiendo que no lo haga— dijo Nikilov amenazante. —Mientras tengan un contrapeso apropiado, el océano se traga todos los secretos que le echan.

Se mantuvo ocupada a la tripulación en cubierta mientras se hacía el traslado. La joven fue llevada al camarote del pasajero y yacía inconsciente en la parte inferior de la litera de dos camas. El equipaje de Harrington se apiló en una esquina para que él lo ordenara cuando pudiera. El inglés se convirtió en su guardián. Swales se transformó en su doctor y, tomándose en serio el encargo, salió disparado con un montón de libros y una bolsa de herramientas médicas reunidas rápidamente.

—Lo estás tratando por una contusión grave— insistió el oficial. —No se dirá nada más. La ansiedad ya es demasiado alta. Constantin añadió un gruñido apagado, en garantía de que no se olvidaría del engaño. Después se fue, lavándose las manos sobre el asunto.

—Creo que no le caemos bien— dijo Harrington cuando el primer oficial se fue.

—Yo le caía suficientemente bien antes de que vinieras.

—Nos unimos al barco al mismo tiempo.

—Si no tienes nada excepto los hechos, perderás esta discusión. Tras terminar con Harrington, Swales se volvió hacia su paciente. Su corazón estaba agitado, su respiración era superficial y rápida, su piel pálida estaba fría y sudada.

Sobre su hombro, Harrington preguntó por el vendaje en su garganta.

—No es nada, dos perforaciones diminutas. El oficial dijo que casi no había sangre en cubierta. No tiene otras heridas, y no está lesionada. Se las limpié y vendé, como una medida de rutina.

— ¿Qué se las causó?

—No lo sé, joven. Y no me importa. Su problema no es el cuello. Está enferma, sufre una enfermedad y tendré que seguir sus síntomas para descubrir qué es.

— ¿Qué enfermedades atacan tan súbitamente?

Swales gruñó burlonamente. —La lista es infinita, especialmente en la mar. Mojó un paño en la palangana y lo colocó sobre la frente sudorosa de la joven. —Estuve una vez en las Islas Comoras, en el Canal de Mozambique, durante diez días. En solo tres o cuatro días de navegación, la mitad de la tripulación había enfermado y muerto. Se creía que una terrible peste había llegado a bordo. Pero me sorprendió que solo los que dormían en la costa la sufrieran; los que volvían cada noche al barco escaparon de la plaga. Entonces dije que era malaria.

— ¡Malaria! No creerá que ella tenga malaria, ¿no?

Swales se encogió de hombros. —Eso es lo que estoy haciendo,

imaginando. Es todo lo que puedo hacer. El veneno de la malaria infecta en la noche y se incuba por casi quince días. Pero la joven se enfermó en la noche. Pero si es malaria, lo descubriremos no preguntando donde estuvo anoche sino donde durmió hace dos semanas.

—Es ridículo, Oliver. Ha pasado los últimos dieciocho años en el muy cómodo hogar de su padre.

—Tiene que dejar a un lado sus prejuicios. La joven está aquí, así que estaba de camino desde Bukovina a Varna.

—Seis días antes de que zarpáramos, ella estaba en su casa. La vi antes de que sus hermanos empezaran a dispararme.

—Hemos estado en la mar nueve días. Si sumas otros seis, durmiendo al aire libre, ¿Dios sabe dónde?

—Pero ella no ha estado a sesenta kilómetros de un campo infestado de mosquitos. Le aseguro, no tiene malaria, fiebre amarilla o fiebre de los pantanos tropicales. Exasperado, Harrington añadió, — ¡Nada ha mordido a Ekaterina!

Swales deslizó su pipa entre los dientes. —No tan rápido, joven. Solo estaba pensando en voz alta, para hacer espacio en mi cabeza, y la malaria no es lo único que se me ha ocurrido. Podrían ser miles de cosas. Por Dios, hay cientos de influenzas. Y eso hay que sumar el tifus, el cólera, el escorbuto.

— ¿Escorbuto? ¿Qué es eso?

—Una enfermedad que Dios creó especialmente para los marineros. Algunos le echan la culpa a la carne enlatada en mal estado, pero yo digo que eso son tonterías. Agarró un viejo libro, *Tratado de escorbuto*, y lo movió con la mano como si sostuviera la mítica piedra angular. —Aquí dice...

— ¿Qué es eso?

Swales arrugó los labios. —James Lind, un cirujano escocés de la Real marina británica. Lo guardo con mis libros de cocina. No han aceptando sus hallazgos ni implementado sus tratamientos pero, si me pregunta, son unos idiotas. Él demostró que el escorbuto se debía a la falta de ácidos necesarios.

— ¿Piensa que Ekaterina tiene...escorbuto?

—Cielos, joven, no lo sé. Aunque es una posibilidad. Pero no tiene todos los síntomas. No tiene manchas en la piel, especialmente en las piernas. No es que me haya fijado, la inmovilidad. ¡Pero si ha estado evitando una comida decente desde que subió a bordo! Si es escorbuto, no tengo ni idea de cuán avanzado está.

Harrington hizo una mueca ante la elección de palabras del cocinero. ¡Cuán avanzada! Pensó en la absurda mentira que

Ekaterina había contado en su intento de que se casara con ella. Dios, todo lo que había provocado. Pero no tenía sentido pensar más en eso.

—Son los primeros días, — continuó Swales. —Tiene la letargia, la palidez, las heridas abiertas, un sangramiento anormal. Todavía no se le ha caído ningún diente.

— ¡Cristo! Exclamó Harrington. — ¿Lo dice en serio?

—No podía ser más serio. El escorbuto es mortal si no se trata.

— ¡Entonces trátela! ¿Puede tratarla?

Swales cerró el libro de golpe. —Cítricos; jugo de limón, jugo de lima. Los ácidos adecuados, esa es la respuesta. Las galletas, cereales secos, carnes saladas solo aceleran la enfermedad. Tengo limas y barriles de jugo de limón. Perforaremos uno para ella esta noche, y a partir de mañana para toda la tripulación Si es escorbuto, pronto tendremos a nuestro chico de cubierta en vías de recuperación.

—No puedo creerlo. Si hubiera sabido desde el principio que ella estaba aquí.

—Debería haberlo sabido, joven.

—No lo niego. Pero ella hizo un buen trabajo quedándose allí donde yo no estaba. Con ayuda.

Swales no se inmutó. —Ella necesitaba ayuda.

—Sí. Y le estoy agradecido.

—Agradecido — el viejo marinero escupió la palabra como si fuera un alimento en mal estado. —Usted la dejó sola en Rumania.

— ¡Su padre y hermanos me estaban disparando! El viejo no desvió la mirada. —Dejé muchas cosas en Rumania. Usted no conoce toda la historia, Oliver.

—Soy mejor observador que usted, joven. Con quien piensa que ha estado hablando ella en este viaje. Sé que usted se fue y por qué. Pero si su familia está loca, entones la estaba dejando en sus manos. Yo no digo que usted sea el demonio, pero si es un maldito tonto, que se da aires y además es un poco cobarde, ¿o no?

—Sí — dijo él. —Supongo que soy un cobarde.

Ekaterina se revolvía inquieta y durmió de manera irregular durante el día.

Llevaba puesta una camisa de noche de franela y lana cardada abotonada que Swales había encontrado en su equipaje y apartado para ella. (La había cambiado el mismo con un ojo paternal evitativo) Era demasiado grande, la chica nadaba en ella pero era

más cómoda que la ropa de trabajo que había estado usando y facilitaba controlar sus procesos vitales.

Swales la atendía mientras Harrington miraba como una gallina madre, o, dado su caso, un amante preocupado. El inglés, a su vez, la vigilaba mientras Swales se ocupaba de la cocina. Le llevaron un tazón de caldo de carne y pan en una bandeja pero Ekaterina rechazó todas las suplicas e insistió, en un raro momento de consciencia, en que no tenía hambre. Con la excepción del jugo de lima, que Swales la obligó a beber, también se negó a beber. Todo le sentaba mal al estómago. Sus conversaciones siempre eran bruscas y seguidas por un sueño irregular.

Entonces llegó la noche...

Ekaterina se despertó de pronto y se sentó diciendo que estaba mejor. Era como si alguien hubiera encendido una vela y alejado la oscuridad. Un exultante Harrington le contó lo preocupado que había estado. Su euforia duro poco. La contuvo suavemente cuando ella intentó levantarse, rogándole que descansara. Ella declaró que necesitaba aire y pidió que se le permitiera salir de la habitación. El se negó y Ekaterina se alteró.

—Estoy encantado de que te sientas mejor, — dijo Harrington. Eso no cambia el hecho de que has estado muy enferma todo el día. No te has movido ni te has alimentado. No estás bien y no se te permite salir.

— ¡Eso es ridículo! Parecía derrochar vitalidad, aunque el color de su piel y sus ojos sufrientes desmentían esa idea. —Necesito aire fresco.

—Puedo abrir el ojo de buey y dejar entrar todo el aire que quieras. Pero no vas a ir a ninguna parte. Harías bien en resignarte.

— ¡Tú no eres mi dueño! ¡No me controlas! ¡Haré lo que me plazca!

—El capitán del barco ha ordenado que te quedes bajo cubierta. Tu estado y tu sexo, deben mantenerse ocultos. Harás lo que te digan; todos debemos hacerlo mientras estemos en alta mar.

Ekaterina lo miró fríamente, con una rabia que Harrington no había visto nunca antes. Entonces, para su sorpresa, e incluso quizás para la suya, ella se rió en su cara; una risa triste, aterradora. Harrington nunca había escuchado una risa similar y lo dejó muy inquieto.

Horas más tarde, Ekaterina por fin se quedó dormida, de forma tan profunda que Harrington se sintió seguro al dejarla. Recogió su

bolsa y se dirigió al camarote de la tripulación. Al dar unos pasos adentro, mientras sus ojos de adaptaban a la oscuridad, se dio cuenta de todas las comodidades que había tenido en su antiguo camarote.

¡El olor era espantoso! Hasta ahora, él había usado los servicios en la parte delantera del barco. Aquí, los orinales pulidos de Popescu tenían buen uso y la habitación olía como si hubiera uno en cada cama.

En cuanto a las camas, ahora tenía una litera de marinero, sin la suficiente profundidad para darse la vuelta cómodamente, ni lo suficientemente larga para estirarse del todo. La mayoría de la tripulación dormía con la ropa puesta en un grado u otro; varios con sus sombreros, otros con sus botas. Pese a lo poco atrayente de la situación, Harrington se dio cuenta de que no tenía opción, y de que estaba agotado. Encontró un catre vacio en la oscuridad y se desplomó sobre él vestido. Allí yació, con una serenata de ronquidos, pensando en Ekaterina; su extraña enfermedad, su temperamento nada natural y esas curiosas heridas en su garganta. Eventualmente, por suerte, el sueño alivió su mente.

Feliks Petrofsky caminaba por la cubierta estribor delante del mástil principal durante su guardia, y se sentía miserable. Estaban escasos de tripulación y ahora estaban constantemente de guardia, o eso parecía. A eso se añadía una niebla que parecía surgir de ninguna parte para llevar más dolor y problemas. Una situación peligrosa en cubierta y una oportunidad para repetir la debacle de la mañana. Smirnov estaba hecho una ruina desde que se había descubierto herido al chico. Petrofsky se preguntaba, ¿le podía pasar lo mismo a él? ¿Qué le había pasado al chico? ¿Cuándo y por qué? ¿Qué estaba haciendo Funar en la cubierta a esa hora? ¿Quién demonios aparecería sobre la cubierta esta noche, en esta extraña niebla, para empeorar las cosas para él? ¡Todo caía sobre Petrosfky!

Entonces, de forma increíble, tras un súbito destello a su derecha, ¡algo le cayó encima!

En un instante el movimiento, en forma de hombre, saltó hacia arriba y sobre la borda en la proa. Solo apareció de la nada, ¡del mar! Un hombre de mediana edad, vestido de negro, con anchas ráfagas de pelo gris en las sienes, y un bigote negro salpicado de gris sobre su rostro blanco. Se movía rápidamente, desde donde fuera que viniera, lo que fuera que estaba haciendo, y asustó terriblemente al Punzón.

Petrofsky tardó un instante en darse cuenta de que había visto antes a ese hombre. ¡Sí! Era el anciano que había saltado del barco frente a él. ¡Solo que más joven, mucho más joven!

El hombre, al ver a Petrofsky con sus ojos rojos centelleantes, pareció sorprendido de encontrar alguien en cubierta. Pero solo dudó solo un momento. Se recuperó rápidamente, después atacó, agarrando al marinero por la garganta en un apretón vicioso. Petrofsky no podía recuperar el aliento ni gritar. Intentó tocar la mano, arañó los dedos fríos, sin resultado. Su mano vendada era inútil y la otra no pudo sujetarse a nada por la forma tan firme en que lo agarraba el hombre.

El extraño agarró la mano herida de Petrofsky. Le arrancó el vendaje y, con un gruñido vicioso, hundió sus dientes en la carne, destrozando las suturas y reabriendo la herida. Salió un chorro de sangre. Sujetó la mano de Petrofsky como su fuera un perro terrier con una rata. El ruso luchó desesperadamente, agarrando el cabello del hombre oscuro, tirando de su abrigo, presa del pánico, intentando soltarse. Tan ciego estaba por el terror que Petrofsky ignoró su única arma presente, el punzón que colgaba de su muñeca. De alguna forma se acordó de él. Fustigó el acollador alrededor, dio la vuelta a la herramienta en su mano y la hundió en la garganta del villano.

El hombre alto soltó la mano en jirones de Petrofsky. Jadeó, la sangre se derramaba por debajo de la herramienta incrustada. Sin embargo, a pesar de la horrible herida, el golpe solo lo enfureció. Tiró del Punzón por la garganta y lo arrojó con estrépito a la cubierta. Siseó por sus labios ensangrentados, sus ojos echaban fuego, y golpeó la cara del marinero con los colmillos cubiertos de sangre.

Entonces, en menos de lo que demora contarlo, ocurrió lo inconcebible.

Sin pensarlo, impulsado solo por la rabia animal, Drácula se transformó en un vapor gris envolvente. Ese vapor, como impulsado desde un fuelle, golpeó el rostro de Petrofsky. El gas etéreo, bajo presión, entró por la boca y los orificios nasales del marinero. Descendió rápidamente por su esófago, a su estómago, sus intestinos. Bajó por su tráquea hasta los pulmones, a los bronquios izquierdo y derecho, los alveolos; expandiéndose y expulsando el aire. El vapor se introdujo por la nariz de Petrofksy y por las cavidades sinusales en su cabeza, por los canales venosos de la dura madre en el cerebro. Se esparció, a través de la herida abierta en la mano, a las venas sanguíneas dañadas, por el sistema circulatorio, a

las cámaras de su corazón. En un instante, el vapor había excavado increíblemente en el cuerpo del Punzón. Petrofksy habría gritado por el intenso dolor pero el gas se lo impedía. Empujaba el aire desde sus pulmones, bloqueaba sus cuerdas vocales, negándole incluso un respiro. El indefenso marinero perdió el equilibrio. Se habría caído si no fuera porque la presencia en su interior lo mantenía de pie, hinchándolo más allá de la razón o la fe. El dolor era insoportable.

Entonces Drácula volvió a su forma humana.

El cuerpo de Petrofsky, apaleado por las presiones internas, explotó como un fuego artificial chino. Con poco más que un *pop* y el *rat-a-tat* de celebración fuera de temporada, una niebla de sangre, trozos de carne y esquirlas diminutas de huesos fracturados llovieron sobre la cubierta y el mar.

En el espacio ocupado un instante antes por el agonizante Petrofsky, ahora Drácula estaba solo, empapado de la cabeza a los pies por la sangre del Punzón. Sobresaltado, se apoyó en una rodilla. Tambaleándose, goteando sangre de Petrofsky, el vampiro puso una mano en la cubierta para sujetarse. Nunca antes había hecho algo así y, en este momento, no se podía imaginar hacerlo otra vez. Recuperó el aliento y se volvió a transformar en una nube de vapor. Flotó, girando sobre la cubierta durante un momento significativo y después se oscureció lentamente, se solidificó y adoptó otra vez la forma del Conde.

Drácula estaba de pie en la cubierta, renovado, la nausea y agitación habían pasado, su persona estaba limpia de la sangre de Petrofsky. Fue al mástil principal de popa, después giró y, concentrándose, pasó su mano sobre la proa. Transcurrió un momento, y entonces se produjo un movimiento cuando el fondo del barco cayó desde la ola bajo la proa. El barco cabeceó de pronto hacia adelante (causando que sonara la campana del barco). Desde un mar calmado en general, una ola fuerte lamió la barandilla de estribor, arrojando agua y lavando la cubierta. Sangre, huesos e incluso la herramienta de cuerda flotaron hacia los baluartes, salieron por los imbornales y cayeron al mar. El barco se enderezó, su cubierta libre de pruebas de que Feliks Petrofsky había existido alguna vez.

Capítulo dieciocho

— ¿Café o té, joven? Preguntó Swales, colocando dos tazas.

—Los dos, creo. Harrington miró sobre su hombro con cansancio, asegurándose de que no hubiera nadie en la cocina y la escalerilla y el cocinero fuera el único par de oídos en los alrededores; después añadió en un susurro: —Beberé lo que ella no quiera. Si es que bebe algo.

La mañana del viernes 16 de julio había descendido sobre ellos. Swales, en medio de la preparación del desayuno, hizo una pausa para servir a Harrington una bandeja con azúcar, pan del barco, mantequilla, melaza (con la esperanza de que la joven se animara con un dulce) y una taza humeante de café fuerte y otra de té suave. — ¿Cómo está?

—Le iba a pedir que le echara una mirada. — Harrington agitó la cabeza. —Anoche pensé que tendría que atarla. Hoy parece gravemente enferma otra vez.

Un golpe en la puerta los hizo callar mientras el primer oficial asomaba la cabeza. Constantin conocía su secreto, pero ignoraban si estaba solo o no. Recorrió la cocina con solo una rápida mirada. — ¿Ha estado Petrofsky por aquí?

—No lo he visto...

Sin esperar a que Swales terminara, Constantin desapareció.

Swales y Harrington se encogieron de hombros a la vez y volvieron a sus tareas. —Intenta que nuestra paciente coma algo— dijo el cocinero pasándole la bandeja. Yo iré en un rato.

El primer oficial salió por la puerta de la caseta. El capitán, que hablaba con Smirnov, le dio los buenos días. Él contestó con prisa, dirigiéndose hacia adelante.

—Señor Constantin— la llamada detuvo el avance del primer oficial como si se hubiera topado con una pared. —Acérquese un momento, por favor —El oficial se dio la vuelta, reflejando un nerviosismo no visto a su velocidad anterior, y se acercó al timón. El comandante lo miró cautelosamente. —Señor Constantin... ¿qué

está buscando?

El oficial miró a Nikilov y después a Smirnov. El marinero desvió la mirada, deseando desaparecer. El capitán, ahorrándole el esfuerzo, dirigió al primer oficial hacia la barandilla. — ¿Qué está buscando?

—A Petrofsky— graznó Constantin. Se aclaró la garganta y empezó nuevamente. —Estoy buscando a Feliks Petrofsky, señor. Tenía guardia anoche pero no estaba en cubierta cuando llegó su relevo. Quería interrogarlo por su abandono del deber. Pero no está en su litera, ni en la cocina. Él ha...desparecido.

—Debe estar en algún sitio.

Sí. Por eso estoy buscándolo. Consciente del tono utilizado, Constantin reformuló su respuesta, —Perdóneme, señor. No puedo explicar la ausencia de Petrofsky. ¿Me da su permiso para continuar la búsqueda?

—No. — El capitán negó con la cabeza. —Lo haremos bien. Reúna a los hombres.

Minutos después la tripulación del barco rodeaba al timón, escuchando las palabras del capitán. —Feliks Petrofsky está desaparecido desde su guardia. Debemos explicar su ausencia. Por eso vamos a registrar el barco; cada esquina y despensa, cada grieta y fisura, de popa a proa, hasta que lo encontremos. Nikilov dudó, después añadió solemnemente, —O hasta que estemos seguros de que ya no está a bordo.

Esa idea no se les había ocurrido. Constantin apagó sus murmullos ordenando silencio con un gruñido y una mirada helada.

El capitán continuó. —Los señores Amramoff y Popescu buscarán conmigo. Avanzaremos desde la popa hacia adelante; Bodan en cubierta, Pasha, tu abajo conmigo. Señores Eltsin y Olgaren iréis con el primer oficial. Señor Constantin, usted registrará la proa de arriba abajo, en dirección a la popa.

El primer oficial asintió. —Georgiy en cubierta, Olgaren abajo conmigo.

—Señor Swales, — dijo el capitán. — ¿Espero que la búsqueda pueda hacerse sin molestar al, eh, chico? Su duda pasó desapercibida para todos los demás excepto el cocinero, Harrington, y el primer oficial quien se puso a estudiar los tablones de pino de la cubierta para evitar el contacto visual.

—Con todo respeto, capitán, sin duda eso molestará al paciente dormido. Y el...chico está descansando, bien. Pero ¿seguramente no

es necesario registrar ese camarote? El Señor Harrington y yo podemos jurar que Petrofsky no está ahí. Y, si al capitán le parece bien, nosotros, uno de nosotros, se quedará con Funar mientras se registra el barco.

—Herr Harrington entonces — respondió el capitán, — usted, Swales, ponga la cocina y el comedor patas arriba. Después, dirigiéndose a todo el grupo dijo — Si alguien encuentra a Petrofsky que dé la alarma.

El escocés y el académico se dirigieron abajo. Tras ellos, la reunión se dispersó cuando el capitán terminó de dar las ultimas ordenes — Señor Smirnov, ocúpese del timón. Señor Constantin, quite los cerrojos y deje abiertas puertas y escotillas. Podemos aprovechar para que entre la luz y el aire mientras buscamos.

Así se desarrolló, según lo ordenado, durante la hora siguiente. Se abrieron las escotillas, la luz y el aire entraron donde rara vez se aventuraban, mientras se llevaba a cabo la búsqueda. Nikilov y sus hombres registraron el barco desde el timón hacia adelante. Constantin y sus ayudantes examinaron todo lo que contenía desde el mascaron de popa. Todos los grupos ignoraron el camarote del pasajero, seguros de lo que había en su interior, en la entrecubierta pasaron cerca de Swales que registraba el comedor con un peine de dientes finos y no sacó nada en limpio después de revisarlo y desempolvarlo todo.

Feliks Petrofsky ya no estaba a bordo de la goleta *Deméter*.

La verdad, en opinión del Capitán Nikilov, normalmente traía partes iguales de alegría y tristeza; conocimiento pero rara vez satisfacción. Ahora sabían que Petrosfky no estaba en el barco. Podían inferir donde estaba él (o su cuerpo). Pero se abría un mundo de interrogantes sobre el porqué. La búsqueda creó un misterio mayor que el que resolvió y generó nuevas emociones. Cuando, terminada la búsqueda, la tripulación se reunió otra vez, sus niveles de ansiedad eran palpables. La tripulación estaba cada vez más asustada.

— ¿Hay algo, — preguntó Nikilov, — que alguien pueda decirme sobre la noche anterior que nos ayude a descubrir que ha ocurrido? ¿Un accidente? ¿Una discusión? Sus miradas respondieron con silencio. —Pueden pasar cosas entre hombres, eso se entiende. Les aseguro que cualquier detalle será tomado en cuenta. Nadie tenía nada que contar. — ¿Había algo en el pasado reciente, que alguno supiera, que podría sugerir un motivo para que

Feliks quisiera acabar con su vida?

Murmullos de negativas, cabezas que se agitaban negando.

—Popescu, tú estuviste en el timón anoche. ¿Qué viste y oíste?

—Nada, capitán.

— ¿Nada de nada?

—No, señor, no — una mirada avergonzada se apodero del rostro del rumano. Entonces, en un tono casi inaudible, añadió, — Nada real, — y se persignó.

— ¿Qué significa eso? —bramó Constantin. — ¿Nada real? ¿De qué demonios estás hablando?

Una asustada sonrisa traicionó a Popescu. Intentó quitarle importancia. —Por un instante, anoche, imaginé haber visto algo - que no podía haber visto - pero no tiene nada que ver con Feliks. No tiene nada que ver con nada. Cuando uno está en el timón...a veces ve cosas en la oscuridad.

-Bogdan, — dijo el capitán. — ¿Qué viste?

—Una bota.

—¿Una bota? ¿Qué bota?

—Estaba ahí. Señaló, más allá de la campana del barco, al techo de la perrera que protegía el aparato de la rueda del barco; las líneas, poleas y engranajes que hacían funcionar el timón. —Justo allí.

—Escuchaste a alguien...viste a alguien...sobre el armazón ¿y no lo reportaste?

—No, capitán. No, yo no escuché nada. No exactamente. Solo...lo sentí. Sentí como si alguien estuviera detrás de mí, allí arriba, en el techo. Pero uno no puede informar una sensación. ¿Qué debía decir?

—¿Dijiste que viste una bota?

—Yo, eh, no lo sé. De pronto estaba nublado. Petrofsky había ido hacia adelante hace un rato. No escuché nada de nada. Pero sentí algo, detrás de mí. Entonces, creí ver el extremo, la punta, de una bota. Sobre mi hombro, detrás de la campana. Como si alguien ahí estuviera a punto de bajar. Después despareció.

—¿No había nadie sujeto?— Preguntó Amramoff, riéndose.

Popescu se sonrojó, sintiéndose tan tonto como la pregunta. —Se movió demasiado rápido. No lo vi.

—¿Simplemente se esfumó? —preguntó Constantin, incapaz de esconder su desdén.

—Se produjo un sonido, un aleteo, como un cometa en el viento. La bota desapareció y, durante un instante, lo que parecía un cometa negro subió trazando un arco hacia estribor. Se desvaneció

en la bruma sobre la barandilla como si nunca hubiera existido. Miró a todo el grupo, desde los compañeros a los oficiales, suplicante. —Bueno, no existió, ¿no? Me lo imaginé, estoy seguro. La niebla te puede engañar. ¿Podría haber informado, «Señor, esto es lo que me imaginé anoche»? ¿Alguien hubiera informado algo así?

Popescu se encogió, sintiendo como Constantin lo perforaba con la mirada.

—¿Qué sabes de Petrofsky? — pregunto el capitán, interrumpiendo el silencio. —¿Su personalidad? ¿Alguno de ustedes? ¿Podría haber saltado por la borda?

—No, — dijo Constantin con rotundidad.

Era propio del primer oficial, pensó Nikilov, concluir algo con total convencimiento pero sin pruebas. Sin embargo, la tripulación pareció estar de acuerdo. —Impensable— dijo el segundo oficial, confirmado una opinión unánime. —Tiene que haber sido un accidente. Sé que el mar estaba calmado pero....debe haber sido eso.

—Muy bien. —El capitán miró al cielo por un momento, entonces dijo solemnemente — Realizaré un servicio religioso por Feliks, adelante en el lado de babor, a las seis campanadas.

—¿Servicio?— Intervino Popescu.

—No está en el barco— dijo Nikilov, tan triste como si Petrofsky hubiera estado con él por mucho tiempo. —Eso significa que está en el mar, y eso significa que está muerto.

—Estoy de acuerdo — dijo el rumano con una incredulidad poco disimulada. —Pero puede no haber sido un accidente. ¡Puede haber muerto por decisión propia! Si cometió suicidio, no tiene derecho a una ceremonia cristiana...

—¡Silencio!— Gritó el capitán, interrumpiéndolo. Sus ojos azules fulminaron a Popescu. —¡No soy un sacerdote! No me importa si fue un accidente o un suicidio. Era un miembro de mi tripulación y tendrá un funeral decente!

Esa tarde a las siete se reunió la tripulación entera, excepto dos, en la barandilla de babor del *Deméter* en la parte delantera de la caseta. Popescu fue excusado para ocuparse del timón (y proteger su brújula moral evitando ritos en nombre de un posible suicidio), mientras que *el* lesionado Funar estaba en su lecho de enfermo. Después de echar una mirada al paciente, Harrington fue el último en llegar. Ocupó su lugar, más por respeto que por creencia, en el extremo del medio círculo de hombres sombríos.

Los oficiales llevaban chaquetas largas, que parecían aún más azules por el brillo del atardecer, mientras las nubes verdes al oeste se oscurecían hasta adquirir un color negro. Nikilov, abriendo una biblia usada, vio que se acercaba la lluvia y se apresuró a comenzar. Se aclaró la garganta y dijo, —Estamos aquí en honor de Feliks Petrofsky. El mar tiene su cuerpo. Ahora tendrá nuestras oraciones.

Constantin se quitó el sombrero, se rascó la cabeza y se cubrió el corazón. Con una mirada retorcida de molestia, agarró la pañoleta tejida del carpintero y se la metió en el pecho. Amramoff asintió avergonzadamente e inclinó su cabeza de corneta. El resto lo imitó, el enorme Olgaren ya lloraba cuando el capitán se volvió hacia el mar.

—Señor nuestro, con el poder de tu palabra detuviste el caos en los mares primitivos, hiciste retroceder a las aguas rabiosas de la inundación y calmaste la tormenta en el mar de Galilea. Y ahora te encomendamos el cuerpo... —Hizo una pausa, preguntándose qué le habría ocurrido a Petrofsky, Si se había quitado la vida, ¿por qué? Si no, ¿qué había ocurrido entonces? ¿Dónde estaba? —Al encomendar el cuerpo de nuestro hermano Feliks Petrofsky a las profundidades, te rogamos que le concedas paz y tranquilidad hasta el día en que él y todos los que creen en ti se levanten por la gloria de la nueva vida prometida en las aguas del bautismo. Te pedimos esto a través de Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Siguió un coro de «amenes», Harrington no sabía de quienes exactamente. No hubo ninguno de él. Aunque no tenía nada contra la religión, podían quedársela para ellos. La ceremonia había cumplido su objetivo, suponía él. Por el brillo de sus ojos azules, el capitán se sentía mejor. A juzgar por sus caras, a medida que la tensión desaparecía, varios de los hombres también lo sintieron mejor. A pesar de ello, al inglés le parecía poco probable que Petrofsky, allí donde estuviera, se hubiera beneficiado mucho de ese rito.

Los oficiales y los hombres empezaron a irse a sus tareas o abajo, pero Harrington se quedó en la barandilla. Se sentía tan deprimido como la noche que había huido de Bukovina, pero sin la lucha por la vida para recargar su espíritu, miraba triste al mar y casi no notó cuando Swales se paró a su lado.

—¿Pensando en Petrofsky?

—Ah, hola, Oliver. No, no en Petrofsky en particular. —Solo pensaba.

—No se ponga demasiado filosófico. Swales sacó su pipa y la bolsa. Formó una bola de tabaco, apisonó el recipiente con un

pulgar torcido y, encendiendo una cerilla, elevó una nube aromática de humo. —La eternidad, ese es un hueso duro de roer.

—No tema — dijo Harrington.— —No soy ningún filósofo. No creo en la eternidad.

—¡Vamos, hombre! ¿Qué significa eso?

—Que no creo en la vida después de la muerte. Creo en el final. Solo que es una pena cuando termina así. Sin familia, sin cuerpo, ni siquiera una lápida que diga que exististe alguna vez. ¿No se merecía Feliks una tumba con lápida?

—¡A mi padre le caerías muy bien! —Swales retumbó, riéndose mientras volvía a encender su pipa.

—¿Qué quiere decir?

—¡Lápidas de tumbas! Dios mío, él siempre habla de ese tema. Agitó un puño recogido en el aire, imitando su recuerdo. —Lápidas en el patio de la iglesia, tambaleándose por el peso de las mentiras escritas en ellas. Una nube de humo rodeó su cabeza y después se alejó con la brisa. —Lo repetía como una canción; ¡qué indignación sentía! Un cuarto de las tumbas en Whitby, en cualquier aldea con puerto, están marcadas con lápidas que dicen *Aquí yace el cuerpo de*, o la parcela vacía de algún alma perdida en el mar, o *Dedicado a la memoria de*, cuando sus cuerpos se han olvidado hace tiempo. Y cómo se reía al pensar en el Día de la Trompeta.

—¿Trompeta?

—Del juicio, joven. ¡El Día del juicio final! Todas esas almas muertas levantándose de sus tumbas a las puertas del cielo como prueba de quienes y cuán buenos fueron. El viejo se rió. —¿Y usted quiere una lápida para Petrofsky? ¿Dónde? ¿Para marcar qué? Dedicamos toda la mañana para descubrir que no estaba en ninguna parte. Hemos supuesto, todos nosotros, que está en el Mediterráneo. Bueno, ahí lo tienes, hijo. Ondeó su pipa sobre la barandilla y el agua. —Adelante, marque su tumba. —Se rió. —¿Y dice que no es creyente?

—Es solo por respeto al muerto.

—A los muertos no les importa, joven. Dentro de un día, unos meses o años, una madre anciana, o hermana o enamorada, en alguna aldea rusa, con mala memoria recordará lo buenas que eran las cosas pero probablemente nunca lo fueron, y pondrá una lapida que diga *Aquí yace Feliks Petrofsky*. Y durante un tiempo esa mentira la hará sentir mejor. Pero la tumba estará tan vacía como una caja de tabaco de Duns un viernes por la noche, y todavía faltara el cuerpo. Y Petrofsky todavía estará tan muerto como el Amán ahorcado.

Swales puso una mano sobre el hombro de Harrington y juntos se dirigieron a popa. Ignoraron la mirada de Popescu desde el timón y se escabulleron abajo. Detrás de ellos, las nubes verdes completaron su cambio al negro, retumbó un trueno y el cielo, a diferencia del timonel rumano, comenzó a llorar por el marinero desaparecido.

El capitán no sentía ganas de comer y no podía dormir. Poco después de las ocho campanadas, caminando por la cubierta de babor bajo la llovizna, encontró al guardia y para aliviar su inquietud, lo relevó personalmente. La cubierta estaba tranquila, pero Nikilov caminaba agitado, pensando en Petrofsky. A las diez, Olgaren lo relevó (mientras Eltsin aliviaba a Popescu en el timón). —Cuatro campanadas y todo está bien, — dijo el capitán aunque en su corazón no lo creía.

Todavía inquieto, Nikilov se dirigió hacia adelante para echar un último vistazo mientras un relámpago destellaba a lo lejos. El gargajo de las últimas horas, por lo que podía ver, no era nada comparado con la tormenta a la que se acercaba rápidamente. Se dirigió abajo.

Las voces de la tripulación se difundían en la escalerilla de los entrepuentes, Smirnov, Amramoff, Popescu (que acababa de bajar), el capitán, y el oficial hablaban, intercaladamente y a veces todos a la vez. Nikilov no podía identificar el tema específico y no lo intentó. El capitán del barco no necesitaba escuchar detrás de la puerta. Entró en su camarote y encontró a los hombres más apesadumbrados que nunca.

—Sé que este asunto de Petrofsky es una conmoción — dijo Nikilov.

—No lo es — dijo Smirnov con su voz aguda. —Perdone usted capitán, señor, pero no lo es.

Popescu asintió con la cabeza. —Habíamos estado esperando algo así.

Los otros movieron la cabeza para indicar que estaban de acuerdo. Todos excepto el primer oficial, que claramente empezaba a enfurecerse. —¿Qué significa eso? —gruñó Constantin.— ¿Lo habéis estado esperando?

Popescu, que ya estaba en la lista del primer oficial, insistió. — Hay algo a bordo de este barco.

Todos se quedaron callados y los sonidos de la lluvia y el mar y el barco los abrumaron por su silencio.

Constantin, insistiendo, midió sus palabras. —¿Qué significa eso? Nadie decía nada y ni siquiera lo miraban a los ojos. —¡ALGO! —gritó de pronto el primer oficial. —¿Qué significa eso? Se acercó al rumano y puso su rostro frente al de Popescu. —Tú responderás.

—Algo mató a Petrofsky o hizo que se quitara la vida. En cualquier caso, asesinato o suicidio, es un presagio del demonio Más vendrán.

El primer oficial reaccionó con ira. Levantó su puño sobre Popescu y le habría propinado un golpe feroz si no hubiera intervenido el capitán. Nikilov puso la mano en el hombro de Constantin. No dijo una palabra a nadie, solo mantuvo suavemente la mano. El primer oficial bajo el brazo, abrió el puño, y asintió su conformidad a Nikilov.

—Esperaba una navegación tranquila,— dijo el capitán a sus hombres. —Pero se acerca más lluvia. Debéis estar preparados para que os llamen en un instante. Mientras tanto, por favor, descasad todo lo que podáis. Dio las buenas noches a su tripulación y en la puerta pidió al primer oficial que lo acompañara a tomar un té.

Se había evitado la violencia, la ira de Constantin se había apaciguado, pero los pensamientos del capitán estaban más apesadumbrados que nunca. Los miedos en la tripulación no dejaban de crecer. Y, aunque no era un hombre supersticioso, los miedos de Nikilov también aumentaban. Miedo a más problemas en el futuro.

La lluvia llegó con fuerza.

El viento creció con venganza, pasando de cuarenta a cuarenta y cinco nudos, y la tormenta elevó las olas hasta casi los 6 metros. A pesar de la mar brava, al navegar a sotavento como lo hacían, Nikilov decidió aprovechar el viento. Llamó a la tripulación a sus puestos, como les había advertido que haría, y ordeno reducir las velas. Después puso a la goleta a barlovento para que avanzara más despacio.

Mojados por la lluvia, azotados por el viento, sus hombres plegaron las velas delanteras e hicieron un nudo marinero triple en los picos cangrejos de la vela principal y mesana. Mientras tanto, el capitán y los oficiales trabajaban junto con los hombres junto al mástil, en cubierta y en los obenques. Escasos de marineros como estaban, el trabajo duro se hizo más fácil al saber que juntos eran una buena tripulación y, pronto, la mayoría volvió abajo para secarse.

Ya arrizada, Nikilov logró que la goleta *Deméter* recuperara su curso. La nave se asentó en un movimiento fácil, avanzando a pesar del temporal.

En las horas muertas de la noche, destellaron relámpagos, retumbaron truenos, la lluvia golpeaba la cubierta en la mesana sobre su cabeza y Ekaterina se sentó en su catre sintiéndose perfectamente. El dolor de cabeza, la fiebre, el malestar sofocante habían desaparecido. Le dolían los ojos por la luz de la lámpara pero se sentía descansada y verdaderamente animada.

Entonces sintió un hambre inexplicable. Entonces sintió el ansia.

Trevor estaba dormido, cabeceando sobre los brazos cruzados sobre el escritorio.

Se levantó silenciosamente para no despertarlo. Agarró el vendaje de lino, que usaba para esconder sus formas, y silenciosamente rasgó una tira. La acercó al espejo y contempló sin emoción su pálido reflejo, sus rasgos hundidos, las ojeras bajo los ojos. Bajó el vendaje de su cuello revelando dos perforaciones inflamadas y amoratadas. Ekaterina se tocó las heridas mientras su respiración empezaba a acelerarse. Su corazón latía con fuerza en su pequeño pecho. La camisa de dormir demasiado grande de Swales se abrió hasta el ombligo exponiendo sus pechos y pezones duros. Todo lo que veía eran las heridas. Se puso el trozo de lino alrededor de su cuello cubriendo seductoramente el área más deseada en anticipación de...

Detrás de ella, reflejado en el espejo, vio a Harrington. Un chico tan bueno. Una mueca torció sus labios, las cejas arqueadas estropeaban sus delicados rasgos; una expresión de disgusto. *Él es infantil e insignificante. No tiene la capacidad de entender, ni la fortaleza o el coraje de seguir. Habrá que dejarlo atrás*. Pero no era necesario cruzar ese puente todavía. Era un chico agradable a pesar de todo.

Silenciosamente, apagó la lámpara con un soplido. La habitación se sumergió en la oscuridad, el dolor de sus ojos desapareció y Ekaterina pudo ver claramente. Quitó el cerrojo de la puerta y volvió a su catre. Se recostó sobre su almohada muerta de hambre y, al mismo tiempo, ansiosa por servir de alimento. Se abrió el camisón. Luchó para detener la rotación de sus caderas. *No debo despertar al pequeño Trevor*. Y esperó.

Ekaterina no sabía lo que estaba haciendo. Sin embargo, no podía evitarlo.

A treinta metros de distancia, una nube de neblina gris pasó por las fisuras de la puerta a la bodega delantera. Al principio parecía que hubiera ocurrido una explosión de vapor y esto, la nube que se escapaba, estuviera encontrando la salida más rápida. Pero sin embargo no se disipó, sino se hizo más densa transformándose en una alfombra de niebla que se movía hacia abajo por la escalerilla. Pasó flotando por el camarote de la tripulación y la cocina, donde el capitán y el primer oficial estaban terminando sus tazas de té. La nube se detuvo al extremo de la escalerilla T y merodeó ante a la puerta al camarote del pasajero. Sus aposentos.

Incluso en ese estado, Drácula podía oler a la mujer lista para él en su interior. Y...algo más. Alguien más.

— ¿Puedes dormir? Se oyó preguntar a Nikilov. Salió del comedor, seguido por Constantin, quien respondió negativamente. —Entonces más vale que me acompañes. Tenemos que pensar algunas cosas. — Había algunas cosas por discutir: el tiempo, el mantenimiento, la asignación de tareas, al ánimo de la escasa tripulación y, sin duda, los recientes estallidos temperamentales de Constantin. El oficial aceptó obedientemente.

Siguieron por la escalerilla hasta donde el camarote del capitán lindaba con el del joven herido y Nikilov se adelantó para abrirlo. Ninguno vio nada especial, pero ninguno miró sobre sus cabezas. La niebla gris, un furioso Drácula interrumpido, estaba abandonando el entrepuente a través de las grietas de la escotilla de carbón de la popa de babor.

Olgaren estaba intentando no beber alcohol. El enorme ruso estaba encorvado bajo el alero en el extremo de popa de la caseta, intentando protegerse de la tormenta; un esfuerzo inútil. Eltsin estaba al timón, empapado y en estado de gran hilaridad. Mechones negros apelmazados y destilando agua fría, la ropa abrazándolo como una piel, chaqueta y botas empapados, la cabeza hacia atrás, hacia gárgaras con el chaparrón, escupía un chorro de agua como si fuera una fuente y se reía como un lunático Olgaren, limpiándose los ojos y mirando al segundo oficial a través de las sábanas de agua, no podía ver qué era tan divertido.

Estaban tan ocupados, Eltsin riéndose como un payaso y Olgaren protegiéndose, que ninguno notó la niebla que apareció detrás del timón, sobre la escotilla del carbón. Difuminada por la lluvia y casi invisible al principio, pronto se convirtió en algo denso y gris.

Desde su escondite, mirando hacia popa a través de la fuerte lluvia, Olgaren lo vio al fin. Miró, esforzándose, temeroso de que sus ojos lo engañaran. Era una nube, sí, pero algo más, que cambiaba a medida que avanzaba hacia proa por la barandilla. Avanzó, oscureciéndose, hasta tomar una forma solida. La nube se desvaneció y en su lugar caminaba un hombre.

En un abrir y cerrar de ojos. La cubierta había estado vacía, ¡entonces apareció él! Un hombre joven alto y delgado. (Casi de su misma edad, pensó Olgaren). Vestido de negro, tenía un espeso bigote, una expresión de enojo en su mandíbula blanca y unos ojos que, ¡Dios! parecían quemar como el fuego. Era un extraño, no se parecía a ningún miembro de la tripulación.

Olgaren gritó.

El hombre alto no se fijo en el enorme ruso. Ni tampoco miró a Eltsin. Ni vaciló en lo más mínimo. Simplemente continuó avanzando a la proa, pasó al lado del ansioso Olgaren, por la esquina de la caseta y bajó por la escalerilla de babor, su capa ondulante como las alas de un murciélago aleteando.

— ¿Has visto eso? —gritó Olgaren.

Eltsin negó con la cabeza como un perro secándose del agua y respondió — ¿Ver qué?

— ¡Dios mío! ¿No lo viste?

— ¿Qué? ¿Ver a quién?

Olgaren salió de su cubierta, fue a la esquina y miró a través de la lluvia a la escalerilla. Ya no estaba, el hombre se había esfumado. Eltsin gritó algo. El qué, Olgaren no lo sabía ni le importaba. Ignoró al segundo oficial y se apresuró hacia la proa, tras la oscura figura. El viento hinchaba las velas cangrejas, azotaba los trinquetes plegados, la lluvia golpeaba sobre la cubierta, el barco se elevaba sobre el oleaje. Él lo ignoró todo. Se precipitó pasando junto a la escotilla delantera, cerrada y segura, hacia la proa. Una vez allí, con su ropa empapada, su cabello rojo apelmazado, Olgaren revisó el lugar, buscando.

Desaparecido. El hombre simplemente había desaparecido.

Capítulo diecinueve

Justo antes del amanecer, el sábado 17 de julio, un golpeteo insistente en la puerta de Nikilov interrumpió el té del capitán y sus pensamientos. Estaba honestamente sorprendido cuando la puerta al abrirse reveló a un Olgaren empapado por la lluvia. Era el último hombre del que Nikilov hubiera esperando que rompiera la cadena de mando. Sin embargo, aquí estaba sin haber sido convocado y sin un oficial. Más alarmante aún era la expresión en los ojos del marinero. El hombre grande parecía al borde del pánico.

— ¿Qué ocurre?

Los labios de Olgaren se movieron sin emitir sonido. Las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

—Será mejor que entre.

Olgaren obedeció, agachándose para no golpearse la cabeza contra el alfeizar. La luz de la lámpara caía sobe su apelmazado cabello rojo y su rostro estaba mucho más pálido de lo normal. —Capitán, yo... Vengo de mi guardia. —dijo Olgaren temblando. Se persignó (algo que Nikilov esperaba de Popescu, no de un campesino) y soltó — ¡Lo he visto!

El capitán se tambaleo, sorprendido por el exabrupto. — ¿A quién has visto? ¿A Petrofsky?

—No. No, señor — dijo Olgaren confuso. —No a Petrofsky. El nombre del marinero desaparecido ni siquiera se le había ocurrido. Negó con la cabeza. —No. No, Petrofsky. Yo... No sé quién era. Vi un hombre extraño a bordo del barco.

— ¿Qué es esto? ¡Cómo se atreve! ¡Primero Petrofsky con su visión! ¡Entonces Petrofksy saltó por la borda! ¡Ahora usted, usted también ha visto a este anciano misterioso!

—No era él, capitán. No era viejo. Era joven, alto y delgado. Pálido como un fantasma.

Observó a Olgaren, un experimentado hombre de mar, goteando en su cabina como un niño, asustado hasta las lágrimas y hablando de fantasmas. La ira del capitán desapareció, reemplazada por el miedo. —Dígame, —dijo Nikilov. Le pasó una toalla al marinero. —Cuénteme, Mosey, lo que vio.

Olgaren se secó la cara y relató lo ocurrido la noche anterior. Cuando llegó al final, Nikilov se sentó perplejo. Lo que el marinero había descrito no podía haber sucedido. Era un completo disparate. Sin embargo, Olgaren lo creía. El hombre no era un mentiroso. Ni podía haberse inventado la historia, siendo como era alguien desprovisto de imaginación. ¿Qué, en nombre de Dios, estaba ocurriendo en su barco?

Petrofsky había reportado un extraño en cubierta y, poco después, había caído a una tumba de agua. Ahora Olgaren informaba de un extraño distinto. ¿Había alguna enfermedad contagiosa a bordo del barco? ¿Qué hiciera que Petrofsky se volviera loco? ¿Era este fiel marinero el siguiente? ¿Qué pasaría si esos eventos no eran el resultado de la fragilidad humana sino de una elección? ¿Estaba alguien, Olgaren, intentado perturbar las actividades de su barco? ¿Con qué finalidad? ¿Para evitar la entrega de la carga? ¿Algo más diabólico? ¿Podía haber una explicación simple para los miedos de su tripulación? ¿Su creciente paranoia?

— ¿Capitán?

Nikilov se volvió hacia el tripulante mirando a la lámpara. — Registraremos el barco otra vez — dijo tranquilamente Nikilov. ¿Qué más podía hacer? El hombre estaba en un pánico que él no podía permitir que contagiara. Necesitaba calmar esos miedos. — Registraremos el barco de popa a proa.

El alivio pasó sobre Olgaren como una ola. Alguien estaba haciendo algo.

—Mientras tanto, —añadió Nikilov — No cuente nada de esto a los demás. Ni una palabra a nadie. Vaya a desayunar y espere mi orden.

Olgaren se unió a Amramoff y Popescu en el desayuno y, siguiendo las órdenes, no dijo una palabra. Sus preguntas recibieron gruñidos como respuesta; sus bromas, indiferencia. Si hubiese sido otra persona, se hubieran ofendido. Pero cuando mides un metro ochenta cinco, bajo un techo de uno ochenta, se te concede alguna dispensa. Después de comer, normalmente se hubiera ido a su catre. No hubo nada normal en la mañana de Olgaren. En cambio, después de su pan y mantequilla, café malo y té peor, el hombre alto los siguió arriba; Amramoff y Popescu a trabajar, él a esperar.

Detrás de ellos, Harrington se arrastró desde el camarote de Ekaterina a la cocina, ahora vacía excepto por el cocinero y se sentó a la larga mesa.

—Dios mío, joven—dijo Swales, sirviéndole una taza.

—Si está sugiriendo que me veo un poco demacrado, seguro que tiene razón.

— ¿Demacrado? Se ve como si unos lobos se lo hubieran comido y excretado en los acantilados de Stonehaven. ¿Cómo está la joven? ¿Duerme?

—Discutimos toda la noche. No quería dormir; saltaba de aquí para allá como un animal enjaulado. Insistía en que se había recuperado. Insistía que debía levantarse y salir. Tuve que contenerla para que se quedara en la habitación. Se puso agresiva. Me llamó cosas terribles. Dijo que deseaba que su padre y hermanos me hubieran disparado.

Swales dejó la jarra, humeante. Lo que contaba no parecía propio de la chica que él conocía. Pero ¿logró convencerla que era lo mejor que se quedara en cama?

— Ese es el asunto. No pude. Me discutió terriblemente, después simplemente se detuvo, como si la hubiera amarrado con un lazo. Se fue a su cama y se desvaneció como una vela apagada.

— ¿Se durmió?

—Supongo. Harrington parecía avergonzado. —En realidad, no lo sé. Algo me invadió. Le fallé, me quede dormido sentado.

— ¿Pasó algo por eso?

—No. Esta durmiendo. En algún momento de esta mañana se levantó, abrió la puerta y se quitó el vendaje. Se puso una bufanda sobre la garganta y... Titubeo, buscando la forma menos embarazosa de describirlo. —Se...quedó con muy poca ropa.

— ¡Dios bendito! Swales se sentó pesadamente. — ¿Qué cambios? ¿Está....?

—Sigue igual, por lo que pude ver. No sé que se traía entre manos, pero no creo que saliera de la habitación. Simplemente se quedó dormida. No debería haberme quedado dormido.

Swales quería ofrecerle alivio. —Déjelo estar, Trevor. No puede pasar sin dormir. Y ella se encuentra bien.

— ¡Al contrario! En cuanto paró la lluvia y salió el sol, ella sufrió otro ataque; llorando, retorciéndose como si tuviera una pesadilla. Ahora se ve más pálida que nunca.

— ¿Cómo está entonces, joven, sin cambios o ha recaído?

—Oliver, por favor. Ya estoy bastante molesto. Ya no pienso que sea una recaída. Tiene un estado nocturno y otro diurno. Ahora es de día otra vez, y está enferma y de vuelta en la cama.

Entonces se oyó un golpe en la puerta y el primer oficial asomó la cabeza. —Deberían estar en silencio. Aunque no era una petición,

tampoco parecía haberlo dicho con ira. —Señor Harrington, ¿cómo está Funar?

Estudió al oficial, preguntándose si Constantin seria humano después de todo. —No está bien, me temo.

— ¿Duerme?

—Sí. Pero apenas.

Constantin asintió. —Los necesitan en cubierta, a los dos, si la paciente puede prescindir de ustedes.

Sin esperar una respuesta (su humanidad era limitada), el primer oficial se dio la vuelta y desapareció.

Constantin y Eltsin apoyaron a Amramoff en la dirección y al capitán en la rueda. La tripulación se repartió alrededor de la caseta de engranajes en la cubierta de la mesana. Harrington, tras hacer una pausa para ver cómo estaba Ekaterina, llegó tarde y se unió a Swales (golpeando con fuerza el tazón de su pipa en la barandilla). Un abrumado Olgaren era el foco de muchas preguntas que se sucedían rápidas de los oficiales y compañeros por igual.

— ¿Estás diciendo que viste al hombre extraño de Petrofsky? ¿Hay alguien en el barco?

—Vi algo. No sé quién o qué era. Un hombre alto y delgado, con un enorme bigote.

—Lo que estas describiendo, ¡ese era el anciano de Petrofsky!

—No era viejo. Era joven, oscuro y pálido.

— ¿Quieres decir que tenemos dos polizones?

— ¡Viste un fantasma! Todas las miradas cayeron en Popescu, a quien no le importaba. — ¿Era pálido? ¿Qué estás diciendo? ¿Era un fantasma?

— ¡Oh, sí! Amramoff se rió. — ¿Tenemos dos fantasmas?

—No hay fantasmas, ni jóvenes ni viejos — gritó enfadado Constantin. —Visto algo que no puedes explicar. ¡Eso no significa que sea un fantasma! Ni un polizón. Confundimos las cosas; por el clima, la noche, la luz de la lámpara. Las sombras se transforman en espectros, los reflejos en fantasmas. Tus ojos te engañaron con la lluvia. ¡Este barco no está embrujado!

Ekaterina despertó con calambres y esforzándose por respirar en el camarote vacío. Una sábana cubría su cuerpo, su camisón estaba abotonado y un nuevo vendaje cubría su cuello. No tenía recuerdos de la noche anterior, excepto algunas imágenes de la discusión con

Trevor. Por qué y a qué se debía, no lo sabía. Todo lo que sabía era que Trevor no estaba.

Al incorporarse sintió un mareo turbulento. Sintiéndose perdida y sola, tenía que hacer algo. Echó un vistazo debajo de la puerta, encontró la escalerilla desierta y, contra las órdenes que le habían dado, se escabulló.

Algunas voces llegaban desde arriba por la escotilla. La tripulación, reunida en torno al timón, discutía airadamente sobre algún tema pero ella estaba demasiado enferma para interesarse. Lo que importaba era que estaban ocupados y con suerte lo estarían por un rato. Silenciosamente, sujetándose con cuidado, Ekaterina levantó la cubierta a sus pies, abrió la escotilla a la bodega de popa. Se deslizó en su interior y desapareció en la oscuridad.

La discusión giraba en torno a preguntas formuladas, miedos expresados. Todo para mejor, pensó Nikilov. En voz alta, sus terrores supersticiosos no carcomerían a los hombres. Cuando amenazaba una pelea, el primer oficial mandó callar a los hombres y el capitán dio por terminada la reunión. —Registraremos el barco otra vez.

El primer oficial estudió al capitán. Incapaz de contener la fuerza que se generaba en su interior, preguntó con dientes apretados si podían hablar en privado. Se alejaron.

—Le ruego me perdone, capitán, pero esto es una locura. Ya hemos registrado el barco. No hay ningún polizón. Tampoco hay ningún extraño, ni joven ni viejo. Registrarlo la primera vez era lo prudente. Pero ceder a esas tonterías otra vez desmoralizaría a los hombre.

—No podemos ignorar esto.

—No sugiero que lo ignoremos. Sugiero que nos adelantemos.

—No estás escuchando, Iancu. Debemos mantener el control del barco, y de los miedos de los hombres.

—Ese es exactamente mi sugerencia, señor. Déjemelo a mí y yo me encargaré de ello. Los mantendré alejados de problemas, se lo aseguro, con la barra de hierro.

— ¿Les quitará el miedo a golpes? —El capitán estudió a su primer oficial con ojos precavidos. Negó con la cabeza al temperamental rumano. —Encárguese del timón, Señor Constantin.

En la bodega de popa, una mareada y enferma Ekaterina sacó un

paquete de su escondite. El paquete que había escondido allí el día que zarparon. Su única conexión con su antigua vida, su última posesión (excepto Harrington) del mundo que conoció alguna vez. Lo abrió, retiró el papel de su interior, revelando un precioso y delicado vestido blanco; el vestido que había llevado con ella desde Bukovina y del que había hablado a Trevor la primera noche que él la descubrió.

Lo sacó del paquete, recordando su belleza pero esforzándose por ver en la oscuridad. Se lo acercó al cuerpo, deleitándose con su suavidad. Frotó su mejilla contra la tela, y empezó a llorar.

En la cubierta, la reunión había terminado, la búsqueda estaba a punto de comenzar. En lugar de dividirse en grupos, se decidió que recorrerían el barco *en masa*. Encendieron tres faroles (observados por la mirada crítica del oficial al timón). Swales fue enviado a la proa para vigilar el bauprés y gritar si alguien asomaba el rostro antes de que hubieran terminado. El resto empezó a descender por los orificios de escotilla de popa a los entrepuentes.

Se reagruparon a las puertas de los camarotes del capitán y del pasajero. Nikilov abrió el suyo, demostró a todos que estaba vacío y lo cerró nuevamente. Harrington les rogó, en susurros, que se saltaran el suyo. —Funar acaba de quedarse dormido. Estuvo despierto toda la noche. Les aseguro que no hay ningún hombre alto en su interior.

—Abra la puerta — dijo enfadado Popescu. Se inclinó amenazante.

—Ya basta— dijo el capitán, interponiendo una mano entre ellos. —Herr Harrington, ¿nos da su palabra de caballero inglés? ¿Funar duerme? ¿Por lo demás la litera está vacía?

Harrington asintió secamente, mirando a Popescu con desdén. — Se lo aseguro.

—Entonces no tiene sentido despertarlo. —Nikilov sonrió satisfecho. —No hay ningún fantasma alto en los aposentos del enfermo — declaró. Recorrió con la mirada a la tripulación y, uno por uno, asintieron con la cabeza. Por último, a regañadientes, Popescu añadió la suya.

El capitán los dirigió lejos del camarote, hacia proa, donde la mitad del grupo registraba el camarote de la tripulación a un lado de la escalerilla, y la otra mitad revisaba el comedor, la cocina y la litera del cocinero. Amramoff colocó la escalera, saludó con la mano al ceñudo Constantin y volvió a bajar. Seguro del entrepuente,

pasaron a la bodega de proa.

—Uno de ustedes se quedará aquí — dijo el capitán, dirigiendo a los otros hacia popa. —Empezaremos por la popa.

En la bodega de popa, Ekaterina, mareada y enferma, se aferraba todavía a su precioso vestido, llorando aún y ahogándose en un torrente de imágenes de su pasado, en sus miedos a un futuro que parecía repentinamente perdido, y en sus propios sentimientos de mortalidad. De pronto, despertó de sus ensoñaciones. Una multitud se acercaba por las bodegas delanteras y estaba muy cerca.

No tenía tiempo de envolver su vestido, ni de esconder el paquete otra vez. No tenía tiempo para nada excepto correr. Se puso el vestido sobre un hombro y empezó a subir por la escalera de la escotilla. Aterrorizada, consciente del riesgo desde arriba, pero segura de que la cogerían desde abajo, no tenía alternativa. Empujo la tapa de la escotilla y gateó por la escotilla hasta el entrepuente.

La escalerilla estaba vacía pero no tenía tiempo de agradecer su suerte. Empujó la trampa de la escotilla en su lugar; acababa de cerrar el orificio de la escotilla cuando...

El grupo de búsqueda entró a la bodega de popa.

Sin saber que alguien había estado allí recientemente, hicieron una revisión rápida y en profundidad con la luz del farol. No es que hubiera mucho que buscar; montones de lastre de arena y humedad empalagosa de la lluvia, nada más. Quedaron satisfechos. Salieron por donde habían entrado, asegurando la bodega del medio y terminando otra vez en la bodega delantera.

Ahora estaba inundada por la luz del día. Swales abrió las puertas de arriba y, desde su posición elevada en cubierta, los vio llevar a cabo la parte final de la búsqueda.

Como Harrington había descubierto en los estrechos turcos, había pocos lugares buenos para esconderse. La mayoría de las cincuenta cajas, arena, barriles de aceite para lámparas y los suministros del viaje era todo lo que ocupaba el espacio creado para albergar 199 toneladas de carga. Había un considerable espacio abierto y ninguna señal de un extraño, viejo o joven, fantasma o humano. La búsqueda había finalizado sin encontrar nada.

El capitán agradeció al segundo oficial y a sus hombres. —Con esto, creo yo— dijo Nikilov — damos por terminado el asunto. Se dio la vuelta y se dirigió arriba. Harrington lo siguió, esperando que

él y Swales pudieran terminar su té.

Detrás de ellos, Eltsin autorizó a los hombres a retirarse. Para su sorpresa, parecían poco ansiosos por irse. Popescu, como era su naturaleza, tradujo esa sensación en palabras. — ¿No estáis hartos ya de buscar por nada? Cuando Eltsin admitió que lo estaba, el rumano se lanzó. — ¿Por qué no terminar de una vez por todas? Abramos estas cajas, todas y cada una, y completemos la búsqueda.

—No seas ridículo. —No podemos abrir la carga. Su seguridad es el objetivo mismo del viaje.

—No tenemos que romper nada. Las abrimos cuidadosamente; después las cerramos otra vez con el mismo cuidado. Entonces lo sabremos.

— ¿Sabremos qué? Los turcos las abrieron.

—Ellos no las abrieron todas. Abriremos todas las cajas.

— ¿Las cincuenta? No contienen nada más que tierra.

—Entonces no podemos dañarlas.

Era ridículo. Pero ahora la idea se había asentado, y la influencia de Popescu se extendió sobre ellos, los hombres parecían unidos. Estaban de pie en la piscina de luz que venía de arriba, suplicando con los ojos que Eltsin les diera esperanza, rogándole en silencio que los ayudara a vencer sus miedos. —Silenciosamente — dijo Eltsin, dudando pero cediendo. — ¡Sin hacer ningún daño a las cajas, entendéis!

Los hombres aceptaron rápidamente.

Amramoff, por ser el carpintero, los lideró en la tarea de levantar cuidadosamente las tapas de las cajas. Las primeras cinco revelaron solamente la tierra esperada. La tapa de la sexta salió causando algo más de excitación. Dos ratas, que se habían metido en su interior, buscaban ruidosamente una salida. Olgaren mató a una, con los gritos entusiastas de los otros, con el talón de su bota. Sus chillidos agonizantes pusieron los nervios de punta a más de uno entre ellos. Triunfante, Olgaren llevó las alimañas muertas a la parte superior de la escalera y las arrojó al mar.

Restaurada la calma, se reanudó el registro de las cajas de carga.

A solo unos pies de distancia, el Conde Drácula yacía despierto. A través de los orificios a su caja pasaba aire fresco y diminutos rayos de luz. El aire agitaba el moho en su cama de tierra, la luz pinchaba su piel como agujas calientes. Podía oír a los humanos abriendo otras cajas y luchó contra el ansia de explotar desde su ataúd y matarlos a todos. ¿Qué eran ellos para él?

Pero él era sensato. Por muy humillante que fuera, ellos eran su transporte a Inglaterra. Llegar a Inglaterra, Whitby primero y después a Londres, era lo único que importaba.

Sintió como empujaban su caja, escuchó el idioma rumano — y distintas variaciones del ruso gutural — que los hombres hablaban entre sí, y el golpe seco del metal en la madera. La punta biselada de una barra de hierro penetró en su caja por una esquina. Se movía con fuerza, la madera crujía, hubo una exclamación de alegría cuando los tornillos y la tapa se elevaron un poco. Drácula hundió las uñas en el reverso de la cubierta. Apretó los dientes, maldijo su necesidad de mantenerse escondido y la sujetó igualando la presión desde afuera.

Su ira aumentó. ¿Con quién creían esos idiotas que estaban tratando? Él era el Voivode, el hijo del Dragón. Dirigió sus fuerzas, sobre el gran río Danubio, a la tierra de los turcos. Cuando fueron obligados a retroceder, él dirigió un ataque tras otro. Solo, había regresado del campo de batalla donde sus tropas habían sido masacradas, siempre para reagruparse y atacar nuevamente. ¿Quiénes eran esos idiotas?

La barra se introdujo en otro intento. Se mantuvo firme al sonido de las maldiciones rusas. Una segunda barra penetró por el delgado hueco en su lado derecho manipulada por otro ruso que le hacía bromas al primero. Se aplicó a presionar para levantar la tapa. Drácula se mantuvo firme. Estaba acorralado, lo admitía, pero no indefenso. Necesitaba una distracción.

Todavía sosteniendo la tapa del ataúd, Drácula susurró: ¡E-katerina!

Después de la búsqueda, Swales cometió el error de quedarse demasiado tiempo en la proa. Todavía peor, había cometido el error de mirar en la bodega delantera. Había echado un vistazo de la tripulación cuando comenzaba su búsqueda ampliada. Los idiotas estaban abriendo todos los contenedores en la bodega. Observó, incrédulo, cerró bien las puertas de la escotilla y bajó rápidamente. No para intervenir, sino para distanciarse. Mejor tomar un té con Harrington que presenciar cómo destrozaban la carga del capitán.

Estaba dirigiendo al académico hacia el comedor cuando se abrió la puerta del camarote del pasajero y Ekaterina salió corriendo. Pálida y enfermiza, pero moviéndose como una Olimpia; con ojos vidriosos, bajó rápido por la escalerilla en dirección a la tripulación. Era obvio que ellos no eran su objetivo, simplemente un

obstáculo. La agarraron cuando intentó pasar a su lado.

—Oiga, jovencita, ¿a dónde va?

—Soltadme.

—Ekaterina ¿Qué pasa?

—Soltadme. ¡Soltadme!

Rápidamente se produjo un caos en el entrepuente. Ekaterina gritó que necesitaba salir un rato, juntos se lo impidieron. Nikilov salió de su camarote, vio el alboroto y los ayudó a regresar a la mujer histérica al camarote.

—La tenemos, señor — dijo Swales, mientras él y Harrington luchaban con ella en la litera inferior.

—Tenéis que tranquilizarla — insistió el capitán.

—Dejadme ir. No entendéis. ¡Él me necesita!

Harrington miró a Swales. —¿De qué está hablando?

—No importa, — dijo el capitán, detrás de ellos. —¡Tiene que estar callada!

—Nos encargaremos de ello, señor, — le aseguró Swales.

—Dejadme ir, — gritó Ekaterina intentando liberarse. —¡El amo me necesita!

Harrington, casi encima de la joven, puso una mano en la boca de ella. Mirando por encima del hombro, tranquilizó al comandante. —Nos ocuparemos de ella.

El capitán salió, cerrando la puerta tras de sí. Hizo una pausa para respirar fuera de la habitación. «El amo me necesita». Eso es lo que había dicho la joven. Nikilov no podía evitar sentir un dejo de orgullo. Incluso con la fiebre, ella sentía una obligación hacia el barco y hacia él. El capitán del *Deméter* rezó en silencio por la rápida recuperación de la joven y deseó que más miembros de su tripulación tuvieran la misma devoción al deber. Si al menos pudiera revelar el secreto de su presencia. La tripulación necesitaba...

El pensamiento se vio interrumpido...por otro estruendo, igualmente atroz, adelante y debajo, como si necesitara más dificultades. ¿Qué, en el nombre de Dios, estaba ocurriendo en su bodega?

—¿Escuchaste eso? —preguntó Popescu con nerviosismo.

—¿Qué? —preguntó Amramoff.

—¡Un grito! ¡Un grito de mujer!

—Estás mal de la cabeza...y estoy ocupado.— El agitado carpintero, con el sudor cayéndole por la cara al agacharse sobre el

resistente ataúd, miró a Olgaren. —Nunca he visto nada igual. Olgaren, en el lado opuesto, sudando el doble, asintió indicando que estaba de acuerdo. Tiraron de sus respectivas barras, la madera crujió pero la tapa no se levantó.

Los otros habían interrumpido sus tareas para observarlos; Smirnov divertido, Popescu con un miedo persistente (los gritos imaginados no ayudaban), el segundo oficial, cada vez más preocupado de que esos torpes rompieran el contenedor. —Con cuidado,— avisó Eltsin — con lo que hacéis.

Todos se sobresaltaron cuando la puerta al entrepuente se abrió y el Capitán Nikilov llenó el vacío. —¿Qué está pasando en mi bodega? —gritó.

Su tripulación al completo, excepto el primer oficial y el cocinero, estaba de pie abajo bañada por la luz de las lámparas con barras de palanca en las manos. Detrás de ellos, para su incredulidad, varios contenedores de embarque yacían abiertos. Para su horror, a solo medio metro de distancia, dos hombres estaban abriendo otro. —¡Dejad lo que estéis haciendo! ¡Parad ahora mismo! Nikilov bajó las escaleras. —¡Cómo os atrevéis a tocar mi carga!

Las barras se pararon, las manos poderosas se soltaron. —La culpa es mía, capitán, — dijo Eltsin. —Los hombres querían estar seguros y, yo pensé, si teníamos cuidado de no dañar las...

—¿Usted pensó? ¿Está sugiriendo que tenemos un polizón dentro de nuestras cajas selladas? Que el anciano de Petrofsky... El joven de Olgaren...¿están escondidos en la bodega? ¿Que han estado viviendo aquí durante once días sin comida ni agua? ¿Qué salen por entre las grietas de contenedores sellados para dar una vuelta por cubierta? Y, cuando los ven, ¿deciden saltar por la borda para evitar preguntas?

La voz de Nikilov se repitió en un eco. Entonces se rió y el dique estalló. Uno por uno los hombres también se echaron a reír. Pronto todos estaban como borrachos. —Vamos, — dijo el capitán, sacándose de pronto un gran peso de encima. —Hemos buscado y aquí no hay nada; nada excepto nuestros miedos vacios y dementes. Vamos, tenemos velas que izar y empezar el viaje de nuevo. Cerrad esas cajas. Ponedlas como estaban, para que nuestro consignatario esté contento al recibirlas. Sabed que no hay nada a bordo de este barco que no deba estar aquí.

Amramoff y Olgaren sacaron sus barras de palanca de la caja que habían estado forzando. Martillearon los clavos en su lugar, cerrando el ataúd,

Ekaterina se desmayó. Un momento estaba luchando contra ellos con uñas y dientes. Al siguiente estaba inconsciente, como si la hubieran golpeado con una porra. No parecía haber más razón para perder la conciencia que para volverse histérica. Swales se dejó caer en la silla del escritorio y suspiró de alivio. Harrington, jadeando pero agradecido, arropó a la joven dentro de la sabana. Le pasó los dedos por su cabello mal cortado recordando que, no hace mucho, era largo y bonito; cuando la vida era bella. ¿Qué les estaba pasando?

Vio algo que sobresalía desde debajo del colchón, lo agarró y con suavidad tiró de él. Era un vestido blanco con volantes y lazos, mangas abombadas y una delicada cintura. Su nuevo vestido. Sin duda Funar lo había subido a bordo oculto en su equipaje. Apretó la tela suave, se la acercó al rostro y la frotó contra la mejilla (que necesitaba un afeitado). Observó como el pecho de Ekaterina subía y bajaba y se preguntó otra vez...

¿Qué les estaba pasando?

Los hombres cerraron las cajas. Las cubrieron, las ataron, apagaron los faroles y salieron de la bodega. Todos...excepto Eltsin. El segundo oficial no podía irse, no todavía. Miraba en las profundidades en sombra...ciertamente había oído algo. ¿Movimientos? Sí. ¿Ratas? Posiblemente, pero no lo creía. Era algo más que la presencia de una plaga.

—Salgan,— había dicho el capitán. Eltsin volvió a la cubierta.

Allí, por primera vez en días, el segundo oficial escuchó risas y vio sonrisas. Una tripulación aliviada. Interesado en mantener ese estado de ánimo, Nikilov permitió una celebración antes de continuar el trabajo. Con el permiso del capitán, incluso con su aprobación, se ordenó una ración de ron anticipada y los hombres sacaron sus instrumentos. Hubo música, cantos e incluso baile. Los festejos duraron tres cuartos de hora hasta que Constantin, a petición del capitán, les ordenó volver a su trabajo.

Incluso entonces, volvieron a sus tareas alegremente. Los cantos continuaron con los hombres en los obenques, en las velas y en los barandas, mientras Nikilov y el primer oficial observaban desde la cubierta. El capitán sonreía. Constantin miraba con furia. El segundo oficial, al pasar junto a ellos de camino al timón, escuchó a Nikilov susurrar, —¿Ve, Iancu? ¿Ve su confianza? La búsqueda no desmoralizó a los hombres. Se lo dije.

El primer oficial no contestó. Solamente observó y refunfuñó.

La mañana del 18 de julio llegó antes de lo esperado para Nikilov.

Se despertó sobresaltado, con gotitas de transpiración en sus labios, frente y pecho...y no sabía por qué. No se había producido ninguna alarma, ningún grito, ningún movimiento injustificado en su barco. Todo estaba en paz, tranquilo como una tumba. Sin embargo él estaba totalmente despierto. ¿Qué ocurría?

Habían resuelto sus inquietudes en la búsqueda de ayer. No había polizones, ni fantasmas ni espectros asesinos. Los acontecimientos de los últimos días habían sido una circunstancia desafortunada incubada en un caldo de sospecha y superstición. Se habían asustado como niños. El destino de Petrofsky era un misterio y, como no se podía conocer lo inescrutable, seguiría así.

Navegaban a toda vela y en curso nuevamente, viajando sin incidentes por el norte del continente africano en dirección oeste a través del espléndido mar Mediterráneo. ¿No había Olgaren tocado su acordeón y cantado la noche anterior? Si ese hombre enorme podía cantar, ¿qué podía ir mal? Todo estaba bien.

Así que Nikilov se preguntaba, ¿por qué no podía dormir? ¿Por qué no podía sacudirse esa sensación de fatalidad?

Encendió su farol, bañando su escritorio con un brillo parpadeante y pensó en la botella en su armario. (La medicina para el corazón que le habían recetado). Descartó la idea. Sus problemas estaban en su cabeza, no en su corazón.

Sacó un cuaderno (uno que había comprado hace ya años pero nunca usó) de su estantería. No era costumbre de Nikilov llevar un diario. Vivir era suficiente; no veía razón para revivir acontecimientos. Y a quién podría interesarle la rutina de un viejo lobo de mar. Sabía leer pero no se consideraba culto y no le gustaba escribir. Aún así, extrañamente, se sentía obligado a hacerlo. Abrió el libro al intimidante vacío de la primera página y, poniendo lápiz al papel, garabateó en su letra angular y cuidada, «*DIARIO DEL DEMETER»*. Abajo escribió, *Varna a Whitby*. Entonces, con la esperanza de justificarse de alguien que comienza un diario de barco a mitad del viaje, añadió: *Escrito el 18 de julio, debido a las cosas tan extrañas que están pasando, tomaré nota detallada desde ahora hasta que lleguemos a puerto*.

Hizo una pausa para decidir cómo y dónde empezar. Un resumen parecía lo natural, pero acarreaba sus propios problemas. Luchó con su consciencia y, al final, ingresó la lista de la

tripulación: *cinco marineros*. Pensó en añadir sus nombres, pero con un marinero desaparecido y presuntamente muerto, decidió no hacerlo. En cambio, terminó la lista escribiendo: *dos oficiales, cocinero y capitán*. Le parecía sensato (como había hecho en el manifiesto del barco) dejar al «chico» fuera del diario. ¿Por qué admitir por escrito que era un idiota? Que Constantin hubiese enrolado a Funar no significaba nada; el capitán era responsable de que la joven estuviese a bordo. Asumiría la responsabilidad, pero no veía la necesidad de proclamarlo a los cuatro vientos. De igual manera, decidió no mencionar al joven Harrington. Todavía tenía esperanzas de llevar a puerto al inglés sin que nadie lo supiera. Era mejor no incluir a esos dos en un registro escrito.

Nikilov escuchó movimiento en la escalerilla y abrió su puerta para ver a Harrington salir del camarote de huéspedes. La frase surgió en su cabeza, *Pomyani chorta, on i poyavitsya.* O como dicen los ingleses, «Hablando del rey de roma...por la puerta asoma».

—¿Cómo está el paciente?

—Igual, capitán. Harrington agitó la cabeza. —Extrañamente cíclica. Ella... Se corrigió. —Él...parece recuperarse por la noche y recaer después del amanecer con muy poca mejora general.

El capitán asintió. Tenía docenas de preguntas por hacer, pero las respuestas (las pocas que habían) no habían ofrecido ninguna satisfacción hasta ahora. —Gracias, Herr Harrington. Por favor, continúe. Cerró la puerta con renovada determinación. Estaba harto de no obtener ninguna satisfacción. Era hora de intentar algo distinto. El registro del barco había mejorado el ánimo entre los hombres. Un ánimo más ligero era también todo lo que necesitaba el jefe del *Deméter*.

Era domingo. Celebrarían un servicio religioso esa mañana, agradeciendo a Dios por sus bendiciones y este nuevo buen humor. Tendría un buen día de mar. Esa noche, cenaría con la tripulación. Juntos, se sentarían a disfrutar una de las buenas comidas de Swales y su incluso mejor budín de ciruela.

Pero primero...

Volvió al diario del barco. El Capitán Nikilov registraría, lo mejor que pudiera recordar, los acontecimientos significativos que habían ocurrido al barco y a la tripulación desde que zarparon desde el puerto de Varna el 6 de julio.

La puerta del entrepuente se abrió y un rayo de luz ámbar atravesó la bodega principal. El segundo oficial se deslizó en su interior y

cerró bien la puerta. Había estado escondido entre las sombras, en el comedor, esperando que la costa estuviera despejada. Nadie conocía el motivo de que Harrington y el capitán estuviesen despiertos a esta hora, ni sobre qué hablaban. Afortunadamente, la conversación fue breve. El comandante volvió a su camarote, el inglés al de Funar y la escalerilla quedo libre.

Bajó por las escaleras llevando un rollo bajo el brazo y un cuchillo en el cinturón. Cruzó la bodega, encendió la lámpara del mástil y la sostuvo en alto al bajar. Habían revisado el compartimento con un peine de dientes finos. No había nada, todos los hombres a bordo estaban satisfechos. Todos...menos él. No podía explicarlo, pero Georgiy Eltsin sabía que *había* algo maligno en esa bodega.

Tomada la decisión, siguió con sus planes. Aumentó la potencia de la lámpara. Desenrolló la tela, revelando una hamaca y la ató entre en mástil y el mamparo estribor. Su intención podía no haber sido cuerda, pero para él tenía sentido. Acamparía aquí. Pasaría cada momento en que no estuviera ocupado con sus deberes del barco, despierto vigilando esa bodega. Si había algún secreto en la carga del *Deméter*, Eltsin se proponía descubrirlo; marineros suicidas, viejos fantasmas o jóvenes espíritus inquietos estaban condenados.

El segundo oficial se subió a la hamaca, meciéndose con el barco. Siguió la luz en la bodega, las cajas, lonas, barriles, arena...largas sombras que se acercaban a él para alejarse después, lo buscaban y después se alejaban, con los sonidos del oleaje y los crujidos de la madera.

—Sal de tu escondite, desgraciado — susurró Eltsin por lo bajo. —Sal y ven por mí.

Capítulo veinte

El miedo y el mal.

La tripulación del *Deméter* se tomó un respiro del último, convencida por el momento de que el primero era producto de su imaginación. El capitán del buque, aunque proclamaba lo mismo, en secreto ponía sus miedos por escrito para convencerse a sí mismo. El segundo oficial se tragaba sus temores en la búsqueda de ese mal. En su camarote, a pesar de los esfuerzos de un joven académico y un viejo cocinero, Ekaterina sufría atrozmente. Pero el *Deméter* no era el único lienzo que se estaba pintado con la negrura profana del miedo y el mal.

El lunes 19 de julio, mientras la goleta rusa continuaba hacia el oeste por el Mediterráneo, sus pasajeros y tripulación ignoraban que a más de tres mil kilómetros de distancia, en Inglaterra, eventos extraños ocurrían en el hospital psiquiátrico de Purfleet y, a menos de quinientos kilómetros al norte, en la aldea puerto de Whitby; y que esos acontecimientos eran influidos por el oscuro mal en la bodega del Deméter.

—¡Dios mío!

La exclamación hizo eco dentro de las paredes del asilo privado, en Purfleet cerca del río Támesis, en las afueras del este de Londres. Sonó a través de los pasillos, arriba y debajo de los pisos del Sanatorio Seward a través de la tierra y el mar. John Seward estaba aterrorizado. Bien arreglado pero con la ropa arrugada, prudente pero alerta, el joven psiquiatra recién asignado se balanceó en la entrada de la habitación de Renfield, entrecerrando los ojos mientras el sol de la mañana atravesaba la ventana con barras. —¡Dios mío! ¡Los pájaros!

Estaban en todas partes, volando de un lado a otro. Los gruesos machos en gris y marrón con pecheras negras; las hembras más apagadas en beige; los pequeños, en marrón intenso con cabezas redondas y colas cortas, en el alféizar de la ventana, agarrándose a las barras. Uno estaba montado en el papel de pared rasgado como

un marinero caminando por el tablón. Varios en el suelo picoteaban la tierra con sus fuertes picos. Otros aleteaban alrededor de un tazón de agua sobre la mesa de escribir. Uno se pavoneaba en la estantería sobre el catre de Renfield mientras un polluelo trinaba desde su percha en la ventana. El aire estaba animado por variaciones incesantes de *chirrup*, *quee*, y *chur-churrr-it-it-it*.

—No, doctor — corrigió el lunático. —No son pájaros. Son gorriones.

Renfield tenía cincuenta y nueve años, según sus documentos de ingreso, pero parecía más joven. Aparte de su vitalidad, orejas demasiado grandes y ojos de un gris demasiado intenso, no tenía nada de especial. Su colección de mascotas, por otra parte, era digna de mención.

—Gorriones, sí, — concordó un estupefacto Seward. —Pero tiene una colonia completa. ¿Cuántos hay aquí? Uno...dos... ¿Y qué ha pasado con el resto de sus moscas y arañas? Se acercó a las cosas de Renfield. —Se han esfumado, han desaparecido.

—Así es, —dijo el paciente.

— ¿Se los comieron los pájaros, eh, los gorriones? ¿No prefieren semillas? ¿Granos?

— ¿Preferirlos? Ellos son como nosotros: oportunistas. Se adaptan y comen lo que encuentran.

— ¿Arañas?

—Sí. Sí, por supuesto. Cualquier cosa que tenga vida, — dijo el lunático impacientemente. Pero, por favor, quiero pedirle un favor muy grande. —La impaciencia de Renfield desapareció al caer en éxtasis. — ¡Un gatito! Oh, doctor, podría tener un precioso, ágil, pequeño gatito con el que jugar, y amaestrar y alimentar... Entonces apareció un tono de amenaza —...y alimentar... ¡sí, alimentar!

El doctor dudó, lo había cogido por sorpresa. —Yo, eh, veré, eh, qué se puede hacer. —Para recuperar el control, añadió — ¿No preferías tener un gato adulto que un gatito?

— ¡Oh, sí! — gritó el lunático. ¡Me gustaría tener un gato!

Ahora me está mirando. Siempre me está observando, Dr. Seward. Me tienta con un gato. Pero usted es el gato. Usted es el gato y yo soy su ratón...para empujar con su pata, para golpearme con sus uñas, para poner la pata sobre mi cabeza y retenerme - indefenso - hasta que decida qué hacer conmigo. Conozco sus intenciones, gato. El desgraciado que se da importancia dando órdenes a su lunático. Pero yo sé y usted no lo sabe, yo no soy su lunático. Soy el lunático de mi amo. El sirviente del amo cuando llegue el momento. Sé algo más, Dr. Seward. Sé que usted es todo lo que él ha llegado a detestar a través de los siglos. Él lo

odia, me lo está diciendo incluso en este momento. Y, sí... Yo también lo odio. Siento su miedo.

—Renfield, — dijo Seward, alejándose involuntariamente de su paciente...y de su mirada gélida. — ¿Renfield?

Creo que gustaría mucho matarlo, doctor.

— ¿Renfield? ¿Renfield, me oye?

Este es su día de suerte, Dr. Seward. El amo dice que todavía no. No puedo matarlo...todavía. Continuaré jugando a este juego; ser el idiota. Esperaré mi momento...igual que el amo espera pacientemente el suyo.

— ¡Renfield!

—Por favor, Dr. Seward — gritó obediente, reemergiendo como si nunca se hubiera ido, arrodillándose. —Por favor, déjeme tener un gato. ¡Mi salvación depende de eso!

—No— contestó el doctor estupefacto. — ¡No puedes tener un gato!

Renfield guardó silencio.

Abandonado a su paciente enfurruñado por la desilusión, el psiquiatra hizo una pausa fuera para insistir al camillero que cerrara bien la puerta del hombre. — ¡Cierra con llave, Martin! No quiero pájaros volando por todo el sanatorio.

Se engaña a sí mismo doctor. Cree que ha logrado algo para su ciencia. Que, al provocarme, ha aprendido algo. Se está engañando. No estoy pensando en usted, no lo escucho. Estoy escuchando al amo. Él está en camino. Todavía está muy lejos, pero se acerca. Al igual que él espera su momento, yo esperaré obediente el mío.

El día siguiente, el martes 20 de julio, Martin llamó con excitación a la puerta del estudio del Dr. Seward. El camillero era un londinense vestido de blanco, que salió de Londres para escapar del bullicio, y había descubierto —tras la llegada de Renfield — que había pasado de la sartén al fuego. Lo habían nombrado guardián del comedor de moscas, y, oh dios, como añoraba las antiguas tensiones de la ciudad de humo[1].

El doctor le invitó a entrar, con tono seguro (solo eran las once de la mañana), demasiado temprano para que hubiera ocurrido algo terrible. Seward estaba equivocado. Se había producido una crisis y el exasperado camillero comenzó su informe — como empezaba todos sus informes — con un suspiro y las palabras, —Es Renfield, señor...

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Está muy enfermo, doctor.

—¿Enfermo? Qué extraño. Lo vi esta mañana. Se veía sano. Estaba tarareando una canción y esparciendo azúcar en el alféizar de la ventana.

—Sí, doctor. Ha vuelto a su antigua afición de cazar moscas. Y estaba contento.

—Sí, ¿y?

—Usted me dijo que le informara si se ponía a hacer algo raro. Martin se quitó la gorra y se limpió la frente con la manga. —Señor, pasé a echarle un vistazo, preguntándome que estaría haciendo. No vi ninguno de sus pájaros la primera vez que pase por su celda. Cuando volví, dios bendito, si no estaba equivocado, sus pájaros —sus gorriones— habían desaparecido.

—Sí. Estaban allí esta mañana. Le pregunté adónde habían ido y contestó que todos habían volado.

—Eso dice él. Pero, yo miré, y había plumas por toda la habitación y un poco de lo que parecía ser sangre sobre su almohada. Ahora está enfermo, enfermo de verdad. Él, eh, vomitó de forma muy violenta hace poco, válgame dios si no vomitó un montón de plumas.

¿Plumas?

—Yo creo, doctor, que se ha comido sus pájaros. Todos ellos. ¡Solo que se los comió crudos!

Usted dijo que quería hablar conmigo, Dr. Seward. Pero no lo hace. Esto no es una conversación. Es pontificación, una conferencia para su audiencia cautiva. O debería decir…su cautivo. Qué has hecho con los pájaros, pregunta. Pero no espere una respuesta. Usted no quiere una respuesta porque esto no es una conversación.

Otra vez, esa mirada fija. El doctor hizo lo que pudo para controlar un escalofrío, y esperó que no se hubiera notado demasiado. Era la mirada gélida de Renfield. No había razón para alargar esto, pensó Seward. Había explicado su postura. Le administró un opiáceo, que el paciente tomó sin problema. Fuerte pero necesariamente medicado, dejaría dormir a Renfield. O, por lo menos, que yaciera tranquilo durante la noche.

Al avanzar hacia la puerta, Seward recogió el pequeño cuaderno en el cual Renfield tenía la costumbre de garabatear y se lo metió en el bolsillo. Era más que solo curiosidad. Él era el médico del hombre. —Buenas noche, Renfield — dijo. No hubo respuesta.

El psiquiatra podía sentir los ojos de Renfield en su espalda, los parpados cerrándose a causa del medicamento que lo observaban al

salir. Peor, y esto no tenía sentido, juraría que sintió un segundo par de ojos también, en todo el trayecto hasta la puerta. Alguien más estaba mirando. El doctor se reprendió a sí mismo por ser tan tonto Por supuesto, no había ocurrido nada de eso. Renfield podía ser un caso raro pero solo tenía el par normal de ojos, nada más. Como fuera, sintió una verdadera ola de alivio cuando Martin giró la llave, encerrando al comedor de moscas en su habitación para la noche.

Seward se sobresaltó...

Innecesariamente, como se demostró, asustado como un niño por una ráfaga de movimiento y color en una esquina cuando entraba a su estudio. Encendió la lámpara de carbón y gas y se giró hacia lo que lo había asustado: Tabby, la gata del sanatorio.

No había nada alarmante en ese animal. Era una gata de raza británica de pelo corto estándar, tricolor. El camillero de Renfield la llamaba la «tigresa nebulosa» pero los demás miembros del personal despreciaban el nombre declarando que su pelaje carey y blanco era demasiado llamativo para ser «nebuloso». Era un regalo de una paciente recuperada con la afirmación de que la gata «les traería suerte». Lo había hecho para el cocinero mientras Tabby pasaba las mañanas cazando ratones en la despensa. Las tardes las pasaba deambulando por el jardín del sanatorio, y pasaba sus noches relajándose en el estudio de Seward. El doctor no creía en la suerte. Ni tampoco era amante de los gatos. Pero tenía que admitir que, a pesar del sobresalto —, Tabby se había transformado en una más de la familia.

—Me has asustado. No hagas eso— le dijo Seward a la gata, agitando un dedo y malgastando una advertencia.

Eran las once de la noche y Seward tenía notas de pacientes para apuntar, empezando por el interesante pero exasperante Renfield. En cuanto al hombre torturado... Había explicado en palabras tan simples como podía que Renfield tendría que afrontar lo que había hecho, desde las moscas e incluyendo el final desastroso que había dado a sus gorriones. ¿Qué más podía hacer?

—Renfield, mi maniaco homicida — dijo Seward en voz alta. — Eres una criatura en ti misma.

En su escritorio, hojeando las páginas del cuaderno que había tomado prestado del lunático, luchó con sus pensamientos. — Peculiar...único. Tendré que inventar una nueva clasificación para ti. ¿Pero qué? Dejó el cuaderno a un lado y tomó su pluma. —Te

llamaré maníaco zoófago, lo que significa que *come seres vivos.* Lo que deseas es absorber tantas vidas como puedas. Le diste muchas moscas a una araña y muchas arañas a un pájaro. Después querías un gato, presumiblemente para que se comiera todos los pájaros. Miró a Tabby merodeando y la pregunta obvia surgió en su mente. ¿Cuáles serán tus últimos pasos? ¿Qué tipo de monstruo eres, amigo?

Incapaz, todavía, de responder la pregunta, Seward empezó a garabatear sus notas.

Sí, por supuesto, querida. Yo también estoy tremendamente entusiasmada,—dijo la Señora Westenra. Una viuda digna, con una excitable y floreciente hija, sorbió su té casualmente mirando complacida pero en lo más mínimo entusiasmada. —Ella llegará pronto. Solo cuatro días. Cuatro días y Mina estará en Whitby.

—¿*Solo* cuatro días?

¿Cómo podía estar su madre tan distraída? Lucy Westenra no podía disfrutar de su té. Era lo único que podía hacer para permanecer sentada, como la señorita que supuestamente era, como la joven novia que sería pronto. Cuatro días hasta que Mina Murray, su mejor amiga en el mundo, llegara en el tren de Londres. ¡No hasta el sábado! Por Dios, era una eternidad.

Tenía tanto que contarle. Sí, ya le había escrito y Mina ya sabía algunas cosas. Pero no todas. Se lo había dicho; pero no se lo había dicho de verdad. Todo lo que podía sentir acerca de ese maravilloso y horrible 24 de mayo cuando tres hombres galantes le habían pedido su mano en matrimonio. Tres, en el mismo día. Oh, el golpe que se había visto obligada a dar al bueno de Dr. Seward, el hombre que ayudaba a tanta gente perturbada en su sanatorio. Y la pena que había debido causar al guapo tejano estadounidense, Quincey Morris. Pero, ¡oh!, la alegría al aceptar la propuesta de Arthur Holmwood! ¡Lo amaba tanto!

Había más, cosas para las que no había podido encontrar las palabras adecuadas en sus cartas. Cosas que se había visto obligada a guardarse para sí misma. No se lo podía contar a su madre, no pensaría en decírselo a Arthur, pero Mina...Mina escucharía y la ayudaría... La ayudaría a entender las ansias, los pensamientos aterradores, los extraños sueños...pesadillas; las oscuras y aterradoras pesadillas que la atormentaban durante sus noches inquietas sin dormir.

Capítulo veintiuno

Mientras mentes inconscientes eran manipuladas en Inglaterra, la goleta rusa continuó su curso oeste por el mar Mediterráneo.

Al sur del *Deméter* se encontraba Argelia que, excepto unos cuantos Tuaregs en el Sahara que se resistían a ser conquistados después de setenta años de derramamiento de sangre, estaba ahora bajo control francés. Durante la guerra, unos 50.000 franceses emigraron allí, y decenas de miles desde España, Italia y Malta, confiscando terrenos agrícolas costeros e inundando las ciudades. Los nativos fueron desplazados. Aumentó la pobreza, la alfabetización cayó a mínimos y las luchas sangrientas y las enfermedades eliminaron a un tercio de la población. Al norte de la trayectoria del *Deméter* estaba Mallorca, la más grande de las Islas Baleares de España, un fantasma de lo que había sido. Hacía seis años, en 1981, una plaga destruyó sus viñedos. Diezmada su principal fuente de ingresos, los residentes abandonaron la isla rumbo a España o América. Ya fuera por los designios de Dios o una maldición del demonio, la historia estaba repleta de enfermedades y muertes que llegaban por mar; ensombrecida por un sufrimiento inimaginable...y el horror. Y la goleta rusa continuaba su curso oeste a través del Mediterráneo.

A bordo, la tripulación se mantenía ocupada con labores duras y rutinas aburridas. Pero ese lunes, 19 de julio, dos eventos empezaron a alterar ese ciclo.

El primero, aunque desorbitado, corría peligro de convertirse en lo habitual; Georgiy Eltsin había vuelto a su vigilancia autoimpuesta en la bodega delantera.

El segundo, y el más sorprendente, se produjo en el camarote del pasajero. El paciente de Swales por fin mostraba signos de recuperación. Además del jugo de lima, Ekaterina bebía agua, sorbitos de caldo y, por insistencia del cocinero, consiguió comer un poco de cerdo salado. Estaba débil, y dormía más tiempo del que pasaba despierta, pero sin los espasmos que la habían debilitado durante días. Lo más alentador es que no recordaba las alucinaciones que la habían impulsado a salir de su catre.

El corazón de Harrington se alegró al ver a Ekaterina la mañana siguiente, el martes 20 de julio. Estaba levantada leyendo en el escritorio. El mar estaba movido y amenazaba lluvia, pero tenía el presentimiento feliz de que, si hubiera estado soleado, ella hubiera estado ansiosa por disfrutar del sol. El color había vuelto, el rosa a sus mejillas, el rubor a sus labios y el impresionante verde, tan tristemente extrañado, había regresado a sus ojos redondos. La bufanda improvisada había desaparecido, el cardenal en su garganta casi no se notaba y las heridas por punción se habían cerrado y estaban cicatrizando bien. Lo mejor de todo, la maravillosa sonrisa de Ekaterina había vuelto a donde pertenecía.

Su dulce personalidad, tan perjudicada por su enfermedad, había regresado. Nuevamente trataba bien a Harrington y Swales. El único punto de discordia seguía allí, y ninguno podría culparla, su intenso deseo de escapar de los confines del camarote y respirar aire fresco.

—Katya, sé que te sientes mejor. Estoy encantado de que te sientas mejor—dijo Harrington, tomando sus manos mientras ella bailaba por la habitación. Ella le pidió que bailara con ella, él le rogó que parase. Se llevó un dedo a los labios para callarla. —Tu mejora de salud no mejora tu situación. Puedes bailar sin hacer ruido, pero no puedes cantar ni puedes subir a cubierta.

Ella se puso su gorro tejido. — ¿Ni siquiera como Rada Funar?

— ¡Dios, no! Todavía no te has recuperado lo suficiente. Además, eres un polizón. Haberlo revelado solo empeora la situación en lo que respecta a Nikilov. Y el primer oficial todavía no ha dejado de gruñir. Créeme, es mejor que no te pillen arriba.

No puede ser. Todos me quieren.

Harrington sonrió, contento de su recuperación. Sin embargo sentía una punzada de miedo. Su alegría contagiosa parecía forzada y no podía deshacerse de la sensación de que Ekaterina no era la misma; que posiblemente no estuviera fuera de peligro. —Lo eres — dijo recordando sonreír— yo desde luego te quiero.

En proa y debajo, no había nada de amor perdido.

El segundo oficial, ya fuera por percepción real o paranoia evidente, estaba seguro de que había algo malo en la bodega. Se había instalado entre las bodegas, el día anterior, para investigar sus miedos y montar guardia. Anticipaba pasar una noche entre las cajas, para curar su inexplicable manía, pero nada podía haber

estado más alejado de la realidad. Cuanto más tiempo pasaba allí, escuchando, observando, más sentía la necesidad de quedarse. Estaba convencido de que una fuerza malévola ocupaba ese espacio.

Allí estaba ahora, luchando contra el sueño que necesitaba tan desesperadamente...y perdiendo la batalla. Dio un vistazo final a la lúgubre bodega con sus ojos entrecerrados, encendió su lámpara solitaria, y después se quedó dormido. Empezó a roncar inmediatamente, ignorando la bodega, la carga y las ratas grises escuálidas que salieron de las sombras para exigir el resto de su cena.

A unos escasos pies de distancia, en su ataúd, Drácula estaba menos agradecido que las ratas. Furioso, había estado escuchando al humano ridículo durante horas; pronunciando amenazas imponentes mientras merodeaba, tintineando y chocando su taza de té, mordiendo y masticando mientras se alimentaba, y ahora roncando. Según el Conde, esos idiotas ya estaban en deuda con él por su insolencia, sus insoportables búsquedas. ¿Y este acoso? Pagaría, este pequeño hombre. Todos pagarían.

Antes de caer dormido, su irritante guardián abrió la escotilla. El compartimento se lleno de aire fresco. Las nubes se apartaron y rayos azules de luz de luna penetraron por los orificios en la tapa. Todos los elementos que hacían una noche bonita, al amanecer presagiaban lo peor. Si el marinero dormía profundamente hasta la mañana, la luz del sol inundaría la bodega.

Le tomó toda su fortaleza controlar su instinto de siglos de asesinar a ese hombre y cerrar las puertas. Pero Drácula sabía lo que le convenía. Los mares en los que navegaba el barco eran aguas extrañas, mortales aparte de sus pocas protecciones. Necesitaba este buque, y su tripulación de desadaptados si quería llegar a Inglaterra y a su nueva vida. Soportaría este tiempo de viaje y con los humanos. Aún así, había tenido suficientes intrusiones. Necesitaba una distracción para eliminar a este parasito; algo que lo mantuviera a él, y toda la tripulación, ocupados. Necesitaba un lugar mejor que la bodega. Necesitaba que las puertas de la escotilla estuvieran cerradas.

Drácula puso las manos sobre la parte inferior de la tapa de la caja, y se concentró.

El segundo oficial estaba profundamente inmerso en un sueño, en tierra, bajo la suave luz de la luna de la mano de su dulce Orina. El sueño se desarrollaba como lo había hecho tantas veces antes, los

detalles no eran asunto de nadie excepto suyos. El fin sobrevino demasiado rápido y, como siempre, con lágrimas. Orina murió, hacía mucho tiempo. La luz de la luna, la dulzura, los besos eran los fantasmas; el sueño era pura fabulación. La muerte, la tumba inminente, era la única realidad. Las lágrimas aparecieron...

...en torrentes, cayendo por sus mejillas, sobre su ropa, en todas partes. Ahogándolo...

— ¡Sr. Eltsin!

Una voz, apagada, insistente...más allá del baño de lágrimas. Una nueva voz en el sueño.

— ¡Sr. Eltsin!

Luchó por emerger a la superficie, por despertarse, por sentarse. Estaba en la bodega empapado de la cabeza a los pies. Su hamaca se balanceaba intensamente, el barco golpeado por fuertes olas. El agua caía a través de la escotilla abierta. Una silueta, tan grande en la cabeza, tan gruesa en los hombros, solo podía pertenecer a Olgaren, colgado sobre el borde de la escotilla arriba, bombardeado por la lluvia, iluminado desde atrás por rayos, gritándole hacia abajo. — ¡Sr. Eltsin! — ¡El capitán...ha llamado a los oficiales del barco...a sus puestos! —Se le necesita. De pronto, el mar estaba agitado y el *Deméter* atravesaba lo que los marineros llamaban eufemísticamente como mal tiempo.

Después, cuando la tormenta había amainado y pudieron respirar, cada miembro de la tripulación tendría historias salvajes de cómo una noche fantástica se transformo en ráfagas de relámpagos, viento y lluvia. De cómo cada uno luchó valientemente para salvar el barco. Después. Porque ahora la tormenta estaba sobre ellos.

Eltsin subió por la escalera de la escotilla y al llegar a cubierta con la ayuda de una mano de Olgaren, se sorprendió por lo que vio. El barco no se había elevado debido a un golpe por sorpresa. La goleta había entrado a un infierno de agua en vez de fuego. Una mirada rápida sobre la cubierta que cabeceaba reveló a Constantin, Amramoff y Popescu, condenados también, sufriendo arriba, intentando arrizar los trinquetes. El primer oficial y el carpintero estaban azotando las lonas, Popescu estaba insultando, maldiciendo al cielo y al infierno en el mismo aliento perdido. Eltsin y Olgaren se unirían a ellos pero primero, combatiendo al viento, golpeados por las olas que azotaban el baluarte, lucharon para cerrar las puertas de la escotilla y pusieron los cerrojos en su lugar.

La vela delantera se había soltado en el trinquete de la vela cangreja y había que ponerla bien, lluvia o no, para acortar efectivamente la vela y antes de que el viento rompiera la tela en lazos. No hacía falta decir que la reparación tendría que hacerse sin el experto en cuerdas y velas, el difunto Petrofsky, su Punzón.

—Es *Todos a sus puestos ahora*, — gritó un empapado Smirnov (con el bigote mojado), al llamar a Swales, e incluso Harrington, a que subieran desde el comedor. —El capitán os pide a los dos que lo relevéis en el timón. Necesita a todos los hombres en las velas.

Los hombres en torno al tiraban de las yardas como si cabalgasen alguna bestia terrible. Elstin había subido para unirse a ellos. Olgaren, con su enorme fuerza, se quedó en la cubierta cabeceante para trabajar las líneas en los cabilleros. Nikilov estaba solo al timón, manejándolo contra el viento con dificultad. Lo necesitaban adelante con los hombres y, con solo un cocinero artrítico y un debilucho ratón de biblioteca a los que recurrir, Nikilov decidió que dominar el timón sería un trabajo de dos. El agudo ruso se preguntaba ahora donde estarían sus reemplazos. Por suerte, a través del chaparrón, vio que se acercaba su relevo.

Smirnov llevó a Swales y Harrington arriba, a la cubierta. El ruso y el escocés luchando juntos para llegar al timón; el primero para recibir nuevas órdenes y el segundo para relevar al capitán. Harrington, con su latido acelerado, había quedado atrás. Qué pensaban o sentían los dos, no lo sabía. Pero Harrington estaba aterrorizado, entrando a un nivel de infierno que nunca había imaginado. Si existían los dioses o demonios, ambos parecían haberse aliado en su contra.

El barco avanzaba a sotavento, se dirigía a una depresión entre dos olas enormes. Swales tomó la rueda y, al retirarse Nikilov, el timón retrocedió. La proa empezó a dar guiñadas y, tras girar a barlovento, se levantó repentinamente. Después la proa se deslizó hacia abajo por la cara de la ola, aventajando a la popa, y la goleta escoró (girando de costado a la depresión) El barco estaba virtualmente en el suelo, inclinándose bastante más de 45 grados y amenazando con caer sobre los extremos de la manga. El agua corría por la borda de puerto y el *Deméter* estuvo cerca de volcarse.

Empapado, Harrington cayó de rodillas entre la caseta y el baluarte de babor. Con el barco de lado, sintió el rocío y solo vio los caballos blancos de espuma sobre las olas donde debería haber estado el cielo. ¿Y cómo describir el movimiento? ¡Estar en contacto total con la cubierta de pino y sentir como si estuviera cayéndose por el aire!

Ante un coro de gritos aterrorizados, el mástil de la vela mayor barría por la cubierta. Si no fuera por el enorme Olgaren (y ahora también Smirnov y Popescu refunfuñando) estaban ahí para detener el barrido, el mástil bien podría haber caído al mar, con la vela cangreja y todo y la goleta habría entrado a un circulo de muerte. Pero la fuerza de los esforzados marineros, y no poca buena suerte, interrumpió el evento y salvó el barco.

—Con fuerza hacia arriba, —se escuchó gritar al capitán. —¡Duro hacia arriba! ¡Desviad el curso! Nikilov y Swales, luchando juntos, forzaron el timón hacia arriba y abruptamente giraron el barco a sotavento.

Harrington se estiró para agarrarse al cadenote, donde el obenque del mástil principal se encontraba con la barandilla, en un desesperado esfuerzo por evitar caer al mar. Pero, al agarrarse, el mar se descendió alejándose...desapareciendo de su vista. El barco, respondiendo al timón, se cabeceó en dirección opuesta, al caer a sotavento y de vuelta a la depresión. El agua desapareció al enderezarse la goleta y todo su campo de visión se llenó de lluvia cayendo con fuerza sobre él y un cielo grisáceo negro sofocante. ¡Un relámpago destelló!

El barco giró en dirección opuesta sobre su quilla, la botavara principal se meció de nuevo, amenazando a todos en cubierta con volver a estribor, y los marineros tiraron para salvar su vida.

Harrington cayó de rodillas a la cubierta y el mamparo de la caseta lo detuvo en su caída hacia el otro lado. Para su sorpresa, no sintió dolor, solo un impacto pasajero al contacto y una necesidad desesperada de recuperar su aliento. Inhaló, recibió un bocado de agua salada a cambio, entonces (tosiendo y ahogándose) se movió, deslizándose abajo por la pared de la caseta hasta el suelo. ¡Estoy atrapado! Era todo lo que podía pensar; ¡como un jinete en el caballo del apocalipsis!

El barco cabeceó de vuelta, adquiriendo velocidad al avanzar. La lluvia, los flechastes, el gruñido estridente del barco al volver a babor, lanzándolo hacia el baluarte, el cabillero, a través del borroso, ancho, negro y furioso océano - por todas partes- listo para tragárselo y una monstruosa ola gris golpeándolo en la cabeza, acercándolo hacia su tumba marina. El barco podía haberse salvado pero Harrington estaba perdido. Jadeó y cerró los ojos por última vez.

Fue una sorpresa total cuando, un momento después, el joven inglés se dio cuenta de que no había muerto. Tampoco se estaba ahogando, aunque sentía como si lo estuviera. Inesperadamente

entendió que no podía respirar porque algo lo había atrapado, alrededor del pecho, en un abrazo de oso. El impacto continuó mientras su salvador arrastraba su cuerpo calado y flácido a popa de la caseta, por la esquina, hasta un hueco detrás de la puerta a los entrepuentes. Ahí cayeron, exhaustos, su salvador debilitado entre los tanques de ron y el barril de lluvia derramándose con Harrington en su regazo.

—Gr-gracias, — gritó el académico por sobre el tumulto. Jadeó, agradecido de poder respirar, y gritó otra vez, —Gracias.

El barco siguió cabeceando bajo ellos, bajando en la proa y después arriba, bajando en la popa y de vuelta arriba, inclinándose de un lado a otro, amenazando vidas y extremidades con cada evolución. Diluviaba, los truenos retumbaban y las monstruosas olas saltaban las barandillas. Harrington lo aceptó...vivo. Cuando por fin pudo recobrar el aliento, giró la cabeza para mirar a su salvador a la cara y se encontró con los astutos ojos azules y fuertes rasgos empapados del comandante del barco.

Harrington empezó a temblar, llorando. Nikilov le dio una palmada en el brazo, le apretó el hombro con fuerza. —No tema, Herr Harrington, — gritó sobre el estruendo. — ¡Una tormenta fortalece el carácter de todos!

Con la tripulación, el capitán y los oficiales, los marineros y el pasajero, dirigiendo la goleta contra el viento, no quedó nadie en los entrepuentes para presenciar el extraño vapor negro que salía por entre las grietas de la puerta de la bodega delantera. Se deslizó por la escalerilla y, a medida que avanzaba, adquirió la forma de un ser humano. Pero solo en forma.

El Conde Drácula, un anciano otra vez, con el pelo tieso y el bigote blanco, ahora que sus parásitos guardianes estaban ocupados, no veía la necesidad de reprimir su creciente sed de sangre. Caminó hacia popa, en perfecto equilibrio, ignorando el cabeceo y balanceo del suelo, y casi flotó a la puerta del camarote del pasajero. Tras ella, podría percibir, oler, sentir, a Ekaterina.

Podía percibir algo más. Se estaba resistiendo. No por mucho, se imaginaba el vampiro. En silencio llamó, sabiendo que dentro de la cabina, en la cabeza de ella, su voz tronaba.

La puerta se abrió y allí estaba ella...con una expresión de verdadero terror. Ella lo miró, sin parpadear, sin respirar al principio, después respirando, jadeando. *Invítame a entrar*, ella lo escuchó decir, aunque sus labios rojo brillante no se movieron. Ella

luchó para bloquear la voz insistente, ahora tronando, *Debes invitarme a entrar*, como címbalos golpeando dentro de su cabeza.

Entonces él habló, de verdad, en un tono grave dominante. —Debes invitarme a entrar por la puerta.

Sus defensas se desmoronaron al mismo instante que algo salvaje se apoderó de su espíritu. Ella enfrentó su mirada con ojos brillantes y abrió la puerta del todo. —Por favor, —dijo ella, temblando. —Entre.

Drácula cruzó el alfeizar y cerró la puerta detrás de él. Tomó a la joven en sus brazos, agarró su trasero redondo y firme y, sin esperar ni un momento, la elevo y le mordió la garganta. Bebió hasta hacerla jadear deleitándose con su fuerza vital. Actuando contra su naturaleza, dominando su ansia animal, ignorando sus chillidos lastimeros, consumió solo un poco y se obligó a parar. Drácula hizo un corte con su uña afilada como cuchillo en la piel de su muñeca, en una vena, para dejar salir un flujo acuoso de glóbulos rojos y plaquetas separadas (su sangre sucia resistía su propia coagulación) y la acercó a ella. Ekaterina retrocedió pero el vampiro no aceptaba negativas. Le agarró la nuca del cuello y presionó su muñeca contra la boca de ella. —Bebe.

Como ella todavía dudaba, él forzó su cabeza hacia adelante, presionando sus labios contra la muñeca sangrante hasta que ella no tuvo otra opción que chupar. Un momento y ya no era necesario sostenerla. Al momento siguiente ella empezó a alimentarse con hambre.

Después del oleaje inicial, el mar se calmó notablemente. La tripulación siguió ocupada pero la amenaza de hundirse había pasado a medida que la sacudida se transformaba en un mal tiempo manejable. La operación del barco había sido dominada y el *Deméter* avanzaba en la noche.

Swales, golpeado y magullado, había sido relevado hacia varias horas y enviado abajo a dormir. Debía haberlo hecho porque algo lo despertó. A medida que el viejo escocés recobraba la conciencia, reconoció la causa de su alarma: un portazo. Levantó la cabeza, ignorando su cuello dolorido, y vio entrar la silueta encorvada de Olgaren. Una lámpara de keroseno iluminaba la escalerilla y, en la luz ambiente, vio un torrente de agua cayendo del equipo del marinero. El exhausto ruso no dijo una palabra sino que, con su equipo empapado, cayó rendido en su catre y empezó a roncar.

Swales se sentó restregándose los ojos y preguntándose qué

demonios hacia Olgaren en su habitación. Entonces recobró la razón y se dio cuenta que él estaba en el camarote de la tripulación. ¿Pero por qué? Lo habían relevado, no sabía cuando, en algún momento de la mañana del miércoles (21 de julio) y se había apartado de la lluvia. Estaba agotado y frío. Sí, era verano en el Mediterráneo, pero tenía casi setenta años, estaba calado hasta los huesos y había pasado horas en el viento. No recordaba haberse acostado. Pero lo había hecho...en el camarote de la tripulación.

Swales escuchó el BANG y la habitación quedo a oscuras. Y otra vez, la tenue luz volvió. Olgaren no había cerrado la puerta que, con cada balanceo del barco, golpeaba el alfeizar o la mampara. Continuó haciéndolo, de atrás adelante, BANG y BANG, mientras el barco cabalgaba las olas.

Swales agarró el marco del catre y pronunció una maldición mientras la puerta azotaba la pared otra vez. No estaba seguro de la hora pero estaba suficientemente claro para ser de día. Si le entraban ganas de tumbarse otra vez, sería en su propio catre. Se puso las botas, cogió su abrigo al levantarse y se dirigió a la puerta. Todavía en posesión de su humanidad, cerró la puerta para Olgaren.

Harrington, aliviado, empapado y bajando en ese momento se encontró con Swales en la escalerilla. — ¿No estás en el lado equivocado del pasillo? — preguntó. Su sonrisa reveló su agotamiento. — ¿O no debería preguntar?

—Pregunte lo que quiera. No tengo respuesta para usted, ni siquiera para mí. Me uní a la tripulación, y después de la noche anterior, estoy contento de despertarme en cualquier cama. Ya es de día pero a usted también le vendría bien una cama.

—Me vendría bien una taza...si va a hacer preparar algo caliente.

—No se enciende la cocina con tormenta, pero parece que se ha debilitado. Un par de teteras calientes harán mucho por aliviar a toda la tripulación. Si me hace compañía, yo lo mantendré despierto. Swales cruzó al comedor.

—No tardaré mucho, Oliver. Voy a ver cómo está Ekaterina.

Swales murmuró un asentimiento. Un momento después, mientras cargaba dos teteras de agua desde el barril de la despensa, escuchó un escándalo. Era difícil identificarlo porque, aunque la tormenta había disminuido, todavía se hacía sentir. Al encender una cerilla para prender la cocina, Swales lo escuchó otra vez: más alto, más largo, lleno de terror. ¡Harrington estaba gritando! Maldiciéndose a sí mismo por ignorar el primer grito, enterró la cerilla en la arena y salió corriendo. Alcanzó el extremo de popa de

la escalerilla tan rápido como su artritis se lo permitía y vio la puerta al camarote del pasajero entornada... —Trevor, —dijo al abrir la puerta completamente.

Swales miró con ojos incrédulos y jadeó, — ¡Dios bendito!

Capítulo veintidós

Harrington estaba en su catre, sosteniendo a Ekaterina, meciéndola y llorando. Ella estaba inconsciente y sangraba desde las heridas de su cuello abiertas otra vez. Rastros de sangre manchaban sus labios y su barbilla. —La puerta estaba abierta, — gritó él. —Estaba así, su cabeza en el suelo, tirada como si fuera basura.

Colocaron a la chica en la cama y Swales la atendió. Examinó el interior de su parpado, separó hacia abajo su labio inferior. Lo que debería ser un tejido rosa sano en ambos era de un azul apagado. Pellizcó una uña hasta que se puso blanca, la soltó y esperó lo que le pareció una eternidad hasta que volvió el rosa. —Es como si la hubieran drenado, — susurró. —Drenado de sangre.

Harrington agarró su brazo. — ¿Qué significa eso?

—Cálmese, joven. Significa lo que he dicho. Algo ha drenado la sangre de la chica...por segunda vez. Y es muy poco lo que puedo hacer yo.

— ¡Debe hacer algo! Dele sangre. ¡Dele mi sangre! Se abrió el puño de la camisa, se subió la manga. —No creerá que me opondría ¿no?

—Esto no se trata de oponerse o no.

—Entonces dele mi sangre. He leído sobre eso: una transfusión. ¡Puede hacerse!

—Se puede hacer, seguro, pero no aquí. Demonios, joven, piense. Arreglamos la mano de Petrosfky con un gancho de pescar afilado. ¿Cree que hubiera hecho eso si hubiese tenido los medios para hacer una transfusión de sangre? No tengo ni el equipo, ni los conocimientos y la mataría tan rápido como cualquier enfermedad a bordo. ¡No soy médico! Soy un cocinero, ¡intentando llegar a casa como usted! Hay muy poco que pueda hacer. — Swales apretó el hombro de Harrington con toda la fuerza en su mano retorcida. — Pero haré todo lo que pueda.

Las heridas en su garganta, que ahora eran más inquietantes debido a su inexplicable reapertura, fueron limpiadas y vendadas. Se recogieron almohadas adicionales como apoyo para ayudarla a respirar. Swales miró por el ojo de buey, seguro de que la joven se

beneficiaría con el aire fresco, pero el viento y las olas le disuadieron de su idea.

Harrington merodeaba alrededor. — ¿Cómo está?

—Está pálida. Trevor, necesitas echarte.

— ¡Maldita sea, Oliver! ¿Cómo está?

— ¡Esta casi muerta! Y no estoy diciendo nada que usted no sepa ya. No puedo tratarla a ella y atenderlo a usted al mismo tiempo. Ahora, escúcheme. ¡Escuche! Ha estado en la cubierta toda la noche, casi se ahoga. Necesita descansar tan...

— ¡No puedo descansar! — insistió Harrington.

—No puede seguir así, no puede hacer nada por ella. Haré lo que pueda. Pero estoy demasiado viejo para continuar sin parar. Cuando yo falle, usted tendrá que estar ahí para ella. Y no lo estará si no duerme uno poco ahora. Harrington intentó hablar, pero Swales lo interrumpió. —Está claro, no podemos dejar a la pequeña dama sola. Uno de nosotros debe quedarse con ella. Ahora yo estoy descansado. Usted debe descansar para aliviarme. Ahora, si me discute eso entonces no es nada más que un idiota.

Él no podía ni quería. Con la garantía de Swales de que no podía ayudar en nada, besó la frente sudorosa de Ekaterina y se fue para dormir algo.

Swales volvió su atención hacia la chica que emergió a la semiinconsciencia en agonía. Mezcló un polvo para el dolor y la ayudó a beberlo. Caminó de un lado a otro por un rato, mirando, preguntándose si habría algo que podía hacer. Fue entonces, cerca de la desesperación, cuando hizo un descubrimiento fascinante.

La chica gemía, meciéndose, como si estuviera caminando sobre trozos de cristal. Swales hizo una pausa entre ella y el mamparo exterior y notó que, de pronto, ella parecía relajarse. La medicación había hecho su efecto. Aliviado, se alejó unos pasos, y se sorprendió cuando Ekaterina volvió a gritar. Se dio la vuelta pero, antes de llegar a ella, la vio relajarse. Swales la observaba, perplejo. Otra vez se movió y nuevamente la joven gritó y se encogió. —Dios, — susurró Swales. Era endemoniadamente extraño. Algo encendía y apagaba el dolor de la joven como un farol.

Más allá de su condición, nada en ella parecía fuera de lo normal. Se examinó a sí mismo, encontrando solo lo que esperaba, y también la cabina. Igual que antes, con la excepción de un rayo de luz que diseccionaba la habitación desde la claraboya. Swales se acercó notando que un pliegue se había abierto en la tormenta y un sorprendente rayo dorado de luz atravesaba las nubes grises como la hoja de un cuchillo. La mañana se anunciaba y el ojo de buey

concentraba la luz brillante sobre el rostro de Ekaterina. Cuando él se interponía y la joven yacía en la sombra, ella estaba en paz. Cuando se alejó y el rayo la tocó... ¡ella dio un grito!

—Dios todo poderoso, —murmuró Swales. Se alejó otra vez, dejando que el sol la tocara. Ella gimió de dolor y se dio la vuelta para escapar de la luz. Él cogió la gorra de Funar y la sostuvo sobre el ojo de buey, bloqueando el rayo. La chica se tranquilizó otra vez. — ¿Luz diurna? Susurró Swales.

Debido a que su experimento requería torturar a la joven, no podía continuar. (Estaba avergonzado de haberla tratado como lo hizo). Aún así, ¡Swales lo había visto! ¿Pero, en nombre de Roberto I de Escocia, qué había visto exactamente?

Tan rápidamente como se había ido, la cubierta de nubes volvió. La luz del sol desapareció y la oscuridad recuperó el mar, el barco y el camarote. Swales dejó de lado la gorra de Funar y, libre de los efectos debilitadores de los rayos del sol, Ekaterina cayó en un sueño intermitente.

El *Deméter* cabalgaba la tormenta. La joven mujer luchaba por cada respiración mientras Swales observaba. Las horas pasaron. El cocinero y el académico, este último solo ligeramente menos exhausto que el primero, intercambiaron lugares. Swales se fue a la cama (a la suya esta vez) decidido a dormir. Harrington se sentó determinado a permanecer despierto. La joven mujer luchaba con pesadillas mientras Harrington deseaba que se recuperara. Transcurrieron las horas. El Deméter cabalgaba la tormenta interminable.

Harrington respondió a un golpe y dejó entrar a Swales que traía comida y unos libros bajo el brazo. —Todavía sigue durmiendo, — Susurró el académico. —Pienso que no deberíamos despertarla.

—Yo tampoco. No es para ella.

—Oh, no tengo hambre.

—Lo quiera o no, no podemos tolerar un estómago hambriento. No necesito recordarle de la importancia de mantener su fortaleza.

—No. Comeré. Harrington puso el plato ante sí y señaló los libros. — ¿Qué son esos?

—Los tomé prestados. He estados leyendo. Pensé que usted podía echarles un vistazo. Harrington estiró el brazo pero Swales, llegado el momento, dudaba si entregarlos. El inglés miró al viejo con suspicacia. Swales cedió, hablando rápidamente mientras le entregaba los volúmenes. —He sentido curiosidad sobre las cosas

que ocurren en este barco. Si están conectadas o son todas coincidencia. Y, naturalmente, me intriga la causa de la aflicción de nuestra dama. El asunto con la luz solo aumentó mi curiosidad.

Harrington asintió. Swales le había contado sobre el efecto que tenía la luz en la joven. Su gorra, como cubierta del ojo de buey, había sido reemplazada con la tapa de un barril de harina. Todo parecía bastante absurdo.

—No estoy de acuerdo con las tonterías que dice la tripulación. Pero tampoco pienso que se deba rechazar cualquier conocimiento por principio

Harrington asintió, ligeramente divertido. Dos días de seriedad de Oliver Swales era casi más de lo que alguien puede soportar. Dirigió su atención a los libros. El primero era un biblia bastante usada. Frunció los labios y miró interrogante al cocinero.

—No me prestaba el uno sin el otro.

— ¿El capitán? —preguntó Harrington, pensando en los fanáticos del barco. No vio a Swales negarlo con la cabeza mientras tomaba el segundo volumen. El título, en oro gastado, decía *Aberglaube und das Volk Gottes* lo que, si podía confiar en su alemán, significaba «Superstición y los pueblos de Dios». El nombre del autor, Reverendo E.P.H. Wagner, no añadía nada a su conocimiento. Tampoco parecía, al hojear las páginas, justificar la lectura del libro. Aparecía *das jedes* Monstruo, *Undeadgeschöpf* (criatura sin cabeza), *Nosferatu*, (hombre lobo), *Gewindebohrerkobold* (duende), *Bluttrinker* (bebedor de sangre) y *Günstling des Teufels enthält* (subalterno del Diablo) que hubiera arrastrado los nudillos alguna vez por las montañas de Europa en una fría *Walpurgisnacht* (noche de Walpurga). Y, como estaba escrito por un clérigo, solo la devoción a Dios podía salvar sus víctimas de la muerte, el sufrimiento eterno o, peor aún, la no muerte y la eternidad que acechaba la tierra.

Harrington puso los ojos en blanco. —En que parte del mundo encontró... No. Déjeme adivinar. ¿Estos se los prestó Popescu? Swales asintió. — ¿Piensa que tenemos un monstruo a bordo?

—No sé qué pensar. He oído muchas quejas asustadas y tengo curiosidad. Aparte de eso, si necesita algo para mantenerse despierto durante su vigilia con la joven, esto debería servirle.

Harrington no podía discutir eso.

Para el jueves 22 de julio, la goleta *Deméter* llevaba soportando el mal tiempo tres días, durante los cuales la insuficiente tripulación

tuvo dificultades al pasar la punta sur de Italia, el norte alrededor de África, y luchó para llegar al sur de España en el Mediterráneo occidental. Los hombres agotados estaban ocupados con las velas todo el día; enrollándolas y rizándolas cuando venía la lluvia, soltándolas cuando la lluvia cesaba y soplaba el viento. Después de cada tormenta, el capitán demostró su pericia corrigiendo el rumbo como si acabaran de empezar, con limitada visibilidad, un sextante inútil, y confiando en su instinto.

Extrañamente, para la tripulación estos peligros eran una bendición. Cuanto más temían la tormenta, más luchaban por mantenerse encima de ella. Cuánto más duro trabajaban, menos pensaban en pesadillas y fantasmas en el barco. Y a medida que ganaban la batalla con la naturaleza, olvidaban sus miedos a lo sobrenatural. Y, al dejar atrás sus fantasmas, incluso el primer oficial se puso de mejor humor. Era casi perverso. Con cada tormenta, trabajando al borde de la destrucción, el barco cabeceando y girando hasta que ni el infierno lo podría soportar, el ánimo de los hombres mejoró. El primer oficial, que no era un hombre genial en sus mejores días, se reía y elogiaba sus esfuerzos.

Sus elogios eran oportunos, mientras se acercaban al estrecho de Gibraltar. Incontables ejércitos habían fracasado en destruir o conquistar el famoso peñón en la punta suroeste de España. «Resistente como el Peñón de Gibraltar» se había convertido en un lema. Constantin sentía lo mismo sobre su tripulación.

Harrington, con su mente académica, iba desde el heroico simbolismo a lo mítico y los aspectos míticos del lugar. Si hubieran compartido su conocimiento de lo que Platón llamaba el Terreno de lo Desconocido, Constantin y su tripulación habrían temblado. El Estrecho y el Peñón, uno de las legendarias Columnas de Hércules que los romanos creían habían sido creados cuando su héroe rompió la montaña de Atlas, conectando el Atlántico y el Mediterráneo. El historiador griego Sículas sostenía lo opuesto, que Hércules (como lo conocía él) hizo más angosto un estrecho ya existente para impedir que monstruos marinos entraran al Mediterráneo. La tradición dice que las columnas tienen grabada una advertencia para los marineros: *Nec plus ultra* (nada más allá).

La goleta había pasado por estrechos con tan mala visibilidad que no se podían ver ni el peñón, al norte, ni el monte Musa (el pilar más al sur de Hércules). La lluvia seguía cayendo, pero lo que durante días había parecido un ataque del clima, se había apaciguado. Considerando todo lo que había pasado, un *Deméter* en relativamente buen estado entró al Océano Atlántico.

Nikilov ordenó al carpintero que empezará a hacer sondeos frecuentes y, corrigiendo el rumbo a N.N.E., instruyó al timonel para que se mantuvieran tan cerca de España como pudieran de forma segura. —En vez de aventurarnos más a alta mar, —le dijo al timonel. —Nos daremos un respiro y dirigiremos la goleta a la costa por el momento. El capitán contempló lo que, a pesar de la lluvia, parecía como una nueva cortina de niebla asentándose sobre ellos y, solo parcialmente en broma, añadió, —Es decir...si España todavía sigue ahí.

—A la orden, — dijo Popescu ajustando el timón. —Y suponiendo que nos mantengamos a flote.

Nikilov frunció el ceño pero no dijo nada. Molidos como estaban, ¿cómo podría decir algo?

Harrington ya no necesitaba mirar fuera. Podía medir el tiempo con solo observar a Ekaterina. Por el día, tenía dificultades para respirar, luchaba por su vida. Después del atardecer, sus síntomas parecían desaparecer y una nueva salvaje y repelente personalidad salía a flote. Era terrorífico observar el cambio tan regular como el mecanismo del reloj.

Swales entró y acababa de cerrar la puerta cuando los ojos de Ekaterina se abrieron de pronto. Parecían casi rojos aunque Harrington pensó que era un efecto de la luz. Ella miró a su amante, al cocinero, a la habitación y de vuelta a Harrington. Mostraba sus dientes, marcadamente más largos y afilados que antes, y siseó. Harrington y Swales retrocedieron de forma inconsciente. Entonces, ignorando su humor desconcertante y su propio miedo, el inglés le tomó la mano. El odio desapareció de su cara. Ekaterina cayó hacia atrás...a dormir.

— ¡Dios! —balbuceó Harrington. — ¿Ha visto eso?

Swales arrastró los pies hacia ella. Le apartó los labios mostrando sus dientes blancos normales, sus parpados mostraban sus bellos ojos verdes. Él y Harrington se leyeron las emociones; el miedo y la preocupación, la curiosidad y el alivio.

Ekaterina abrió los ojos repentinamente. Sus manos se dispararon frente a ella, sus brazos doblados como si estuviera empujando una superficie plana invisible. — ¡Ayúdame! — gritó ella. — ¡Está oscuro! ¡Hace frío! Oh, Dios, ¡ayúdame! ¡Estoy en un ataúd! ¡Estoy enterrada...en una caja de madera!

Ekaterina gritó hasta helar la sangre del joven académico, hasta detener el corazón del viejo marinero; asustando de muerte a dos

hombres valientes y fieles.

Durante la noche, Ekaterina, que necesitaba el sueño, dormía intermitentemente mientras Harrington, junto a ella para protegerla, se esforzaba por mantenerse despierto. Ni el libro de supersticiones conseguía mantenerlo alerta. Abrió la tapa del ojo de buey (la noche no presentaba ninguna amenaza) y miró hacia afuera. La última tormenta parecía haber terminado pero una espesa niebla escondía la luna y las estrellas.

Se arrojó agua en la cara e hizo una mueca ante su reflejo de párpados pesados en el espejo. Se volvió a echar agua, mostró poca mejora y se secó con una toalla. Inexplicablemente le recorrió un escalofrío. Se le erizaron los pelos en la nuca y Harrington se sintió abrumado por la sensación de que alguien lo estaba observando.

Era una idea descabellada, pero comprobó el espejo otra vez. No había nadie observándolo; no había nada allí excepto el tenuemente iluminado camarote, Ekaterina en su catre y el ojo de buey sin cubrir (apoyado por la niebla revuelta) mirando de vuelta como un ojo opaco de un ciclope ciego. Aún así...al molesta sensación persistía. Se volvió para examinar la habitación. Estaba vacía y se sintió tonto, asustándose sin ninguna razón. Entonces sus ojos se encontraron con el ojo de buey otra vez, y la cara blanca de hueso, enmarcada de soslayo, mirando hacia dentro.

Harrington se sobresaltó con incredulidad, entonces se golpeó sobre el aguamanil salpicando agua, al retroceder hacia el espejo. ¡No había nada! Ekaterina, el camarote, el ojo de buey se reflejaba al inverso, pero nada más. El espejo no mostraba ningún relejo del aquel rostro, nada en el ojo de buey tampoco. Al darse vuelta, estaba claro que sus ojos o el espejo lo estaban engañando. La cara seguía ahí, en un extraño ángulo horizontal; de blanco intenso, con ojos rojos sobre un tupido bigote. Miraba con desagrado con los labios rojos y los dientes blancos afilados.

Dio un paso hacia el ojo de buey y el rostro monstruoso desapareció.

Estupefacto, moviéndose por instinto, Harrington abrió la puerta y salió corriendo. Subió corriendo las escaleras y salió de la caseta a la cubierta, dando un susto de muerte al timonel. — ¿Qué pasa? Preguntó Amramoff, con una mano en el timón, la otra agarrándose el pecho.

Harrington estaba demasiado ocupado pensado para responder. Se le había ocurrido de pronto, que para mirar por el ojo de buey a

ese ángulo, el espía tenía que colgar a un brazo de la cubierta de mesana. ¡Ridículo! La única alternativa era colgarse a un lado del barco. ¡Era absurdo! No podía haber visto lo que pensaba haber visto.

— ¡Harrington! Harrington, ¿qué ocurre?

— ¿Ha visto algo?— preguntó el inglés, pasando el timón.

— ¿Qué? ¿Qué si vi qué?

Harrington, asomándose por la barandilla de la cubierta de mesana, echó un vistazo en la oscuridad a babor del camarote de Ekaterina. Eso era todo lo que se veía, un pequeño círculo de ámbar en el casco. Nada más. El hombre, la cosa de la cara blanca, había desaparecido. — ¿Ha estado aquí todo el tiempo? —preguntó Harrington.

—Desde hace una hora, acabo de subir.

— ¿Pero ha estado aquí desde entonces?

—Por supuesto. ¿Qué ocurre?

— ¿Quién está de guardia?

—Smirnov, si es que sirve de algo. —Amramoff se rió. —Esta deambulando en la niebla en la proa.

— ¿Cuándo fue hacia adelante?

Amramoff arrugó la nariz, se tiró de la barba amarilla molesto. Lo vi justo al subir. Ha estado en la proa desde entonces. ¿Qué le pasa? — ¿A qué vienen esas preguntas?

— ¿Ha estado alguien en la proa con usted en los últimos minutos? ¿Ha visto o oído a alguien, algo?

—No ha estado nadie. ¿Qué o quién, en nombre del Emperador, está esperando usted?

—Nada, — Dijo Harrington, volviendo hacia el timón. Se sentía ligeramente mareado. —Nadie. Se dirigió abajo, murmurando para sí, —El espejo me engañó.

Pero el inglés sabía que no había sido el espejo. Eran sus ojos o, quizás, su mente.

Capítulo veintitrés

La mañana del viernes 23 de julio, Swales llevó el desayuno de la joven y, cuando acababa de entrar, se detuvo alarmado. — ¿Está enfermo? Harrington era una visión pálida. —Parece que hubiera visto uno de los fantasmas en el libro de Popescu.

—Sí, lo he visto, — dijo el académico, cerrando la puerta. —O he visto al fantasma o me he vuelto loco.

Swales depositó el plato en el escritorio. —Pienso, joven, que debería contármelo todo.

Harrington relató, lo mejor que pudo, los acontecimientos de la noche anterior; el rostro blanco hueso en el ojo de buey, la ausencia del reflejo en el espejo, su carrera a cubierta y el acto de desaparición. —Hay un monstruo en el barco.

Swales levantó el libro del Popescu. — ¿Lo sabe por esto?

Harrington levantó las cejas. —He estado leyendo eso, sí. Usted me lo trajo.

—Sí, para que se mantuviera despierto.

—Bueno, al fin estoy despierto...a lo que ocurre.

—No hay fantasmas.

—No estoy hablando de fantasmas. Estoy hablando sobre algo que pasó. ¿Lo ha leído?

—Lo hojeé antes de dejarlo a un lado.

Harrington cogió el libro. — ¿No se convenció?

No lo estudié. No soy ningún sabio. Y aunque he viajado de aquí allí, no soy un hombre del mundo como usted. El alemán es como griego para mí. Además, ¿el asunto no es ninguna ciencia? Es una hipérbole. Superstición. Una lectura interesante si uno no es muy exigente como usted con ese tipo de cosas. Todavía mejor, un pisapapeles muy útil. No hay nada que pueda convencerme de algo.

— ¿Dónde está su mente abierta?

— ¿No me ha escuchado?— Swales se rió burlonamente. —He navegado por todo el mundo, joven. He visto cosas raras en sitios aún más extraños; desde encantadores de serpientes a caníbales, le saldrían canas al verlas. Y aprendí una cosa o dos...a mi manera un tanto intensa. Tengo la mente abierta. Pero no estoy convencido—

de nada— hasta que tenga sustancia, nada de folclor.

— ¿Eso es lo que piensa que es?

—Por supuesto. ¿No me diga que cree esas tonterías por el libro de Popescu?

Harrington frunció el ceño. —No es solo ese libro. Había leído sobre esas cosas...antes de mi viaje a Europa.

— ¿Qué cosas?

—La pérdida de sangre de Ekaterina. Un fantasma que camina por la cubierta y desaparece a voluntad. Hombres que se esfuman en la noche. Miró hacia el suelo, pensativo. —Había uno... El tema era similar al libro de Popescu: supersticiones, fantasmas, espíritus malignos... Harrington chasqueó los dedos. La Magia Póstuma de von Schertz. Un... abogado católico que estudió el caso de un espectro encadenado a la tierra que atacaba a los vivos. Detallaba incidentes de una plaga llamada....vampirismo en Serbia, Moravia, Transilvania. Beber sangre... ¡y la masticación de los muertos!

— ¿Masti-cación?

—Significa mascar...

— ¡Por supuesto que sé lo que significa, joven! ¡Es un cuento de hadas!

—Las historias eran supuestamente verdaderas. Los habitantes de la zona se las creían. Estaban literalmente exhumando a sus propios muertos, desfigurando los cadáveres, re-enterrándolos con amuletos que los protegieran del mal de ojo y evitaran...

— ¿Evitar qué? ¿Escucha lo que está diciendo?

—Le estoy contando lo que dice el libro; para evitar que se levantaran de la tumba. Para prevenir sus ataques a los vivos. Para evitar el contagio...

—De una enfermedad que no existe.

—Lo admito, las autoridades lo vieron así; aprobaron leyes para limitar las actividades de los cazadores de vampiros. Declararon ilegal abrir las tumbas y destruir los cadáveres.

—Ahí lo tiene. Es una locura. No hay pruebas; no puede haberlas si todo es pura superstición.

—Hay un vampiro a bordo del Deméter.

El joven académico lo dijo tan simplemente, con tanta calma, que la frase dejó estupefacto al oyente. El cocinero miró ansioso, incapaz de responder. Para terminar el silencio ensordecedor y mantener la superioridad de la discusión, Harrington continuó. —Incluso antes de zarpar de Varna se decía que este viaje estaba maldito.

— ¡habladurías, sí! No hay nada nuevo en eso. Los marineros

murmuran.

—Esto es diferente. *Hay* algo malo, lo vi anoche. No lo leí en su libro, ¡lo vi! Oliver, hay un vampiro en este barco. Analicemos los hechos.

— ¿Qué hechos?

—En Varna, el primer oficial tuvo dificultades para reclutar marineros.

— ¿Esos son hechos?

— ¿No me va a escuchar? Es un hecho que tuvo dificultades inusuales para conseguir una tripulación. Marineros con experiencia se negaron alegando que había algo malo con este barco.

Swales respiró frustrado, después asintió. —De acuerdo.

—Hace una semana y media, Petrofsky reportó un extraño en cubierta que, al llamarlo, saltó por la borda. Juró haberlo visto. Varios días después, Ekaterina fue encontrada enferma con heridas en su cuello. Esa misma noche Petrosky se esfumó. ¿Los hombres simplemente desaparecen?

— ¡Se mató!

—No hay pruebas ni de una cosa ni de otra. Así que, para continuar... La noche del 16, Olgaren reportó otro hombre extraño en cubierta que también se esfumó sin dejar rastro; un hombre diferente, más joven. Pero, ¿era más joven? ¿O simplemente se había revitalizado?

Swales gruñó de disgusto.

—Desde esa noche, — dijo Harrington continuando su relato. — Hemos tenido cuatro días de tiempo tan maldito que todos los hombros de la tripulación lo han calificado «como de otro mundo».

—Las tormentas en el mar ocurren todo el tiempo.

— ¿En el Mediterráneo sin nubes? Sabe tan bien como cualquiera que esta no es la temporada de tormenta en estos mares. Sin embargo, hemos tenido cuatro días de implacable lluvia y viento. No es natural. Es maléfico.

— ¡Esta siendo ridículo! ¿Me está diciendo que algún...monstruo... a bordo está controlando el clima? ¡Vamos! ¡No me tome el pelo!

—El miércoles en la mañana, Katya estaba enferma otra vez. A punto de recuperarse, sus heridas se reabrieron y sufrió una recaída. ¿Por qué? ¿Y cómo explica lo de anoche? ¿El rostro suspendido fuera del ojo de buey que no se reflejaba en el cristal? Y, al igual que otras veces, ¿se esfumó como si nada?

— ¡Son tonterías! —explotó Swales. ¡Nada más que tonterías! ¡Si cree algo de esto, es que está totalmente loco! ¿Y no pensará por un

minuto que yo voy a tener algo que ver con esto? El cocinero se giró enfadado, se golpeó con el borde del escritorio y respiró. El silencio los consumía.

Ekaterina gimió mientras dormía. Swales y Harrington se acercaron a su cama. Se relajó al pasar el calambre y se miraron el uno al otro incómodos.

—Lo siento, Trevor— dijo Swales. —No quise decir eso. Mi padre, por mucho que lo quiera, es un mandón, incapaz de admitir que está equivocado. Si no puede vencer con argumentos, te despreciará el doble, te insultará y mirará despectivamente, te avergonzará o te atemorizará para que te cayes, e interpretará ese silencio como asentimiento. A pesar de mis esfuerzos, hay demasiado del viejo ballenero en mí. Yo... No quiero que lo que dices sea cierto.

—Pero sabe que lo es. Lo cree. Esperó y, finalmente, Swales asintió. —Lo sabía incluso antes que yo. Por eso tomaste prestado ese libro de Popescu.

—Sí, porque soy un viejo idiota. Esperaba que usted me convenciera de lo contrario. Pero también es un tonto.

—Debemos encontrar a este monstruo y destruirlo.

Swales se dejó caer en la silla, asintió y suspiró. —Tendremos que hacerlo solos. Sería inútil intentar convencer al capitán. Nadie lo creería. Y, de la tripulación, el único que nos escucharía sería Popescu, que se pondrá a vociferar y desvariar pero no nos ayudará.

Harrington apretó el hombro del viejo. —Entonces lo haremos solos. Le daremos a Ekaterina toda la protección que podamos, y después encontraremos a esta cosa.

Los marineros empapados comieron una cena fría. Después, se saltaron la ración de ron debido a que las condiciones climáticas seguían siendo peligrosas. La tripulación se dedicó a sus labores sin alegría mientras Swales, tras limpiar el comedor, volvió al camarote de la enferma con un saco de harina en sus manos; los despojos de una búsqueda privada. Encontró a Harrington cambiando el vendaje de Ekaterina. La joven dormida se veía pequeña y frágil.

—No había sangre en sus manos.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Swales.

—La mañana que la encontramos había sangre en sus labios, en su boca, en su barbilla...nada en sus manos. Si era suya, ¿cómo llegó a sus labios? Harrington se volvió con aspecto pálido. —Si no era... El odio inundó sus ojos. —La han forzado a un horrible

bautismo...una comunión diabólica. Hay un veneno fluyendo en sus venas, cambiándola.

—Suficiente, joven, — dijo Swales, depositando su saco en el escritorio. —Tenemos trabajo.

Swales tenía razón, ya habría tiempo. Harrington lo aceptó y se acercó al escritorio. —Quiero que lo sepas, — dijo rígidamente. — Hice estos porque tú lo pediste. Saco un paquete envuelto en tela del estante inferior y, abriéndolo, añadió, —Van contra todo lo que creo.

—Sí, ya lo ha dicho. Swales frunció el ceño. —Veámoslas.

Harrington retiró el envoltorio superior. Abajo yacían tres cruces hechas a mano.

—Oh, sí, buen trabajo, — dijo Swales. —Podrías ser el carpintero del barco.

—Entonces moriría feliz.

Ambos lo dejaron pasar sin comentarios. No era la primera vez que ambos hablaban sin pensar.

—Si no fuera un maldito infiel... Si hubiera comprado a la joven una cruz como cualquier otro hombre en el mundo en vez del fino collar francés, no tendría que haberse molestado en hacer estas. Swales golpeteó una de las cruces, después señaló al otro lado del camarote. —Átale una de estas a la joven. Y no me mire así. Las necesitábamos para eso.

Harrington colocó una cruz en el marco del catre sobre la cabeza de Ekaterina. Discutió con Swales al recibir el encargo, y luchó consigo mismo al fabricar las cruces. Todavía se negaba a creer en un Ser Todopoderoso que controlara el mundo. Pero tenía que admitirlo, inexplicablemente, se sentía más seguro con los iconos en la habitación y satisfecho con que una de ellas acompañara a Katya. — ¿Qué tiene en la bolsa? Preguntó, girándose hacia Swales. — ¿Ha robado algo útil de la cocina?

—Si es mi cocina, no es robar. Swales sacó varios dientes de ajo. —Mis dos últimos, — dijo de mala gana.

La sonrisa de Harrington amenazó con transformarse en risa. Si él había abandonado sus sentimientos ateos por la causa, Swales podía prescindir de algunos ajos. —No olvide el ojo de buey.

El viejo separó los ajos y, usándolos como tiza, restregó la carne y jugos en la madera alrededor del marco del ojo de buey. Hizo lo mismo en el alfeizar superior y debajo de los quicios de la puerta. Terminó restregando un ajo en la superficie interior de la puerta.

Volvió a su bolsa y sacó una caja. La abrió, la olió, hizo una mueca y su gruñido característico. —Semilla de mostaza.

¿Funcionará si está pudriendo?

—No sabemos si funciona cuando está fresco. Estamos siguiendo el libro de Popescu. Ahí, — dijo Harrington, señalando al piso frente a la puerta. —En el piso, el ancho del alféizar, así...no...Podrá pasar.

Swales agitó los contenidos de la caja, una línea de semillas de mostaza a lo largo de la apertura que — según decía la superstición — la criatura no podría atravesar. Detrás de él, Harrington sacó un montón de cordel de la bolsa de Swales. — ¿Qué es esto?

— ¿No lo recuerda? Atar un nudo en el cordel cada tres o así pulgadas, como puedas, de forma que el enemigo se verá forzado a recogerla y contar los nudos uno a uno antes de poder pasar...

Harrington puso los ojos en blanco.

—Nos falta la mayoría de las cosas que el libro alemán pide — explicó Swales. —... una rosa salvaje, semillas de amapola, una rama espinosa de mojuelo, agua bendita. Un escándalo de verdad. Con tantos malditos marineros a bordo, uno pensaría que estaríamos mejor preparados para defendernos del diablo.

Harrington metió el cordel de vuelta en la bolsa sin atar ningún nudo. —Es es todo — dijo. —Un conjunto lamentable.

—No si alguna de ellas funciona.

—Tu confianza es abrumadora.

—Vamos, joven, no es tan malo. Tendrá que conseguir otros pocos artículos importantes.

— ¿Yo? ¿Cómo qué?

—Más tarde, joven. Una cosa a la vez. Sonriendo como un demonio, Swales buscó en su bolsillo. —Por ejemplo. —Sacó una sarta de cuentas de rosario azules y blancas y un crucifijo que centelleaba bajo la luz de la lámpara.

— ¿Dónde consiguió...?— Harrington se interrumpió mientras surgía una expresión de alarma. — ¡Popescu! Perderá el juicio cuando descubra que ha desaparecido.

Swales resopló una carcajada. — ¡Me encantaría verlo! Suponiendo que tenga juicio. Plata pura o soy una sirena.

—Es precioso. Se volverá loco.

—Que importa, ya está loco. Además...para cuando regrese de la guardia, habrá desaparecido. Va a desaparecer como el pobre Petrofsky. Vamos a fundirlo.

— ¿Para qué?

—Trevor, usted sabe más que nadie que yo haya conocido. Así que ¿por qué es tan malditamente tonto? Leyó el libro. Vamos a hace balas de plata.

Harrington hizo una mueca. —Esas son...para hombres lobo ¿no?

—Ah, sí. Pero si funcionan para uno, ¿por qué no habrían de hacerlo en el otro? ¡Especialmente si vienen de una cruz de plata! ¿Puedes discutir eso?

—No, pero...estoy confundido, — dijo Harrington con el ceño fruncido. —No tenemos una pistola.

Swales negó con la cabeza. —No tenemos una pistola, todavía— susurró. —Porque, a menos que me equivoque, y a menos que sean diferente a todo otro capitán de mar, el Capitán tiene una.

—Pero usted dijo antes que no sería bueno contárselo al capitán, que no nos ayudaría.

—Sí. Eso creo.

— ¿Quieres decir que pretende robarle una pistola al capitán?

— ¡Cielos, joven, claro que no! —Soy demasiado viejo para esas cosas. Swales puso delicadamente el rosario sobre el escritorio, y se volvió a Harrington con toda sinceridad. —Usted va a robarlo.

La nube gris se filtró por la puerta de la bodega delantera hacia la escalerilla del entrepuente. Merodeó, y después avanzó hacia popa. Pasó frente al camarote de la tripulación (sin ser detectada por los que hablaban dentro) y flotó hacia el final del pasillo y la puerta del camarote del pasajero: la habitación de la joven. El vapor empezó a filtrarse por las grietas alrededor de la puerta. Un instante después, el vapor explotó de vuelta a la escalerilla.

Giró y se transformó en el vampiro oscuro. Drácula jadeó, agitado. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Tropezó y tocó las paredes para agarrarse. A medida que se recuperaba, se puso lívido. Golpeó sus puños contra el mamparo. Tras su bigote negro y hierro, hundió sus dientes en su labio superior hasta que salieron sus propios fluidos. —Maldita sea, oveja— susurró. —No puedes proteger a esta joven. ¡Ya es mía! Tosió, el olor fétido del ajo se aferraba todavía a sus anchos orificios nasales. Luchó por recuperar el aliento.

La puerta del camarote de la tripulación se abrió y se oyó la voz de Amramoff, — Tengo que relevar a Smirnov. Salió, giró a popa y gritó, — ¡Madre de Dios! Cayó de vuelta en el dormitorio. — ¡Dios mío! — gritó, desde el suelo, señalando a través de la puerta. — ¡Dios mío!

Estallaron exclamaciones; la de Popescu sobre las otras, preguntando, — ¿Qué pasa?

— ¡Una rata!

— ¿Estas gritando como una mujer por una rata?

Olgaren, agachándose en el alfeizar, pasó sobre Amramoff y salió a la escalerilla. Miró a popa, la vio también y gritó, — ¡Oh, es gigante! Un comentario curioso viniendo del enorme ruso. Amramoff, ya de pie, se tropezó en el umbral con Popescu intentando pasar al mismo tiempo. Compitieron por echar un vistazo.

— ¡Señor!

La rata con rayas grises, de al menos once kilos, los miraba desde el piso a la intersección de los camarotes del capitán y el pasajero. Tenía unos colmillos horribles que, Olgaren no lo dudaba, podrían haber arrancado la cabeza de su *Ovcharka* (el perro ovejero de la familia). Sus ojos pequeños y brillantes centelleaban rojos. El animal chilló...con un ruido que helaba la espalda. Las viles garras de la criatura rascaban la cubierta al salir como un rayo hacia estribor. Su cola de cuero áspero, la última parte visible del animal, golpeó el mamparo como un látigo, después también desapareció en la esquina.

De guardia en el timón, el segundo oficial había empezado a divagar. Sumergido en sus pensamientos, fue sorprendido cuando la cubierta de la escotilla de estribor, a su espalda, saltó por los aires como si debajo hubiera ocurrido una explosión. No hubo ninguna conmoción, solo un *puf*, como si alguien hubiera hecho un truco de magia, y la tapa salió volando. Solo la suerte y el viento la dejaron caer en la cubierta y no en el Atlántico.

Tan conmocionado estaba, que Eltsin no notó la niebla que siguió cuando la cubierta se salió de su lugar. Lo que sí notó, un instante después, fueron los marineros saliendo en fila desde abajo como payasos de un circo; Amramoff, el carácter, Olgaren, el augusto (que por poco no cabía) y Popescu, la cara blanca agraviada, al final, como de costumbre.

— ¿La has visto? — preguntó el carpintero del barco.

—Otra vez con ¿Lo vi?, —gritó Eltsin. — ¿Por qué todos ven algo que yo no veo? Arqueó las cejas. — ¿De qué estás hablando? ¿Qué estáis haciendo?

—La rata, —intervino Olgaren — una enorme rata, ¿pasó por aquí?

— ¡Nada ha pasado por aquí!

Amramoff negó con la cabeza, mirando por la cubierta. No era

que no creyese al segundo oficial, solo que no creía lo que había visto. Olgaren se unió a él. Popescu se detuvo y se persignó. Eltsin los observaba, seguro de que los tres habían perdido la cabeza.

Smirnov, de guardia, apareció por la caseta en su camino a popa. Vio a los marineros inspeccionando la cubierta en sombras y preguntó qué ocurría. Eltsin se encogió de hombros. —No tengo ni idea.

—Estaba ahí — murmuró Amramoff. — Después despareció.

Eltsin y Smirnov observaron cómo los cazadores revisaban la cubierta y después, nerviosos, se preguntaban entre sí. ¿Qué en nombre de dios era ‘eso’? ¿Dónde podría haber ido ‘eso’?

Capítulo veinticuatro

—Quizá no la vimos realmente— dijo Olgaren.

—Sabes que sí la vimos. Solo que no está aquí.

Inspeccionaron la cubierta como si ninguno hubiera estado antes allí. La lluvia había cesado pero todo a la vista seguía empapado, pesado y oliendo a madera mojada. El viento hinchaba las velas.

—Si no subió a cubierta, a lo mejor fue abajo. Olgaren se volvió a los demás. — ¿Queréis mirar en la bodega?

—Yo me voy a la cama, —dijo Popescu sin ni siquiera considerar la idea.

—Todos deberíais ir a la cama. El segundo se enderezó, alto ante el timón, al recordar que él estaba al mando. —Lo que sea que visteis, ha desaparecido. Descansad un poco ahora que las tormentas han amainado.

—No creerás que vamos a tener más lluvia ¿no Georgiy?

—No lo sé, Moisey. —No sé nada. —Id a la cama.

Popescu y Olgaren se dirigieron abajo en silencio. Amramoff se quedó arriba. Estaba de camino a relevar a Smirnov en la guardia cuando vieron... Lo que vieron. Así que pidió que le contaran.

—No tengo nada que reportar. Pero tú sí. ¿De qué iba todo eso?

—Pensé que había visto algo, — dijo Amramoff —No sé.

Smirnov frunció el ceño y giró su rostro interrogante hacia Eltsin. —A mí no me preguntes, — dijo el segundo. —Como ya he dicho, no sé nada.

—Dejé mi bolsa en la proa, dijo Smirnov, molesto por haber sido dejado a un lado. Giró sobre sus talones, levantó su farol y se dirigió hacia la oscuridad de la proa.

Llegó a la proa, puso su lámpara en la serviola sobre el ancla de estribor, y se reclinó contra la barandilla. La cabeza le dolía intensamente. Su molestia también le pinchaba. Después de oír a los otros, el pequeño ruso refunfuñó, —Todo el mundo ve cosas, nadie sabe nada. Si hubiera mirado por la barandilla, y hacia abajo del casco de la goleta, se habría enterado.

Drácula colgaba de un lado del barco. Había estado en la proa, a babor cubierto del camarote de Ekaterina y había intentado entrar.

Otra vez se lo habían impedido. El ojo de buey, al igual que la puerta interior, estaba protegido con ajo. Las voces en el timón habían impedido que subiera a cubierta y el Conde se había visto obligado a arrastrarse a lo largo del barco hacia la proa. Al acercarse al ancla, en la tranquilidad de la proa, el aún furioso vampiro comenzó a subir hasta la barandilla.

La molestia de Smirnov pasó rápidamente. Es verdad que nadie le había relatado los acontecimientos de la noche pero, se preguntó a sí mismo, ¿le importaba realmente? Su espalda lo estaba matando y sus nervios estaban a flor de piel. Pero su guardia había transcurrido sin incidentes y estaba agradecido de ser relevado. Solo le quedaba visitar la proa y podía dar por terminada su tarea.

Sacó una pequeña botella y bebió. Suspiró, anticipando el alivio, y después alargó la mano para soltarse el cinturón, cuando algo destelló en su periferia. Giró la cabeza hacia estribor, enviando un arco de dolor por su espalda y piernas, a tiempo para ver una figura de negro, con una cara blanco hueso, subir y pasar encima del baluarte como hubiera salido del mar.

Inhaló aire pero no tuvo tiempo de gritar. La figura oscura lo miraba, con ojos de fuego, y una expresión casi tan sorprendida como la de Smirnov. Pasó menos de un instante hasta que se giró bruscamente hacia el ruso. Sujetó con su mano el rostro de Smirnov, empujo con fuerza su cabeza a un lado y, sin más ceremonia, sumergió sus afilados dientes en la carne de su garganta.

La botella se cayó de la mano de Smirnov y rebotó en las sombras de la cubierta. Smirnov agitó los puños, intentado defenderse, pero los golpes no tenían ningún efecto y pronto cesaron. Drácula retrocedió, chorreando sangre, a medida que Smirnov empezó a perder la conciencia. Flácido como la muñeca de trapo de un niño, el marinero sintió que lo levantaban, incapaz de evitarlo. La cubierta desapareció bajo sus pies y se encontró en el aire. Drácula lo dejó caer sobre la barandilla en la proa del barco.

Smirnov rebotó en la polea y el aparejo, golpeó la borda y el ancla del barco y aterrizó atrapado en la cadena del ancla oscilante. Quedó atascado allí, con los pies sobre el agitado mar, luchando por sujetarse a su conciencia...y a la cadena.

Drácula rugió desde la barandilla de arriba; maldijo al marinero y al dios malévolo o al demonio sonriente que hubiera intervenido. Tiró un espeque del cabestrante y volvió a la barandilla con expresión homicida en sus ojos. Se inclinó, asomándose sobre la regala y el aterrado ruso. Llevó el arma hacia abajo con toda su fuerza, golpeando el espeque contra los nudillos del marinero con

un crujido que erizaba el cabello.

El grito agudo de Smirnov, como un pájaro aterrorizado en peligro, habría agitado la sangre si no se hubiera perdido entre el sonido de las olas que azotaban la proa del barco. Perdió su agarre en la cadena del ancla y cayó al mar. La proa de estribor lo embistió a medida que la goleta avanzaba. El marinero se movió de arriba abajo como un corcho para a continuación desaparecer en la oscuridad de popa.

Drácula, mirando a popa con brillantes ojos rojos capaces de ver en la noche, sonrió al ver la mota del humano desaparecer bajo las olas espumosas.

El sábado 24 de julio, Harrington se levantó temprano, luchando con la idea de robar una pistola del camarote del capitán. Necesitado de aire, llevó sus preocupaciones a cubierta. El primer oficial estaba al timón con Amramoff en las cercanías, técnicamente de guardia, pero en la práctica reparando la cubierta de la escotilla que se había roto (¡El emperador lo sabría!) en la noche. Harrington los saludó y después se dirigió a la proa para ocuparse de sus cosas.

Al volver a popa, el inglés tropezó con una pequeña botella sobre la cubierta. La sostuvo a la luz del mástil y examinó la etiqueta que decía: *Láudano*. —Smirnov, — susurró. Susurró el nombre otra vez con curiosidad, y una tercera vez con creciente tristeza. Miró por la cubierta, aliviado de no encontrar al ruso embriagado. Que hubiera vuelto a su costumbre de sedarse estando de guardia sugería que el dolor del marinero y su adicción se apoderaban de él. Era imprudente. Y tirar el envase vacio era una locura. Harrington negó con la cabeza y se metió la botella en el bolsillo. Después de todo, ¿no estaba arriesgando el cuello si ayudaba a Smirnov a ocultar su condición? En el momento apropiado que se presentara, pensaba regañar al marinero por su estupidez. Resuelto, empezó a bajar.

Pero Smirnov no estaba en su catre, ni en el comedor, ni en la bodega (donde Harrington lo había encontrado una vez). Tras su fallida búsqueda, el inglés volvió a cubierta e inició una conversación con Constantin y Amramoff; corta pero nada agradable. El carpintero negó haber visto a Smirnov desde que lo relevó la noche anterior. El primer oficial no lo había visto desde el día anterior. El pequeño ruso, y su gigantesco bigote, habían desaparecido del barco.

Amramoff tomó el timón, siguiendo el curso N.N.E. indicado por el primer oficial (se encontraban en la niebla que rodeaba la costa noroeste de España). Constantin los dejó a los dos para despertar al comandante.

Nikilov estaba solo al timón, sumergido en sus pensamientos, mirando hacia la nada. Otra tormenta se incubaba a la distancia. Algo similar a la oscuridad. Por primera vez él también lo sentía, la maldición que acechaba su barco.

Ya con un hombre menos, entrar en la Bahía de Vizcaya con clima amenazante, otro hombre perdido. Smirnov, desaparecido después de su guardia, no había sido visto desde entonces. Constantin, Eltsin y Harrington estaban recorriendo el barco, pero él sabía en su corazón que no encontrarían nada.

De pronto el primer oficial estaba allí, como surgido de la nada, con sus ojos negros carbón impregnados de consternación. —Se avecinan problemas, —dijo frotándose la coronilla calva con indignada energía. —Los hombres están abajo; se reúnen para quejarse.

—Los marineros siempre se quejan.

—No. — El primer oficial negó con la cabeza. —Señor. Esto parece... diferente...

Nikilov le dio la razón. No era propio de Constantin...

El BANG de la puerta de la caseta interrumpió sus pensamientos. Olgaren apareció en el umbral. Se agachó para evitar golpearse la cabeza, salió y miró hacia el timón. Frunció el ceño al ver a Constantin con el capitán, pero no vaciló. El momento era demasiado importante y no lo pospondría. Inhaló, avanzó sigilosamente, se agachó otra vez ante al palo del mástil principal y subió hacia ellos. Olgaren saludó con la cabeza al primer oficial, después se dirigió al comandante. —Capitán. Los hombres...hemos hablado. Ellos me pidieron... Bueno, que hablará con usted...en su nombre.

— ¿A ti? Preguntó Constantin, incrédulo, reprimiendo la risa.

El capitán frunció el ceño hacia su primer oficial, aunque entendía su postura. Olgaren no daba la impresión de ser portavoz de nadie. En cuanto a sus quejas, él había hablado en serio cuando le dijo a Constantin que los marineros siempre refunfuñan. Dicho esto, esos pocos, Amramoff, Popescu, Swales y Olgaren, eran todo lo que quedaba de su tripulación. Aunque nunca hubiera cedido su barco a sus caprichos, la situación ciertamente ameritaba que los

escuchara. Volvió su atención hacia el nervioso marinero. — ¿Qué pasa, Olgaren?

Sin caer en un desprecio directo, el enorme ruso dio la espalda al primer oficial y se encontró con los ojos del capitán. —Señor, con todo respeto, los hombres presienten que hay algo malo en este barco. Y especialmente...que hay algo malo en la bodega. Nosotros, la tripulación y yo, no creemos que podamos llegar a puerto. No tal como están las cosas. Nosotros, la tripulación y yo, queremos su permiso...

— ¿Mi permiso para qué?

—Para sacar las cajas de la bodega...y tirarlas al mar.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, un rayo iluminó el cielo cada vez más oscuro. Un trueno rompió y retumbó.

Nikilov ignoró el drástico clima. Inclinó la cabeza hacia el marinero, seguro de que había escuchado mal. — ¿Ha dicho...tirar nuestra carga al mar?

Olgaren, cautivado y aterrorizado por la inminente tormenta, como si fuera una profecía temida durante mucho tiempo, no respondió.

—Olgaren — bramó el primer oficial. —El capitán te ha hecho una pregunta.

— ¿Le he oído bien?— repitió Nikilov estupefacto. — ¿Quiere arrojar nuestra carga al mar?

Olgaren movió las manos exageradamente al aire, buscando una respuesta en los tablones de la cubierta. Por último, consiguió asentir con la cabeza.

Constantin intervino, despreciativo. — ¡Por suerte para ti que esos eslovacos no están aquí! Se volvió hacia el capitán. —Los campesinos que entregaron las cajas la mañana que zarpamos de Varna. Amenazaron con matar a cualquiera que maltratara su carga.

—Los hombres están atemorizados, capitán, —dijo Olgaren.

Constantin se negaba a ser ignorado. —Este es mi paisano, ¿no?, —preguntó enfadado. Popescu, ¿no? ¿Él es el líder de la camarilla que te envió aquí arriba? ¡Como viejas supersticiosas! ¡Te ha hecho hacer el ridículo! Baja y dile a Popescu, y al resto, que son ridículos. La carga es la única razón por la que tenéis trabajo. Sin ella, ¡más os valdría a todos saltar al mar!

—Iancu. El capitán dio una palmadita al aire para atenuar la furia del primer oficial. —Sr. Olgaren, yo no siempre fui capitán. Lo entiendo, y no tengo predisposición a la ira. Dígale eso a la tripulación. Los hombre están preocupados. Todo estamos preocupados; por nuestra tripulación, nuestro barco y la propiedad

por la que todos hemos firmado, en una promesa, hacer llegar a su destino de forma segura. No eludiremos nuestra responsabilidad.

El descomunal marinero asintió hoscamente. Sus ojos se humedecieron y, por un momento, parecía que el hombre rompería a llorar. Pero no lo hizo. Ni tampoco abandonó el timón. Olgaren no se movió del sitio.

— ¿Hay algo más?

—Sí, señor. Nosotros...la tripulación...nos preguntamos, señor, si... ¿Podemos hacer doble guardia?

¿Para qué demonios?, — gritó el primer oficial.

—Es suficiente, Sr. Constantin. Moisey, ¿Por qué hombres exhaustos piden más trabajo?

—Los hombres...bueno, señor, —Olgaren se mojó los labios, sin resultado. —Ellos...ellos tienen miedo de estar solos.

— ¡Demonios! A pesar de conocer la repulsión del capitán por el lenguaje vulgar, Constantin no podía soportarlo más. ¡Era primer oficial de un montón de niños!

—Sí, pueden. Nikilov le dijo a Olgaren, ignorando el estallido de Constantin.

El primer oficial se quedó boquiabierto. Nikilov levantó una manó y miró impávidamente a su primer oficial a los ojos. — Informe a la tripulación de que pueden doblar la guardia. Ayúdeles a organizar un horario. Ayúdeles, Sr. Constantin. Cuando termine, vuelva aquí.

Con ojos negros fulgurantes, Constantin se alejó. Olgaren, agachándose ante la botavara otra vez, se apresuró para alcanzarlo. El relámpago destelló mientras desaparecían abajo.

El capitán se inclinó con fuerza sobre el timón. Los hombres no estaban solos, sus temores también crecían. Pronto habría problemas entre su volátil primer oficial y su tripulación cada vez más alterada. Sus frustraciones, sus miedos, pronto los llevarían a la violencia.

—La sangre es la vida.

Lucy Westenra lo repitió, en un susurro, y se sintió mala y terrible por haberlo hecho. No era, después de todo, su idea; no estaba pensada para ella. La había robado, había escuchado disimuladamente y tomado del viento...

Estaba prevista para el lunático que se reía. (Eso es lo que había llegado a pensar de él). No sabía quién era, donde vivía, o ni siquiera si existía. Bien podría ser una creación de su mente

atormentada, un personaje de sus sueños recientes. No había hablado de él a nadie y nunca lo haría. Pero pensaba en él, quien quiera que fuese, como el lunático que se reía, y no podía evitar escuchar cuando alguien, algo, le hablaba a él en el viento. Había escuchado esas extrañas peticiones por algún tiempo ya; una voz profunda y reverberante que lo llamaba desde el mar. Ella no sabía quién hablaba ni desde donde hablaba. Pero sentía su poder como el de un Dios.

—La sangre es la vida.

Escuchó y envidió al lunático. En secreto, esperaba que lo que oía fuera solo el preámbulo. En sus pensamientos oscuros, quizá el punto donde se originaban sus sueños, Lucy tembló al pensar que pronto ella tendría un papel que desempeñar, en lo que estaba por venir.

— ¡Lucy! ¡Lucy!

Ella miró al mar desde el cementerio en el acantilado este de Whitby. La lapida sobre la cual se había apoyado estaba fría bajo sus manos; la luna se escondía en las nubes. El mar espumoso y oscuro parecía vacío, pero Lucy sabía que no era así. Había algo ahí fuera.

El puerto abajo estaba tranquilo; también esperaba.

— ¡Lucy! ¿Puedes oírme?

Una voz que reconoció pero que en ese momento no podía identificar. Una voz dulce llena de curiosidad, confusión y no poco miedo. Estaba a su lado, calmándola, intentando no asustar ni alarmar. —Lucy. Querida Lucy...

Mina, por supuesto. Era Mina Murray, su mejor amiga. ¿Pero cómo había llegado a Londres? ¿Cómo, en la oscuridad de la noche, había encontrado a Mina? ¡No, tonta! Mina había venido a ella, en el norte, en Whitby...por tren. Ella y su madre la habían esperado en la estación ese mismo día; la habían llevado a sus aposentos en el Crescent.

—Lucy. Ven, querida. No te despertaremos. Solo dame tu mano. Te llevaremos a casa antes de que te llegue la muerte.

¡Mina había venido de visita! ¿O era parte del sueño? Si es así, ¿por qué estaba aquí? ¿Qué papel desempeñaba?

No era un sueño; no podía ser. ¿Por qué, si nada de eso era real, los vientos fríos del mar del norte agitaban su camisón? ¿Endurecían sus pezones? ¿Le ponían la piel de gallina? ¿Por qué estaba su largo pelo oscuro revuelto en el aire? ¿Por qué sus pies desnudos estaban húmedos con rocío y manchados de barro? ¿Por qué tenía el corazón acelerado y su pulso palpitaba? ¿Por qué sus

pulmones anhelaban aire? ¿Cómo podía sentir la mano tibia de Mina guiándola por el camino?

Si esto era un sueño, ¿por qué estaba caminando entre las tumbas de Whitby en mitad de la noche?

Capítulo veinticinco

La mañana siguiente, domingo 25 de julio, Lucy se encontraba otra vez en su cementerio (empezaba a sentir que era suyo) mirando al mar. El puerto estaba animado. Pero los trabajadores parecían no estar conscientes de que solo marcaban el tiempo.... ¿hasta cuándo se preguntaba Lucy? Últimamente se había sentido muy ajena a todo y había tenido pensamientos de lo más extraño.

— ¡Lucy!

Le tomó un momento darse cuenta de que la llamada venía, no del mar, sino de la escalera en curva hacia atrás. Lucy se volvió para ver a Mina, acalorada y sin aliento, ondeando una carta, corriendo hacia ella.

— ¡Te he estado buscando en todas partes! Mina sonrió, aliviada. —Quería mostrarte esto. Llegó en el correo de la mañana. Es del Sr. Hawkins, el jefe de Jonathan. ¡Vuelve a casa! ¿No es maravilloso Lucy? Una carta desde Transilvania, del Castillo Drácula. ¡Jonathan ha empezado el viaje de regreso a casa!

Mina se arrojó en los brazos de su amiga. Abrazó a Lucy y bailó a su alrededor de felicidad. Lucy se unió a ella, riendo y bailando hasta que las dos se quedaron sin aliento. Renovada, Mina empezó de nuevo a mover la carta, agradeciendo su buena suerte. A pesar del deseo de Lucy de compartir su alegría, las palabras de Mina empezaron a desvanecerse mientras las atenciones de Lucy se dirigían al norte y al este. Mina hablaba sin cesar, feliz.

Lucy miró al mar con esperanza.

¡Qué maravilloso espectáculo!

Drácula yacía en su caja, encantado por como los eventos empezaban por fin a rendir frutos. Se rió, silenciosa y cruelmente, disfrutando el momento. Había sentido su presencia por algún tiempo pero, ocupado como estaba con la tripulación del *Deméter* y con Renfield, no había buscado el contacto. Ahora, con seguridad, lo haría.

Su nombre era Lucy. Ella era tan sensible a sus pensamientos

como había demostrado ser el lunático. Ella vivía en Whitby, lo cual era ideal para sus necesidades, y era amiga íntima de la prometida de Jonathan Haker. A través de Lucy, lo había escuchado todo... Mina extasiada con una de las tres cartas escritas por Hacker por insistencia suya (que el mismo Conde había enviado). Su alegría por el supuesto retorno de Hacker. Pero no habría ninguno regreso; sus esposas se habían encargado hacia tiempo de que Hacker muriera.

Ahora, aquí estaba su amada Lucy. Ella sería su primer...experiencia en Inglaterra. Era todo lo que podía hacer para no estallar en carcajadas por la ironía. Solo había una palabra: ¡delicioso!

Se rindió a la idílica escena del cementerio, pero las voces a su alrededor exigían atención.

Drácula podía oír los susurros asustados de la tripulación, sus expresiones aterrorizadas. Atesoraba el miedo que crecía en torno suyo, como una cosecha. Pero había un trasfondo irritante que le preocupaba, como maleza en su jardín. Murmuraciones serias entre alguno de los susurrantes. Sus miedos estaban generando un deseo de vengarse del enemigo desconocido. Sus actividades, producto del pánico, búsquedas en el barco, ojos curiosos mirando en la bodega, habían sido bastante molestas. Ahora surgían amenazas de tirar sus cajas al mar. Drácula conocía la naturaleza humana como ningún ser humano sobre la tierra. La mayoría de la tripulación restante se acobardaría en una esquina de la jaula flotante como conejos asustados, pero algunos pocos estaban empezando a reaccionar en un intento equivocado por defenderse. No podía permitirlo; no cuando estaba tan cerca de su destino. Tenía que impedirlo, manteniéndolos en peligro.

Así fue que el vampiro, vibrante con la sangre de Smirnov, lanzó nuevamente los poderes de la oscuridad a la naturaleza. Poco después, el *Deméter* se encontró en medio de otra tormenta devastadora con un viento que golpeaba el barco desde direcciones siempre cambiantes. El mar se levantó y azotó la goleta. Las olas rompieron sobre sus baluartes, bañaron su cubierta y obligaron a la tripulación a luchar por sus vidas.

Escondido abajo, cabeceando y meciéndose con el barco, pero ya sin la molestia de los humanos de a bordo, Drácula pudo concentrarse en otras cosas.

Renfield se levantó silenciosamente y trepó a la ventana con rejas....para contemplar el resplandor de la luna en el jardín del

sanatorio y, a la distancia, la desocupada hacienda Carfax Abbey. Sus terrenos descuidados estaban ocultos por un muro de piedra, pero el techo de su desolado salón principal era visible y, más lejos, la cúpula de su capilla adjunta y parcialmente arruinada.

—Sí. Sí, —susurró Renfield, respondiendo a un mensaje que solo él podía oír.

—*Prepara el camino para el amo.*

En realidad pedía tan poco, adoración, obediencia. A cambio de su devoción....una promesa al mundo y todas las criaturas con sangre en él. Todo se le concedería, si obedecía. Pero si fallaba al amo, sería castigado con una muerte atroz, la perdición y todas las torturas eternas que los demonios del infierno pudieran concebir.

Renfield sujetó las barras de hierro...y se desvaneció.

El clima asolador continuó incesante el lunes 26 de julio. Las olas sacudían el barco e inundaban sus cubiertas. A pesar de que las escotillas estaban cerradas, el agua de mar se filtraba hacia abajo. Todo en el entrepuente estaba tan húmedo como arriba. Los espíritus de la valiente tripulación estaban marcados, ignorando que eran lo que...

El Conde Drácula guiaba los elementos terrenales del agua y el aire. Entonces, desviando su concentración hacia sus discípulos humanos, desde su caja de tierra oscura y mojada, escuchó lo que Lucy había oído:

—La vi desde la ventana anoche. Tras cruzar el puente levadizo, había subido las escaleras hasta el acantilado de la abadía. Sus pantuflas, el borde de su camisón, estaban empapados. No sabía qué hacer, así que simplemente la seguí. Temía despertarla. Se dice que es malo despertar a un sonámbulo. Hizo una pausa en la tumba que miraba al mar como si estuviera esperando algo en el horizonte. Pero no había horizonte; estaba oscuro como un pozo. Finalmente, dejó caer los hombros como si se rindiera y se dio la vuelta.

—Estoy tan aliviada de que estuvieras allí. — ¿Crees, Mina, que ayudaría si cerrara su puerta con llave?

—Eso creo, Sra. Westenra, pero temía sugerirlo por miedo a lo que pudiera pensar...

— ¿Qué estabas siendo cruel? No pensaba nada de eso. Sé cuanto quieres a Lucy. Pero tengo tanto miedo, Mina, una fuerza terrible y oscura esté intentado apoderarse de mi hija; de su vida,

quizá de su alma. Por favor, hazlo, cierra su puerta con llave hasta que disminuyan esas pesadillas.

—Lo haré todas las noches, Sra. Westenra, se lo prometo. Haré todo lo que pueda para proteger a nuestra querida Lucy.

Lucy retiró la oreja de las puertas al salón y se alejó rápidamente. No debería haber estado escuchado, lo sabía. Pero una parte oscura de sí misma necesitaba saber. Agarrando su camisón, sus pies descalzos sobre el suelo pulido, se apresuró a subir las escaleras...antes de que la vieran.

Quería gritar, llorar, pero sabía que no podía hacer ninguna de las dos cosas. Era tan embarazoso. Por definición, ella no tenía ningún control sobre su sonambulismo. Si solo Mina y su madre comprendieran lo aterrador que era. Si solo pudieran escuchar la voz desde el mar. Los susurros de admiración, las advertencias contra la desobediencia. Si, de algún modo, pudiera explicar los sueños que la hacían caminar por los pasillos del Crescent para aventurarse a las calles de Whitby. Las aterradoras pesadillas con el hombre oscuro (¿Arthur Holmwood sin duda?) en las sombras. Sus promesas de amor eterno si ella obedecía.

Cerró la puerta de su habitación y se apoyó intentando recuperar el aliento. Era todo tan confuso. Pero ahora sabía una cosa, ahora no caminaría dormida. Ellas pensaban encerrarla con llave por la noche. Había escuchado cada palabra.

Lucy no sabía que Drácula también había escuchado cada palabra.

— ¿No estás avergonzado ahora?

— ¡Oh, Mar-tin! Renfield tropezó, casi cayéndose, mientras el camillero furioso lo arrastraba desde el jardín, por la entrada lateral, hacia su habitación en la parte de atrás de la planta baja (donde era menos probable que sus excentricidades molestaran a otros). Renfield dio un traspié, mientras Martin refunfuñó todo el camino.

—No está bien, hermano — insistió el camillero. —Tener moscas y arañas en tu habitación es una cosa. Aterrar a los otros residentes es otra muy distinta. No tienes derecho a molestar, a interrumpir sus tratamientos. El camillero, más enfadado de lo habitual, había registrado toda la propiedad. —No eres el único que intenta recuperar la razón. Cuando pasaste por ese enorme muro, dejaste muertos de miedo a todos los que te vieron. La enfermera nunca será la misma. No tienes nada que hacer en la antigua abadía. Eso

es propiedad privada. Podrías morirte en esas ruinas y nunca te encontraríamos. Martin sentó a Renfield en su catre. — ¿Me oyes? No tienes ningún derecho. ¿Qué estabas haciendo en Carfax, de todas formas?

Renfield frunció el ceño, una expresión generalmente reservada para el Dr. Seward, pero no dijo nada.

—Haz lo que quieras. Pero ya basta, viejo comedor de moscas. Ahora tendrás que pensar en lo que has hecho.

Un portazo y el sonido de la llave en la cerradura. Renfield, solo, se tiró contra la puerta. Intentó mover la perilla, sabiendo que estaba cerrado con llave, después cayó al suelo hecho un ovillo.

—Perdóneme, — gimió Renfield. —Perdóneme...amo.

En su caja, en la bodega del *Deméter*, Drácula se rió, disfrutando del juego, para después responder sin asomo de risa. Su mensaje, a través de la distancia, hizo eco en la mente torturada de Renfield. —*Yo no perdono. Yo no olvido. No me falles. La obediencia tendrá su recompensa. La decepción solo trae muerte y perdición. Prepara el camino para el amo.*

El terrible devastador siguió sin pausa durante todo el lunes 27 de julio. El *Deméter*, azotado irremediablemente por el viento durante todo el día, parecía estar compitiendo en la regata de Red Queen. Incluso el tozudo capitán Nikilov se vio obligado a reconocerlo y a rendirse. Se arriaron las velas, y las dos anclas. El barco se balanceaba entre el oleaje, cabalgando el viento; sus mástiles desnudos y los bauprés plegados señalando como dedos de un esqueleto al cielo, atravesado por relámpagos.

El aire en el entrepuente era cada vez más rancio, pero con las olas rompiendo sobre el barco, subir a tomar aire fresco era impensable. Las guardias, a pesar de las líneas de seguridad atadas en la cubierta, habían sido limitadas debido al peligro. El timonel, atado a la caseta por una línea posterior, manejaba en solitario el timón y la cubierta en turnos drásticamente acortados (de una hora). La goleta resistía casi milagrosamente. Pero estaban apareciendo grietas en las mentes de la tripulación.

Popescu, siempre quejándose, ahora lo hacía por lo bajo. (Al parecer había desaparecido el rosario de su madre). Usaba la poca energía que le dejaba la tormenta para lanzar miradas de sospecha a su alrededor. Rezaba con frecuencia, pero solo por él mismo. Amramoff y Olgaren, los que llevaban más tiempo con el capitán y el barco, eran inseparables, pero se habían distanciado del resto de

la tripulación. Olgaren solo hablaba con Amramoff y dormía cada momento que no estaba en la cubierta. El carpintero fingía buen humor pero no convencía a nadie. Su risa familiar había desaparecido.

En cuanto a los oficiales... Eltsin se movía como un gato: silencioso, alerta. Para qué, nadie lo sabía. Constantin estaba más inquietante y distante que nunca. El capitán Nikilov, poco sociable en la mayoría de los contextos sociales, estaba cada vez más introvertido.

Swales, el más viejo, era también el más ocupado. Con sus menguantes números, los horarios de guardia y comida se habían ido al traste. Con el clima golpeándolos con tal fuerza, no se podía encender la cocina...y no había comida caliente. Swales se ocupaba de que tuvieran comidas frías. Cuando no estaba preparando comida, cuidaba de la joven (todavía la mitad de los que quedaban pensaba que era un chico).

El descompuesto Harrington sufría extremadamente y, si no fuera porque se preocupaba del bienestar de Ekaterina, se habría rendido por completo. Al igual que los otros, tenía frío, estaba mojado y se sentía miserable y no había dormido casi nada durante días. A diferencia de los otros, Harrington no era un marinero. Cuando estaba levantado, el académico se esforzaba por encontrar al vampiro en su niebla.

Swales estaba de acuerdo. No habían tenido tiempo de cazar, fundir el crucifijo, hacer las balas, robar la pistola. El clima los convertía a ambos en amenazas terriblemente inadecuadas para el monstruo.

Al mismo tiempo, se esparció el rumor entre los hombres de que la maldición del barco era responsable del mal tiempo que los perseguía. El capitán no lo aceptaba y el primer oficial no quería ni oírlo. Swales y Harrington creían que los murmullos estaban más cerca de la verdad de lo que nadie se imaginaba. Pero esa convicción se enfrentaba con una alarmante paradoja: el asolador mar hacia casi imposible matar al monstruo, pero terminar con la criatura era precisamente lo que debían hacer para poner fin a ese horrible clima.

Aunque las nubes impedían verla, la noche cayó otra vez sobre el mar, en algún lugar entre la Bahía de Vizcaya y el Canal de la Mancha, y sobre el *Deméter* perdido en el medio.

En su cubierta revuelta, sin ojos humanos, un remolino de vapor

escapó desde debajo de los cerrojos de la escotilla delantera. La fluctuante nube tomó forma y un envejecido y gris Drácula caminó solo por la proa. Empapado por la lluvia, arropado en la niebla, estiró las manos...concentrándose a través de las millas...

Los ojos de Lucy se abrieron, aunque seguía medio dormida, cuando Mina dejó la habitación. Sigilosamente, como en un sueño, se levantó de la cama y caminó sin hacer ruido hasta la puerta. Puso su oreja en la puerta y escuchó. Allí fuera, otra vez, Mina y su madre conspiraban.

— ¿Lucy? Ella está...

—Camina más que nunca, Sra. Westenra. Todas las noches me despierta con sus movimientos. Tira de la puerta, intentando salir. Hacia donde, para qué, no lo sé. Mina suspiró, sonando cansada.

Lucy sintió un inquietud por la ansiedad que estaba causando. Sus actividades nocturnas despertaban a Mina. Su amiga estaba cada vez más nerviosa y le costaba dormir. ¿Pero qué podía hacer ella?

—Gracias a Dios, la salud de Lucy es estable. Mina siempre pensaba en los demás. —Sus mejillas son de un encantador rosa. Ha perdido parte del aspecto anémico que tenía. Solo que... Lucy parece estar anticipando intensamente — no sé — algo.

—Quieres decir, ¿algo bueno?

—Sí — dijo Mina tranquilizadoramente. —Oh, sí, Sra. Westenra. Solo rezo porque dure.

Se alejaron y el pasillo quedó en silencio. Lucy intentó abrir la puerta y, como esperaba, la encontró cerrada con llave. Sabía que solo estaban velando por su bienestar. Sabía que solo querían lo mejor para ella. Pero...

¿Por qué me están haciendo esto? ¿Por qué intentan alejarme de ti?

Lucy cayó al suelo junto a la puerta...llorando silenciosamente.

¡Martin ya no lo soportaba! Londres estaba a treinta minutos de tren hacia el oeste. ¿Por qué demonios seguía allí?

Renfield había desaparecido otra vez. Martin había buscado en el sanatorio y sus terrenos, de arriba abajo, sin ningún resultado. El camillero estaba otra vez dentro, preguntándose cómo podría explicar la ausencia del hombre, cuando escuchó gritos en la planta baja. Distinguió dos voces mientras corría en esa dirección; la del Dr. Seward y el agudo chillido y la desagradable risa del mismísimo comedor de moscas.

— ¡Renfield! ¡Deje eso! ¡No se lo repetiré!

Martin, sin aliento ni paciencia, entró en el estudio del doctor sin molestarse en tocar la puerta. Allí estaba Seward dando órdenes. Al otro lado del escritorio, agachado, Renfield reía e ignoraba al psiquiatra y todo lo este que representaba. El lunático tenía agarrada por el cuello a la gata tricolor del sanatorio, lamiéndose los labios mientras Tabby luchaba por liberarse.

¡Vamos, hombre! ¡Vamos! ¡Déjala, comedor de moscas! Martin le quitó la gata.

— ¡Ohh, Martin!

—Escuche. — El camillero puso en el suelo al aterrado animal que salió disparado. — ¡Tiene que dejar en paz al gato! Tabby pertenece a todos, entiende. Y tendrá que dejar de perseguirla. Has aterrado a ese pobre animal.

— ¡Oh, Mar-tin!

— ¡Ni una palabra más! Estoy harto de ti. Ven conmigo.

— ¡Pero él me la dio a mí! —gimoteó Renfield.

— ¿De qué estás hablando?

— ¡La gata tricolor! —lloriqueó Renfield. — ¡El amo me la dio a mí!

—Renfield, por favor, — dijo Seward secamente. —Nunca hice tal cosa.

Renfield se detuvo abruptamente. Con expresión de idiota, se giró a observar al doctor, como si fuera un insecto. Entonces rompió a reír.

¡Ven, comedor de moscas!

Riendo histéricamente, Renfield permitió que el camillero lo acompañara fuera.

Drácula también se reía.

Delante del mástil trinquete, el barco cabeceaba y sacudía sus anclas en el furioso mar, y el vampiro cambiaba de estado. Abandonó su forma humana, transformándose en vapor, mientras las olas azotaban el baluarte y se estrellaban contra la cubierta. El agua pasaba a través de él. Entre las ráfagas de agua y espuma, recuperó su forma sólida.

Y así, como el fantasma temido por la tripulación, un envejecido Drácula cumplía su propia guardia en la proa.

El miércoles 28 de julio trajo más de lo mismo: lluvia persistente, ráfagas irregulares de relámpagos y la desafortunada goleta golpeando las cadenas de sus anclas con el temor de que seguiría haciéndolo todo el día. No se había logrado ningún avance, y nadie

a bordo tenía la menor idea de dónde estaban. Pero, bien entrada la tarde, aparecieron señales de que la suerte podría cambiar. El clima, aunque seguía siendo horrible (especialmente para los marineros inexpertos), empezó a remitir. Cerca del atardecer, o al momento en que el sol debería ponerse, la tormenta se debilitó lo bastante para que la cubierta viera por fin tráfico humano.

La rueda estaba atada. El capitán estaba de pie junto al timón bajo la luz de la lámpara, perdido en sus pensamientos como hacía últimamente, cuando un grito desde la caseta atrajo su atención.

— ¡Cuatro días de esto! El segundo oficial salió, su impermeable lucía como si hubiera ido a nadar. —Cuatro días, —repitió Eltsin — ¡en el infierno!

Quizá estaba cansado, aburrido del mal tiempo y de los días sin cambios, en cualquier caso Nikilov ignoró la maldición impertinente del segundo oficial. Además, tenía razón. Ni el cielo podría discutir que habían sido maltratados. El capitán puso una mano sobre la rueda, asintió y suspiró — Sí.

—Estoy tan agarrotado y débil que apenas puedo moverme.

—Lo siento, Georgiy, lo siento por ti y contigo. Prueba a ser el doble de viejo.

Su queja era idiota, Eltsin lo sabía. Habían pasado por esto antes, días endemoniados, juntos. Había soportado lo mismo que los demás. Era un mal comienzo para lo que había venido a decir en realidad. —Capitán, —dijo buscando las palabras y el coraje para volver a empezar—Algo se rumorea entre la tripulación. ¿No piensa que es posible que algo en el barco esté causando este mal tiempo?

—Ya hemos hablado de esto, Sr. Eltsin.

—Sí, señor, pero...

— ¿Qué significa eso, causar? ¿Pregunta si alguien aquí está controlando el clima?

—Usted dijo, capitán, que nunca había visto un tiempo tan violento, que durara tanto, en estos mares. Ni yo, ni nadie, me imagino. Tormentas a finales de agosto, en los Bancos, sí. ¿Pero aquí? ¿Ahora? No es natural, esta tempestad interminable. Quizá lo que sea que está en el barco...este horror sin nombre...

— ¡No hay nada en mi barco, Sr. Eltsin! Nikilov, que rara vez gritaba, vio el miedo reflejado en los ojos del segundo oficial y se arrepintió del tono. Bajó la voz. —No hay nada a bordo de este barco que no deba estar aquí. Nada excepto miedo. El miedo es nuestro problema; la carga más destructiva que un barco pueda llevar. Los ojos del capitán se endurecieron con determinación. — Georgiy, necesito su ayuda. Los hombres no están equivocados, pero

tienen el objetivo equivocado. Este miedo es la carga de la que debemos deshacernos, tirarla al abismo, para que las mentes y los corazones a bordo de este barco puedan recuperarse.

El segundo oficial temblaba involuntariamente. Luchando por controlar el temblor, asintió y dijo, —Le ayudaré, capitán, en lo que pueda.

Nikilov sonrió (por primera vez en cuatro días). — ¿Por qué no está durmiendo...cuando tiene la oportunidad?

—Todos están en cama. Pero nadie duerme, —dijo Eltsin. — Están, quizá, demasiado agotados.

—Sí. La rueda del timón dio una sacudida. Nikilov la desató, agarró firmemente los radios, y habló al timón con las manos. La popa se enderezó, descendiendo de una montaña furiosa de agua, y silenció el rugido de las cadenas del ancla. Volvió a la conversación como si nunca la hubieran interrumpido. —Entre nosotros, Georgiy, ya no sé cómo organizar las guardias. Nadie está en condiciones de cumplir su tarea.

El segundo oficial asintió. —Yo vigilaré, señor, y me ocuparé del timón cuando sea necesario. Usted ya lleva demasiado tiempo. Y en cuanto a los demás... Déjelos descansar algunas horas más. Quizá logren dormir.

Nikilov contempló su empapada cubierta, repleta de líneas, barriles de lluvia derramando el líquido sobrante con cada movimiento, velas arrizadas goteantes en la mesana y la principal, mástiles desnudos en la proa (como la cruz de Jesucristo en el Gólgota contra las nubes en movimiento). El viento racheaba esporádicamente pero parecía estar remitiendo. El mar continuaba siendo aterrador, pero el capitán sentía que se estaba calmando. Mañana, pensó con alivio, mañana podrían ponerse en marcha otra vez.

—Sí, — Nikilov se escuchó que decía a Eltsin. —Quizá descanse un poco.

Cayó la noche. El *Deméter* siguió anclando en un agitado -pero debilitado - mar, y Eltsin siguió solo ante la rueda atada. No se quejaba. Se había presentado voluntario como vigía y timonel que no timoneaba. La tripulación estaba demasiado exhausta para hacer las dos cosas y ni siquiera para cumplir sus guardias regulares. Se merecían un descanso y su cordura lo exigía. El capitán y el oficial ciertamente cumplían su función y más. Eltsin no se estaba quejando. Podía hacerlo y era su deber. Esto no le gustaba.

Tenía un *presentimiento*. Eltsin era el tipo de hombre que tenía *presentimientos*. Cuando los tenía, generalmente reaccionaba y rara vez lamentaba haberlo hecho. Ahora, algo le estaba causando un presentimiento. Había una vibración en el aire que no le gustaba. (La niebla que había aumentado a pesar de los vientos). Lo había sentido antes, en este viaje; esa extraña impresión cerca de la bodega delantera. Era descabellado, Eltsin lo sabía, ya lo había demostrado. Todas esas horas montando guardia en la bodega sin nada más que cincuenta cajas de tierra y un idiota. Se rió de su propia estupidez.

Todavía se estaba riendo cuando caminó alejándose del timón.

Eltsin se encontró abajo, a los pies de la escalera de la caseta, como si estuviera en un sueño. Su sombra se estiraba, larga y delgada por la escalerilla debido a la luz tenue del farol de cubierta de arriba. Estaba a mitad de camino, sin darse cuenta de que había dado un paso, cuando algo desde dentro le llevó a recuperar la conciencia. ¿Qué estaba haciendo? ¡Había abandonado la guardia! ¡Había dejado solo el timón! Aunque estuvieran anclados, seguían estando en el mar y no había nadie arriba para mantener el barco centrado. No podía ser tan irresponsable. Y sin embargo...

Eltsin entró al camarote de la tripulación, llegó a tientas hasta el catre del carpintero y puso la mano sobre la boca de Amramoff. — Te necesitan — susurró. ¡Levántate!

Amramoff se arrastró desde las profundidades, agitó su cabeza de cono y su pelo como recuerdo de una fiesta y adormilado se puso las botas. Agarró su pañoleta, colgada en su estante, y se arrastró fuera cerrando la puerta tras de sí.

—Ocúpate de la guardia, Pasha, —dijo el segundo oficial. — Seguimos anclados. Solo mantén la goleta centrada. Si Dios alguna vez vuelve al viaje, bueno...veremos. Desvió su atención hacia adelante, a la oscura escalerilla descendente.

— ¿Estás bien?

Eltsin no contestó pero señaló, como ausente, las escaleras y la cubierta. Amramoff obedeció, subiendo y saliendo a la niebla. El segundo oficial se giró hacia el interior del barco, sintiendo el *presentimiento*, o lo que fuera que fuese, más fuerte que nunca. Avanzó lentamente hacia adelante en el oscuro entrepuente.

Algo detrás de la puerta de la bodega lo llamaba.

Eltsin prendió una cerilla. Su resplandor, aunque no sabía cómo ni por qué, lo encontró ya de pie en la bodega delantera. Puso la llama al farol y después lo levantó de su soporte. Exploró la oscuridad; cajas (con lonas y sin ellas), barriles, cajas y sombras cortantes a su alrededor. La puerta a la escalerilla estaba cerrada, y no recordaba haberla atravesado. El *presentimiento* lo había llevado allí.

¿Qué eres? —susurró Eltsin. — ¡Sé que estás aquí! Eres el culpable de....lo que le ha ocurrido a la tripulación. Tú eres la causa de este clima. Nos has golpeado hasta la muerte. Se aclaró la garganta, su voz subiendo por la ira. — ¡No te tengo miedo! ¡Voy a dar contigo! ¡Te destruiré!

Tras él, sin ser vista, en silencio, una araña descendía desde la viga superior en un hilo de seda.

Era una viuda negra mediterránea, aproximadamente del tamaño de la nueva moneda de oro de 10 rublos, y de un negro centelleante con trece círculos rojos en su estómago redondo. Sus ocho patas se flexionaban con dedos como esqueletos mientras la criatura avanzaba hacia el suelo. Su diminuto cuerpo lleno de mortal veneno. A un lado, en su propio hilo, descendió una segunda araña como si estuviesen compitiendo en una carrera. Detrás de la segunda venía una tercera. Y otra. Y otra más.

A Eltsin se le erizaron los cabellos de la nuca. En los brazos se le puso piel de gallina. Y, por su vida, no sabía por qué.

Entones, delante de él, vio una araña negra caer desde la viga superior. Descendía en una atadura de seda, hilando mientras caía. Detrás bajó otra. Y, tras esa, otra más. Aspiró con toda su fuerza el aire viciado y húmedo y con una mano temblorosa levantó su farol. El resplandor ámbar lo acompañaba en su horror. ¡Docenas de ellas! Arañas viuda negra cayendo de la viga superior como lluvia, dejando tras sí barras plateadas de seda hasta el suelo.

— ¡Dios mío!

Tan absorto estaba Eltsin en su terror, que escuchó la risa. Al final, se concentró en sus oídos y en su mente; una risa con timbres sacudió al segundo oficial hasta el alma. Se giró, llevando la luz amarilla de la lámpara, para mirar la pared de redes y arañas tras él y, más allá, la figura de un hombre de pie en las oscuras profundidades de la bodega. Eltsin se paralizó, su farol se agitó al fijar el haz sobre el extraño, ¡e intentó respirar!

La luz se veía reflejada en los ojos rojos de la cara blanca de un anciano; el viejo alto, descrito por Petrofsky, el muerto y desaparecido Petrofsky. ¡Estaba viendo al fantasma del barco!

Demasiado horrorizado para pretender nada, Eltsin se movió por

instinto, atizado por un miedo ciego. ¡Tenía que escapar de la bodega! Corrió y tropezó con las redes verticales. Gritó, disgustado por su agarre pegajoso, tropezó y cayó violentamente sobre su cara. Su lámpara golpeó el suelo con un sonido metálico, todavía intacta, todavía iluminaba. Levantándose, arañando la red de seda, el segundo oficial tropezó otra vez y cayó en su hamaca, que se mecía en el mismo lugar donde la había colgado días antes.

Las arañas atacaron, docenas de ellas escabulléndose sobre la hamaca, sus ropas, su carne en la penumbra. Empezaron a morder. Eltsin gritó, repetidamente, estupefacto por la agonía. Su ataque era implacable, atroz y cubría todo su cuerpo: brazos, piernas, pecho y rostro. Lo mordieron y le inyectaron su veneno.

Eltsin gemía de dolor. Rápidamente le salieron ronchas alrededor de las mordidas, docenas de ellas, inflamadas, goteando sangre. Sus músculos empezaron a acalambrarse. Su respiración empezó a fallar. El labio superior sangrante triplicó su tamaño. El ojo derecho desapareció tras un parpado inflamado.

Un nuevo dolor atacó su ojo derecho dilatado. Las lágrimas se acumulaban, cegándolo, como si una luz blanca lo apuñalara. Jadeando por aire, luchando por ver, solo podía intuir la silueta del extraño — el diablo en la bodega— de pie junto a él con lo que debía ser su farol caído.

—Las arañas, — dijo el diablo riéndose. —Tejen sus redes para la mosca incauta....porque la sangre es vida. Mantuvo la lámpara cerca de su rostro blanco, sus ojos rojos, sus dientes afilados....y sopló para apagar la llama.

En la oscuridad profunda de la bodega fría y húmeda, Georgiy Eltsin gritó.

Capítulo veintiséis

Incluso Popescu encontró razones para alegrarse la mañana del jueves 29 de julio. El barco flotaba anclado y la tormenta, por lo que podía escuchar y sentir, había terminado, al fin. No estaba alegre, por supuesto, pero tenía motivos para estarlo hasta que puso un pie en la cubierta. Al descubrir a Amramoff en la rueda, en lugar del segundo oficial como esperaba, se inquietó otra vez, — ¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó.

El carpintero le devolvió la mirada —afligido— sin ofrecer respuesta. El terror inundaba sus ojos.

— ¿Qué te pasa? ¿Dónde está el segundo oficial?

Los labios de Amramoff temblaron. Popescu agarró al timonel por los hombros. —Pasha, ¿dónde está Georgiy Eltsin? El ruso empezó a llorar, agitando su cabeza incontrolablemente. —Está bien. Está bien. —Popescu apretó el brazo de su compañero. —Voy adelante a buscarlo a la proa...

— ¡N-no! Balbuceó Amramoff, con lágrimas mojándole la barba. —No, ¡no vayas! ¡Él fue hacia la proa y nunca volvió!

— ¿El segundo oficial?

—Se fue hacia la proa. ¡Pero no ha regresado!

—No está abajo. No está en su cama.

Amramoff solo tembló y lloró.

—Quédate aquí, vigila el timón. ¿Puedes sujetar la rueda? —Voy adelante a buscarlo. Volveré enseguida. Popescu no era un hombre valiente. Pero el carpintero no ayudaba y, francamente, lo estaba asustando tanto que el rumano quería alejarse. —Quédate aquí. Sujeta la rueda.

Popescu se dirigió hacia la proa. Llegó rápidamente a la cubierta de proa, después avanzó más despacio. Detrás de la caseta, hizo una pausa para tomar un poco de agua del barril de lluvia (se le había secado la boca). Se mojó la cara, respiró profundamente y....avanzó diez pasos hasta que se paró en seco.

Las puertas de la escotilla de proa estaban abiertas.

— ¿Sr. Eltsin? Hola. Georgiy ¿está usted ahí? — Se acercó hasta que pudo ver toda la escotilla abierta y quedó paralizado.

Una enorme telaraña, un complejo patrón de gris y plata cubría el interior de la escotilla. Se persignó y se estiró para echar un vistazo en la bodega, más allá de la nube de telarañas. —Sr. Eltsin, ¿está usted ahí?

Popescu retrocedió, mareado de vértigo. Tragó una bocanada de aire para aclararse la cabeza. Se volvió hacia estribor, con el corazón acelerado y gritó: — ¡Todos a cubierta! ¡Todos a cubierta! — La campana del barco empezó a sonar. Aparentemente, Amramoff había salido de su estupor. — ¡Todos los marineros a cubierta! ¡A cubierta!

En unos minutos, lo que restaba de la tripulación se encontraba en cubierta: el capitán, el primer oficial, Swales (con aspecto anciano), Olgaren, Harrington, Amramoff (todavía en el timón pero alerta) y el tembloroso rumano que los había llamado. Popescu dirigió al grupo hacia la bodega delantera abierta. Sus exclamaciones al acercarse, desde la sorpresa, a la alarma, hasta el terror extremo, dejaron claro que todos estaban tan sorprendidos e impresionados como él por el trabajo de la tela araña plateada. Todos excepto el primer oficial.

— ¡Es una telaraña! Constantin dijo con desdén. — ¿Y qué?

—El Sr. Eltsin ha desaparecido.

— ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? El oficial rasgó el borde de la telaraña sobre la escalera. Hizo un orificio a través de ella, con restos fantasmales adheridos a su bota, y empezó a descender, Por un momento, su farol relució cálidamente desde la silenciosa oscuridad. Entonces Constantin gritó, no de terror sino de rabia, de ira desenfrenada. Un juramento de fuego azul voló desde la bodega, seguido de sonidos repetitivos de sus talones contra la cubierta. Entonces se escuchó un grito sobre las pisadas. — ¡*Karakurts*!

Era el nombre balcánico de la mortal araña y expresiones de terror recorrieron la cubierta. El impacto colectivo fue interrumpido por otro grito.

— ¡Bajad aquí y ayudarme!

Olgaren bajó, pisando las viudas negras hasta convertirlas en pasta. Los demás fueron descendiendo, uniéndose a su danza, pisando las restantes arañas, persiguiendo las que intentaban escaparse, luchando por pasar y romper las cortinas de telarañas tejidas por la bodega.

— ¡Tened cuidado! ¡Estad alertas, en grupo pueden matar!

Era un buen consejo, ofrecido casi demasiado tarde, cuando una gran viuda negra fue a posarse sobre el hombro de Olgaren. Gritó, perdiendo el equilibro, al darle una palmada. Cayó sobre...algo... La hamaca de Eltsin. Olgaren se sacudió la araña. Se volvió para recuperar el aliento...y se paralizó de miedo. El ruso dejó escapar un grito que nadie a bordo podría olvidar jamás; todos los terrores de su alma surgiendo al mismo tiempo.

En la hamaca (meciéndose al ritmo del oleaje de la nave anclada), envuelto con la hamaca como un capullo de seda de araña, gris como una estatua de mármol en la entrada al infierno, yacía el segundo oficial del barco. Lo poco que se veía de Eltsin lo mostraba horriblemente mordido, hinchado, con un ojo sin vida mirando aterrorizado. Ignorando a Olgaren, las viudas negras se revolvieron en su obra de arte envuelta en la telaraña.

Se pueden imaginar los detalles, las exclamaciones de cada hombre al enterarse de lo que había ahí; ¡los lamentos, los susurros, las miradas estupefactas que siguieron! La alegación del santurrón Popescu de que Eltsin tenía al león en su propia madriguera, las risitas de Harrington hacia el pomposo rumano que mezclaba sus metáforas bíblicas, los juramentos de ira de Constantin al ordenar a Popescu, y después a todos los demás, que se callasen. Alguien cortó la hamaca de Eltsin. El cadáver envuelto en seda fue subido a la cubierta, elevado al bauprés y envuelto en la cadena del ancla.

—Tírelo al mar, — dijo Nikilov en un susurro.

— ¿Señor? —preguntó Olgaren. — ¿No haremos un funeral?

—El capitán no necesitó un cuerpo para el funeral de Petrofsky, — gruñó Constantin. —Tampoco lo necesita ahora. Los hombres, mirando silenciosamente a la cubierta, lo enfurecieron aún más. — Estabais tan dispuestos a aligerar la carga del barco antes... Tirad la maldita cosa. ¡Sacadla de mi barco!

Con un puñado de arañas todavía tejiendo el capullo de la hamaca de Eltsin, y sin más ceremonia, el difunto segundo oficial fue arrojado al mar. El abatido grupo lo siguió con la mirada hasta que el capitán pidió que le prestaran atención. —Sr. Swales, Sr. Popescu, eh, Sr. Harrington, si está dispuesto, joven — dijo Nikilov. —Por favor vuelvan a la bodega. Asegúrense de que estas...arañas. Deben matar a todas las que queden. Con diligencia, con mucho cuidado. Los tres empezaron a bajar, e incluso Popescu se guardó su disconformidad para él.

—Sr. Constantin, ya es hora de que reanudemos la marcha. Izad

las velas, mientras averiguo donde demonios estamos.

El capitán fue a buscar su sextante, mientras el primer oficial, Olgaren y Amramoff subieron a lo alto.

Por fin en marcha otra vez, con un suave viento N.N.O., el capitán y el primer oficial se ocuparon del timón y la guardia y mandaron a la tripulación a comer. Es posible que Nikilov no lo hubiera hecho, y Constantin seguro que no, si hubieran sabido que la tripulación transformó la comida (nadie tenía hambre) en una asamblea clamorosa. No era sorprendente que el supersticioso Popescu la dirigiera y, en poco tiempo, transmitiera el pánico a los demás.

— ¡Wurdulak! ¿Qué es eso? Amramoff se acarició su barba puntiaguda. — ¿Qué significa Wurdulak?

Popescu, que había pronunciado la palabra, ahora dudaba. Harrington respondió por él. —El vampiro. El hombre muerto que bebe sangre.

— ¿Qué? ¿Por qué un bebedor de sangre? — preguntó el carpintero al académico. Dirigió su pregunta, y su mirada inquisitiva, a Popescu. ¿A quién le han bebido la sangre?

Harrington abrió la boca y Swales le dio una patada bajo la mesa. — ¡Eh! —gritó, girándose en dirección al cocinero. Swales negó con la cabeza. El resto del grupo, concentrado en Popescu y su atroz afirmación, ignoró sus excentricidades.

— ¿La sangre de quién?, —repitió Amramoff. — ¿Por qué este...Wurdulak?

— ¿Puedes explicar los tres hombres muertos? —preguntó Popescu.

—En el mar ocurren accidentes. Eso no es ninguna novedad. Dicen que solo la flota pesquera de Gloucester pierde unos ciento cincuenta hombres por temporada en los Bancos.

—Pero saben cómo y cuándo; se pierden barcos y botes planos, hombres que se caen por la borda durante una tormenta, accidentes. Nosotros flotamos. No hemos tenido accidentes, excepto la mano de Petrofsky, y el golpe en la cabeza del cual el joven Funar parece incapaz de recuperarse. Popescu ignoró la mirada fría de Swales. —Estos son nuestros únicos accidentes. Funar vive. Petrofsky no murió por su mano. No. Desapareció, sin un grito, en una noche tranquila. Smirnov también; sin olas, simplemente se esfumó. ¿Quién o qué los mato?

— ¿Un monstruo los asesinó? ¿Quién entonces? ¿Quién es este cadáver que bebe sangre que nos atormenta, Bogdan? — ¿Quién es

este Wurdulak?

—Feliks Petrofksy.

El viento hizo un silbido al descender por la tubería de la cocina. El mar pasaba a toda velocidad por los lados del barco. Nadie respiró en el comedor. Hasta... Olgaren pronunció las primeras palabras, fuera de las dirigidas a Amramoff, que había pronunciado en días. —Petrofsky, — dijo a punto de estallar — era amigo mío.

—Sí, por supuesto, —contestó Popescu, inalterable. —Ese es el punto. El Wurdulak se hace amigo de todas sus víctimas. Solamente ataca a sus amigos y familia. Se hizo amigo de todos los miembros de la tripulación. Sin embargo, albergaba oscuridad y tristeza. Debido a este barco, los rumores de una maldición...

— ¡Difundidos por ti!

— ¿Acaso fui yo el único?

Olgaren miró a los otros que, avergonzados, negaron con la cabeza. Animado por esa victoria menor, Popescu continuó. — Petrofsky se suicido debido a su propio miedo. Al hacerlo, cumplió su propia profecía. Está maldito y vuelve de entre los muertos para alimentarse de sus amigos. Nos matará a todos.

— ¡Tonterías! La sala se llenó de gritos como ¡Superstición ridícula! Uno levantó la mano para pedir silencio. —El segundo oficial no murió a causa de un bebedor de sangre. Eltsin fue asesinado por las arañas.

—Sí. Popescu escupió su disgusto. —El engendro del diablo. Petrofsky es un Wurdulak porque se suicidó. Su suicidio dejó en evidencia al diablo. Debido a él, el diablo manda en este barco...y la legión de infierno para atacarlo.

Amramoff se puso de parte de Olgaren con su propio ruido burlón.

— ¿Has visto alguna vez tantas viudas negras? ¿Tantas alimañas mortales? Tú lo viste.

—Todos lo vimos, —dijo Amramoff. — ¿Y qué? ¿De qué estás hablando?

—Este barco. La maldición del *Deméter*.

—Bla, bla, —dijo Olgaren, golpeando la mesa con un sonido metálico aterrador. —Nos tomas por idiotas. ¿Qué eres tú? La maldición. Bla, tus habladurías. ¡Debería cortarte la garganta!

—Adelante, —dijo Popescu. —O espera y la maldición lo hará por ti.

— ¿Qué estás diciendo? —saltó Olgaren, golpeándose la frente con la viga superior. Soltó un chillido y se agarró la parte superior del cráneo. Nadie se atrevió a reír. A través de los dientes

apretados, preguntó otra vez, — ¿Qué quieres decir?

—Somos un barco maldito. Los que no mate el Wurdulak, los matará el diablo.

Se oyeron gritos. —Tranquilos, chicos, —dijo Swales. —Este es un mundo extraño. Por mi parte, yo le creo.

Un clamor. A Harrington, temiendo por Ekaterina, y al que le preocupaba que sus planes se desbaratasen, devolvió el favor y le dio una patada a Swales. — ¡Eh!— gritó el cocinero. Levantó una mano al inglés, indicando que todo estaba bien, después se dirigió a los demás. — ¡Bueno, vamos! Lo que quise decir fue... — Se volvió hacia Popescu. —Yo creo que *tú* crees en esta superstición. Pero es solo eso, joven. Todos los países, todas las aldeas las tienen. Mi propia ciudad adoptiva, Whitby, nuestro destino, tiene una abadía encantada donde se dice que una dama blanca camina por sus salones en ruinas. Durante siglos la han visto en una ventana.

— ¡Entonces es real!

—Es un reflejo del sol en algo metálico. Os lo mostraré cuando lleguemos allí.

—Me temo que no llegaremos — susurró Popescu. Se persignó. —Puede que no creas en tu Dama Blanca, pero yo sí. Y creo en el monstruo del *Deméter*.

La reunión se dispersó. Los hombres se fueron a cubierta o a sus catres. Popescu retrasó su salida para vigilar a Swales y Harrington. Algo en ellos había despertado su curiosidad. Se asomó para ver al cocinero siguiendo a Harrington al camarote del pasajero. Swales echó un vistazo hacia atrás al doblar la esquina pero Popescu ya se había ocultado. El escocés solo vio el pasillo vacio. Swales volvió su atención a popa, para hablar con Harrington, ambos ignorantes de que alguien los escuchaba.

— ¿Por qué demonios me diste una patada?

—Por la misma razón que tú me la diste a mí. Oliver, nadie cree lo que dice Popescu. Tampoco nos creerá a nosotros, y no podemos permitirnos ninguna intromisión. Debemos proteger al barco y la tripulación, pero Ekaterina está primero.

Popescu aguzó el oído al nombre desconocido. ¿Quién era Ekaterina? Antes de que pudiera formular la pregunta, obtuvo su respuesta. Harrington abrió la puerta del camarote y saludó a alguien en su interior. El eternamente enfermo chico de cubierta contestó. Sin embargo, algo en la voz de Funar sonaba...diferente.

Popescu se deslizó hacia adentro para ver y escuchar mejor. El

cocinero y el pasajero inglés entraban en ese momento. Popescu intentó echar un vistazo, y vio algo justo cuando cerraban la puerta. No podía creer lo que veía. Un Funar de aspecto enfermo estaba en su catre, con un camisón suelto. Pero vestido así, sin la cara sucia y su gorra tejida, estaba tan claro como la luz del día...,

Funar era... ¡una jovencita!

¿Cómo estás? Preguntó Harrington poniendo su mano sobre la frente de Ekaterina. Estaba pálida, su piel sudorosa y fría.

—Cansada. Estaba a punto de echarme.

—Es una excelente idea, —dijo Swales desde atrás. —Ponte cómoda, mientras yo discuto algo con Trevor. Llevó a Trevor al otro lado del camarote, y susurró, —No hay momento como el presente, joven.

— ¿Disculpa? —preguntó Harrington confundido.

—La pistola A menos que ese ser inmortal esté sordo, sabe que vamos por él. Necesitamos esa pistola. El mar está tranquilo, la tripulación, el capitán y el primer oficial están en cubierta. Si va a robarla, es mejor que sea ahora.

—Pero todavía no tenemos las balas.

—Todavía no he podido encender el fuego ¿no? Una cosa a la vez. Y en este momento, ¡el camarote del capitán es una tumba!

—Necesito pensarlo un poco.

— ¡No hay tiempo para pensar después de eso! Yo cuidaré a la joven. Usted consiga la pistola.

Los detalles del inglés entrando a la habitación del capitán para buscarla podrían extender el relato. Pero no es necesario. La encontró rápida y silenciosamente, de puntillas, sin ser visto. Nikilov y el primer oficial se escuchaban claramente a través de las escotillas, en el timón, discutiendo acaloradamente con la tripulación. Popescu gritaba a todo pulmón.

Popescu soltó lo que sabía. La tripulación abandonó sus tareas y, juntos, se acercaron al capitán exigiendo —con el rumano como su portavoz —respuesta a dos preguntas incisivas. ¿Había una mujer a bordo del barco? ¿Había subido a bordo como miembro de la tripulación?

— ¿Quién demonios creéis que sois? —bramó Constantin. — Volved a vuestro trabajo. ¿O esto es un motín?

—No, señor, — contestó con desprecio Popescu. —No es un

motín. Pero no volveremos al trabajo, señor.

— ¡Cómo te atreves! Constantin levantó la mano para golpearlo.

Y lo habría hecho de no intervenir Nikilov. —Baje eso, Sr. Constantin. —Miró como su primer oficial bajaba la mano y después se volvió hacia la tripulación. Vio ira, vergüenza y miedo en sus rostros, y sintió que era su responsabilidad, que había fallado.

—Las respuestas a sus preguntas son, sí y sí. Hay una mujer a bordo. Subió a bordo disfrazada como Rada Funar, sin nuestro conocimiento. Fue descubierta después de su accidente. Si alguno siente que le he *mentido*, me disculpo. Pero debéis entender que fui engañado y tomado por idiota antes que el resto de vosotros.

— ¡Lo sabía! Petrofsky se volvió hacia sus compañeros. — ¡Os lo dije! —Se persignó. — Os dije en Varna que este barco estaba maldito. ¡Ahora sabemos el porqué!

—No hay ninguna maldición en este barco. Hay un polizón a bordo, nada más.

Los hombres, liderados por Popescu, se quejaron.

—Nuestros problemas empezaron con eso...al dejar subir a bordo...a la joven.

—Permitan que sea claro en esto, —dijo Nikilov. —Nadie debe tocar a esa joven. Yo soy responsable de ella y vosotros la dejaréis en paz. Lidiaré con ella cuando lleguemos a Whitby.

—Ella lo empezó todo, pero no termina con ella, —dijo Popescu. —Hay una maldición sobre este barco. Bueno o malo, debemos sacar esas cajas de la bodega...

—No dejaremos que la superstición nuble nuestro pensamiento, —dijo el capitán.

—Usted tiene una obligación hacia su tripulación, — insistió Popescu. — ¡Exigimos que se tiren esas cajas por la borda! — Se volvió hacia Olgaren y Amramoff que levantaron la mano. — ¿No?

Olgaren y Amramoff asintieron a la vez.

—Ya habéis escuchado al capitán, —gritó Constantin.

— ¡Sí, pero! —Olgaren estaba destrozado — ¡Esto no puede terminar aquí! No si...

Constantin agarró un espeque de la caseta. — ¡Maldito seas!— gritó y golpeó a Olgaren a un lado de la cabeza. El gran hombre se vino abajo como un árbol. Los otros retrocedieron, se hizo el silencio en la cubierta. El primer oficial sacó un bote de agua del barril de lluvia y se la arrojó al hombre inconsciente. Olgaren recuperó la conciencia. Al momento siguiente el aturdido ruso se levantó con una mano sobre la cabeza.

—Mal de ojo o no mal de ojo, —dijo el primer oficial. —La confianza de los propietarios del barco está en las manos del Capitán Nikilov, no en el mar. Incluso si el Diablo lleva carga a bordo de este barco, entonces está consignada y será entregada.

—Eso es suficiente, Sr. Constantin, —dijo el capitán. —Mosey, ¿no estás mal herido?

—No, capitán, —respondió el gran hombre en un tono monocorde.

—El Sr. Constantin tiene su atención, — dijo Nikilov dirigiéndose al grupo. — ¿Puedo asumir que tengo otra vez su obediencia? Recibió gestos de asentimiento de todos y, un momento después, tres gritos definitivos — aunque desanimados — de: «A la orden, capitán».

—Nadie se acercara al camarote del pasajero o la joven de abajo. Está herida y necesita descanso. Nadie pondrá la mano en las cajas en la bodega de carga. ¿Comprendido? No deben tocarse, ni manipularse. Ahora, volved a vuestras tareas.

El capitán hizo una señal a su primer oficial para que lo siguiera y empezó a bajar.

Harrington había revisado las estanterías de libros de Nikilov, su armario, y tenía las manos en el cajón superior de su escritorio cuando escuchó un sonido inconfundible de pasos. El académico entró en pánico. No tenía ninguna excusa legítima para explicar su presencia, y ninguna forma de salir, excepto la puerta por la que entró. En ese momento, la puerta a la escalerilla era empujada desde fuera. El inglés tomo la única medida a su alcance. Se tiró al suelo y se deslizó bajo el catre del capitán.

El capitán Nikilov hizo pasar al primer oficial y cerró la puerta.

Harrington no se habría mostrado por nada en el mundo. Yacía abajo sudando por el calor, temblando de miedo de ser encontrado y escuchando por curiosidad por la incapacidad de hacer otra cosa. Su búsqueda había sido interrumpida; su oportunidad de encontrar la pistola se había esfumado. Pero en unas pocas frases se enteró de cuán profundo era el conflicto, el grado en que los eventos quedaban en la mente del capitán y cuán seriamente se tomaba las tensiones que la tripulación asustada.

Nikilov encendió la lámpara, iluminando el calzado de su huésped invisible, y se aclaró la garganta. Antes de que empezara a hablar, fue interrumpido por el primer oficial.

—Lo siento, capitán, — dijo Constantin (sin sonar demasiado

arrepentido). —Por perder el control hace un momento.

—Sí, — asintió Nikilov. —Aprecio que lo diga. También apreciaría que no aplique castigos corporales a menos que yo lo ordene.

—A la orden, señor.

—Dicho esto, no lo he llamado aquí abajo, Iancu, para darle una reprimenda. Se detuvo junto al cajón inferior de su escritorio. Harrington retrocedió para no ser visto. Desde ahí, Nikilov sacó una gran caja de madera. —Lamento hacer esto pero me temo que no tenemos otra alternativa. —Puso la caja sobre su escritorio y levantó la tapa. En su interior, sin que Harrington pudiera verlos desde su escondite, yacían dos revólveres azules uno frente a otro.

— ¿Capitán? —preguntó Constantin.

Nikilov levantó una pistola de la caja. —Tengo la impresión de que usted y yo deberíamos estar armarnos. Examinó el cilindro para ver si las siete cámaras estaban cargadas, lo cerró y acercó el arma al primer oficial. —Y seguiremos armados hasta que descubramos la causa de nuestras...tensiones.

—Hemos registrado el barco una y otra vez. No hay nadie a bordo excepto la tripulación.

—Sí. — El capitán hizo un gesto de asentimiento a la pistola. —Tómela, si está de acuerdo conmigo.

En esas circunstancias, ¿cómo podría no estarlo? Constantin se guardó el revólver.

Debajo de la litera, Harrington se maldijo por no haber mirado ese cajón primero. Pero seguramente lo habrían sorprendido...antes de que tuviera la oportunidad de usarlo.

Arriba, ni Nikilov ni Constantin volvieron a hablar. Abandonaron el camarote y volvieron a cubierta y a su angustiada tripulación. Harrington salió del escondite, para contemplar la forma de dos pistolas grabada en una caja ahora vacía.

Capítulo veintisiete

Un golpe en el camarote del huésped puso en alerta a Harrington y a Swales. Ekaterina no había recibido visitas y pocas intromisiones en su encierro. No tenían razón para esperar cambios. Harrington abrió la puerta y Constantin entró con algo acechando su mente.

—Swales, te necesitan en la rueda. Dudó y después giró hacia el inglés. —El capitán pregunta, Sr. Harrington, si no le importaría subir también. Necesitamos a alguien que monte guardia y el resto de la tripulación está agotada.

—No tengo problema en ayudar, desde luego, —dijo Harrington. —Pero me preocupa dejar sola a Ekaterina. ¿Podemos confiar que la tripulación no la molestará?

— ¿La tripulación?

—Supongo, ahora que se sabe todo, ¿todavía siguen enfadados? Sus supersticiones...

—Yo no lo atribuiría a la superstición. Yo no soy supersticioso, pero odio su presencia. ¿No estaría usted también enfadado si le hubieran mentido? Agradezca a los poderes superiores que le protegen que yo no mande en este barco o todos ustedes hubieran sido azotados. Pero tal como están las cosas, el capitán ha ordenado que no la toquen. Por tanto, no la tocarán. Es así de simple. Desplegó su abrigo, los brazos en la cadera y Harrington vio la pistola en su cinturón. —Si alguien lo intenta — añadió el primer oficial— lo mataré. Ahora, si no les importa, en cuanto puedan suban a cubierta.

El denso vapor gris que era el Conde Drácula salió de su caja. Merodeó por un momento, como en un flujo, después se desplazó hacia adelante y arriba a la puerta de la bodega al entrepuente. La nube se encontró ante la puerta, y sus muchas grietas. Un instante después estaba en el otro lado, en la escalerilla.

El vapor cambió de estado y se transformó en el alto vampiro vestido de negro. Hizo una pausa un momento. Todo estaba tranquilo, excepto la madera que crujía, los sonidos atenuados de

los lienzos golpeados por el viento y los ruidos sordos y el chapoteo del agua desviada en la proa. Los oficiales y la tripulación que no estaban en cubierta estaban en su cama, muertos para el mundo, tan devastados por el viaje como su barco. El hombre alto caminó por la escalerilla hasta el final. Drácula puso su mano en la puerta y la llamó mentalmente.

Al otro lado de la puerta, Ekaterina rompió la cruz en el marco de su catre. Arrojó las piezas al suelo y corrió a la puerta. La abrió de par en par. El vampiro y su amante se encontraron el uno frente al otro.

Ella agarró la cruz sobre el marco de la puerta y la bajó. Drácula desvió la mirada mientras ella rompía el icono en pedazos y los tiraba junto a los demás al suelo. Ella levantó los brazos invitando a su amante.

Drácula sonrió y avanzó, entonces rugió y retrocedió otra vez. Sus ojos le picaban, sus cavidades nasales ardían. El ajo seguía presionado contra la madera en torno a la puerta. Enfurecido, se dio la vuelta y caminó de regreso a la bodega. No hizo ningún intento de ir más lento mientras se acercaba, ni se movió para abrirla, se golpeó contra la puerta a toda velocidad, y su cuerpo se transformó en vapor. Drácula había desaparecido, la niebla también. La puerta estaba intacta y sin cambios.

En la bodega, furioso, Drácula lanzó las manos hacia arriba. —Ekaterina— siseó, su voz goteando ácido y rabia. —Ven a mí. ¡Aquí, ahora, ven a mí!

— ¿Has estado alguna vez en Whitby, Trevor? —preguntó Swales apoyado en la rueda del barco.

—No, — respondió el académico. —El norte del país siempre ha sido un poco frío para mí, especialmente la costa. Soy un hombre de Londres.

Swales negó con la cabeza. —Puedes tener todo el Londres que quieras y más, a mi no me importa.

— ¿Por qué lo preguntas? Sobre Whitby, me refiero.

—Solo estaba pensado en ella, en Whitby, eso es todo. Miró hacia el mar, los ojos perdidos en la distancia sin ver. —Hay un gran arrecife que sube del puerto, se extiende hasta el mar alemán...

— ¿El qué?

—El Mar del Norte, para ti. Fui criado por un viejo marinero, — Swales rió entre dientes. —Veras, este arrecife va desde detrás del faro sur. En su extremo, flota una boya de campana. Cabalga las

olas y las oscilaciones del tiempo e imprime un sonido muy triste al viento. La escucho, en mi mente, la boya del puerto de Whitby, cuando indico la hora como acabo de hacer. Hay una leyenda que dice que cuando un barco se ha perdido, se oye esa boya de campana en el mar.

— ¿Lo crees?

—No, Son habladurías. Eso es lo que diría mi padre. Mentiras para los intrusos, y gente similar.

Harrington se rió. — ¿Para quién?

— ¡Los turistas! —dijo Swales. —Esa gente de York y Leeds que siempre están comiendo arenque ahumado y bebiendo té.

La puerta de la escalera crujió al abrirla y la estrecha luz ámbar de la lámpara del entrepuente lanzó una sombra hacia la oscuridad de la bodega delantera; la sombra alargada y delgada de Ekaterina. Se quedó ahí sin moverse, su cuerpo sumergido en el camisón enorme de Swales, mirando sin ver, hacia las profundidades. De todas formas se quedó mirando. Empujó la puerta hasta el límite y la luz delgada que llegaba de ella iluminaba la figura alta de su amo, abajo.

—Ven a mí, —dijo Drácula.

Ekaterina comenzó a bajar los escalones, de manera vacilante pero entusiasta. Se apresuró a cruzar la bodega. La madera húmeda le helaba los pies, el olor a moho y aire viciado le picaba la nariz, el cabeceo y balanceo de la goleta casi la hicieron caer de rodillas. Nada de eso importaba. Llegó hasta Drácula y se arrojó en sus brazos.

El conde la atrajo hacia él y su pequeño grito se transformó en un quejido. Con la mano derecha agarró su suave trasero, con la izquierda le abrió el camisón y exploró sus pechos pequeños y firmes. Peinó con las manos su cabello sobre el hombro. Con su delgada nariz y gran bigote, le acarició el cuello. Su agarre era helado pero increíblemente poderoso. Su aliento, fuente de podredumbre acre, era caliente y envolvente. Ninguno de los pensamientos de Ekaterina eran los suyos. Ella tenía una única necesidad imperiosa: entregarse en cuerpo y alma a su amo. El vampiro era pura lujuria cuando la acarició; solo hambre cuando hundió sus dientes en la garganta de ella.

Capítulo veintiocho

La mañana del viernes 30 de julio llegó con Swales todavía en la rueda del timón, físicamente agotado y con dolor de ojos por intentar ver a través de la maldita niebla Las velas estaban arriadas y el barco avanzaba muy lentamente. En dicho estado, ni siquiera se sorprendió cuando Harrington, todavía de guardia, apareció de la nada gris de un remolino de niebla como un artista en un acto de magia. El académico se acerco a él y quedaron estáticos, en silencio, cada uno sumido en su cansancio y melancolía.

Les habían advertido que estuvieran atentos a avistar tierra. Casi no podían ver una mano frente a sus rostros. Entonces algo salió de la niebla; no una visión sino un sonido, un llanto quejumbroso como el patético gimoteo de un gatito herido. Flotaba hacia popa desde algún lugar cercano.

Se miraron entre sí con un sobrecogimiento aterrador. Temblando, Harrington levantó su lámpara de aceite. Casi inútil ante la densa niebla, creaba un halo ámbar a su alrededor, pero no lograba iluminar nada que estuviera a más de un par de metros. Moviéndose para investigar, como era su tarea, Harrington lo escuchó otra vez. Era un grito débil de dolor y terror, pero esta vez sonaba humano.

Según el cálculo del inglés, solo podía venir desde la caseta, bajo la cubierta. Se acercó con rapidez y, al llegar a la puerta, se volvió para pedir apoyo a Swales. A menos de seis metros delante del timón, no podía ver al viejo cocinero a través de la niebla turbulenta. Solo, Harrington abrió la puerta y encendió la lámpara.

Ekaterina yacía agonizante en el suelo a mitad de las escaleras. Incluso al débil titileo de su lámpara, podía ver el camisón demasiado grande, abierto. Sus pechos expuestos y salpicaduras granate, un arroyo de sangre saliendo desde su garganta. — ¡Dios! ¡Oliver! Harrington gritó sobre su hombro. — ¡Oliver! ¡Venga rápido!

— ¿Qué pasa? —llegó la aterrada pregunta desde la niebla.

— ¡Venga rápido, por favor!

Puede parecer incongruente que más tarde de ese mismo día hubo una celebración a bordo del *Deméter*. Sin embargo, eso fue lo que ocurrió.

La joven fue trasladada silenciosamente de vuelta a su camarote. Se consiguieron reemplazos para ambos hombres y Harrington y Swales desaparecieron para atender las heridas de Ekaterina. En realidad, sin que los demás lo supieran, luchaban por mantenerla viva, y solo había un aspecto positivo en todo el asunto: ya no necesitaban fingir que estaban cuidando al chico de cubierta.

Mientras tanto, si ningún indicio de su carga viva, el capitán y el primer oficial se reunieron en el camarote del comandante. Y, aunque nadie sabía los importantes asuntos que discutieron, circularon rumores entre los hombres que quedaban ante el mástil. Emergieron poco después, para sorpresa de todos, en un ánimo de lo más jovial. Se convoco una reunión de la tripulación y, con el permiso del capitán, Constantin hizo un anuncio.

—Hemos repasado nuestros mapas, —dijo con una extraña sonrisa (aunque con un rictus de crueldad) asomando a sus labios. —A pesar de esta ridícula niebla, el capitán y yo creemos, estamos seguros, de que nos acercamos a Inglaterra. ¡Esta será nuestra última noche en alta mar! Se escucharon gritos de júbilo y Constantin esperó que se agotaran antes de continuar. —Tenemos la expectativa de que, a pesar de la niebla, llegaremos a puerto mañana. Se escucharon vítores otra vez y, esta vez, simplemente gritó sobre ellos. —Hemos descuidado nuestra ración de ron durante días. ¡El capitán quiere compensaros!

Los hombres encantados fueron a buscar sus cazos. Se abrió el picador de la cuba medio llena y el ron corrió otra vez. Con el permiso de Nikilov, Popescu sacó su violín y, en una rara muestra de camaradería, subió también el acordeón de Olgaren. Por primera vez desde su primera semana en el mar, hubo música y danza. Por primera vez en mucho tiempo, el miedo estuvo ausente.

Alejados de la celebración, Swales y Harrington habían estabilizado a la joven e intentaban encontrar alguna forma de protegerla del vampiro.

Swales levantó los parpados de Ekaterina, notando que el color verde brillante de antes había sido reducido al amarillo pálido que - cuando le daba la luz - producía un reflejo rojizo. Apartó hacia arriba su labio superior y, aunque el cambio era muy ligero, vio que sus caninos eran más largos y afilados. Estaba inquieta, adolorida.

— ¿Cómo está? —preguntó Harrington con optimismo.

—Está cambiando. Esta cosa, este vampiro, está apoderándose de ella, transformándola. La está convirtiendo en una criatura como él. Sus dientes crecen más afilados, sus ojos más duros. Ella anhela la oscuridad.

Ella se agitó brevemente para descubrir a Harrington a su lado. —Trevor... Se estiró para tocarlo. Le faltó fuerza y la mano se deslizó a su pecho. —He tenido un sueño, —logró decir en un susurro. —El sueño más terrible...

—Sí, querida, solo fue un sueño. Una pesadilla, — le aseguró él. Le puso la mano bajo la sábana y ella se durmió nuevamente. —No lo entiendo... Harrington miró hacia arriba para ver un cambio en Swales también. Tenía algo en mente, algo que no se atrevía a revelar.

—Trevor, debemos hablar.

—Ella no recuerda nada, —dijo Harrington. —Al menos nada que reconozca como real. A lo mejor le damos demasiada importancia...

Swales negó con la cabeza. —Yo sé, joven, le gustaría que fuera solo un sueño. Pero sabe que no es así. Tú la encontraste. Y no necesito repetirte la evidencia. Las recaídas. Los efectos del sol. Pero recuerda, diría que mejor que yo, sus intentos de escapar de la habitación. Ese episodio — yaciendo en la cama con una personalidad totalmente distinta...el aspecto feroz, la naturaleza salvaje que se apoderó de ella. Tú estabas aquí. Viste lo mismo que yo. No era la misma joven.

—Sí. — asintió Harrington, derrotado. —Era como si alguien, algo la hubiera poseído.

—Más que «poseído»... Swales caminó de un lado a otro, pensando. —Era como si esa cosa hubiera intercambiado lugares con ella. Cambiaron de lugar físicamente; se apoderó de su cuerpo. Ekaterina no estaba aquí, era *eso.* —Y por un instante, ella se fue, donde él está ahora.

— ¡Es una locura! ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde?

—Olvida que es una locura. Todo este asunto es descabellado. Que ella quitara esa cruz y lo dejara entrar sí fue una locura. Tú la escuchaste. —Harrington intentó alejarse pero Swales lo agarró, obligándolo a confrontarlo. —Tú la escuchaste, Trevor. La escuchaste tú mismo. Hace frío. Está oscuro, Estoy en un ataúd...

Estoy enterrada en una caja.

—Sí. —Eso es lo que dijo. Atrapada como un cadáver frío en una caja. Ella estaba viendo, no, ella estaba en su escondite. Él la posee

y, cuando le conviene, toma su lugar.

—Dios, — dijo sin aliento Harrington — ¿Para qué razón?

—El porqué es muy fácil...para espiar a sus enemigos. Mientras ella está donde se esconde eso. Él está aquí, mirando, escuchando a través de ella. Por dios, joven, no me mire así. No me pregunte qué quiero decir. Yo no sé nada de nada. —gruñó. —Vi una vez a un taumaturgo...

La mirada inquisitiva de Harrington lo interrumpió.

—Caramba, joven, para una persona que dice que la educación es su especialidad, no sabe nada. Un hechicero...un mago. Lo envidié entonces. Lo envidio más ahora. Daría todo lo que tengo para pasar mi mano sobre sus ojos y mágicamente lograr que me diga todo lo que sabe de este demonio.

—Estoy de acuerdo. Pero no somos magos, —dijo Harrington. — Entonces, ¿qué vamos a hacer?

— ¡NO! ¡No aquí!

Se sobresaltaron, porque ninguno había hablado. La orden procedía de la cama. Se volvieron a ver a Ekaterina, sentada con miedo en los ojos. — ¡No lo discutáis aquí! —imploró ella.

—Querida, —Harrington corrió a su lado. Lo sentimos. No pretendíamos asustarte. Él intentó abrazarla pero ella se resistió.

—No, Trevor, no es eso. No lo entiendes. El miedo en sus ojos era real, pero distante. Estaba mirando al mismo tiempo al pasado y al futuro, y estaba horrorizada por lo que veía. —No fue un sueño. ¡NO! Definitivamente no fue un sueño. Harrington intentó tranquilizarla pero ella no se lo permitió. —Era real. Yo sentí...lo que sentí...el frío, la humedad, la oscuridad...a través de él. Oh, perdóname, mi amor, pero temo que él puede sentir y ver y escuchar a través de mí. Oliver tiene razón. No debéis decir ni hacer nada en mi presencia que no queráis que...él....sepa. Se dejó caer en la almohada exhausta.

Swales tomó al erudito por el brazo y lo alejó, susurrando. —Si ella puede ver y escuchar lo que esta criatura ve y escucha, si ella puede estar literalmente donde está él, ¿por qué él no puede hacer lo mismo a la inversa? Ella no puede participar en nuestras conversaciones. Ella no puede conocer nuestros planes.

— ¡Katya nunca nos traicionaría!

—Ella no elegiría traicionarnos. Pero sabes que a veces no puede controlarse. Debemos evitar darle esa oportunidad y hablar donde no pueda oírnos. Ella no puede contar lo que no sabe. Debes aceptarlo, Ekaterina ya lo ha hecho. Sabe que su seguridad, nuestra seguridad, depende de mantenerla en la ignorancia. Vio un destello

de pánico en el rostro de Harrington. —Sé fuerte. Ella te necesita. Yo te necesito.

— ¡Yo no te necesito!

Se volvieron hacia la cama de Ekaterina, a una imagen impensable.

La joven estaba acuclillada, sujetando el marco de arriba con una mano y señalándolos a ellos con la otra. Sus ojos resplandecían. Sus dientes eran colmillos. — ¡No eres nada! — chilló ella.

La voz no era la de Ekaterina. Era una voz masculina profunda, llena de odio. Harrington se acercó a la joven. — ¡Katya!

— ¡No te acerques, desgraciado!, — siseó la criatura. ¿Quién eres tú para desafiarme? Yo fui un príncipe, un soldado, un gobernante. El mío ha sido un aprendizaje de épocas, un corazón que no conoce el miedo...ni el remordimiento. ¿Qué eres tú?

—Estás bien, joven. Deja que te acostemos...

— ¡Idiotas! ¿Os atrevéis a enfrentar vuestro conocimiento contra el mío?

—Ekaterina, —empezó Harrington...pero ella no escuchaba.

—Te desprecio. ¡Debilucho! Sus ojos se enfocaron en algún lugar más allá de la habitación. —He probado su sangre... ¡y ella es mía! Cuando llamo, ella responde. Donde vaya, ella me seguirá. Vosotros, todos vosotros, no sois nada más que nuestro alimento. Todos moriréis de forma horrible, ¡en el momento que yo decida!

Swales sirvió una taza de té a Harrington, devolvió la tetera a la cocina, y se sentó junto a él a la mesa. Los dos temblaban y estaban impactados por lo que había ocurrido en el camarote de Ekaterina. La chica se había derrumbado después del vulgar espectáculo de marionetas a la que la había sometido su llamado amo. Ahora estaba otra vez en cama, sedada con láudano (del equipaje del fallecido Smirnov) y afortunadamente dormida.

—Ella tenía razón. Antes de su última transformación, lo que nos dijo era cierto. Está cambiando, a un nuevo tipo de criatura como esta cosa a la que llama su amo. Él mata....se lleva a sus víctimas a algún lugar más allá de la muerte. Debemos considerar la aflicción de Ekaterina a luz de lo que nos ha dicho. Tenías razón en llamarlo bautismo de sangre...

—No puedo pensar en ello.

—Bueno, joven. Estaba equivocado al ignorarlo cuando lo mencionaste, y tú no puedes darte el lujo de ignorarlo ahora. Pero podemos usar nuestro conocimiento contra él. Podemos encontrar a

este monstruo a través de ella.

—No sé cómo te atreves a sugerirlo. ¡Es demasiado horrible, impensable!

—Cálmese. —Swales tomó un sorbo, y su propio consejo. —Muy bien, haremos lo que usted propone. Nuestra tarea será más difícil. Pero sigue siendo nuestra tarea de todas formas. Olvidemos a la joven por ahora y consideremos a nuestro adversario. Solo se lo ha visto en la noche y, aparentemente, no se atreve a salir de su caja hasta la hora de los velatorios. Me pregunto si teme el descubrimiento y por eso intenta evitarnos o si, como la joven, se ve afectado también por la luz del sol. No importa. Entre el amanecer y el anochecer se encierra abajo. Es cuando debemos encontrarlo. Eso antes que nada. Encontrarlo a la luz del día y atacar.

—Este barco ha sido registrado repetidamente.

—A riesgo de estar de acuerdo con Popescu... Esta criatura se esconde en una de las cajas de madera.

—Entonces debemos encontrarlo...por el bien de Ekaterina.

—Sí, pero esto va más allá, joven. Hay más en juego que la joven. Cincuenta de ellos, ¡cada uno un escondite! Y estamos llevando esta cosa en sus cajas a nuestra patria. Una vez allí, repartidos en áticos, sótanos, enterrados en la tierra, escondidos por la ciudad...o por el país. Nunca lo encontrarán otra vez. Y, si el libro de Popescu está en lo cierto, el tiempo está de su lado. Puede esperar durante siglos.

— ¡Dios!

—Sí. Ahora, considere otra cosa que dice el libro. Que puede cambiar de forma; alterar su físico para transformarse en vapor, en un lobo, un rata, un murciélago para atacar a gente ignorante de su presencia en la noche. Con esa evidencia ante nuestros ojos, ¿no debería este hombre, este monstruo, ser eliminado por completo?

—Es horrible, —dijo Harrington, asintiendo. —Estas cajas, este demonio, no puede llegar a Inglaterra. Debemos encontrarlo y destruirlo. Pero, Oliver, no podemos hacerlo atolondradamente. Debemos planificar cuidadosamente cómo lo haremos.

—Ah, sí. Debemos hacer los preparativos necesarios e ir armados.

— ¿Pero qué posibilidades tenemos ahora de conseguir una pistola?

—La pistola no es la única arma en este mundo.

—Has gastado todo el ajo que te quedaba.

—Está tu artesanía, — dijo Swales. Sacó una de sus cruces hechas a mano y la puso en la mano del académico.

Harrington frunció el ceño. —Las hice porque tú insististe. Y en cuanto a usarlas, me temo que tienes al cazador de vampiros equivocado. Intentó devolvérsela.

Swales la rechazó. Puso los dedos del académico alrededor del icono y le dio una palmadita en la mano. —Tenga cuidado, joven, su terquedad puede matarlo.

—Oliver, no puede simular que creo en dios.

—No le pido eso. La cruz no solo es el símbolo de Dios; es el símbolo del bien. Seguramente, ¿cree en el bien y el mal?

—No entiendo tu pregunta.

—Estas evitando mi pregunta. Creer en el bien y el mal son dos cosas muy distintas ¿o no? En cuyo caso aceptas como hecho que no hay una diferencia marcada entre tu joven y la criatura que intenta apoderarse de ella. ¿Qué crees?

— ¡No seas ridículo! ¡Por supuesto que hay una diferencia!

— ¿Y una de las dos es buena?

— ¡Por supuesto!

— ¿Y la otra?

—Está bien, tienes razón, — dijo Harrington metiéndose la cruz en el bolsillo.

—Armados contra el mal, identificaremos la caja correcta, la cerraremos bien para que esa cosa no pueda salir y, cuando llegue la oportunidad, la abriremos y haremos lo que debe hacerse.

—Si cometemos un error, ¿hay peligro de que salga del barco? Si puede asumir la forma de otras criaturas, ¿no podría transformarse en otra cosa?... ¿en un murciélago?... ¿y escapar?

—No puede salir corriendo sobre el agua, así que no puede abandonar el barco.

—Recuerdo haber leído eso. Pero eso significa que los hombres tenían razón. ¡Tenían razón todo el tiempo! Deberíamos haber tirado las cajas al mar.

—Tenían razón, ¿pero con qué fin?

—Si el agua corriente lo destruye, podemos encontrarlo, subirlo arriba y tirarlo por la borda.

—El capitán y el primer oficial no lo permitieron entonces y seguramente no lo permitirán ahora. No serviría de nada sobrevivir a este viaje solo para que nos cuelguen por amotinarnos. No, joven. Lo encontraremos solos, con protección a mano y él a nuestra merced, lo destruiremos allí donde esté.

—El libro dice que hay que cortarle la cabeza y perforarle el corazón.

—Entonces eso es lo que haremos.

Harrington asintió con determinación. —Por Katya, estoy dispuesto a sufrir las consecuencias del asesinato.

—No es una cuestión de asesinato y solo habrá consecuencias si fracasamos. ¿No dice el libro que, tratado así, el cuerpo del monstruo se transformará en polvo? Entonces no habría pruebas del asesinato.

—Solo estoy diciendo que estoy preparado para que me cuelguen por la seguridad de Ekaterina.

—Eso es muy honorable, joven. Pero yo no. —Swales apretó el brazo de Harrington. — A pesar de todo, está acordado que lo haremos. No escatimaremos esfuerzos hasta encontrarlo. Y lo enfrentaremos o caeremos haciéndolo. —Entró en la cocina, buscó entre los cacharros, y volvió con una enorme botella marrón. — ¿Sellamos nuestro juramento?

Harrington gruñó. —He tomado bastante Golden Mediasch para toda la vida.

—Golden...puaj. — dijo el cocinero, sirviendo. —Esto es slivovitz Un brandy de ciruela azul dulce, la cura serbia para todos los males.

Harrington se tragó el brandy, frunció los labios para exhalar a medida que el licor lanzaba un llamarada por su pecho e inhaló profundamente para recobrarse. —Es...bueno.

—Tú lo has dicho, el premio debería merecer el riesgo.

—Si has tenido esto todo el tiempo, —dijo, mientras se le formaban lagrimas— ¿Por qué bebimos el otro?

—No te conocía entonces, — dijo el viejo, recuperando el aliento. —El Slivovitz solo debe beberse con gente que lo merece.

La música terminó. La niebla se disipó en las últimas horas de la tarde, revelando un cielo azul. Por primera vez en semanas, la pequeña pero extremadamente feliz tripulación volvió al trabajo. El capitán ordenó que se reglaran las velas y, en deferencia a su ánimo jovial, se calló lo que sabía.

Nikilov había leído el sextante, la primera vez en seis días de navegación a ciegas, y había consultado sus mapas. Los resultados eran descorazonadores. Él y su primer oficial habían estado totalmente equivocados; engañados, sin duda, por el clima atroz. Pero ese mal pretexto no ofrecía ningún consuelo. El *Deméter* se encontraba todavía lejos de Whitby, y lo estaría por días. Aún estaban a cientos de millas, en el Canal de la Mancha.

El frustrado Nikilov consideró una ruta más corta, llevar el

barco al norte, a la costa sur de Inglaterra, y a su puerto más cercano. Pero sabía que no podría hacerlo. Llegar a Dover en un bonito día soleado con un barco en buen estado sería imposible de explicar a los propietarios. El costo de llevar la carga por tierra a Whitby seria más de lo que estarían dispuestos a pagar...sin un cambio permanente en lo que a él respectaba. Sí, había perdido a miembros de la tripulación. Pero el suyo era un negocio peligroso y, en lo que respectaba a la empresa, las fatalidades eran parte del costo de ese negocio. No tenia excusa — excepto el miedo — que justificara abandonar el destino acordado por contrato. No podía desviar el barco.

Había sido un viaje difícil. Pero se estaban acercando a Whitby. En ese momento, los corazones de los hombres estaban animados y el clima los favorecía, por fin. Era una buena tripulación y se merecía este agradable respiro. Mañana les contaría las noticias... Todavía les faltaban varios días en alta mar.

Capítulo veintinueve

El sábado 31 de julio empezó como muchos otros días en este el viaje más funesto del *Deméter*. La maldita niebla había regresado. Hubo un amanecer pero, tras esta cambiante neblina, se veía como poco más que un resplandor difuso que intensificaba el sofocante gris. El ánimo alegre del día anterior se había esfumado, y había sido reemplazado por un sentimiento generalizado de fatalidad.

Ya desayunados y en cubierta, los hombres fueron informados del secreto del capitán. Las tormentas y la niebla había contribuido a lo que Nikilov confesó era un error de navegación, por el cual se disculpaba. Habían avanzado menos de lo que se había imaginado antes y, no, no llegarían Whitby ese día. Los murmullos y quejas de la tripulación (Popescu, como era de esperar, más que los otros) fueron recibidos con una comprensión silenciosa. Cuando se apagaron, el capitán hizo todo lo que pudo por levantarles el ánimo otra vez. Estaban en el Canal de la Mancha y pronto pasaría por los brillantes acantilados blancos de Dover y harían su última corrección de curso importante. ¡Casi estaban allí!

Abordado ese tema, Nikilov pasó a las tareas del barco. Era sábado y, aunque creía que les haría bien a los hombres mantenerse ocupados limpiando, simplemente no tuvo corazón para dar la orden. Estaban casi muertos de cansancio y con espíritu doliente, necesitaban descansar. Aparte de Funar (era gracioso cómo Nikilov todavía pensaba en la joven como Funar) no había indicio de enfermedad a bordo. Podrían sobrevivir otro día o dos sin jabón.

El capitán despidió a los hombres, a sus deberes o a sus catres según lo asignado, y fue a caminar para meditar sus pensamientos. Empezó en la proa, donde destrabó los cerrojos delanteros y levantó las cubiertas de las escotillas. Entonces, caminando solo por el barco, sopesando el viaje, abrió las puertas por las que pasaba. Después de todo era sábado, lo menos que podía hacer era airear el *Deméter*.

El día transcurrió tranquilamente....al menos que Nikilov y su restante tripulación supieran.

Bajo cubierta, sin que lo supieran el capitán y la tripulación, había

comenzado una batalla muy diferente por la goleta. Con los demás en sus puestos o en sus catres, Harrington y Swales, entraron silenciosamente en la bodega de la entrecubierta. Contenía solo un puñado de las cajas de Transilvania, lo que la hacía, en eso estaban de acuerdo, un buen lugar para empezar su proceso de eliminación. Se pusieron a trabajan tan rápida y silenciosamente como pudieron.

Harrington acercó una palanca a la primera caja mientras Swales sostenía una cruz en sus manos manifiestamente temblorosas. El académico soltó la tapa, entonces tomó el martillo y uno de las estacas de madera que habían fabricado. Él y el viejo compartieron una respiración ansiosa y un asentimiento de preparación. Harrington tiró de la tapa. Tierra. Nada más.

Ambos agotados, Swales bajó la cruz, Harrington el martillo y la estaca. Dándose cuenta de que habían estado conteniendo la respiración, exhalaron a pleno pulmón.

—Solo nos faltan cuarenta y nueve, — dijo Harrington.

Swales hizo su famoso gruñido de disgusto. —Soy demasiado viejo para esto.

La caja fue cerrada otra vez tan silenciosamente como era posible. Harrington dibujó una pequeña marca en su extremo delantero y pasaron al segundo ataúd. Después a otro, y a otro, repitiendo la rutina. Cada apertura de una caja empezaba con un terror nervioso...y culminaba con un alivio avergonzado al descubrir que la caja solo contenía tierra. Tensión...alivio...frustración. Una y otra vez. Fue creciendo el sentimiento de desesperanza.

Pronto habían revisado toda la carga en la bodega de la entrecubierta sin encontrar otra demonio aparte del moho. Cada contenedor fue resellado, marcado y devuelto a su lugar. Ahora estaban seguros, el vampiro estaba en la proa. Tras recoger sus herramientas y el farol, Harrington señaló la puerta delantera y preguntó, — ¿Entramos?

—Un minuto, —contestó Swales. Deslizó la cruz en la abrazadera de la lámpara en la base del mástil principal y la dejó allí. —Dejémosla fuera de su alcance.

Harrington sonrió nervioso, asintió, y dirigió a Swales a la bodega principal

Justo antes del atardecer, o cuando debería verse algo si no lo hubiera impedido la niebla, Nikilov recorrió el barco nuevamente, en el mismo orden y cerró las puertas, las escotillas y su propio ojo

de buey. Finalizó su patrullaje en el comedor.

Allí, el cansado y viejo escocés estaba trabajando duramente. Él y Harrington apenas habían podido empezar en la bodega delantera cuando se vio forzado a volver a sus tareas. Entre la joven enferma, las búsquedas, las llamadas a cubierta por el mal tiempo, las comidas que había servido ese día y las actividades encubiertas con el académico (que el capitán desconocía), el cocinero estaba retrasado. Su cocina y el comedor eran....un desastre. Sus esperanzas de encargarse de ello....estaban a punto de ser defraudadas.

—Sr. Swales, — dijo el capitán secamente. —Siento pedírselo, pero no hay nadie más. ¿Podría...montar guardia en la noche otra vez?

Swales, como todo el mundo, estaba exhausto. A diferencia de los demás, hacia décadas que había dejado atrás sus mejores años. Sus articulaciones reumáticas, su espalda torcida, las antiguas grietas calcificadas en sus huesos conspiraban para ponerlo fuera de servicio. Por el capitán, los ignoraría. Sonrió al comandante del barco. —Por supuesto, señor. Encantado de ayudar como pueda

Con ojos adormilados, el capitán se retiró. Pensó en hacer una anotación en el diario del barco pero, al final, decidió que no había nada nuevo que añadir. Miró la hora en su caro reloj, olvidó inmediatamente cuál era, y cayó rendido en su catre. Nikilov se quedó dormido en cuanto su cabeza tocó la cama.

Swales cogió su impermeable, en el caso de que volviera la impredecible lluvia, su pipa de arcilla y una lata de tabaco, y (desde su escondite en la despensa) el rosario de Popescu. Puso las cosas a un lado para servirse una taza de té humeante. Metió una galleta de barco en su bolsillo delantero, los pensamientos del día cruzaban su cabeza, y se apresuró a subir mientras sorbía la infusión recién hecha. Detrás de él, el impermeable de Swales, la pipa y el crucifijo prestado quedaban el uno junto al otro, olvidados, en el mostrador de su cocina.

Popescu ya estaba en la rueda, aterrado.

No estaba solo. El cocinero estaba de guardia, en la proa, bajo una niebla sofocante que, al igual que los cuatro días de lluvia previos, había surgido de la nada. Pero era como si estuviera solo. Podía ver la rueda en sus manos y poco más. Sabía que el mástil de mesana estaba inmediatamente detrás de él, la caseta y el mástil principal más atrás, pero no podía verlos. Nada ni nadie existía,

excepto la densa niebla.

Pensó en una oración que su madre le había enseñado cuando era niño, cerró los ojos buscando las palabras después de tantos años y, a medida que las iba recordando, las susurraba rápidamente en alto. Después otra vez. Una y otra vez, con los ojos bien cerrados y sus manos agarrando firmemente los rayos de la rueda. Empezó a relajarse, a sentirse mejor. Popescu abrió los ojos...cuando un alto extraño salió de la niebla.

Era el fantasma de Olgaren. Tenía que serlo. Envuelto en negro, con un rostro blanco pálido, ¡el fantasma de Olgaren! «*Ajuta-ma, Dumnezeu*»—jadeó Popescu, suplicando a Dios. Levantó su mano temblorosa, la torció para hacer el signo de la *mano figa*, para evitar el mal de ojo del enemigo.

El extraño sonrió, se rió y después dio un salto. Popescu dio un grito pero el vampiro, ya sobre él, lo interrumpió. Tiró del rumano desde la rueda como si fuera un niño y, torciéndole la cabeza a un lado, lo mordió agresivamente en la garganta. Cuando se retiró, varios minutos después, Popescu colgaba flácido. Drácula respiró, mientras la sangre corría hacia su barbilla. Gruñó, porque había saciado su hambre pero no su rabia. Arrastró a Popescu desde debajo de la botavara de mesana hasta un lado del engranaje del timón. Levantó el cuerpo del marinero sobre su cabeza y lo lanzó con fuerza sobre la barandilla. El cuerpo chapoteó, nueve metros a estribor, en el frío Canal de la Mancha y despareció en la oscuridad mientras el barco avanzaba.

Swales, moviéndose lentamente por la resbalosa cubierta, se dirigía a popa a través de una niebla más espesa que su propia sopa de guisantes, cuando escuchó gritar a Popescu, primero de terror, después de dolor. Se le puso la piel de gallina y el viejo se quedo paralizo en el lugar. —Querido Gog, —susurró entre dientes. Su instinto era salir corriendo, ¿pero hacia dónde? Estaba en medio del Canal de la Mancha. Y, maldito sea el infierno, era demasiado viejo para salir corriendo. Empezó a caminar de nuevo, intentando llegar a la esquina de babor de la caseta. La encontró tanto con el tacto como con la vista y continuó avanzando a popa, con la mano izquierda en el mamparo de la caseta, la derecha tocando la barandilla del baluarte - intentando mantenerse en contacto con algo sólido, algo real. Su miedo crecía exponencialmente con cada paso.

—Popescu. — Quería gritar, pero la voz le fallaba, y le salió un

murmullo cavernoso. Se aclaró la garganta y tomó algo de aire. — ¡Popescu! Dé un grito, joven, para que sepa que está allí.

Silencio y mar. Nada más.

Swales se llevó la mano al bolsillo, buscando su pipa (tanto para morder como para fumar) y solo encontró una galleta de mar. Frunció el ceño y maldijo entre dientes, castigándose mentalmente por su olvido, mientras llegaba a la esquina de popa de la caseta. Hizo una pausa cerca del barril de ron, justo debajo de la botavara principal y, mirando a popa, susurró, — Bogdan, ¿cuál es el problema, joven? Pasó su mano a lo largo de la botavara, para guiarse, y dio tres pasos inestables hacia popa cuando la niebla se abrió como el telón de un teatro. En el escenario central, solo podía distinguir el mustio girar de la rueda en su eje; hacia babor, hacia estribor con el movimiento de las olas. Entrecerró los ojos para ver mejor y se dio cuenta de que la rueda estaba sin guía, porque no había nadie para manejarla. El timonel no se veía por ningún lugar.

— ¿Popescu?

Nadie ni nada que ver excepto la niebla. Swales tragó con fuerza y cojeó hasta la rueda. Respiró profundamente y tomó el control del timón. Secó la humedad en la cara de la brújula con la manga, después resopló ante su propia ridiculez. Según la aguja, el bauprés apuntaba al este. Pero no tenía la menor noción de dónde se encontraba el barco ni qué curso se había ordenado.

— ¡Popescu!

Bien podía haber estado de pie en la luna y, un instante después, deseó estarlo.

La niebla se infló y la esquina estribor de la caseta se hizo visible. Tomando forma por detrás, en la entrada de la escalerilla, había una figura de negro. No era Popescu, no era nadie que el escocés hubiera visto antes. Le pasó por la mente que, si no fuera por la barba, se veía exactamente como Olgaren había descrito su fantasma. Entonces habló. — ¿Popescu? —dijo el fantasma, imitándole. — ¡Pop-es-cu! Se rió, con una risa gutural y ruidosa.

La niebla se aclaró, como impulsada por la magia, y el viejo cocinero se dio cuenta de que la figura que se reía de él no era ningún fantasma. Era claramente el monstruo que él y Harrington habían estado buscando. Como prueba ahora veía que lo que había confundido con la barba de la criatura era, en realidad, su labio inferior, barbilla y garganta manchados con sangre.

—Por las venas de Jesucristo, —dijo Swales en un susurro.

Los ojos de la criatura resplandecieron. Reconoció la jerga escocesa por ¡*Jesucristo, defiéndenos*!, sonrió, mostrando sus

colmillos sangrientos y respondió: —No puede.

A Swales se le secó la garganta. No podía hablar, solo mirar.

— ¿Te batirías a espada conmigo? He dirigido legiones siglos antes de que nacieras. Vosotros, todos vosotros, mis cómplices, para seguir mis órdenes o morir por mis propias manos, según considere apropiado.

Tan enfadado como asustado, Swales enfrentó la mirada lasciva con la versión escocesa del aplomo. Soltó la mano de la rueda, estirándose...

Drácula vio el movimiento y, todavía en tono burlón, con la sangre acumulándose en sus labios, preguntó, — ¿Más a-jo?

Swales gruñó y respondió, —Más eficaz que el ajo. Buscó en el bolsillo de su abrigo, decidido a defenderse de este demonio surgido del infierno. En ese momento, mientras se congelaba el tiempo y parecían transcurrir años, el hombre mayor se dio cuenta de que su fiel pipa, y el crucifijo del rosario que buscaba, yacían inútiles abajo en el comedor.

El miedo apareció en los ojos de Swales, como un gato al ver un ratón, Drácula se abalanzó sobre él. El escocés luchó, en una batalla que habría inflado el pecho de orgullo de Roberto I Bruce. Pero Swales era un marinero (un marinero agotado, artrítico y viejo, puestos a ello), no un guerrero. El vampiro mostró sus colmillos, hizo un chasquido y desgarró salvajemente la garganta de Oliver.

Harrington escuchó un grito de terror y lo reconoció instantáneamente como el de su amigo. Salió disparado a cubierta, explorando la oscuridad, maldijo la niebla y, pronto, encontró a Swales solo en la cubierta de mesana tras la rueda. Yacía en una piscina granate creciente, su mano en su garganta intentando, inútilmente, detener el flujo de su propia sangre. El enemigo, la persona o cosa que lo había atacado, había desaparecido.

Entonces escuchó un grito desde atrás.

Como los espíritus, el primer oficial se materializó a estribor de la caseta acercándose a popa a través de la niebla, mientras Olgaren llevaba una lámpara de aceite de abajo. Se movieron cautelosamente y, juntos, descubrieron la rueda solitaria. Cuando Swales gimió y Harrington se movió, detrás de la caja de engranajes, los dos saltaron. Olgaren levantó su luz. Constantin levantó la voz. — ¿Quién eres? — preguntó el primer oficial, ondeando un espeque como si fuera un garrote.

—Es Harrington, —grito el académico arrodillado.

— ¿Quién es el otro? ¿Amramoff?

—Pasha está abajo, —dijo Olgaren, interrumpiendo. Puso una mano carnosa en la chaqueta del primer oficial. —Está durmiendo, muerto para el mundo. Popescu era quien manejaba el timón.

Constantin dio la vuelta a la caja de engranajes y subió a la mesana. — ¿A quién tienes allí entonces? Estaba casi arriba de ellos cuando la niebla permitió al primer oficial echar un vistazo. Solo pudo jadear. El enorme ruso detrás miraba en un horror mudo. El inglés estaba meciendo al cocinero en los brazos. Swales, desde la barbilla abajo estaba empapado en su propia sangre. Los pormenores de la herida del viejo solo podían imaginarse pero eran extensos.

—Es Oliver Swales, — dijo Harrington, poniendo su mejilla sobre la cabeza del anciano. —Lo han atacado. No vi quién lo hizo.

— ¿Popescu?

—No sé. No lo he visto.

— ¿Qué podemos hacer? — preguntó el primer oficial.

—Nada. —Harrington lo consideró por un instante, pero sabía que no era lo mejor. —No, nada.

—Vamos, —dijo el primer oficial, tras agarrar la lámpara de Olgaren. —Encontraremos a Popescu. Se desvaneció en la niebla. Olgaren lo siguió sin decir palabra y también desapareció. Un instante después el resplandor de su lámpara también se desvaneció.

—Resiste, viejo — gritó Harrington. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y tapó su garganta. El esfuerzo era inútil pero lo intentó de todas formas. —Vas a estar bien.

—No, —suspiró Swales, agarrando la manga del joven. — Debo...llegar pronto a casa. A mi hija...no le gusta...esperar a la hora del té....me lleva tiempo caminar entre los árboles, porque hay demasiados. Swales miraba más allá de Harrington, más allá de la niebla y las velas. Estaba mirando al mar, desde el acantilado este del cementerio de Whitby. En su mente, recorría las tumbas, dirigiéndose a la larga curva de escalones de hormigón (cuántas veces de niño había contado los 199) desde el jardín de la iglesia presbiteriana, hasta el puente levadizo sobre el río y hasta su casa. A una hija y un padre que no había visto en años, y ahora nunca vería otra vez. Su respiración venía en bocanadas, la sangre saliendo a borbotones de sus labios, sus palabras en débiles ráfagas casi inaudibles sobre las velas hinchadas y el agitado mar, —Tantos escalones...tantos escalones... hasta llegar a casa.

Swales murió en los brazos de Harrington.

Capítulo treinta

El capitán despertó bruscamente y se sentó en el catre; agudizados todos sus sentidos. No estaba solo. Había alguien más en el camarote. Recuperó el aliento. — ¿Quién está ahí? Ninguna respuesta, ningún movimiento. Levantó la cabeza, intentando ver en la oscuridad, y, a medida que sus ojos se acostumbraban, pudo distinguir una forma humana sentada cerca. Era Constantin, solo, sentado mirándolo.

— ¡Iancu! Por Dios, tú... —Se interrumpió. — ¿Qué estás haciendo?

Ninguna respuesta. Era inquietante. El capitán se levantó, gruñendo. Pasó junto al oficial paralizado, encendió una cerilla en su escritorio y la acercó a la esfera brillante de su reloj Ormolu.

Era la única concesión de Nikilov al materialismo y su única posesión de valor; el reloj de escritorio heredado de sus padres. Le escultura francesa representaba a Napoleón y a su novia la Archiduquesa sentados en sus tronos con un ángel y la esfera del reloj entre ellos. Como arte, no significada nada. Nikilov no distinguía el rococó tallado de su rodilla y nunca había oído hablar de François Linke. Su supuesta alusión alegórica a los dioses paganos Marte y Venus significaba aún menos. Lo que importaba al jadeante niño de siete años que era (cuando escuchó la historia por primera vez) fueron las emociones, los horrores conjurados por los detalles de su elaboración. El reloj estaba cubierto de nitrato de mercurio, con una capa de oro en polvo de muchos quilates y enchapado al fuego; el mercurio se quema y el oro brillante se adhiere de forma permanente. El proceso creaba un arte eternamente bello, y mataba al artista. Los humos del mercurio quemado envenenaban a los enchapadores. Perdían el cabello, los dientes, su cordura y la vida hacia los cuarenta años. Y así estas piezas de relojería se transformaron en *relojes de la muerte*. ¿Qué podría ser más apropiado, se preguntó el capitán, con el primer oficial del buque maldito sentado como un cadáver, que mirar la hora usando un reloj de la muerte?

— ¡No! Nikilov se puso furioso repentinamente. ¡No su barco!

¡No su primer oficial! Encendió su lámpara y examinó a Constantin bajo la luz ámbar. Ojos hinchados y enrojecidos, el hombre había estado llorando. — ¿Qué ha ocurrido?

—Se han ido, —susurró Constantin. —Swales de la guardia. Popescu de la rueda. El primer oficial empezó a llorar otra vez. — Popescu ha desaparecido, su puesto abandonado. El cocinero está ahí, cerca del timón, muerto. Su garganta... Constantin titubeó.

Nikilov asimiló las noticias en silencio. — ¿Quién está en la rueda ahora?

—Olgaren y Amramoff juntos. No aceptan estar separados. Se pasó los dedos por los labios secos. —Estaban juntos en la niebla. Son los únicos que quedan.

— ¿Los únicos? ¿El inglés? ¿La joven?

—Están bien... supongo. Constantin hizo un gesto despreciativo con la mano. —No estaba hablando de ellos. Me refería a la tripulación. De nueve, solo quedamos cuatro, Olgaren, Amramoff, usted y yo. Somos los únicos que quedamos.

Las palabras reverberaron en la mente del capitán: «Los únicos que quedamos...».

El cuerpo, envuelto en tela y lastrado con pesas, de Oliver Swales, casi invisible en la niebla, se hundió en silencio. Enterrado en el mar sin una lápida, como Oliver lo hubiera querido.

Era domingo por la mañana, 1º de agosto. Harrington se erigía insensible mientras miraba todo lo que quedaba de su amigo desaparecer de su vista en las profundidades de... ¿quién sabe dónde? Supuestamente estaban en el Canal de la Mancha. Si eso fuera correcto, estarían en algún lugar entre el Océano Atlántico y el Mar del Norte, en algún lugar entre Inglaterra y la Europa continental. En esta niebla interminable, ¿Quién sabía dónde estaban exactamente?

Harrington se dio la vuelta para ver a Nikilov detrás de él, con una biblia en las manos, sin abrir, sin usar. El inglés no había esperado una ceremonia, simplemente cosió las telas, levantó el cuerpo del cocinero sobre la regala él solo y lo soltó a las profundidades. Ni Ekaterina ni los otros tres marineros a bordo habían asistido. A Harrington no le importaba. El capitán no había puesto objeciones. Simplemente se quedó observando hasta que Swales desapareció. Ahora sus ojos estaban cerrados y, el académico supuso que estaba rezando.

Harrington se alejó.

Nikilov había esperado, ahora parecía que sin razón, que llegar al Canal de la Mancha curaría todos los males. Desde el Mediterráneo, al Atlántico, a la Bahía de Vizcaya, habían sido azotados y golpeados por el viento y la lluvia, mucho más que un capitán podía esperar que soportaran el barco y la tripulación. Durante todo el viaje no habían visto ninguna otra embarcación o barco; ninguna. Había esperado que eso cambiara al llegar al canal, que podrían haber visto otra nave a la que pedir ayuda, y llevar ese barco a puerto. A cualquier puerto, cualquier lugar. Pero la niebla había impedido ver, o hacer señas, a nadie.

Para empeorar las cosas, ya no podía controlar el curso de su barco. Las velas estaban completamente regladas y, Dios los ayude, tendría que seguir así. No se atrevían a bajarlas porque no tenían ni la fuerza ni los hombres para izarlas otra vez, no con su mástil de trinquete con vela cangreja. No tenía otra alternativa que navegar con el viento en popa y virar hacia el noroeste lo mejor que pudiera. El único factor a su favor era el conocimiento de que la costa de Inglaterra debía estar a babor, en algún lugar.

Ciego, sordo y mudo, durante dos días de niebla incesante, sin forma de determinar su avance, el capitán siguió navegando. Sin sol, sin luna, sin estrellas. Su sextante y mapas resultaban inútiles, solo contaba con su experiencia y conjeturas para guiarlos. Pero Nikilov tenía un mal presentimiento. Sus sentidos le decían que el *Deméter* se acercaba a un destino terrible.

— ¿Capitán? Nikilov levantó la cabeza, consciente por primera vez de la presencia de otra persona. Era Olgaren, con su gorra en la mano. —Capitán ¿Se encuentra bien?

—Sí. —Estoy bien.

—Vengo por la iglesia. Amramoff está en el timón pero vengo por el servicio religioso.

Era domingo, ¿no? ¿Cómo podía haberlo olvidado? Tenía una Sagrada Biblia en la mano y, sin embargo, se había olvidado del Sabbat. —Gracias, —dijo el capitán, con algo parecido a una sonrisa. —Hoy no habrá rezo, Moisey. Si Pasha puede prescindir de ti, intenta dormir algo. El hombre asintió con su enorme cabeza pelirroja y, titubeante, se dirigió a popa. —Sr. Olgaren, — Nikilov lo llamó. —Es usted un buen hombre.

Olgaren se sonrojó y desapareció. Nuevamente Nikilov tenía la proa para él solo. Quedaban solo tres miembros de su tripulación, Olgaren, el carpintero del barco, y su primer oficial. El estado de cada uno, físico y mental, era dudoso, en el mejor de los casos.

Olgaren y Amramoff no desistían. No es que hubieran conquistado su miedo — todos estaban, incluido Nikilov, aterrados — pero habían alcanzado un lugar en sus mentes más allá del miedo. Aceptaban la situación tal como era, sin necesidad de entenderla, y ahora se dedicaban sus tareas. Aceptarían el futuro que les esperaba: lo mejor de Dios o lo peor del Diablo. A pesar de su desesperación, el capitán no podía evitar sentirse orgulloso de sus hombres fieles y leales.

Nikilov estaba menos orgulloso de su primer oficial. A decir verdad, estaba empezando a incubar cierto resentimiento. Estaban lejos de Inglaterra pero lejos de estar seguros. Necesitaba a cada hombre y ahora dudaba de su primer oficial. Constantin había dejado de comer. Se había sumergido en el silencio y en largos episodios de insomnio deambulando por la cubierta. Miraba ciegamente a la oscuridad de la noche, al mar envuelto en la niebla durante el día, sin parecer que viera nada. Alguna vez el más duro (¿el más terco?) de todos los hombres de Nikilov, ahora parecía totalmente desmoralizado, como si su fortaleza natural, al final, jugará en su contra. Su incapacidad para controlar la situación, para superarla, lo estaba carcomiendo. Nikilov temía por la cordura del oficial y no sabía qué hacer.

No es que no sintiera compasión por su primer oficial; la tenía. ¿Pero, qué había esperado en realidad? Olgaren y Amramoff eran, después de todo, rusos. Constantin, no hacía falta decirlo, era rumano.

A mitad de la tarde, después de un breve respiro, volvió la lluvia. Los pocos hombres restantes fueron llamados a cubierta para navegar, para salvar la nave. Todos respondieron...excepto Harrington.

No era cobardía lo que le hacía ignorar la llamada. Al contrario, era un nuevo nivel de coraje. Combatir la tormenta y mantener el barco a flote era importante, lo sabía. Pero, claramente, no era la respuesta a la causa de sus dificultades. Sin pretender hacerse el listo, solo estaban pedaleando en el agua. Mientras todos los demás estaban ocupados en cubierta, Harrington respondería la llamada de otra forma. Para salvar de verdad el barco y aquellos que quedaban a bordo, él sabía, necesitaban deshacerse del parásito que se escondía abajo. El vampiro debía ser destruido.

El trabajo en cubierta se había hecho más difícil con menos hombres. De igual forma, su deber era más difícil sin su amigo y

colega. Sea como fuere, estaba en la habitación de Swales, solo un poco más grande que el catre del viejo, justo al lado de la despensa de la cocina, asegurando los materiales que habían reunido: una cruz (tuvo que hacer otra nueva), estacas, cuchillos de trinchar, cerillas y un martillo *tomado prestado* de Amramoff. Eran solo conjeturas, claro, basadas en escritos supersticiosos, estudios recordados a medias y chupitos de slivovitz. Agarró todo el equipó y se dirigió afuera pero hizo una pausa en la cocina. Allí, sobre el mostrador, reunidos y olvidados, yacían el impermeable, la pipa y el tabaco de Oliver, y el rosario de Popescu.

La tristeza inundó al inglés. —Tu muerte no será en vano, Oliver, — susurró Harrington mientras deslizaba el rosario en el bolsillo de su chaqueta. —No lo permitiré. ¡Esta criatura sufrirá por lo que te ha hecho a ti y a Ekaterina! ¡Lo juro, amigo! ¡Lo juro!

— Ten piedad de él, Trevor.

La voz de Ekaterina, susurrada y débil, lo sorprendió a pesar de todo. Se dio la vuelta para mirarla, en el camisón de Swales y descalza, junto a la mesa del comedor. Casi no podía estar de pie por el cabeceo y balanceo del barco, estaba pálida como un fantasma, con una tristeza desesperada en los ojos.

—Katya, deberías estar descansando. Corrió a su lado y la llevo de vuelta a su camarote.

— Ten piedad de él, te lo ruego.

— ¿Piedad?

—Este hombre. Este monstruo que nos atormenta. Lo que quiera que sea ahora, alguna vez fue una criatura de Dios y debemos compadecerla.

No le había contado todavía lo de Oliver. Ella no tenía forma de saber la profundidad de su odio. —Después de todo lo que nos ha hecho, —dijo, ayudándola a subirse a la cama. — ¡Rezo por la oportunidad de mandarlo al infierno!

—No digas eso, Trevor. ¡Por favor, dios mío! Un día no muy lejano, podría transformarme en una criatura como él.

—Katya, ¡ni siquiera se te ocurra!

—Es verdad. Bien podría ser verdad. ¡Es posible que pronto debas destruirme! ¿Me mandarías al infierno? Querido Dios, Trevor, ¿estoy condenada a los pozos del infierno? ¿Me denegará Dios su paraíso? Destrúyelo si debes hacerlo. Pero, por favor, no lo odies.

La lluvia se transformó nuevamente en una tormenta, los truenos retumbaban y los relámpagos destellaban. Eran casi las diez de la

noche cuando Ekaterina por fin volvió a dormirse y, por primera vez en mucho tiempo, parecía no sufrir pesadillas. La calma le sentaba bien.

Durante su vigilia, había roto en tiras las telas de lino que había escondido. Ahora, sacó estos vendajes de un cajón del escritorio y se dispuso a usarlos. Silenciosamente, y siempre muy con delicadeza, un miembro a la vez, ató las muñecas y tobillos de Ekaterina a los cuatro postes de la cama. Lo que sea que ocurriera, no tenía intención de añadir a Katya a la ecuación, ya sea por su propia terquedad o por la cosa endemoniada en la bodega. No necesitaba más problemas ni interrupciones. No había podido aprovechar la luz del día y no tenía tiempo que perder. Lo que planeaba era ya bastante difícil. Seguro, convencido de que ella estaba a salvo, salió del camarote.

Harrington pasó a buscar su equipo de la cocina, en memoria de Oliver, por la vida de Ekaterina, por la salvación de Inglaterra. Sonaba como un melodrama pero también era cierto. Los peligros aumentaban a cada momento, a cada milla que avanzaban. Se echó la bolsa al hombro y se dirigió a la bodega.

Capítulo treinta y uno

Harrington entró decidido a la bodega delantera. Descendió agarrándose con fuerza a la barandilla de la escalera mientras retumbaban los truenos y el barco cabeceaba y se mecía debido a la marejada. Harrington ignoró la tormenta, encendió la lámpara de keroseno, sacó una palanca de la bolsa y empezó con las cajas.

Estaba abrumado por una sensación escalofriante de haber estado allí y hecho eso antes al abrir la primera caja y solo encontrar tierra. Después otra. Y otra. Nada más que tierra. Esa extraña sensación fue reemplazada en seguida por las viejas frustraciones. Movió la lámpara por la bodega, pensando que su esfuerzo iba a ser interminable y compadeciéndose de sí mismo. En cuanto lo pensó, negó con la cabeza, avergonzado. Las inspecciones anteriores no habían descubierto nada excepto tierra y el monstruo había estado allí todo el tiempo, esperando para empezar su reino de terror. Desde esta guarida había cometido sus horrores abominables contra Ekaterina y había asesinado metódicamente a la tripulación. El monstruo estaba allí. Aunque le tomara toda la eternidad encontrarlo....nada lo detendría. ¡Encontraría a la criatura demoniaca!

Se agachó ante otra caja y empezó a abrir la tapa, sin darse cuenta de la niebla que salía desde un ataúd en el otro lado de la bodega. Continúo su trabajo, sin ser consciente del cambio en esa niebla al materializarse en el vampiro detrás de él.

—Me alegra encontrarlo aquí.

La voz era profunda, melódica como un órgano de iglesia, un inglés perfecto, con un acento decididamente de Europa del Este, probablemente rumano. Su mente de erudito lo descifró por sí misma, mientras el sorprendido Harrington saltaba y se agarraba a la parte superior de un barril para no caerse. Agarró la palanca y miró en la oscuridad al fantasma. ¡El fantasma joven de Olgaren!

Renovado, Harrington supuso (si el libro de Popescu estaba en lo cierto) que por sus recientes ataques a Ekaterina, Swales y al desaparecido Popescu, gracias a su sangre había recuperado el vigor. Esos pensamientos pasaron como un rayo por su mente. En

ese mismo instante, estudió la figura con capa, tal y como la asustada tripulación la había descrito. Sus ojos eran penetrantes, su rostro y manos blancos como la tiza. Entonces Harrington se dio cuenta de que le había hablado a él. El inglés se aclaró la garganta. — ¿Perdone?

—Me alegra que esté aquí, Verá muchas cosas interesantes antes de que termine la noche.

— ¿Interesantes?

—Parece que está buscando algo. —Movió la mano indicando la caja abierta sobre la cubierta detrás de Harrington, después a la barra en la mano. —Lo entiendo, yo también soy una criatura curiosa.

— ¿Criatura?

— ¿Es incorrecta la palabra? Tendrá que perdonarme. Llevo mucho tiempo estudiando su idioma. Pero es muy posible que sea un mal estudiante.

— ¿Quién es usted?

La criatura sonrió, mostrando sus afilados dientes. —Perdóneme otra vez. Soy Drácula. El Conde Drácula.

El vampiro le devolvió la mirada al sorprendido inglés, estudiándolo, le recordaba al joven que había dejado atrás en su castillo de Transilvania hace más de cuatro semanas; un juguete para sus novias. Jonathan Harker...ahora estaría muerto o algo peor. Abandonó esos pensamientos y concentró su atención en este hombre.

—Usted también es académico, ¿no? —preguntó Drácula. Su sonrisa desapareció. —Pero su curiosidad lo pone en peligro. Por los libros adquiere conocimientos pero no entendimiento. Usted aprende cosas que es mejor dejar tranquilas pero no tiene la sabiduría para hacerlo. Y sin embargo, las transgrede sin pensar.

Harrington abrió la boca para hablar. Drácula lo detuvo con un gesto.

—Su presencia contradice cualquier negativa, por favor. Pero permítame saciar su curiosidad. Como usted, soy un ávido lector. A través de libros he llegado a conocer y apreciar su gran Inglaterra. Anhelo caminar por sus atestadas calles, estar en el medio del tumulto y ajetreo de la humanidad, compartir su vida, su muerte y el drama, el placer, el dolor que hay entre ambas. Pero estoy en los inicios del camino que debo recorrer. Pronto, muy pronto, Whitby. Después... Londres. La majestuosa ciudad que invita a aquellos dispuestos a ser parte de su...vida. A diferencia de usted, yo no entraré de forma ilegal. Seré bienvenido, celebrado por mi nobleza.

— ¿Nobleza? —Harrington miró a los ataúdes a su alrededor. Este era el noble de Transilvania del que hablaban, el dueño de las cajas. Cuánto podrían empeorar las cosas, pensó repentinamente, si esta horrible criatura puede hacerse pasar por humano. No solo pretendía alimentarse de Inglaterra sino caminar entre su gente como uno de ellos. — ¿Usted es el responsable de lo que ha ocurrido a la tripulación de este barco?

El conde Drácula ni siquiera consideró la pregunta, la desestimó como una nimiedad. Aunque aterrado, Harrington recordó su deber. Fingiendo una tranquilidad que no sentía, avanzó hacia su saco en el suelo. — ¿Usted es el responsable de lo que le pasa a Ekaterina?

— ¡Delicioso! — dijo el oscuro ser riéndose. Sus ojos tenían un brillo rojo.

En ese instante, el miedo de Harrington lo abandonó y fue reemplazado por la ira.

— ¡Voy a matarlo!

Drácula se rió otra vez, una carcajada tan estridente como a un trueno.

Harrington se lanzó a la bolsa, arrodillado agarró su cruz hecha a mano y la lanzó a través de la cubierta en dirección del monstruo. Fue a parar a sus pies y, a la luz de la lámpara, creó una sombra alargada a sus piernas. Drácula chilló y retrocedió de un salto protegiéndose los ojos. Golpeó un montón carga con su hombro izquierdo, rompiendo las ataduras y tirando las cajas. Surgió una nube marrón surgió y el icono ofensor desapareció bajo una ola de aserrín. Drácula atacó otra vez, a los contenedores de la derecha, añadiendo un barril a la mezcla. Al caer, la tapa saltó derramando aceite para lámparas. El keroseno salpicó, amarillo y frío, por la bodega, la carga caída, las cajas tapadas, la cruz pérdida en algún lugar abajo y Harrington de rodillas.

El académico escupió, intentando levantarse, empapado en keroseno.

El barco se meció. La piscina de aceite se deslizó por la cubierta y salpicó los pies del vampiro hasta casi las piernas. Drácula ignoró la avalancha, girándose hacia Harrington, gritando —Yo soy el amo. ¡Nadie...me dominará!

Harrington, cubierto de aceite y sin importarle nada mas, saltó hacia adelante y agarró el farol de su soporte en el mástil. — ¡Lo destruiré!

— ¿Y este barco? ¿Y su tripulación? Y...su amada, su Kat-ya, — dijo el vampiro burlándose de él. — ¿También la quemará a ella?

Harrington miró desesperado a la llama que sostenía en su

mano, al aceite derramado y al vampiro. ¡Swales estaba muerto, la tripulación casi acabada, Ekaterina a punto de convertirse en una de esas cosas! Su hogar lo esperaba sin saber que sería el siguiente. No le quedaban más armas con las que combatir a esta criatura. Si no lo destruía ahora, ¿qué más importaba? Levantó el farol y gritó, — ¡Prefiero que muramos todos antes de dejar que llegue a Inglaterra!

Drácula gruñó y avanzó hacia él.

Harrington rompió la lámpara contra el suelo. El keroseno prendió. La bodega estaba encendida, el vampiro en llamas. Gritando, Harrington también se quemaba.

—No, —gritó Drácula estirando los brazos y los dedos hacia el techo. — ¡NO! Siguieron una serie de CHASQUIDOS sonoros, que se escuchaban sobre el fuego y la tormenta, al romperse las compuertas de arriba y saltar por los aires. Una tremenda ráfaga siguió cuando las puertas de la escotilla explotaron y se abrieron.

Un rayo iluminó el cielo sobre las telas hinchadas en la vela cangreja del mástil de trinquete que dominaban sobre la escotilla abierta. La fría lluvia caía con fuerza y, mientras Harrington y el vampiro gritaban a pleno pulmón, apagó el fuego. Harrington se balanceaba en la niebla gris, con quemaduras graves, y cayó de rodillas gimiendo. Drácula, también quemado, en lugar de ceder ante el dolor, miró con furia y apretó sus dientes afilados.

Entonces Harrington, en agonía, fue testigo de lo increíble otra vez.

El monstruo estaba ahí, después no estaba. El herido inglés, a punto de perder la conciencia, no supo que había ocurrido. De pronto todo lo que quedaba eran sus ojos rojos y sus colmillos horribles encarnados en la forma de un gran lobo negro. En cuatro patas ante él, gruñendo ferozmente, goteando saliva. El académico herido creyó que estaba alucinando. Entonces ocurrió nuevamente, esta transformación. El lobo había desaparecido y el vampiro había regresado. Pero, al volver en sí, Harrington vio que su piel dañada se había curado, como si nunca se hubiera quemado.

Con un siseo rabioso, Drácula se abalanzó sobre Harrington.

En la cubierta, Amramoff perdió el equilibrio, nadando al caminar, intentando llegar a la parte delantera del barco contra el viento y las olas. Había visto las puertas abiertas de la escotilla. Solo el Emperador sabía cómo se habrían soltado, pero los cerrojos eran como cerillas. Tenían que estar cerradas antes de que el barco se

hundiera y él iba a cerrarlas. Olgaren, agarrándose para sobrevivir a una esquina de la caseta, lo vio y lo siguió. Nadie, pensaba él, debería enfrentar este mar solo. La tormenta era tan devastadoramente ruidosa que no se podía escuchar nada, pero se encontraron e hicieron un gesto de respeto al borde de la apertura.

Un relámpago destelló y Amramoff hizo una pausa mientras levantabas las puertas para cerrarlas. — ¿Has visto eso? — gritó señalando hacia abajo. Olgaren se encogió de hombros e hizo un gesto a sus oídos. — ¿HAS VISTO ESO? Algo se movió...en la bodega. ALGO... ¡EN LA BODEGA!

Olgaren, limpiándose la lluvia de sus ojos con su mano empapada, miró. La bodega estaba negra como alquitrán. No había nada. Además, no podía haber nada y eso mismo respondió a gritos.

Cerraron las puertas. Amramoff cogió una línea abobinada del cabillero del mástil principal y las ató cerrando las cubiertas. Asegurada la escotilla, emprendieron el difícil trayecto de regreso a hacia la popa.

A pesar del fuego, sorprendemente la bodega del *Deméter* sufrió muy pocos daños. La lluvia había apagado el fuego tan rápido que, aparte del aceite derramado, poco más se había consumido. No se podía decir lo mismo de Harrington. Sus ropas eran harapos ennegrecidos, estaba horriblemente quemado y agonizante.

Con la escotilla de arriba cerrada, y la lámpara rota, la bodega se había sumido otra vez en la oscuridad. El diluvio había terminado pero la carga estaba empapada y el aire lleno de humo. Drácula salió de un remolino de vapor, viendo como si fuera de día, con una mirada asesina. Agarró a Harrington por lo que quedaba de su abrigo y lo levantó, aullando, del suelo.

Cerca de la locura, quizá para bloquear el dolor que desgarraba el alma, la mente de Harrington estaba llena de preguntas. ¿Cómo podía esta criatura haber logrado esa transformación? ¿Qué era él? ¿Por qué su ropa cambiaba con él? En realidad, ¿y por qué no? No era su ropa, toda su ropa, orgánica; ¿hecha de arcilla como él? ¿Pero cómo en un lobo? ¿Y por qué en un lobo? Lo que Oliver había dicho, una rata, un murciélago... ¡Pobre Oliver!

Fue interrumpido de sus divagaciones delirantes por el monstruo que se acercaba a él. Sus narices casi se tocaron al mirar con furia a los ojos agonizantes del inglés. Harrington vio el odio. Sintió el calor, olió la podredumbre, de su aliento acre.

—Qué insolencia, — susurró ácidamente Drácula. —Intentar

igualar su ingenio con el mío. Te prometo la muerte más horrible. —Incapaz de escapar, o siquiera de luchar, Harrington estaba indefenso mientras el Conde lo sostenía colgando sobre la cubierta. El vampiro cerró los ojos y llamó en silencio, —Ekaterina.

— ¿Qué quieres hacer con ella, demonio? —gritó Harrington. — ¡Déjala en paz!

Drácula solo sonrió.

—Ella no vendrá. Me he ocupado de eso, — chilló a través del dolor. —Ella me quiere. No hay nada que puedas hacer. Ella está libre de tu influencia.

Drácula respondió, —Eres un idiota, — y la puerta del entrepuente se abrió.

Harrington jadeó. Allí, en la plataforma de la escalera, libre de sus ataduras, estaba Ekaterina. Su muñeca derecha estaba magullada, la izquierda sangraba. No solo había venido cuando el monstruo la llamó, pero se había herido al hacerlo. Además, se había quitado el camisón de Swales y ahora usaba el vestido suelto que había escondido a bordo. Iluminada por el farol de la escalerilla, parecía un ángel. ¿Pero podría un ángel ser convocado por un demonio? A pesar del dolor, y el agarre del vampiro, Harrington gritó, — ¡Katya!

—Ekaterina, — dijo haciendo un gesto a la joven. —Ven.

Ella parecía flotar al bajar las escaleras y al acercarse, Harrington se vio abrumado por la imagen. Era una degeneración de algo que había presenciado antes. Esa noche fatídica en que su padre y sus hermanos empezaron a disparar, Ekaterina miró hacia abajo desde su ventana usando el mismo vestido precioso. Ahora todo era diferente, mancillado. Con la parte superior del cuerpo desatada, el cinturón colgaba suelto sobre sus caderas, el cuello alto estaba roto exponiendo su piel blanca como la leche de la garganta y los hombros. Belleza...arrastrada por el infierno. Ella continuó moviéndose, como si flotara, por la bodega; toda su atención, su adoración dirigida a Drácula como si el inglés no existiera.

Obligando a Harrington a ponerse de rodillas, Drácula miró a los ojos de Ekaterina, penetró en su mente, obligándola sin pronunciar una sola palabra. Ella obedeció, sacándose el cinturón, y dejando que su falda bailara con las corrientes de aire en la fría bodega. Ella miraba sin pestañear a su amo, retorciendo los extremos del cinturón entre sus puños, después se volvió hacia el académico malherido.

— ¡Katya! —gritó Harrington. Con sus quemaduras supurando sangre y fluidos, Harrington levantó las manos para protegerse.

Drácula las golpeó para bajarlas y no tuvo fuerza para levantarlas otra vez.

Sin ninguna indicación de que lo había escuchado, Ekaterina hizo un nudo en el cinturón alrededor del cuello de Harrington y sostuvo los extremos esperando. Drácula, sosteniendo al inglés indefenso, levantó sus labios rojos en una sonrisa cruel y asintió con un gesto. Ekaterina obedeció, apretando los extremos del cinturón. Harrington jadeó por aire, atragantado. Ella tiró con toda su fuerza; apretando fuerte, más fuerte. Ella apretó los dientes y tiró. Salió sudor de su frente pálida, y tiró. El garrote se hundió en la garganta de Harrington y desapareció bajo la piel hinchada. Mientras ocurría esto Ekaterina miraba, sin pestañear, a los ojos del vampiro.

La garganta ya quemada de Harrington se puso blanca y después roja. Su rostro sin aliento se volvió gris cenicero, después azul cianótico. Su atragantamiento paró; dejó de respirar. Sus pupilas dilatadas desaparecieron a medida que sus ojos se pusieron blancos. Las hemorragias petequias de puntos rojos se rompieron formando racimos en los ojos. Acompañado por un trueno rugiente, sus ojos sin vida se cerraron. Su barbilla cayó hacia atrás. Su lengua azul hinchada colgaba.

—Excelente

Ekaterina, sonrió graciosamente, provocando el elogio de Drácula. Sus ojos todavía parecían pegados al amo, ella soltó el cinturón y dejó que Harrington, estrangulado, cayera al suelo.

Capítulo treinta y dos

En la bodega, a la luz de la lámpara que llegaba desde la escalerilla, sobre el cuerpo quemado y estrangulado de Harrington, el Conde Drácula levantó a Ekaterina y la acercó él. Respirando fuerte, extasiada giró la cabeza ofreciendo a su amo la garganta desnuda y el lugar magullado de sus anteriores ataques. Él gimió y hundió los dientes en su cuello. La piel se rasgó al reabrirse la herida y Ekaterina gritó. Salió un chorro de sangre, el gemido de ella igualó al suyo, y el vampiro bebió.

El conde drenó su sangre casi hasta el final. La joven se desplomó en los brazos de Drácula y, aún así, él siguió bebiendo. Ella gimió otra vez y el vampiro, sintiendo como su vida se apagaba, la empujó lejos de él. La acomodó en el suelo a sus pies.

Dio la espalda a Ekaterina, agarró a Harrington como si su cadáver no pesara nada y se lo puso al hombro. Lo llevó por la escalera vertical, empujó la puerta de la escotilla (rompiendo las ataduras de Amramoff) y salió de la bodega. La lluvia había cesado, la niebla estaba más densa que nunca. Nadie, excepto el vampiro, podría haber visto su mano delante de su cara. Drácula bajó a Harrington a sus brazos y, avanzando por la oscuridad y la niebla como si fuera mediodía, lo llevó hasta la barandilla de babor. (Concentrado en su misión, el vampiro no vio caer el crucifijo y rosario de Popescu del bolsillo del chaleco roto de Harrington y aterrizar sobre la cubierta).

En el baluarte, como el viejo cocinero tirando restos de la cocina, Drácula arrojó el cuerpo de Harrington al frío Canal de la Mancha. Sonrió triunfante, observando cómo desaparecía el cadáver en las aguas de popa y se quedó un largo rato contemplando la vista.

Cuando por fin Drácula se dio la vuelta, Ekaterina estaba detrás de él. No era ninguna sorpresa. Aunque sus pasos eran ahora tan sigilosos como los de un gato, él la había oído como si fueran los pisotones de Olgaren. Arroyos de sangre caían por su cuello y pecho. Ella sonrió. Sus ojos brillaban rojos por la luz de la lámpara de aceite y ahora sus dientes largos mordieron su labio superior rojo

y suave. Permanecieron juntos en la niebla, en la cubierta de proa, el viento azotando el abrigo negro de él y el vestido blanco de ella; los amos de la noche.

Otra vez en la bodega, Drácula tiró de una lona sobre la carga apilada, levantó la tapa de una de las cajas muy cerca de la suya y la dejó a un lado. Entonces con un rasguño chirriante de la madera levantó la caja, echó una parte de la tierra en el suelo y la dejo en el suelo en posición horizontal. Detrás de él, mirando, cubierta de sangre, Ekaterina tarareaba y se pasaba los dedos por los nudos de su cabello apelmazado. Drácula miraba, pensando en sus esposas y, extrañamente, midiendo su arrepentimiento. Las ansias que lo habían llevado de su ataúd hacia esa mujer habían desaparecido.

Ella captó su mirada, dio un paso hacia él con ojos radiantes y levantó los brazos para que la abrazara. Él se dio la vuelta e hizo un gesto hacia la caja. —Nunca fuiste enterrada —le dijo.— La tierra de mi hogar será tuya. Encuentra tu reposo.

Ella le devolvió la mirada con creciente confusión. Enfadada, desolada y temerosa, el nuevo vampiro del *Deméter* hizo lo que le ordenaban. Se subió a la caja y se acostó sobre la tierra mohosa. El Conde Drácula bajo la tapa y la cerró con ella en su interior.

La medianoche, y el domingo dieron paso a la mañana del lunes 2 de agosto. Amramoff no temía a la niebla pero era frustrante. ¿Cómo podía mantener una guardia decente si no podía ver nada? Avanzaba muy lentamente hacia adelante alrededor de la caseta cuando pensó haber visto algo cerca de la escotilla de la bodega de carga. No sabía lo que era.

Levantó su farol, moviéndose sigilosamente en esa dirección, y recorrió la boca de la bodega y la cubierta delantera. No había nada hasta donde alcanzaba su vista. Sostuvo el farol, difuso y resplandeciente en la niebla, sobre la escotilla abierta y echó un vistazo a sus profundidades. Nada excepto oscuridad y los perfiles fantasmales de lonas, cuerdas, cajas y barriles. Sin embargo, estaba seguro (sus ojos no solían engañarlo) de haber visto algo. Era su deber determinar qué era. Decidió entrar a la bodega.

— ¿Qué diablos? —El carpintero contempló, conmocionado, sorprendido por el desastre en que se había convertido la bodega: los barriles abiertos, aceite y aserrín derramado, tierra en el suelo, quemaduras en los techos y viga superior, y las lonas retiradas de la

mitad de la carga.

Vio algo, un vapor gris, girando sobre una de las pilas de cajas y una caja en particular. Se acercó arrojando luz en la nube fantasmal con el farol. El vapor parecía estar disipándose pero, al examinarlo más de cerca, vio que no era así. El remolino estaba desapareciendo como agua corriendo por un drenaje por las fisuras de la caja, metiéndose dentro.

Amramoff miraba embobado incapaz de moverse. Entonces sus sentidos volvieron en sí. Giró sobre sus talones, levantó el farol y recorrió la bodega con la mirada buscando... ¡Allí! Agarró una pesada barra de hierro del suelo y regresó junto a la carga decidido a abrir la caja. Entonces se quedo paralizado...

Al sonido de una voz profunda que helaba la espalda, — ¡Ratas, ratas, ratas! —que resonó por la bodega. Entonces siguieron una serie de chillidos agudos y la voz otra vez, —Rata. ¡Ratas! ¡Ratas!— ¡Y salieron de las sombras!

Georgiy Eltsin se lo había contado todo; cómo debería haber estado ahí esa mañana, en la bodega, para verlo. Cómo los turcos, mientras inspeccionaban la carga en el Bósforo, se habían asustado por las ratas que salieron de la oscuridad. Ahora estaban aquí otra vez. No era nada nuevo que hubiese ratas en un barco de vela. Pero sí lo era la voz, ¡llamándolas!

Ahora nuevamente, miraba como se acercaban chillando, arañando, estrechando el cerco.

Una rata chilló, saltó al brazo de Amramoff y hundió los dientes en su carne. El carpintero gritó de terror. Se sacudió el brazo y, sin pensarlo, tiró la barra al horrible roedor. La rata hundió sus garras en su muñeca y saltó a su hombro, evitando el golpe del hierro. Amramoff se golpeó a sí mismo, rompiendo sin querer los huesos de su antebrazo. Gritó de agonía, dejo caer la herramienta con un estrépito y al intentar girarse, tropezó y cayó. Hubo un chillido colectivo, una revuelta de gritos agudos. Una avalancha desenfrenada corrió hacia adelante. Atacaron en una ola, arañando, rasgando, mordiendo. El marinero luchó por ponerse de pie. Su brazo roto colgaba inútil, pero combatió a las ratas, se las sacaba con su brazo bueno. Intentó llegar a la escalera.

Sombras monstruosas bailaron alrededor de la bodega al ritmo de los chillidos y gritos. Los roedores mordieron a Amramoff cuando llegaba a la escalera, enterraron sus garras en él mientras subía, lo desgarraron mientras se arrastraba fuera del pozo y gateaba por la cubierta. En sus manos y rodillas, avanzó con ratas colgando de su ropa, sus extremidades, su piel. Detrás, las ratas

salían de la bodega como una catarata fluyendo al revés. Con sus ojos rojos y chillando, escabulléndose por la cubierta persiguiendo al carpintero.

Amramoff estaba de pie otra vez, incapaz de gritar porque no podía recuperar el aliento. Pero los monstruos seguían atacándolo. Docenas de ellos, chillando, enterrando sus garras, desgarrándolo. Su ropa, lo que quedaba de ella, ya húmeda por la niebla, ahora estaba empapada de sangre. Los roedores salvajes, habiendo probado su carne, estaban famélicos por más.

El carpintero retrocedió, tropezó y se cayó otra vez, gritando ante la avalancha de monstruos. Intentó levantarse y se retiró a la barandilla de babor. Cuando ya no hubo adonde correr, intentó subir por la borda. ¿Qué terror, comparado con las ratas sedientas, reservaba el mar para él? Cubierto por las bestias colgantes y retorcidas, encontró el aliento para un grito final de terror y cayó en la espuma cabeceante. Aunque nadie lo oyó, Pasha Amramoff dio gracias a dios por morir en el helado mar.

Capítulo treinta y tres

Un grito despertó al capitán.

No llevaba mucho en la cama; apenas algunos minutos. No lo suficiente para soñar. Estaba...mentalmente alterado; su visión, su audición, su cerebro estaban todos difusos. Dicho esto, él sabía que tenía razón. Era un grito, una mezcla impactante de dolor y terror, cerca. Justo afuera, o eso le parecía. Pero el pasillo estaba ahora silencioso.

Se levantó, pensó en tomar una dosis del tónico del curandero porque su corazón estaba acelerado, pero decidió no hacerlo esta vez. Se dirigió arriba, acelerando el ritmo con cada paso y, al llegar a la cubierta, casi estaba presa del pánico. Empujó impetuosamente la puerta de la caseta y se encontró con una figura que se movía en la niebla. Se agarraron el uno al otro, listos para pelear.

— ¡Iancu!

— ¡Capitán! Escuché gritar a alguien. Subí tan rápido como pude.

—Ha visto....

— ¿Al guardia nocturno? —preguntó Constantin. —Ni una señal.

—Vamos, —dijo Nikilov. —Lo encontraremos juntos.

Igual que fantasmas rodeados de un manto de niebla, revisaron la cubierta. Sin ningún resultado. El vigilante no se veía por ningún lugar. Amramoff había...

—Ha desaparecido, —dijo el capitán con un temblor en la voz. —Otro más. ¡Qué Dios nos ayude!

—Justo después de llegar a cubierta, —dijo el primer oficial. —Justo después, escuché un hombre gritando... —En la barandilla, señaló a la proa de babor. —La niebla... Se levantó por un momento. Lo juro, capitán, pude ver claramente por un momento. Ya hemos pasado los Estrechos de Dover. —Su voz bajó hasta transformarse en un susurro. —Hemos pasado los estrechos, estoy seguro.

Nikilov miró a Constantin, perplejo de que el hombre hubiera olvidado tan rápidamente al carpintero desaparecido. Sin embargo,

también lo entendía. Estaban perdidos en el mar. ¿Podría ser que estuvieran realmente cerca de tierra? Siguió la indicación del oficial, al mar agitado pero invisible, viendo solo la misma nada gris que los había acompañado constantemente durante días. Si la niebla se había levantado, había caído otra vez inmediatamente y los había rodeado por completo; una cortina que giraba en torno al barco.

—Estoy seguro de que vi North Foreland — insistió Constantin. El capitán lo escuchó ahora, en la voz del oficial; no excitación sino agitación, un creciente terror. Todavía estaba mirando a babor, pero hacia popa, donde no había nada más que niebla. —Lo vi — dijo el primer oficial. —Si fue así, si tengo razón, ahora estamos....en el Mar del Norte.

—No saquemos conclusiones precipitadas.

— ¿Conclusiones? ¿Es que no lo ve, Mikhail? ¿No lo siente? ¡El Diablo está manejando este barco!

—Déjelo, Iancu. ¿Qué le pasa?

El primero se dio la vuelta mirando intensamente, sus ojos hinchados brillantes de lágrimas, y Nikilov podía ver cuál era el problema; su primer oficial estaba muerto de miedo.

En asuntos de disciplina, siempre había intentado ser justo, pero Nikilov nunca consentía a sus hombres. La idea de tener que hacer de niñera del exaltado Constantin no se le había pasado por la cabeza. Pero aquí estaba el hombre, consternado, perplejo. ¿Qué podía decir? —Hemos enfrentado mal tiempo otras veces.

El primero asintió como ausente y se alejó lentamente.

—Sabes que hemos pasado por eso, hombre, —gritó el capitán, de pronto desesperado por convencerlo. — ¿Cuántas veces entrando al Bósforo no pudimos hacer señales a nadie? ¿Ni saludar a un alma por el mal tiempo cuando nos acerábamos al peñón de Gibraltar? Es el mal tiempo, Iancu. Dios mío, eso ha sido siempre, ¡solo mal tiempo!

— ¿Mal tiempo? —Repitió Constantin. Negó con la cabeza incrédulo. —Desde el Cabo Matapán hasta ahora....ni un momento de alivio. El aliento del Diablo sopla las velas en cada instante. Lluvia y mar, lluvia y mar picada hasta que ni el infierno podría soportarlo. Y cada vez que termina...viene una calma aterradora tan muerta como Judas el ahorcado y esta miserable y sofocante niebla que nos abraza, ¡viaja con nosotros! ¡Si es que realmente vamos a algún sitio!

Nikilov no podía discutir. Incluso al hablar, la niebla se cercaba más haciendo a Constantin casi invisible; la sombra de un fantasma

en el remolino gris con la voz de su primer oficial.

— ¡Nueve días desde que entramos a la Bahía de Vizcaya! Ocho para pasar por el Canal de la Mancha, a través de lluvia y viento intenso. ¡A todas luces nunca se ha visto algo así! En todo este tiempo, no hemos visto ni un promontorio, ni un puerto, ni un barco, ni un alma viviente en todo el camino. ¡Y seis hombres han muerto! Se han esfumado, del barco y de la tierra, ¡como si nunca hubieran existido! Por lo menos seis, si contamos solo la tripulación. ¿Cuándo fue la última vez que alguno de nosotros vio a su inglés? ¿O a la joven?

—Iancu...

— ¿También están muertos, capitán? ¿Lo sabe siquiera?

—Iancu...

No hubo respuesta. Nikilov ya no podía ver a Constantin por la niebla. El capitán no supo si el oficial seguía allí, si se había alejado o si simplemente había desaparecido como los demás. — ¿Iancu? Contempló la niebla sin decir nada.

Para un hombre de fe como él, su único consuelo durante días había sido la convicción, la creencia de que él y su tripulación estaban en manos de Dios. Ahora su mente le jugaba una mala pasada, diciéndole que estaba solo. Pero él sabía que no era así. Constantin simplemente había abandonado la cubierta. Asustado y desesperado, había caminado hacia la niebla, se había ido para estar solo, nada más. Él, Mikhail Sergeyevich Nikilov, no estaba solo. Iancu todavía estaba a bordo. Sus pasajeros todavía estaban a bordo. Y el Señor, su Señor, todavía controlaba los acontecimientos. Por eso, él se mantendría firme en su creencia, en su deber. —Dios — se dijo el capitán a sí mismo — nos guía.

Pero la niebla seguía girando en la oscura y fría cubierta...y Nikilov, a pesar de su fe, se sentía desesperadamente solo. Algo negro como la noche, obviamente maligno, algo fuera de su cuerpo y alma gritaba a su mente, se introducía en su corazón, insistiendo ¡*Dios te ha abandonado!*

El mascarón de la diosa *Deméter* onduló durante toda la noche. Tras ella, espuma blanca surgida de la negrura destacaba las crestas de arcos de agua marina que hermanaban su proa a medida que la goleta surcaba la superficie del frío Mar del Norte. La niebla gris dividida por el bauprés, el foque volador triangular, el foque, la vela trinquetilla arremolinada alrededor de la figura alta y vestida de oscuro detrás del cabestrante del ancla. El Conde Drácula

inmóvil como una estatua, las manos elevadas para concentrarse.

Mientras su cuerpo se encontraba en la proa, cabalgando la cubierta corcovada como si estuviese pegado a ella, Drácula no estaba allí en realidad. Aparte de su ser físico, todo lo que era el vampiro estaba en Whitby, en el hotel Crescent, en la cama de Lucy, en el cuerpo de Lucy.

La había dejado en paz, sin molestarla, durante gran parte de la semana y el impacto inicial fue considerable. Drácula tardó un momento en reconocer que había logrado la transición otra vez. En ese instante emocionante empezó a mirar a su alrededor. Había un lavatorio con cubierta de mármol sobre una pequeña sección de piso de ladrillo (para recibir los chorros de agua derramada), dos sillas pequeñas, una sillón cubierto con un fustán, una cajonera con manillas de latón, un tocador con espejo y, en el extremo más alejado de la habitación, una gran ventana; sus pesadas cortinas recogidas, sus cortinas de lazo resplandecían con el rayo azul de luz de luna que se filtraba en la habitación. La sensación inicial pasó y reconoció su entorno como lo que era, el dormitorio de Lucy Westenra. Drácula yacía en una burda cama británica de cuatro postes, en la suavidad y calidez de su ropa de cama, de su cuerpo, fingiendo dormir y estudiando la oscura habitación. Un dosel se extendía arriba como la tapa de un sarcófago, forrado de chintz, un volante con flecos se extendía alrededor como las telarañas, con cortinas recogidas en los postes. Una colcha y mantas lo envolvían en el cuerpo frágil y cálido que habitaba. Se estiró, agarró las nalgas redondas, recorrió con las manos los puntos agudos de sus caderas, sintió la suave horizontalidad de su estomago, y la hinchazón de sus pechos. Apretó sus encantadores senos suaves y atesoró esa sensación. Deslizó la mano bajo la cubierta superior de su ropa de cama y estaba tocando el pecho otra vez cuando...

Miró hacia arriba y descubrió a Mina, mirándolo fijamente, observando a Lucy con curiosidad, mientras ella se retorcía en la cama tocándose en sueños. Ella también estaba en camisón, el pelo rubio cayéndole sobre los hombros, con puntos suaves y curvas más suaves, que interrumpían el fluir de la tela desde abajo. Drácula se vio abrumado por la sed de sangre. Más aún, con deseo. Se acercó a ella...y recordó que estaba en el cuerpo de Lucy. En ese momento, no era ni hombre ni vampiro.

Podía verlo en los ojos de Mina, la confusión, el miedo creciente; sabía que había algo diferente en su amiga, pero no estaba segura de lo que era. Entonces la inundó el recelo como si de pronto supiera que Lucy la estaba mirando.

En un instante, Drácula estaba de vuelta en la proa de la goleta, rodeado de una niebla húmeda, rociado por el agua del mar, en su propio cuerpo, frío como una tumba.

Miró hacia el cielo, concentrándose. La compañera de habitación, Mina, necesitaba una distracción. —Lucy, —dijo en voz alta Drácula, llamando a la mujer que hace un momento había sido su huésped física. —Lucy. Prepárate para mí. Pronto estaré allí. Prepara el camino para el amo.

A través de la enorme distancia, su llamada indujo a Lucy a salir de su cama pero no del sueño. Un instante antes, ella había mirado en confuso terror a través de los ojos de color rojo, los ojos de Drácula, a las velas azotadas de arriba y, frente a ella, la proa del barco rodeado de niebla. Estaba paralizada, azotada por el viento, ¡horrorizada! Entonces todo terminó y se encontró de vuelta en su cama.

Ahora él la llamaba. —*Prepara el camino para el amo*. Ella no tenía más alternativa que contestar.

Se levantó inmediatamente, en su trance sonámbulo, pasó junto a la sorprendida Mina y se dirigió rápidamente a la puerta. Giró la manilla, pero la encontró cerrada con llave, y empezó a registrar frenéticamente la habitación.

Mina se imaginaba cuál era su objetivo, encontrar la llave de la puerta, y la siguió. Estaba preocupada por su amiga, pero tenía miedo de despertarla o asustarla. Tan preocupada estaba que Mina ya no pensaba en las extrañas actividades de su amiga de hace unos momentos.

Constantin, caminado durante su guardia en la escalerilla de estribor, hizo una pausa en la esquina de la caseta. Sintió....algo y entrecerró los ojos, para explorar la cubierta de proa. Podía ver poco a la luz de la lámpara difusa por la niebla, y nada parecía fuera de lo normal. Aún así, tenía esa sensación. Por un instante pensó en Eltsin y sus interminables *presentimientos*. Reanudó su recorrido, un paso lento y silencioso a la vez, buscando lo que fuera responsable de esa presencia palpable.

La niebla pareció retroceder y, de pronto él estaba allí: alto, delgado y de una palidez cadavérica, el fantasma del barco. El hombre alto de los relatos de la tripulación. ¿Pero qué era esto? No era la mala visión de Petrofsky, ya que este hombre estaba lejos de

ser viejo. Su pelo y su grueso bigote, con algunas líneas grises, pero por lo demás negro como la noche. Más joven incluso de lo que había contado Olgaren. ¡Un tercer extraño! Estaba de pie sobre la proa, mirando primero al mar y después extrañamente dirigió su atención a la cubierta bajo sus pies. Estaba susurrando y Constantin apenas lo podía oír.

—Ekaterina, —susurró el fantasma. —E-ka-erina...escúchame.

Constantin no podía creer lo que veía. En su agitado estado, las palabras del fantasma no significaban nada para el primer oficial. Lo que estaba diciendo el hombre no tenía importancia. Lo que importaba era su presencia. ¿Su presencia? ¿Él? ¡Él...no era un hombre! No podía ser, con las cosas que había hecho. Entonces... ¿qué era eso?

Al terminar su canto, se quedó quieto como una estatua mirando al mar.

El primer oficial retiró silenciosamente su cuchillo de la funda. Incluso en la niebla, la luz de la lámpara se reflejó en la cuchilla al temblar la mano de Constantin. Se acercó unos centímetros hacia adelante, respirando tan silenciosamente como podía, acechando por detrás... Eso. Constantin apretó los dientes y, con un impulso violento, enterró la cuchilla en la espalda de la criatura.

Al menos lo intentó.

El primer oficial se quedó boquiabierto de horror y sorpresa. Porque el cuchillo no encontró ninguna resistencia y atravesó el alto extraño como si él... eso...no estuviera allí. Era como si el hombre alto estuviera hecho solo de aire vacío. Y, en ese instante, eso se esfumó en el aire. Antes de que Constantin terminara de empujar la hoja, el hombre oscuro había desaparecido. Allí no había nada, nadie.

Constantin entrecerró los ojos y solo entonces vio una nube de vapor, más ligero que la niebla, merodeando. Entonces desapareció. ¡DESPARECIÓ! Y, para horror de Constantin, un enorme murciélago gris agitó el aire en su lugar. De dónde había venido, cómo podría haber viajado tan lejos sobre el mar, no podría decir. Ni tenía tiempo para pensarlo, porque el terror volador emitió un grito chillón y se lanzó hacia él. Constantin se cubrió su cabeza calva y cayó al suelo. Hubo un aleteo de sus alas como de cuero, otro grito agudo, entonces el vampiro también había desaparecido.

Constantin respiró aliviado y escuchó atentamente. Escuchó el viento en las telas, el mar golpeando la proa a medida que el barco clavaba su avance hacia adelante y el crujido del barco al mecerse con las olas, pero los sonidos demoniacos del monstruo gris habían

parado. Constantin se obligó a mirar alrededor. Se levantó vacilante. El hombre alto y la criatura voladora habían desaparecido.

Atónito, el primer oficial corrió, ligero a través de la niebla, de regreso a la rueda atada. Su mente estaba acelerada pero no había forma de liberar la tensión porque estaba completamente solo. ¿Quién le creería? Miró hacia adelante, como si pudiera ver a través de la niebla, desató la rueda y se apoyó con fuerza en ella. Allí seguía él, intercambiando miradas sin ver entre la niebla ante él y el entablado de la cubierta a sus pies.

Estuvo ahí durante horas hasta que más tarde lo relevó Olgaren. El enorme ruso era solo una sombra de lo que había sido. Había pasado el día buscando a Pasha Amramoff; buscando en vano. Tuvo un sueño inquieto y ahora, sin nada que hacer, se presentó para la guardia. Derrotado y solo, Olgaren no se fijo en la afligida condición del primer oficial. Le preguntó como de costumbre si había ocurrido algo digno de mención. El primer oficial dijo que nada. — ¿Sr. Constantin?

Constantin solo contemplaba la niebla.

—Yo tomaré la rueda, señor, —dijo el hombre grande.

El primer oficial la dejo sin decir una palabra.

— ¿Es este nuestro rumbo, señor?

Sin contestar, el primer oficial empezó a caminar hacia la caseta.

— ¿Sr. Constantin? — le gritó Olgaren. — ¿Se encuentra bien?

El primer oficial desapareció, dejando solo a Olgaren, que ignoraba los extraños acontecimientos de la cubierta y ni siquiera estaba seguro del curso del barco. Miró la brújula, para orientarse bien, y corrigió a nornordeste., el último rumbo que recordaba. No había nada más que hacer. Se mantuvo de pie, afligido, sujetando la rueda, ciego, sordo y mudo.

El tiempo paso demasiado lentamente para el nervioso Olgaren. La niebla le hacía sentir claustrofóbico. Extrañaba a sus compañeros. Extrañaba a su amigo Amramoff. Estaba aterrado en su soledad...hasta que sintió la presencia de otro y empezó su verdadero terror. Nada había cambiado en la cubierta. Todo estaba como antes. Pero él sentía una presencia en la neblina.

Se abrió un hueco en la niebla y un rayo de brillante luz de luna atravesó asentándose en la parte posterior del resplandor de la

caseta. En ese rayo de luz amarilla, en la entrada de la escalerilla de babor, emergió una mujer joven. Pensó que debía estar soñando. Las nubes de vapor giraban a medida que ella se movía y Olgaren vio que no arrojaba ninguna sombra sobre la cubierta. Era bella, de una belleza incomparable, desesperadamente delgada y pálida, con el cabello dorado cortado irregularmente y ojos que parecían casi rojos en contraste con la luz.

Llevaba un vestido blanco amplio manchado con lo que parecía ser sangre. Su rostro le era familiar, aunque no podía recordar cuándo o dónde lo había visto. ¡Entonces se dio cuenta! El rostro era el de Funar, el chico de cubierta herido. Un instante después, se acordó de todo; había resultado que el chico no era un chico sino una chica, una polizón que estaba herida a la que no se había vuelto a ver en cubierta. Eso explicaba la sangre.

—No debería estar en cubierta.

Había algo acerca de ella que ponía nervioso a Olgaren. La había conocido como un chico, se había olvidado completamente de ella, y ahora la veía como mujer. Aunque estaba delgada, con poco en cuestión de formas, pudo ver que era toda una mujer. Se sintió como un monstruo por sus repentinos malos pensamientos. Peor, además de desear a la chica, también sentía un miedo mortal.

Ella le sonrió con dientes blancos resplandecientes que brillaban como perlas contra sus labios de color rubí. Olgaren sintió una excitación, un deseo retorcido de que ella lo besará con esos labios rojos; una extraña mezcla de terror y agonía en deliciosa anticipación.

Ella lo miró fijamente durante varios segundos, entonces susurró, —No sé qué hacer.

— ¿Qué? —dijo Olgaren. —No te entiendo.

Ella rió, con una risa musical y plateada y repitió, —No sé qué hacer. —Solo entonces el enorme ruso se dio cuenta de que la joven no le hablaba a él. Un miedo ciego lo inundó a medida que Olgaren se percató de la otra presencia en la cubierta. En cuanto se dio cuenta que él y la joven no estaban solos, apareció otra figura de la niebla a estribor de la caseta.

Era el hombre alto. ¡Su hombre alto! ¡Era real! ¡No había sido una alucinación! ¿O sí lo era, se preguntó Olgaren? ¿Estaba alucinando ahora?

— ¿Qué hago?, —preguntó la joven.

—Alimentante, —le dijo Drácula.

—Pero... ¿cómo?

Drácula hizo un gesto hacia Olgaren. —Como puedas.

Olgaren no hablaba rumano, el idioma que parecían hablar entre ellos. Pero no era necesario. Todo lo que sus sentidos, que otros llamaban «apagados», enviaban eran alarmas. Estaba aterrado. Pero, a pesar del miedo, Olgaren no podía apartar los ojos de la oscura pareja. —No te tengo miedo. ¡No tengo miedo de fantasmas! —A pesar de su afirmación, los nudillos de Olgaren estaban blancos mientras estrangulaba los rayos de la rueda del barco. —Ni tampoco temo a polizones que pretenden ser fantasmas. — Asintió como si hubiera hecho un descubrimiento. —Le has tomado el pelo a todos los demás, pero a mí no me engañaras.

Ekaterina miró a su amo. Drácula no dio ninguna señal de haber oído a Olgaren. Simplemente hizo un gesto otra vez instándola a avanzar. —Es todo tuyo.

Ella se rió otra vez y miró fijamente. Entonces la risa se apagó y su mirada de inocencia desapareció. Se inclinó en una sutil flexión y avanzó al bauprés a su derecha, su paso tan silencioso como el de un gato. Ella continuó en un circulo elíptico que la llevó a de vuelta hacia la rueda a la izquierda de Olgaren. El hombre alto, vio el ruso, estaba haciendo lo mismo por su lado, imitando los movimientos de ella. A medida que se acercaban, Olgaren escuchó un gruñido en la base de la garganta del hombre y un siseo salvaje procedente de la joven.

Drácula se detuvo mientras la joven avanzaba, regodeándose. Olgaren no podía apartar sus ojos de ella. Entonces descubrió que pese a sus esfuerzos, no podía desviar la mirada. Todo su cuerpo sentía excitación y repulsión a la vez. A media que la niebla formaba un remolino hacia adentro, la cortina de luz de luna amarilla se desvaneció y todo se oscureció; lo último que vio Olgaren fue el resplandor de humedad a medida que ella movía la lengua y se lamía los labios rojos y los afilados dientes blancos.

Capítulo treinta y cuatro

La niebla interminable y envolvente era lo único que se veía desde el ojo de buey del capitán. Era martes 3 de agosto, justo después de medianoche según su reloj. Había dejado de fijarse en los relojes, si se podían seguir llamando así, y se preguntó quién estaría al timón. Ahora el primer oficial ahora, Nikilov.

Trago un sorbo de su tónico para el corazón, agradecido por su desagradable sabor (por fin algo era normal). Dejo la botella de vuelta en su cajonera, detrás de la última botella vacía y de pronto tuvo una idea. Arrancó varias páginas en blanco de la parte de atrás del diario del barco, las envolvió alrededor de un lápiz y metió el rollo en la botella de tónico vacía. Lo metió todo en el bolsillo. Iba a subir sin idea de cuándo regresaría. No había motivo para que no continuara sus observaciones.

Nikilov abandonó su camarote y caminó por el entrepuente. El camarote del pasajero estaba vacío. No sabía dónde habrían ido Harrington y la joven. Ahora no podía recordar la última vez que los había visto. No había nadie en el comedor, y tampoco había comida, ni café ni té. Podrían organizar algo más tarde, carne salada, pasas... Nikilov no podía recordar la última vez que había comido. No importaba, no tenía hambre. Pero se hubiera tomado de buena gana una taza de té caliente.

Cruzó la escalerilla hacia el camarote de la tripulación y descubrió que estaba equivocado acerca del timonel. Constantin estaba ahí, inconsciente en sus franelas, con una mano y un pie envueltos sobre el suelo. Olgaren, decidió, probablemente estaba al timón.

Nikilov se masajeó la frente. ¿Qué me está pasando? Nunca había perdido el control de un barco. Ahora no parecía saber si iba o venia. Hizo una pausa, atónito. Por supuesto, tenía que ser Olgaren el que estaba al timón. ¡No quedaba nadie más!

Suspiró, contuvo las lágrimas y aguzó los oídos para escuchar. El primer oficial estaba respirando. Por supuesto que respiraba. Estaba durmiendo. Gracias a dios por un profundo y bien merecido sueño. Constantin dio una sacudida, gimió y el capitán vio cuán irregular

era su sueño. Nikilov recurrió a su Dios otra vez, pidiéndole en silencio que le concediera paz a su primer oficial. Esperando (más que creyendo) que Él podría, el capitán decidió dejar dormir a Constantin. Él haría el turno del primer oficial al timón.

Salió de la caseta para entrar en una niebla gris espesa como una sopa de guisantes. Algo extraño también, ya que el viento era fuerte y constante; podía sentir la nave moviéndose suavemente con el viento en popa. Echó un vistazo entre las nubes, en dirección al timón, pero no vio nada. Tocó la mesana y se dirigió a popa. Pero al acercarse sus ojos se abrieron como platos y se quedó boquiabierto. Su corazón se detuvo y la sangre se congeló en sus venas. La rueda se movía suavemente con el balanceo del barco, abandonada y sin atar.

— ¿Olgaren? — graznó, casi inaudible. Se aclaró la garganta seca y lo intentó nuevamente. — ¡Moisey Olgaren! —Tomó el timón y gritó hacia la proa en el aire nocturno. — ¡Olgaren!

Esperaría. Olgaren volvería.

Transcurrieron las horas...

Durante las cuales Nikilov se preocupó por el enorme ruso y combatió sus miedos solo. Finalmente, cuando ya no soportó simplemente quedarse allí, ató el timón y tomó la escalerilla de estribor pasada la caseta. Minutos más tarde, volvió por el lado de babor, sin haber visto a nadie ni nada excepto la niebla.

De vuelta en la cubierta de popa, se apoyó en un barril de ron para considerar una búsqueda completa. ¿Pero qué sentido tenía? ¿Cuántas veces había registrado su goleta? ¿Con qué finalidad? Nunca habían encontrado nada. A Olgaren, temía el capitán, tampoco lo encontrarían. Se volvió hacia el timón y tomó la rueda en sus manos. Él estaba al mando y no debería, no podría dejar el timón desatendido otra vez. Siguió allí el resto de la noche, los eventos del viaje se mezclaban con la niebla arremolinada para estimular sus miedos y engañar su mente. Al acercarse el amanecer, Nikilov ya no podía contener esos miedos.

— ¡Constantin!— gritó. — ¡Sr. Constantin!

Pasaron escasos segundos, ni siquiera un minuto completo, hasta que la puerta de la caseta dio un GOLPE contra el mamparo. La niebla se abrió y apareció el primer oficial del barco con aspecto demacrado y una mirada salvaje. Solo llevaba puesto las franelas en las que había dormido, no se había molestado en vestirse, y se pasaba las manos de forma maniaca por la cabeza.

Al capitán le preocupaba que su primer oficial hubiera perdido la razón.

Constantin divisó al capitán, sus ojos lunáticos lo reconocieron y se acercó a él Agarró la manga del abrigo del capitán, se acercó a dos centímetros de la oreja de Nikilov y susurró —Está aquí.

El capitán, sin tener idea de a qué se refería, le contestó, — Moisey Olgaren ha desaparecido.

Constantin lo ignoró, como si no hubiera dicho nada, y repitió, —Esta aquí. — Se alejó, miró al capitán a los ojos y asintió con la cabeza a su secreto compartido. Se inclinó hacia él otra vez. — Ahora lo sé. Lo vi durante la guardia de anoche. Era como un hombre, en dos piernas como un hombre, alto y delgado. Pero era espantosamente pálido. Estaba de pie sobre la proa, mirando hacia adelante, como si realmente pudiera ver algo a través de la niebla. Y pensé que podía acabar con él. ¡Por todos nosotros! —Retrocedió mientras recordaba. —Saqué mi cuchillo...

Nikilov respiró, consciente de pronto de que su primer oficial sostenía una hoja muy afilada. Tenía miedo, no por sí mismo, sino por la cordura de su oficial y amigo. Tensó su agarre al timón, mirando cautelosamente como Constantin atacaba lentamente el aire.

—Oh, muy silenciosamente, saqué mi cuchillo. Me acerque por detrás a eso. —Apuñaló con saña al aire y gritó, — ¡Y le enterré mi cuchillo!

La ferocidad desapareció tan rápidamente como había surgido. La locura, si eso es lo que era, abandonó su mirada. Miró al capitán incrédulo y con total desesperación. Cuando habló otra vez, apenas susurró: —Pero el cuchillo lo atravesó. Pasó justo...a través de eso, como si su cuerpo estuviera tan vacío como el aire.

No mencionó la nube de vapor. No le contó al capitán sobre el enorme murciélago. ¡No podía admitir que había huido de la cubierta como un niño asustado! No había necesidad, no ahora. Si había sido cobarde, ya lo había decidido, lo compensaría ahora.

—Pero Eso está aquí, —continuó Constantin—...y lo encontraré. Está en la bodega, quizá en una de esas cajas. Las desatornillaré una por una y veré. Usted encárguese del timón.

A Constantin no pareció importarle, o quizá ni siquiera se percató, de que acababa de darle una orden a capitán. Con una mirada de advertencia, se llevó un dedo a los labios para asegurar su secreto compartido, se dio la vuelta y desapareció entre la niebla. Se oyó como se cerraba la puerta de la caseta.

Por un momento, el capitán estuvo dispuesto a seguirlo pero el

viento se estaba levantando otra vez y soplaba en ráfagas. La niebla persistió pero el mar estaba cada vez más picado. No, independientemente de lo que dijera el primer oficial, el capitán no se atrevió a dejar el timón.

Algún tiempo después, el primer oficial reapareció llevando el baúl de herramientas de Amramoff y un farol. Ignoró a Nikilov y desapareció al dar la vuelta a la caseta dirigiéndose, si seguía su intención inicial, hacia la bodega delantera. Constantin estaba loco. Ahora el capitán estaba seguro de ello. Estaba totalmente desquiciado y no tenía sentido intentar detenerlo. Podría destruir la carga, se dio cuenta Nikilov, pero ¿con qué fin? Él no dañaría esas cajas grandes en busca de un enemigo imaginario. Que las abriera era lo más inofensivo que podía hacer en su estado mental actual. Lo mejor era dejarlo hacer si el ejercicio lo mantenía ocupado.

El capitán sacó el frasco de su bolsillo. Desenrolló el papel y lápiz y, empezando por su descubrimiento del timón sin timonel y Olgaren desaparecido, apuntó esos eventos más recientes. Allí se quedó Nikilov, manejando el timón, escribiendo sus notas, sintiendo como el viento se levantaba y confiando en Dios para que la niebla se despejara pronto.

Si al menos pudiera ver. Podría navegar hacia un puerto, cualquier puerto.

Pero necesitaba otro plan. Si la niebla no aclaraba. O, si el viento se levantaba tanto y él no pudiera maniobrar... Nikilov consideró el asunto. ¡Podía acortar las velas! Sí, tan cerca como debía estar, se quedaría quieto y haría señales pidiendo ayuda. Alguien lo vería eventualmente. Si el viento se levantaba, tenía esa opción. De una forma u otra, ¡esta terrible travesía casi había terminado!

Pronto escuchó a Constantin, adelante y debajo, golpeando algo en la bodega. Déjalo que golpee. El trabajo era bueno para él y (¿se atrevería a esperarlo?) podía ayudar a que el oficial se tranquilizara.

Llegó el amanecer, suavizado a un resplandor por la persistente niebla.

El primer oficial, jadeando de miedo, con la adrenalina al máximo, dejó caer la caja de herramientas de Amramoff en la bodega con un GOLPE explosivo y se deslizó por la escalera de la escotilla. Recogió un martillo de las herramientas desperdigadas, se acercó inmediatamente a la pila de carga más cercana y empezó a romper

la caja de arriba. Era menos una búsqueda que un ataque. La madera crujió, se hizo astillas y la tapa cayó a un lado. Salió polvo. Dio patadas a los montones de tierra como si un polizón endemoniado estuviera escondido en alguno, repartiendo moho y tierra por el suelo.

¡Nada! Nada excepto tierra.

El disgusto apareció en el rostro furioso de Constantin. Se volvió hacia una segunda caja y otra vez la atacó con el martillo. La tapa se rompió por el ataque. El polvo voló, y una rata sorprendida salió corriendo. Constantin ignoró al roedor que chillaba mientras él registraba la caja. Nada.

El primer oficial pronunció una maldición.

Agarró la manilla de otra caja, la tiró hacia afuera e, incluso en su manía, se tambaleó de horror. Embalsamado en su interior estaba el cuerpo sin vida de Moisey Olgaren. Sus restos mortales yacían retorcidos, con la piel en tono azul cera y una garganta desgarrada de grasa amarillenta, músculos rojos y cuerdas vocales blancas. Sus ojos eran de un gris sin brillo. Todo drenado de sangre.

Decidido a continuar, el primer oficial transformó su terror en rabia. Golpeó la caja con su martillo, rompiendo la tapa. Los listones rotos al partirse revelaron un par de ojos en su interior. Constantin gritó. Era la joven rumana, de ojos grandes y sin vida, mirando a través del orificio.

La sorpresa lo hizo retroceder, físicamente de la caja, mentalmente del momento. En ese instante, como una de las increíbles novedades de Lumiere que había visto en Paris, el pasado se proyectó ante sus ojos. Habían pasado casi tres semanas desde que la sorprendieran, disfrazada de chico, engañando a todos a bordo. Había pagado por su mentira, el demonio en esta bodega se había encargado de ello. Si lo hubiera sabido... Si hubiera escuchado a los muchos marineros experimentados que se negaron a firmar para subir a este barco maldito. Ahora, aquí yacía la pobre joven, muerta y enterrada con el polvo y las ratas.

Pero, mientras el primer oficial la observaba, se dio cuenta de que la forma aparentemente sin vida bajo su mirada estaba llena de color, robusta, casi hinchada. Entre sus labios de rojo brillante, ligeramente separados, asomaban los extremos de dientes caninos afilados. Sus ojos penetrantes, incluso mientras él estaba de pie sobre ella, habían cambiado. De pronto miraban en su dirección llenos de odio. ¡La joven no estaba muerta! Había sido poseída por el ser maléfico de la bodega. Ella era una de esas horribles criaturas de las que Popescu siembre había hablado. La joven era una de los

muertos vivientes.

Presa del pánico, lleno de rabia, Constantin gritó al romper la tapa. Allí yacía ella, en un vestido blanco suelto, el cuello herido manchado de sangre seca, ella misma transformada en un monstruo que debía ser destruido. Agarró el punzón del equipo de Amramoff y se acercó a la caja con los dientes apretados. Levantó la herramienta de cubierta sobre su cabeza y, con la mano temblorosa, la dirigió al estómago.

La joven se levantó en la caja chillando como un hada llorona y lo agarró con manos como garras. El primer oficial luchó por liberarse de su agarre helado. Arrancó el punzón del cuerpo de ella y después respondió al ataque. Balanceó el martillo con una mano, golpeándola con fuerza en la frente blanca con un *golpe* sordo, y la apuñaló otra vez con el punzón. Gritando y agarrándose las heridas, Ekaterina cayó al ataúd.

Constantin cruzó el martillo y el punzón empapado de sangre, uno sobre el otro, y blandió la cruz artesanal sobre el monstruo en la caja. Gritando y siseando, Ekaterina hizo todo lo que pudo para protegerse los ojos.

Él tiró la tapa rota sobre ella, y la cerró lo mejor que pudo. Debajo, visibles a través de la grieta, sus ojos llenos de odio resplandecían, mientras sus colmillos se exponían en un aullido. Dejó las herramientas sangrientas, todavía formando la cruz, sobre la tapa. Dentro de la caja, los ojos se cerraron. Los colmillos desaparecieron, mientras el aullido se convertía en un gemido bajo, tras los labios agonizantes. El movimiento dentro de la caja cesó.

Constantin cerró los ojos e intentó recuperar el aliento. Su corazón latía acelerado. Sus manos temblaban. Más calmado, volvió al equipo de Amramoff, cogió una palanca, respiró otra vez y recorrió las profundidades de la bodega. Lo que sea en que se hubiera convertido la joven... Lo que fuera esa cosa...estaba atrapada por el momento; enjaulada si no la podía matar. Pero el primer oficial sabía que ella no era la causa de este mal. En alguna de esas cajas tenía que estar el demonio.

Desde atrás se acercaba un estallido ruidoso, de sonido y movimiento tumultuoso. Las sombras bailaban, las ratas chillaban, la madera golpeaba fuerte contra la madera. Constantin se dio la vuelta, levantando la palanca de forma defensiva, para enfrentar el estrepito. Allí estaba el fantasma, su pie todavía sobre una de las cajas parcialmente llenas, la tapa abierta yacía en medio de la bodega. Se veía joven, enérgico, hinchado de sangre. Miraba a Constantin con ojos lívidos y llenos de odio que resplandecían rojos

bajo la luz tenue. Y entonces habló... — ¿Cómo te atreves?

Los ojos del primer oficial se abrieron como platos. Se quedo boquiabierto mientras emitía un grito silencioso en su mente. Dejó caer la palanca con un sonido metálico mudo. Retrocedió alejándose de la alta figura, se cayó en las escaleras, y salió lanzado hacia el entrepuente.

Capítulo treinta y cinco

Se escuchó un grito en todo el barco, desde la escotilla delantera, por la escalerilla del entrepuente y hasta las escotillas. El sorprendido capitán miró hacia arriba desde el timón. Se le heló la sangre, se le puso la carne de gallina en los brazos y la nuca del cuello. —Dios mío, —susurró.

¡La puerta de la caseta dio un PORTAZO al abrirse! Constantin salió intempestivamente desde abajo como disparado por una pistola. — ¡Sálveme! Aterrizó a sus pies, vacilante, y se hubiera caído si no se hubiese agarrado de la parte superior de un barril de ron. Recuperó el equilibrio, corporal al menos, pero ya no cabía ninguna duda de que el primer oficial era un hombre demente y furioso. Sus ojos se movían descontrolados, su cara se distorsionó reflejando todos sus miedos salvajes. Miró alrededor, alcanzó a ver al capitán a través de la cambiante niebla y gritó otra vez. — ¡Sálveme!

Dio un traspié hacia la izquierda, haciendo un círculo en la nieva envolvente. Exploró el denso vapor, como si esperara que ALGO, algún horror innombrable, saliera de la penumbra y lo agarrara. De esta manera, girando, moviendo la cabeza, mientras se escapaban gritos incomprensibles de sus labios temblorosos, Constantin avanzaba hacia la barandilla de estribor.

Nikilov se quedó en su lugar ante el timón, estirándose para ver a su compañero de viaje, su amigo, totalmente desquiciado. ¿Debería intentar agarrar al hombre? ¿O eso haría más daño que bien? ¿Podría decir algo, cualquier cosa, para consolarlo y contener la locura? ¿Qué diría? ¿Cómo lo diría? Cansado y ni siquiera un poco asustado, Nikilov se quedó callado.

Constantin saltó a la barandilla y se balanceó sobre el baluarte. Agarró la jarcia del mástil principal y se dio la vuelta para mirar de frente a su comandante que llevaba la envolvente niebla como una mortaja. Se produjo un cambio en el oficial. El miedo desapareció de su cara como el ron de un barril (la sangre de Lord Nelson). Su rabia ardiente, una gran parte de su naturaleza, se evaporó igualmente. Hundió los hombros, sus brazos cayeron a los lados. Se

giró lentamente hacia el mar, donde había muy poco que ver a pesar del aire pesado, después se volvió hacia el timón. Estaba acabado, no le quedaba nada excepto agotamiento y desesperación. —Es mejor que usted también venga, capitán, — dijo Constantin en una voz triste pero firme, —antes de que sea demasiado tarde.

—Iancu, —dijo Nikilov... Pero el primer oficial ya no estaba en condiciones de escuchar nada.

—Él está allí. — Constantin señaló a un lugar pasado la caseta, a las entrañas del barco. — ¡Él está allí! Ahora conozco el secreto. — Entonces, incluso a través de la niebla, sonrió. Era una sonrisa no de felicidad sino de alivio como si hubiera llegado al final de un viaje largo y horrible.

—Iancu. — A Nikilov no se le ocurría nada más que decir.

El primer oficial miró fijamente al vapor envolvente hacia estribor mientras el mar agitado proporcionaba la música de fondo para la escena final. —El mar me salvará de él, —dijo con certeza. — ¡Es todo lo que me queda!

Sin decir otra palabra, Constantin saltó.

Nikilov se quedó mirando con los ojos abiertos e incrédulos al baluarte vacío del barco. Durante un largo rato no pudo hacer otra cosa. Solo mirar fijamente.

Lentamente, con gran fuerza de voluntad, la mente del capitán reflexionó sobre lo que había ocurrido. Constantin afirmaba que conocía el secreto. Ahora Nikilov también. El misterio de los horrores que habían ocurrido a bordo de su barco estaba resuelto y la verdad quedaba al descubierto. Iancu Constantin, su primer oficial, el hombre al que había dado una responsabilidad casi igual a la suya sobre el barco, su tripulación y su carga, el hombre al que había otorgado su confianza y amistad, al que incluso había entregado un revolver armado cuando todos los demás a bordo estaban desarmados, se había vuelto loco. Él había asesinado a todos a bordo del *Deméter*. Ahora se había quitado la vida. — ¡Dios, ayúdame! —Rezó el capitán.

¿Cómo podía explicar esos horrores? Por un instante se imaginó a sí mismo siendo juzgado y condenado por asesinar a su tripulación. Se imaginó arrastrado ante una multitud que esperaba con entusiasmo su ejecución. Se vio a si mismo colgando de la horca. Se imaginó que ocurrían todas esas cosas cuando llevara al *Deméter* a puerto.

Entonces reconoció lo ridículo de estos pensamientos y Nikilov se rió, gritando a los cielos, — ¡Cuando llegue a puerto!

Presumiblemente el sol salió el miércoles 4 de agosto.

Nikilov sabía que estaba allí porque era un marinero. Pero no pudo verlo ni apreciar su salida. No pudo sentir su calidez ni regocijarse en su pureza. El sol no podía atravesar el velo de niebla que rodeó al barco durante todo el día. Sus rayos, difuminados por la densa niebla envolvente, conseguían poco más que un resplandor con una luz de día asfixiada, un halo gris que vacilaba salvajemente entre la claridad y que a menudo estaba tan oscuro como la noche.

El capitán estaba empezando a sentir la carga de su existencia nocturna», y lo escribió en las páginas que llevaba en el bolsillo. Las noches le estaban destruyendo los nervios, escribió. Se sobresaltaba por su propia sombra y lo atormentaban horribles imágenes. Dios sabía que había motivos para este terrible miedo. La goleta ya no se sentía como su barco y, cada vez más, se descubría pensado en el *Deméter* como « ¡*este maldito lugar*!».

Durante la mayor parte del día, Nikilov permaneció junto al mando. No había nadie más para tomar el timón; era el último superviviente. Y, por supuesto, era el capitán del barco. Pero había decidido, finalmente, que la única forma de quedarse al timón lo suficiente para salvar su barco era abandonarlo durante un rato. Debía ocuparse de algunas cosas... Así que ató la rueda.

Nikilov entró a su camarote pensando en volver al timón con los bolsillos hinchados del botín de abajo; una biblia, la bandera rusa, una bobina de cuerda fuerte, comida y bebida, su diario de viaje, quizá incluso una libra del tabaco de Swales y una botella, si el viejo tenía alguna escondida. (Nunca conoció a un cocinero que no tuviera alguna). Sus grandes planes cambiaron cuando llegó a su cama. La biblia y la bandera parecían superfluas. Siempre fueron su fortaleza y coraje pero, como siempre las llevaba en su corazón y en su mente, ¿qué sentido tenía sobrecargar sus manos? Comida y bebida, aunque no podía explicar la sensación, parecían fuera de lugar y algo malo. La cuerda parecía algo tonto ya que había cuerda suficiente en la pared de la caseta. Más ridícula todavía era la idea del tabaco y una jarra. Él no fumaba y como era el único aquí responsable del barco, no bebería.

Al final se decidió por su catalejo y su sextante. Los habían llevado abajo, junto con el reloj del barco, cuando el mar se agitó. Dejó el reloj. (¿Qué diferencia podría tener la hora en este momento?) Tomó el catalejo y el dispositivo de medición bajo el brazo y emprendió el regreso.

Hizo una pausa en la cocina y, tras registrar la cocina de Swales, encontró y confiscó una lata de aceite. Se habían descuidado las lámparas de cubierta (sin ningún chico de cubierta para rellenarlas) y todas estaban casi secas. Tenía la idea de coger algunas galletas, queso o un puñado de pasas. Pero Swales había sido tan fastidioso al limpiar que no había nada comestible a la vista. Con el barco navegando a ciegas, sin guía, a través de la niebla, Nikilov no se tomó el tiempo de mirar. Volvió a la cubierta con los cosas que tenía.

Varias veces más durante el día Nikilov ató la rueda y dejó el timón para pararse en el baluarte de babor y buscar tierra u otro barco, sin resultados. Después de cada salida, volvía para tomar la rueda en sus manos y recuperar algún sentido de control.

Pero la niebla lo había dejado ciego. ¿Qué tipo de niebla era, querido Dios? Parecía que todo el oeste del Mar del Norte (porque ¿no debería estar al oeste del Mar del Norte?) estaba cubierto en esta manta envolvente. ¿O era su propia niebla privada que avanzaba con el barco?

Nikilov abandonó el timón solo otra vez ese miércoles sombrío y neblinoso. Aseguró el barco, en un curso que solo suponía y fue hacia la proa. Podía haber hecho lo mismo junto al cabillero cercano pero, aunque todo lo demás había desaparecido, todavía tenía su dignidad.

En el ir y venir desde la proa, Nikilov pasó junto al rosario caído a la cubierta desde el bolsillo roto del chaleco de Harrington, sin darse cuenta. Volvió a la popa ignorante de su presencia.

A su regreso, se desvió a los barriles de agua de la caseta, se lavó las manos y la cara en uno y robó un trago frío del otro. No había comido nada desde la tarde del día anterior. Una punzada momentánea de molestia pasó por su cabeza al recordar a su fallecido cocinero. El hombre había sido ordenado hasta el punto de dejarlo morir de hambre. Por supuesto eso no tenía sentido y Nikilov lo sabía. La limpieza había sido siempre, en sus propias palabras, lo más cercano a la divino. No tenía a nadie a quien culpar por los gruñidos de su estómago. (¿Cómo lo hubiera dicho el escocés gritón? «*le faltaba carbón para su chimenea*».) Aceptó el murmullo y lo ignoró. Nikilov se sintió revitalizado por el agua y eligió contentarse con eso. Volvió al timón de mejor ánimo, determinado a alejar la oscuridad espiritual.

La mañana dejó paso a la tarde y esta a la noche. Durante ese tiempo, la mente de Nikilov pensó en muchos temas, vio muchas caras, debatió enérgicamente consigo mismo y se esforzó por

aplacar los efectos de sus miedos. Decir que todos esos pensamientos pasaron en silencio sería engañoso. Pues el viejo hombre de mar, para su propia vergüenza, se pilló más de una vez riendo, cantando e incluso discutiendo con el aire. Mientras tanto el viento soplaba (¡sin disipar la niebla!), las velas se hincharon, las olas azotaron el barco y la cubierta crujió de forma interminable al cabecear y mecerse bajo sus pies, sus terriblemente adoloridos pies.

Aparte de las actividades de Nikilov, el día llegó y se fue, también bajo la cubierta. El resplandor gris desapareció de la niebla al ponerse el sol. Sin nadie que encendiera las lámparas, la oscuridad se extendió por los camarotes, el comedor y la galería y los sótanos del *Deméter*.

En el pozo negro de la bodega delantera, Drácula emergió de su caja. Después del baño de sangre de la noche anterior, había recuperado su vitalidad y su juventud, se sentía otra vez lleno de energía. Se acercó al ataúd que había creado para Ekaterina la pasada noche e, incluso en la negrura, tuvo que desviar rápidamente la mirada. Siseó de molestia. Las herramientas del barco, dejadas sobre su caja por ese miserable marinero, seguían ahí, una sobre otra formando una cruz. Sin mirar estiró la mano hacia abajo y abrió la tapa, lanzando la ofensiva cruz (herramientas inofensivas nuevamente) por la bodega y fuera de su vista.

Ekaterina yacía en el interior, totalmente despierta, pero agonizante.

Estaba pálida como un cadáver y le costaba respirar. Sus ojos, como los de Drácula, tenían el reflejo rojizo de un animal salvaje pero los de ella no brillaban y carecían del resplandor impresionante que hacía que los del Conde fuesen tan aterradores. Estaba privada de sangre, su cuerpo desnutrido y esquelético, una mezcla viscosa de sangre y líquido transparente se filtraba desde las heridas en su estomago. La levantó, volcando el ataúd y repartiendo tierra mohosa por el suelo a sus pies.

El capitán escuchó algo abajo. Temía que sus oídos lo engañaran. ¡Era la única persona viva en el barco! La tripulación había muerto o desaparecido, y habían pasado días desde que viera a alguno de sus pasajeros. Sin embargo, para su creciente alarma, escuchó a alguien, algo.

¿Qué había dicho Constantin justo antes de saltar a la muerte? «

¡Él está allí!» Sin duda eran los desvaríos de un lunático. No pueden haber significado nada. ¿Quién quedaba?

—Quién, —susurró en alto. — ¿Quién está ahí?

Y como si hubiera dicho una señal, se abrió violentamente la puerta de la caseta en medio del barco. Nikilov dio un grito ahogado.

Allí, en la penumbra de la luz de la lámpara, estaba el enemigo, alto, delgado y envuelto en negro tal como su aterrada tripulación lo había descrito desde el principio. Un hombre joven. El fantasma del barco, y en ese momento, Nikilov jadeó otra vez, llevaba a la joven rumana en los brazos. Todas las señales de su anterior disfraz, del chico de cubierta, habían desaparecido. Llevaba puesto un vestido blanco, cuyo origen el capitán no podía si quiera imaginar. Por lo demás, su apariencia no combinaba con su elegante atuendo. Estaba consciente, pero apenas, y yacía herida y empapada en sangre, en posición supina mientras él la mecía, y a su merced.

— ¿Quién es usted?

La criatura oscura, la sombra del hombre, ignoró la pregunta y dio un paso hacia afuera. Detrás de él, la puerta de la caseta dio un golpe al cerrarse con el movimiento del barco.

Nikilov continuó mirando fijamente, incapaz de esconder su asombro. — ¿Qué le ha hecho a la joven?

El monstruo que se había apoderado de su barco hizo una pausa y miró con furia a Nikilov. Entonces, Querido Dios, sonrió, mostrando unos dientes terriblemente afilados bajo el bigote. Sin otra respuesta, todavía meciendo a la joven, rodeó la esquina estribor de la caseta y desapareció en la niebla dirigiéndose hacia la proa.

— ¿Qué piensa hacer con ella? —Nikilov gritó con furia impotente. — ¿En nombre de Dios, qué va a hacer con ella?

Drácula camino a la proa con Ekaterina jadeando en sus brazos.

Había tenido demasiadas cosas en que pensar el día anterior, mientras yacía en su caja. Pensaba en sus novias, levantándose de las criptas, flotando por los pasillos de su castillo en Transilvania. Pensó en Lucy, la belleza de cabello oscuro cuya mente había tocado antes de que llegaran a Whitby, deambulando por la noche, anhelando su llegada. Pensó en el sirviente maniaco en Purfleet, ahora adicto a la sangre, esperando impacientemente para servirle. Y después pensó en la joven que tenía en sus brazos.

— ¡Alto ahí!

Sus pensamientos fueron interrumpidos, Drácula se dio la vuelta para ver al capitán del barco salir de la niebla.

Sus ojos azules atravesaban el velo gris para mirar fijamente a Drácula con toda su rabia reprimida. No se podía quedar simplemente junto al timón mientras este demonio abusaba de la joven. Con ese fin, había sacado su pistola y avanzaba hacia adelante blandiendo el arma. —Entrégueme a la joven.

El vampiro se habría reído si el resto de la tripulación no hubiera sido tan entorpecedora, tan agotadora. Ya era suficiente. Bajó a la chica a la cubierta y se volvió hacia Nikilov.

El aterrado capitán no esperó a ver lo que pretendía el monstruo. Levantó la pistola y apretó el gatillo repetidamente; siete explosiones en una rápida sucesión. Su mano temblorosa había enviado el primer tiro errado, a través de una vela, pero los otros seis dieron en el blanco, en el pecho y estómago. El fantasma dio una ligera sacudida a medida que cada disparo pasaba a través de él, y aparecía y crecía un halo oscuro de sangre aguada alrededor de cada orificio en su ropa oscura. Aparte de eso, el ataque no produjo ningún efecto palpable. El hombre alto solo miró con furia a Nikilov, sus ojos atravesando la niebla y el humo negro.

Drácula golpeó con fuerza la pistola en la mano del viejo capitán, lanzándola por sobre la barandilla. Desgarró la camisa de Nikilov, y lo agarró para después lanzar por los aires a su víctima que dio una vuelta de campana. Drácula se movió otra vez, dispuesto a lanzar al viejo lobo marino a lo que fuera que le esperaba después de la muerte.

Nikilov estaba indefenso. Cara abajo sobre la cubierta, hambriento, exhausto, desanimado mas allá de lo que podía soportar, no había estado en condiciones para la batalla desde el principio. Recuperó sus sentidos solo para darse cuenta de que estaba a punto de llegar a su fin.

Entonces fue cuando vio el milagro.

Sin duda lo era; un rosario brillando *milagrosamente* en el suave resplandor de la luz de cubierta. No podía saber que en realidad no era ningún milagro, que el icono se había caído del bolsillo del difunto Harrington y que había estado allí todo el día. Él mismo había pasado junto al rosario varias veces. Pero lo vio ahora y, como el milagro que suponía que era, Nikilov agarró el rosario en su puño y lo estrechó contra su pecho.

Drácula se acercó a él. Nikilov se dio la vuelta para que no viera la mano cerrada. Observó fijamente y con un terror ciego el rostro blanco, los dientes afilados. Envalentonado por el miedo, Nikilov

levantó el rosario como si fuera un escudo. El crucifijo plateado, las cuentas colgantes, resplandecían en un rayo brillante de luz reflejada. Drácula gritó de dolor y retrocedió.

Nikilov no sabía por qué se había salvado, ni le importaba. ¡El monstruo lo había soltado! El instinto le decía que huyera, pero no podía hacerlo sin la joven. Con el hombre alto lejos, la miró preguntándose cómo podía salvarla. Pero ella lo miraba a él, con algo parecido al hambre animal en los ojos. Parecía estar gravemente herida e inestable de pie pero tenía un juego de colmillos tan aterrador como los del fantasma. Solo el crucifijo, Nikilov estaba seguro, la mantenía alejada. Drácula se unió a ella, mostrando los dientes. La pareja siseó y Nikilov retrocedió aterrado. Como todo lo demás sobre este viaje, llegaba demasiado tarde para poder hacer algo. Se dio la vuelta y corrió.

Drácula se imaginó al capitán, temblando como una hoja azotada por el viento, escondido en algún lugar en la niebla. Lidiaría con él más tarde. Con Nikilov y su detestable signo cristiano desaparecidos, Drácula levantó a Ekaterina en sus brazos otra vez.

— ¿Me estoy muriendo? —preguntó ella, intentado respirar.

Drácula sonrió a pesar de sí mismo. —Ya estás muerta. Estás más allá de la muerte.

—Pero siento como si me estuviera muriendo.

—La cruz, —dijo —que estuvo abandonada sobre tu caja todo el día impidió que tus heridas se curaran.

— ¿Me curaré ahora?

—Con el tiempo. Si yo lo permitiera.

Ella respiró entrecortadamente por el dolor, agarrándolo fuerte. —No entiendo.

—Eres un exquisito pequeño juguete. —El vampiro sonrió cruelmente. —Pero tengo muchos planes para cuando este barco llegue a Inglaterra. Ninguno de los cuales te incluye a ti.

—Te amo. Soy tuya.

Drácula se rió entre dientes, después soltó una carcajada. Puso sus pies desnudos sobre la cubierta y, soportando su peso, la apoyo contra el cabillero. —Tener compañía....es un placer, pero siempre pasajero.

La ira resplandecía en su mirada alejando el dolor, temporalmente, de ellos. Ella se agarró a la barandilla para apoyarse. — ¿No me quieres?

—No me sirves. Aun así, para mostrarte que yo también puedo amar, te ofrezco algo que no he ofrecido a nadie en todos estos

siglos...

Sin aliento por la anticipación, la vampiresa herida tenía los ojos muy abiertos. — ¿Qué me ofreces?

—Mi compasión. —Él acarició su cabello, observando como la ira se reflejaba en su mirada, y permitió que su mano llegara a la nuca. —Y un segundo regalo, incluso más raro...mi clemencia. — Le agarró el cuello a la velocidad de la luz. (Tan rápido que ella no tuvo tiempo de respirar). —No te extrañaré, — le dijo Drácula. — Pero sin duda te recordaré. — Sin mostrar vacilación ni emoción, la levantó de la cubierta y le rompió el cuello. Su cuerpo ligero se puso flácido como una muñeca de trapo. Su rostro todavía estaba vivo, sus ojos pestañeaban, su lengua protuberante caía a un lado, un jadeo tartamudo se escaba de sus labios en un intento inútil por hablar, o quizá de gritar.

Él agarró un extremo de su vestido suelto con la mano libre, lo amontonó en sus rodillas y la levantó sobre la regala. Entonces la balanceó sobre el agitado Mar del Norte como un ganso en un escaparate. —Todos somos muertos vivientes, — le dijo. —No podemos morir. Pero podemos ser destruidos. Este es el regalo que te doy ahora.

La dejó caer con un chapoteo. Las aguas vivientes del frío Mar del Norte la rodearon como si la hubieran dejado caer en una cuba de acido. Sin control muscular, no podía usar sus pulmones, no podía gritar (aunque su mente estaba aullando), no podía luchar. Lo único que Ekaterina podía hacer era desaparecer bajo las olas con bordes de espuma.

Sin ningún lugar al que huir, Nikilov volvió al timón de barco intentando mantener la cordura. Estaba alterado hasta lo más profundo de su ser. Aterrado, tembloroso, agarró el crucifijo y gritó de vergüenza por haber hecho tan poco por ayudar a la joven. Todavía lloraba cuando el hombre alto apareció desde la niebla otra vez, en el lado de babor de la caseta. Estaba solo. Sus brazos estaban vacios.

— ¡La joven! —aulló Nikilov. — ¿Qué ha hecho con ella?

Drácula miró amenazante al capitán. —Al igual que su tripulación, —dijo — había dejado de serme útil. Remarcó su comentario lavándose las manos en el aire.

El capitán levantó el crucifijo. El vampiro desvió los ojos. Se quedó un momento más, amenazando a la distancia, antes de darse la vuelta y desaparecer hacia abajo.

Qué pesadilla podía ser más terrible que este engendro no natural se hubiera subido a su barco. No se atrevía a bajar abajo, no se atrevía a soltar el timón, no se atrevía ni a dormir. Decidió ahí en ese momento quedarse despierto al timón toda la noche. Estaba resuelto, pero también estaba más asustado que nunca. Nikilov empezó a temblar, llorando de desesperación por la joven, por su tripulación y por su barco perdido.

Capítulo treinta y seis

— ¡Perdóname, Iancu! Nikilov apoyo la cabeza en el timón. — Perdóname.

Había juzgado mal a su primer oficial, su amigo, lo había acusado de asesinato y (aunque sentía lástima por su demencia) había respirado aliviado cuando este se inmoló. Había estado tan equivocado. Dios perdónalo, Constantin tenía razón. Había un horror abajo, un monstruo en carne y hueso.

Nikilov había visto a la criatura, una visión que nunca olvidaría. Había hablado con él, ¡una experiencia que nunca podría superar! Cobardemente le había permitido llevarse a la joven a la proa para destruirla. Ahora estaba solo, en el timón de su barco maldito, esperando la muerte. ¡Si les hubiera hecho caso!

El primer oficial había hecho bien en saltar por la borda. ¿Qué hombre de mar lo criticaría? Pero la muerte en las aguas que habían sido su vida, no se concedería a Nikilov y él lo sabía. El mar consolador era para otros. El suyo era un mar cruel con sus propias reglas. Él era el capitán del *Deméter*. Maldito o no, poseído por demonios o no, era su barco y no podía abandonarlo. Más que eso, no lo entregaría. Opondría resistencia. Era su deber. Se lo debía a su amigo y primer oficial, Iancu Constantin.

Nikilov rellenó su lámpara agonizante con el keroseno que había recogido abajo y analizó su situación. Se estaba debilitando y lo sentía. Si tuviera un plan, ¿tendría la fuerza, el coraje o el tiempo de actuar? ¿Podría soportar su mente? ¿Podía incluso mirar al monstruo a la cara otra vez?

Lamió la punta de su lápiz y, en sus notas, con letra precavida, escribió... *Dios y la bendita Virgen y los Santos, ayuden a un pobre alma ignorante que solo intentaba cumplir su deber.*

Si el barco no conseguía llegar a Whitby, si naufragaba, quizá alguien encontraría la botella y quien que la encontrase le creería. Incluso si no le creían, al menos la gente sabrá que había sido fiel a su deber. Enrolló las páginas y las introdujo en la botella. La cerró como un borracho arrepentido y metió la botella en su bolsillo Entonces suspiró profundamente. Había llegado el momento de su

ofensiva final como comandante del *Deméter*.

Nikilov sabía de sobra que no podía escapar al enemigo que había llevado la ruina a su barco. Estaba, lo sabía, tan muerto como su tripulación. Pero todavía no estaba acabado. Él no podía salvarse, pero aún podía salvar su barco. Y, si Dios lo permitía, podía incluso salvar su alma y su honor de capitán.

Echó una mirada a la bodega, tan lejos como la niebla envolvente lo permitía, y a las velas en las alturas. Convencido de que estaba solo, abandonó el timón. Se fue hacia la caseta, agarró la cuerda trenzada más delgada y fuerte que pudo encontrar entre las líneas colgantes y volvió al timón. Se quitó el rosario milagroso del cuello. Enrolló las cuentas sobre el radio superior de la rueda y, con la línea, ató su mano izquierda sobre ellas. Cuidadosamente, pero con torpeza, con el crucifijo agarrado en palma, ató su mano derecha sobre la izquierda. Comprobó su trabajo, asegurándose de que estuviera lo suficientemente suelto para dar vuelta el crucifijo en su mano hacia proa, y al revés. Satisfecho, apretó los nudos con los dientes.

La noche dejó paso al amanecer, y este al día... Durante todo el jueves 5 de agosto, el Capitán Nikilov se mantuvo en su puesto atado al timón del *Deméter*.

El precio de salvar su barco, pensó Nikilov, sería alto pero no trágico. El único humano que quedaba a bordo tendría que renunciar a su humanidad. Él no abandonaría el timón, por consiguiente no podría comer, atender a sus abluciones ni acudir a la llamada de la naturaleza. Eso poco importaba. No quedaba nadie a quien impresionar, nadie ante el cual ser un ejemplo o una vergüenza. La luz solar directa no era problema gracias a la niebla y, como había viajado lo suficiente lejos al norte, el calor tampoco sería una dificultad. De hecho, cuando el día se arrastró a la noche, el capitán sintió un escalofrió (y un miedo al frío inminente de la noche).

Su mayor preocupación física era la sed, que aumentaba a medida que pasaban las horas. Más de una vez sintió la tentación de desatarse y beber del barril de lluvia cercano o incluso, dios lo perdonara, de la media cuba de ron. Resistió. El agua era un asunto de carácter. El ron, en esas circunstancias, sería tan malo como entregar el timón. Y eso no lo haría hasta llegar a tierra. Con su sed insatisfecha, Nikilov solo podía rezar porque se levantara la niebla e hiciera aparición algún puerto de atraque inglés.

Con la caída del sol (supuestamente), llegó la penumbra y, desde la proa y abajo, el sonido de un martillo. La fuente estaba fuera de toda duda. No había nadie más a bordo del *Deméter* excepto esa cosa. Ahí estaba otra vez, un martilleo agudo, metal sobre madera. ¿Qué estaba haciendo?

Con la oscuridad de la noche, como Nikilov lo suponía, volvió el monstruo.

Sediento, hambriento, exhausto y luchando por mantenerse despierto y derecho, Nikilov solo asintió cuando el demonio dio la vuelta a la caseta. El capitán se despertó instantáneamente. El hombre alto se detuvo y miró fijamente hacia el timón con una sonrisa cruel en los labios.

Retiró un punzón desde el engranaje colgante, lo movió en dirección a Nikilov de manera amenazante pero juguetona, después envistió la herramienta por el lado inferior del barril de ron abierto. Lo soltó y el ron se derramó. Miró al capitán mientras el contenedor borboteaba hasta vaciarse. Repitió la acción con el barril lleno sin usar. Nuevamente, incluso con más fuerza, el perfectamente buen ron salió a borbotones, siguiendo el movimiento de la cubierta, hasta los orificios de drenaje por los cuales se filtró al mar. Cuando el segundo estuvo vacio, lanzó el punzón hacia el timón. Nikilov lo esquivó y la cruz artesanal hizo sonar la campana del barco.

El hombre de negro rompió las líneas que ataban el barril de lluvia a la caseta. Lo levantó sobre su cabeza, tirando el agua en la cubierta ya empapada de ron y después lo arrojó sobre el baluarte al mar. Todavía sonriendo, el monstruo habló: «*Apa, apa, fiecare in cazul in care... Nici vreo picatura de a bea*».

Nikilov lo miró hoscamente. Entendía bastante fácilmente el rumano. Y no era necesario ser un erudito como Harrington para reconocer la cita de *La balada del viejo marinero*. Todos los capitanes de barco y los marineros se la sabían de memoria. «*Agua, agua, por todas partes. Y ni una gota para beber*» había dicho el villano. Tampoco era necesario ser un genio para darse cuenta de que el monstruo estaba haciendo algo más que burlarse de él. Que pretendía su muerte rápida era indudable, pero le quedaba cada vez más claro que el demonio intentaba provocarle primero una crisis nerviosa. *Era* el diablo encarnado.

El monstruo desapareció por la caseta y, un momento después, estaba tirando los barriles de lluvia de proa al océano. Nikilov podía oír los chapoteos y no tuvo más remedio que mirar cuando, nueve

metros a babor, uno de los barriles pasó volando en la niebla. Se encogió, atado como estaba, cuando un tercer barril impactó la cubierta de proa causando un tremendo estruendo, salpicaduras y astillas de madera.

El fantasma reapareció en la escalerilla opuesta. Venia hacia la popa, rápidamente, con el último barril de lluvia sobre su cabeza, vomitando su agua al acercarse. El aterrado Nikilov levantó el crucifijo. El ser oscuro desvió los ojos y lanzó ciegamente el barril hacia el capitán. Golpeó la bitácora delante del timón. Nikilov se agachó tanto como se lo permitían sus ataduras. Siguió una explosión de madera y agua cuando el barril astilló la cubierta, rompió la esfera de cristal de la brújula y se rompió en mil pedazos. Nikilov esquivó un palo volante de la rueda, pero en cambio fue impactado por un listón del barril roto que desgarró la manga de su chaqueta y su brazo. El barco dio un fuerte bandazo a babor, respondiendo al errático timón, y solo la rueda evito que el capitán cayera de bruces.

La criatura olió la sangre antes de verla; una mancha húmeda creciendo en la manga de Nikilov. Siseó, hambriento y furioso. Caminó de un lado a otro haciendo un arco ante el timón con una mirada asesina, pero fue incapaz de acercarse. El crucifijo le parecía fuego en las manos del capitán, las cuentas del rosario resplandecían a la luz de la lámpara. Nikilov levantó la cabeza y, con la poca fuerza que poseía, habló a la criatura en su ruso nativo.

¡El demonio lo miró con furia! Estiró la cabeza hacia atrás, aulló como una animal herido y desapareció por la puerta de la caseta dirigiéndose abajo. El vampiro entendió los balbuceos guturales del ruso bastardo bastante bien. —*Toda esta sangre*, había dicho Nikilov, moviendo su patético crucifijo. *Y ni una gota para beber.*

Aterrorizado, adolorido, el capitán se apoyaba débil contra el timón. El corazón le latía con fuerza dentro del pecho (y el tónico del curandero se encontraba abajo). Intentó disminuir el ritmo de su respiración, dominar sus miedos. Pensó en el monstruo, sin estar seguro incluso después de todo lo ocurrido, si podía obligarse a creerlo. Sintió un escalofrío en el alma, y tras estar de pie toda la noche, se dio cuenta... Era el único humano a bordo. Además, tras haberlo visto con sus propios ojos, por fin entendió que también era el único ser con alma en el barco.

El capitán se desorientó y, aunque vio el resplandor del amanecer en algún lugar más allá de la niebla, no estaba consciente

cuando llegó la mañana del viernes 6 de agosto. Habían pasado más de tres días completos desde que Iancu Constantin se había inmolado. Desde entones Nikilov no había abandonado el timón, ni para lavarse ni afeitarse. Tres días desde que el capitán había probado un bocado de alimento. Habían pasado dos días desde que se había atado al timón y jurado quedarse allí hasta que el *Deméter* llegara a un puerto amigo. Para cumplir esa promesa, no había tenido otra alternativa que orinarse encima durante la noche. Pero no importaba, no había nadie a bordo excepto el demonio. Orinar había dejado de ser una preocupación. Habían transcurrido dos días desde que había bebido agua por última vez.

A Nikilov lo torturaba la sed. La garganta le ardía, su mente estaba en llamas. El rocío del agua salada, incluso sobre él, secaba y cubría de sal sus labios sangrantes. El sol era un aliado y un enemigo traicionero a la vez. Su luz pura mantenía a la criatura abajo, pero esos mismos rayos y su reflejo sobre el agua lo habrían quemado si no hubieran sido refractados por la niebla. Era amargamente irónico...la miserable niebla que le impedía ver tierra también lo mantenía con vida.

El *Deméter*, al igual que Nikilov, apenas sobrevivía. Una goleta digna del mar el día que dejaron Varna, había sido horriblemente maltratada por las tormentas devastadoras y raras para la estación. Golpeada en el ancla y forzada a navegar con el viento en popa, el monstruo había impedido a la escasa tripulación hacer las muy necesarias reparaciones. Reparaciones que ya no se harían hasta llegar a puerto. La vela de proa, la vela superior de proa y una de las velas de foque presentaban desgarros. Estas terminarían de romperse si regresaban las tormentas o las ráfagas de viento. La jarcia estaba suelta en la vela principal. La contra de la botavara (reemplazada hace mucho después del accidente de Petrofsky) necesitaba ser ajustada. El timón estaba respondiendo de forma extraña y Nikilov estaba preocupado. Todo el barco, evocador de miedo y muerte, necesitaba ser limpiado y aireado. A eso se añadía la certeza de que todos los barcos tienen fugas, incluso si no habían estado tan cerca de naufragar como este.

La amenaza del infortunio y el desastre eran una compañía constante en cada viaje. ¿Qué más debería ocurrir para dañar aún más su nave? Estaba solo, a merced de la niebla, el viento, el mar y el demonio en su bodega. Su única herramienta era el timón del barco y, entre sus muchas preocupaciones, la idea de que su barco no podría resistir. Enfrentaba una situación hipotética tras otra; todo lo que estaba mal, todo lo que podía ir mal. En el intertanto, ni

un bocado de comida, ni un sorbo de agua, ni del tónico del curandero indicado. Ni siquiera una silla.

Y así había pasado el día.

Cayó la noche y el miedo creció en el frágil corazón del capitán del barco. Porque sabía que pronto vendría el monstruo, con un aspecto más gris, mas pálido que en su última visita infernal, para mirar fijamente y gruñir, para observar con furia en los ojos rojos como dos rubís encendidos, para sisear y mostrar sus dientes blancos afilados, para atacar y (por favor, Dios mío) ser repelido por el crucifijo bendecido.

Drácula los podía escuchar, a través de Lucy, tan claramente como si estuvieran junto a él, los perros aullando en la noche por la aldea de Whibty. Sentían que se acercaba. Aullaban. Y Drácula, en la bodega del *Deméter*, recordó a los lobos en el patio de su propio castillo.

Los niños de la noche, — susurro el voivode. — ¡Qué música hacen!

Recordó también la expresión de perplejidad en el rostro del joven agente inmobiliario, el fallecido Jonathan Harker, cuando había hecho ese comentario en su presencia. ¿Qué era lo que le había dicho? Sí, que siendo un citadino, Harker no podía entender los sentimientos del cazador.

Whitby primero, Purfleet poco después y finalmente la gran ciudad de Londres...todo se extendía ante él. Estaban a su disposición para que él hiciera con ellas lo que quisiera. Drácula se levantó de su caja, envejecido y pálido, pero victorioso. Pronto, la potencia dominante del mundo conocería a su conquistador. El cazador había llegado a Inglaterra.

—Suéltelo.

Allí estaba otra vez, el demonio. El capitán no sabía de dónde había venido, ni cómo o cuándo había aparecido. Simplemente estaba allí, de pie en cubierta, se desvanecía y volvía a aparecer desde la densa niebla. Su cabeza inclinada a un lado, su mirada desviada, su mano levantada hasta las cejas para proteger sus ojos del crucifijo en las manos de Nikilov. —Déjelo a un lado. —dijo. — No me acercare.

El capitán lo observó, agotado y cauteloso.

—Yo soy Drácula, —dijo el vampiro, todavía mirando hacia otro

lado. —El Conde Drácula. ¿Y usted es?

—Nik-i-lov. — El capitán se lamió sus labios blancos y partidos. —Capitán Nikilov.

—No me acercaré a usted...capitán. ¿Por qué lo haría? No tendría sentido hacerle daño. Necesito llegar a Inglaterra. Usted necesita comida y bebida. Ponga a un lado el crucifijo. Hagamos un trato.

Como un bálsamo calmante, el pensamiento de comida, la imagen de agua limpia y clara, la idea de hundir su palpitante cabeza en la almohada de su cama abrumó al capitán. Escuchó la voz profunda y tentadora otra vez, —*Hagamos un trato*.

Las irresistibles visiones, las palabras de futura paz, reverberaban en su cerebro, desaparecieron de pronto, empujadas a la oscuridad de la que surgía otra frase, arraigada en él desde la niñez; una escritura del libro del Nuevo Testamento de Jaime. — *Someteos, pues, a Dios*. *Resistid al diablo, y huirá de vosotros.* El demonio lo miraba fríamente, intentado persuadirlo... ¿de qué? No importaba. Nikilov tenía su respuesta y, sin ningún deseo de discutir con el mismo diablo, se la transmitió al Conde Drácula de la única forma que podía. Con toda la energía que pudo reunir, empezó a rezar en voz alta la Oración del Señor.

Drácula siseó su rabia, levantó los brazos y desapareció.

Un momento estaba allí, alto, oscuro, maléfico. Después se hizo borroso, una curvatura de su ser físico dejando sin aliento a Nikilov. Un instante después, apareció en su lugar un enorme lobo negro — con los mismos ojos de color rojo ardiente — que gruñía en cuatro patas. La criatura se movió, jadeante mientras caminaba en círculos por la cubierta, entonces desapareció en la niebla. Incapaz de verlo, Nikilov todavía podía escucharlo caminando alrededor del timón.

El jadeo, las patas caminando, el gruñido bajo... Un destello en la periferia de Nikilov y el lobo salió de la niebla por su derecha. Gruñó y desapareció. Allí estaba otra vez, desde los remolinos grises a la izquierda. Un rugido y se fue. El terror de Nikilov era intenso. El jadeo, las patas caminando, un aullido... Desde la niebla otra vez, delante del timón, con los ojos rojos resplandecientes, grandes pegotes de saliva goteaban desde sus atroces colmillos blancos. El monstruo aulló y al capitán se le heló la sangre. El animal se abalanzó sobre él.

Nikilov dio un tirón hacia atrás, incapaz de retroceder debido a sus ataduras. Su muñeca dio la vuelta y el crucifijo cayó hacia adelante. El monstruo aterrizó junto a la brújula rota, aulló por la cercanía del icono sagrado, gimió de dolor y se alejo rápidamente.

Sin aliento, Nikilov contuvo un grito, explorando la cubierta. Él lo sabe, pensó Nikilov. El demonio sabe que estoy enfermo. Huele mi miedo. Intenta asustarme...

El lobo reapareció otra vez desde la niebla. Saltó, chasqueando y gruñendo, aterrizó a su izquierda, se dio la vuelta y desapareció.

Nikilov empezó a llorar. —Deténgase, —chilló. — ¡Pare esto! Al igual que el lobo, el capitán respiraba entrecortadamente. Sus labios secos se agrietaron, sangrando, las lagrimas le caían por su rostro quemado por el sol. En algún lugar dentro de la niebla, podía oír los gruñidos, los aullidos, la respiración entrecortada, mientras la criatura caminaba en círculos a su alrededor. Parecía que estaba muy lejos, que faltaba mucho para sentir el dolor. Empezó en su brazo izquierdo, una punzada de dolor, seguida de una presión aplastante en su pecho. Nikilov jadeó por aire pero no puedo respirar. Apretó el crucifijo hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Nuevamente, ante él, el lobo apareció, gruñendo, goteando saliva.

El corazón galopante y errático del capitán se detuvo de pronto. Incapaz de mantener la cabeza levantada, bajó la cabeza y, si no fuera por sus ataduras, sin duda hubiera caído sobre la cubierta. Pero las líneas aguantaron, la rueda del barco resistió y Mikhail Sergeyevich Nikilov — el último hombre a bordo de la goleta rusa *Deméter* — murió de pie ante el timón.

Capítulo treinta y siete

Ahora el relato vuelve a donde comenzó, el viernes 6 de agosto, en la aldea de Whitby.

Esperanzada por el regreso de su prometido después de recibir la carta del Sr. Hawkins, desanimada por no haber sabido nada de Jonathan desde entonces, preocupada, incluso asustada por el sonambulismo de Lucy, Mina se sentó en su banco del cementerio con vista al mar.

El Sr. Oracle, el viejo ballenero de Mina, subió los escalones cojeando y se dirigió directamente a ella. Su forma de acercarse, su expresión, la manera en que levantó su sombrero, dejaban claro que quería charlar. Mina se había sentido conmovida por el triste cambio que había sufrido el pobre hombre en el último tiempo. Ese día se veía todavía más melancólico. Retorció su sombrero y dijo secamente, —Quiero decirle algo, señorita.

Estaba tan incómodo que Mina no pudo evitar tomarle la mano y susurrar amablemente, —Hable libremente, Sr. Swales. Por favor.

—Tengo miedo, mi estimada, debo haberla asustado con todas esas cosas malvadas que he estado diciendo sobre los muertos. —Empezó a llorar y rogó que lo perdonara. Le contó la triste historia de su vida, en Escocia, en el mar, y aquí en su hogar adoptivo. Abrió su corazón, sus temores a una eternidad que se acercaba rápidamente, sus miedos por el regreso, por la vida de su hijo Oliver.

Eso ocurría en el cementerio.

Poco después, el Sr. Swales emprendió el regreso a casa, se cruzó con el alarmado guardacosta que corría por el puente del puerto y subía las enormes escaleras. Puso su catalejo a buen uso y llamó la atención de Mina hacia el barco, una goleta rusa, cabeceando perdida y confundida en el distante mar. —Sabremos más de ella mañana antes de esta hora.

Al parecer el guardacosta se había equivocado.

El día siguiente, sábado 7, fue según muchos, uno de los días

más bellos que recordaban, bochornoso (algo no extraño para agosto) pero, aparte de eso, inusualmente bueno. Lo suficientemente templado para que residentes y turistas por igual lo aprovecharan. Los turistas de vacaciones, en sus mejores ropas, en excursiones por el día a Rig Mill, Runswick, Mulgrave Woods y Robin Hood's Bay, mientras durante todo el día, las barcos a vapor Emma y Scarborough estuvieron entrando y saliendo del puerto llevando turistas a toda máquina a lo largo de la costa.

A última hora de la tarde, cuando se levantaba una brisa del suroeste, algunos de los rumores en el acantilado este se referían a un espectáculo de *nubes cirrus* en el cielo hacia el noroeste. Esas nubes de tormenta prematuras no alteraron, sino que contribuyeron a la belleza general. La llegada del atardecer fue impresionante. Masas de nubes de esplendidos colores, fuego, purpura, rosa, verde, violeta y todos los tonos del dorado, separadas por masas de negro en todo tipo de formas, deleitaron a los curiosos reunidos en el viejo cementerio.

Fuera de su vista y de sus mentes estaba el confundido barco ruso que había aparecido en el horizonte lejano, y que había alarmado tanto al guardacosta la tarde anterior. La embarcación debía haber recuperado el rumbo (cuándo, o adónde se dirigía, solo se podía adivinar) y pasado de largo por Whitby, porque la goleta no se veía por ninguna parte.

Pero no se había ido. El *Deméter* seguía allí, a la deriva de y de regreso al Mar del Norte, a menos de diez millas al este de la aldea. Allí se mecía sobre el oleaje, atrapado por el viento, mientras el sol se hundía más allá del horizonte.

La tarde se asentó sobre la jarcia y la oscuridad azul cayó sobre la cubierta. El cadáver del Capitán Nikilov seguía de pie, atado al timón, mientras el nuevo amo del barco lo observaba inclinarse de un lado a otro con el movimiento de las olas. Cada vez que el cuerpo se inclinaba a babor, el Conde Drácula se veía obligado a desviar la mirada del brillo del crucifijo atado a sus manos. Incluso muerto... el marinero todavía lograba molestarlo. Drácula no podía dirigir el barco desde el timón. Necesitaba encontrar otra manera.

Se dio la vuelta, su chaqueta negra hinchada como alas, y fue hacia proa por el lado de babor, el fantasma del *Deméter*, la única criatura a bordo excepto las ratas, caminaba solo por la cubierta.

El Conde se detuvo justo a popa de los obenques del mástil de trinquete. Con una mano en la jarcia del mástil y la otra en la

barandilla de babor, miró hacia el mar. Whitby se encontraba fuera de la vista, al oeste. La corriente estaba mal, el viento estaba mal, las velas estaban mal y no tenía un timón manejable. Nada de eso importaba. Él era el voivode, el líder guerrero, e iba a llevar este barco a Inglaterra.

Drácula bajó la cabeza mientras las nubes del este empezaban a desplegarse y oscurecerse. Se concentró en los vientos mientras pasaban por el lado de babor y caían patinando en la superficie del mar un cuarto de milla al oeste del *Deméter*, y sobre los elementos bajo el agua. En el ojo de su mente, vio, lentamente pero acercándose, la génesis de una enorme rotación. Los vientos se levantaron y perforaron hacia abajo. A la orden de Drácula, el mar empezó a revolverse.

En el tiempo que demoró el viejo marinero en subir los escalones al cementerio en el acantilado este, la brisa ya se había transformado en ráfagas. Swales había contemplado desde ese mirador cómo se formaban las tormentas desde hace cincuenta años. Lo hizo otra vez ahora, junto al joven guardacosta. —Ya viene, —dijo el anciano. El guardacostas miró al cielo oscureciéndose y asintió.

Ambos lo pensaron pero ninguno añadió, «Parece una tormenta de mil demonios».

Los barcos de vapor habían cesado sus recorridos por la costa y habían entrado a puerto para pasar la noche. Los capitanes planeaban salidas, arriba y abajo del muelle, pero lo pensaron mejor y decidieron quedarse a salvo en tierra. Todos estaban esperando, sin intenciones de salir al mar hasta que hubiera pasado la tormenta. Cuando la tarde dio paso a la noche, las únicas luces en el agua eran las de los barcos de pesca buscando refugio. Como diamantes contra terciopelo azul, subían y bajaban con el oleaje, inclinándose a sus baluartes, a medida que entraban al puerto antes de la tormenta.

Poco después de las diez, el aire se puso opresivamente inmóvil. Se podían oír a las ovejas baleando tierra adentro y el ladrido de los perros por el pueblo sonaba tan aterrador como un concierto de lobos. La banda, tocando valientemente en el muelle, había perdido su amado aire francés y ahora su música parecía menos una entretención que una intromisión. Aunque muchos de los expectantes aficionados a las tormentas se la perdieron completamente, para los más sensibles entre la muchedumbre parecía que algo sobrenatural (silencio que precedía un espectro

fugaz) estaba a punto de suceder.

Drácula miró sobre la barandilla de babor del barco, concentrándose.

Nubes negras se desplegaron, vientos huracanados hincharon las velas del *Deméter* e inclinaron sus mástiles, pero el oleaje natural de agua se alejó y las olas se levantaron en corridas cortas, rápidas y furiosas. Parecía que el mar era una orquesta, cada ola sin espuma un músico levantándose para afinar su instrumento y volviendo a su asiento. Pronto el océano se puso tan suave como el cristal. El concierto parecía estar a punto de comenzar.

Un rayo destelló cuando Drácula estiró la mano. El mar gruñó como si un monstruo vivo estuviera despertándose en su guarida. Entonces, para igualar el sonido, se desplegó un espectáculo procedente del mismo infierno.

A un cuarto de milla de distancia, el enorme lecho de agua convulsionó. Las rachas de viento cortas e intensas se convirtieron en una ráfaga estable y violenta. El agua empezó a caer verticalmente. Rayos prodigiosos de espuma se levantaron y expandieron, a gran distancia, en un enorme remolino en contra del sentido del reloj. La rotación creció hasta convertirse en un enorme vortex, haciendo círculos hacia el norte y el oeste. Moviéndose con el viento, cabalgando y siseando, girando y hundiéndose, en un curso dirigido por el maléfico, adquiriendo una velocidad increíble. Cada momento aumentaba su velocidad, su extraordinario frenesí. Todo el mar se levantaba con una furia incontrolable, norte y oeste, norte y oeste, un tren de violencia en trayectoria circular.

De este movimiento vino la reacción violenta de una ola gigante. Golpeó al *Deméter* en su proa de vapor, giró debajo el barco y lo levantó hasta tocar el cielo cargado de electricidad. El oleaje continuó su enorme inclinación hacia fuera, más allá del *Deméter*, mientras la goleta se mecía en la parte superior y después se deslizaba hacia abajo por su cara interna como si bajase de una montaña. La embarcación golpeó el fondo de la ola en la espuma burbujeante. Un hombre en cubierta estaría enfermo y mareado, pero Drácula seguía de pie sin moverse.

Ahora tan ancho en diámetro como la distancia desde el barco, el enorme remolino había llegado a formarse por completo. Ahora, en su centro, como si se hubiera abierto un drenaje en el lecho marino, el agua cayó hacia afuera y el vortex se transformó en un remolino, aumentando de velocidad e incorporando al agua

circundante a su rotación. El borde del remolino era un cinturón de rocío resplandeciente. La boca del increíble embudo brillaba negra, girando rápidamente alrededor, rugiendo a los vientos, un muro cilíndrico de agua descendiendo al infierno.

El *Deméter* crujió y giró sobre su quilla. El bauprés y la antorcha esculpida de su mascarón de proa ornamental viraron a babor, hacia el noroeste, adquiriendo velocidad, ya que también eran atraídos por el torbellino.

Justo al atardecer el guardacostas y sus técnicos lograron hacer funcionar el nuevo foco reflector en el acantilado este. Lo encendieron por primera vez cuando el Sr. Swales llegó para contemplar la tormenta y continuaron sus experimentos a medida que oscurecía y el viejo ballenero los abandonó.

El Señor Oracle bajó las escaleras, dirigiéndose a casa donde estaba su nieta, cuando se encendió la luz costera. Sin intención de cegar a los que estaban en los muelles, movieron la luz por el océano neblinoso y solo asustaron a unas pocas aves marinas afectadas por la tormenta cuyas alas lanzaron un destello blanco antes de desaparecer. Ignoraban cuán rápidamente el reflector demostraría ser útil.

Fuera del puerto, la tormenta tenía al mar muy agitado. Cada ola rompía hacia el cielo, arrojando espuma blanca que la tempestad elevaba en remolinos al espacio. Los hombres buscaron esas explosiones húmedas hasta que su luz se cruzó en el camino de una barca de pescar solitaria todavía en el mar y en peligro. Había perdido el rumbo, y con las iracundas olas rompiendo sobre su regala, estaba casi inundada.

El guardacosta reemplazó a sus técnicos y concentró el nuevo foco sobre la embarcación en problemas. Este milagro fabricado por el hombre cumplió su función. Guiado por la luz, y la mano firme del guardacostas, el bote encontró su rumbo, se apresuró al puerto y llegó al embarcadero; aparte de empapados, los pescadores a bordo estaban solo algo maltrechos.

Swales vio el rescate mientras se dirigía al puente levadizo. Confiado en que los pescadores estaban seguros, y consciente de que era poco lo que él podía hacer si no lo estaban, se dio prisa para su casa (en realidad la casa de su hijo), donde los cuidaba su pequeña Carrie, y a su vez, ellos cuidaban de ella. Una forma tonta

de pensar, en realidad. Su nieta tenía casi cincuenta años. Pero siempre sería su pequeña Carrie.

El Señor Oracle de Mina abrió silenciosamente la puerta de su dormitorio y contempló a su nieta durmiendo. No se había sentido bien después de la cena, se había excusado para descansar, y ahora estaba aquí. Sus ojos lagañosos ya no eran lo que fueron. Swales no podía distinguir su rostro en la penumbra, pero reconoció su forma y podía oír su respiración tranquila. Cerró la puerta sin hacer ruido.

Volvió a su pequeña sala de estar y a su gastada mecedora. Encendió la lámpara creando un resplandor suave, después encendió su pipa de arcilla (un regalo de Oliver; *la única maldita cosa de valor que venía de Irlanda*). Una nube de humo denso llenó la habitación. Miró a la mecedora vacía al otro lado de la mesa, la silla de Oliver, lo que reavivó su memoria.

Pronto, Swales estaba temblando.

Algo malo había ocurrido. Lo había sentido durante días, lo temía. Era esa tristeza inquebrantable la que lo impulsaba al cementerio, a comportarse de forma tonta ante la joven Señorita Mina. Aquí estaba otra vez...ese *presentimiento* de que Oliver ya no estaba. No solo estaba fuera en un largo viaje por mar sino realmente desaparecido, muerto. Lo sentía, lo creía totalmente en su corazón. Oliver estaba muerto y desaparecido y nunca más vería a su hijo.

Además de eso, mucho peor, algo inexplicable, algo maléfico se dirigía hacia ellos. Un relámpago llevó, por un instante, la luz del día a la habitación. Un trueno rugió. La saliva de lluvia, una salva de apertura engañosamente débil de la tormenta que se acercaba, hizo temblar las dos pequeñas ventanas de la sala.

También caían las lágrimas del Señor Oráculo.

Mina se sentó otra vez. No en la cama, porque se había bajado de la cama, sino sobre el diván de la habitación de Lucy desde donde había observado a su inquieta compañera de habitación toda la tarde y hasta entrada la noche. Al parecer la tormenta sería temible, y Lucy también estaba asustando a Mina.

Se había levantado de la cama dos veces ya — bastante dormida en las dos ocasiones— se había vestido y había intentado salir de la habitación. Por suerte Mina se había despertado justo a tiempo y, las dos veces, había desvestido a Lucy sin despertarla y la había llevado de vuelta a la cama. No es que fuera difícil, nunca lo era. Cada vez que Mina la detenía, la llevaba de vuelta a la seguridad,

ella se entregaba sin resistencia.

Pero la noche había dejado su huella. Mina ya no podía dormir, preocupada como estaba por Lucy. La tormenta, el traqueteo de las ventanas, el tamborileo del techo y el estruendo entre los tubos de la chimenea solo empeoraban las cosas. Ahora otra vez venía el trueno como la ráfaga aguda de una pistola distante. Mina se estremeció.

Llamadlo destino, llamadlo coincidencia, pero en Purfleet caía una tormenta tan fuerte como la de Whitby, que venía en ráfagas con los rayos que apenas comenzaban pero prometían mucho. Había surgido de la nada. Igualmente inesperada era la tormenta dentro del asilo para lunáticos.

— ¡Es mío! —gritó Renfield.

El Dr. Seward, escribiendo notas en su escritorio, se asustó hasta lo más intimo de su ser; desprevenido cuando el paciente entró gritando a su estudio. Fiel a la reciente forma de manía que sufría, Renfield fue hacia Tabby, su gata tricolor, con sed de sangre en sus ojos dementes. El doctor intentó intervenir y se produjo un tumulto.

La gata escapó mientras el lunático intentaba agarrarla sin conseguirlo, el doctor fue golpeado sobre su escritorio y Renfield también cayó al suelo. Los camilleros, un exasperado Martin llevando una chaqueta de fuerza, y su mano derecha William (mucho músculo, poco cerebro) atacaron, mientras la gata se defendía, y abrumaba al paciente.

—Caramba, doctor, —dijo Martin, llevando al hombre al suelo. —no sé cómo lo sacaremos de esta habitación.

—Ahora no importa el cómo. ¡Tenéis que lograr controlarlo!

Renfield se resistió con considerable fuerza. A pesar de su resistencia, sus protestas, sus desvaríos sin sentido, al final lograron inmovilizar al lunático con la chaqueta de fuerza de tela y cuero, sus brazos cruzados sobre el torso, las mangas alargadas abrochadas en la espalda.

— ¡No! ¡No! ¡Me tengo que preparar! ¡No lo entendéis! ¡Él se acerca! ¡El amo se acerca! ¡Tengo que prepararme!

Atado como un preso, Renfield fue arrastrado (se negó a caminar y gritó todo el camino) hasta su habitación. Lo depositaron en el suelo, aullando como el loco que era. — ¡Soltadme! ¡Tenéis que soltarme! ¡Él se acerca! ¡Tengo que prepararme!

—Que venga, —dijo el jadeante Seward, indicando la salida a sus camilleros y cerrando con llave la puerta. —Dejadlo tranquilo.

Renfield yacía, iluminado por ráfagas esporádicas de rayos, murmurando y solo.

—Soltadme. ¡Ya se acerca! ¡El amo está en camino!

Llegó la media noche del domingo 8 de agosto, la hora de las brujas, y el *Deméter* seguía dando vueltas, apenas desplazando agua al hacer el circuito, volando en vez de flotando. Con el muro negro de océano a estribor bloqueando la tormenta al este, y su lado de babor cabalgando el borde interior del remolino, las velas atormentadas de la goleta se vaciaron y cayeron flácidas por falta de viento. Parecía que el *Deméter* caería al abismo en cualquier segundo. Se apoyaba casi en los extremos de su manga mientras navegaba en círculos mareantes y Drácula miraba al fondo del profundo golfo donde las paredes del vasto muro se encontraban y chocaban en una niebla rugiente iluminada por los relámpagos.

No solo el *Deméter* estaba atrapado en el remolino. Alrededor del barco giraban barriles, cajas rotas, trozos de arboles tirados por el agua, un mástil astillado y, de pronto adelante, la sección de proa de un barco naufragado, surgieron del fondo. Cada elemento a su vez golpeaba o esquivaba al barco según decisión del destino, recorría la vasta trayectoria circular, daba el salto y desparecía en el abismo.

El torbellino hacia girar a su alrededor a la goleta cada vez más rápidamente. El barco crujía, los mástiles gruñían, el *Deméter* salto el muro de agua y las rachas de viento impulsaron las velas en dirección contraria. El vampiro, todavía manejando en la proa con rayos destellando a su alrededor, apretó los puños. El *Deméter* gimió, subió al labio del borde del embudo a estribor y, como el disparo de una catapulta, salió del remolino.

Detrás, la niebla en las profundidades del embudo fue tragada, reemplazada por mar gruesa, al tiempo que se llenaba el fondo del golfo. El remolino se enlenteció, el vortex se cerró y desapareció. ¡Pero la hazaña se había logrado! La fuerza del torbellino había lanzado a la goleta *Deméter* en dirección oeste. La tormenta aumentó de intensidad y la goleta expulsada siguió su curso hacia Whitby.

Capítulo treinta y ocho

Un silencio sobrenatural calló las voces de los que estaba fuera bajo la lluvia y reprimió la banda en el muelle. Entonces, a medianoche, llegó un estruendo hueco desde el mar. Destellos de relámpagos encendieron el distante océano, revelando grietas en la pesada niebla. El cielo tembló con el trueno. La gente en la costa, todavía celebrando el rescate de la barca pesquera, enmudeció ante el temporal.

En el acantilado, el guardacosta estiraba su espalda adolorida. Había estado siguiendo el bote con su foco con tanta intensidad que no se había dado cuenta de que estaba a punto de caer rendido. Se inclinó contra el foco, y por poco se cayó cuando giró hacia el mar bajo su peso. Miró al mar siguiendo al foco, entonces se detuvo, estaba seguro de haber visto...algo.

Manipuló la luz intencionalmente y lo vio otra vez; algo sobre el oleaje. El objeto viró su curso, enfrentando las olas y, al acercarse, tomó forma. ¡Era un navío! Tenía una vela cangreja en la popa, ridícula para este viento, y vela cangreja, mesana y principal sin ningún tipo de rizo. ¡Sin duda el barco era pilotado por un lunático! Entonces se dio cuenta. Este no era cualquier barco. Era la goleta extranjera que había visto la noche anterior. Había desaparecido de su vista todo el día y él supuso que había seguido su curso. Ahora estaba aquí otra vez. Todas sus velas estaban (¡peligrosamente!) regladas y ondeando perezosamente al viento. Se dirigía al oeste, directo hacia el puerto de Whitby.

El guardacostas empezó a hacerle señales frenéticamente. Advirtió al barco, una y otra vez, de la tormenta. Le rogó con la luz que redujera la marcha. Sus esfuerzos no tuvieron ningún resultado.

El viento la impulsaba hacia el este, y hacia arriba y abajo del puente. En los muelles, en el acantilado este, en el sendero del cementerio, en los terrenos de la antigua abadía, un estremecimiento recorrió a todos aquellos que vieron la goleta. Se elevaron gritos de alarma, se difundieron rumores sobre el ignorante y necio oficial al timón.

El capitán del *Deméter*, Mikhail Nikilov, muerto y atado al timón del barco, se mecía de atrás hacia adelante con cada movimiento y bandazo del barco. Sus ojos fijos miraban sin ver desde las velas desplegadas, aunque rotas en algunos puntos, hacia la cubierta empapada, desde el mar de estribor hacia el cielo de babor. Estaba frío y pálido, con la rigidez del rigor mortis, y después flácido, al desaparecer el rigor. El cadáver seguía al timón, ignorado.

El nuevo comandante del barco, el Conde Drácula, blanco con la edad, pálido por la falta de sangre, estaba de pie en el bauprés de la desolada goleta. La cubierta cabeceó bajo sus pies, los vientos sacudían las velas. El cielo hirviendo de esmeralda y negro explotó con el CHASQUIDO de un rayo.

El *Deméter* siguió avanzando.

En su dormitorio en el Crescent, la encantadora pero todavía adormilada Lucy abrió los ojos. Como una autómata, retiró las mantas y, silenciosamente para no molestar a Mina, se bajó de la cama. Dormida pero consciente, fue hacia la ventana con gotas de lluvia y miró hacia el pueblo y al puerto.

La tempestad estalló sobre la tierra y todos los aspectos de la naturaleza convulsionaron al mismo tiempo. Las olas se levantaron con creciente furia, superponiéndose entre sí, hasta que el mar fuera del rompeolas se transformó en un monstruo rugiente. Las olas de borde blanco golpeaban salvajemente en la arena y subían por los acantilados. Otras rompían sobre los muelles, azotando los faros que protegían la boca del puerto. El viento rugía y soplaba con tanta fuerza que incluso los hombres fuertes tenían dificultades para mantenerse de pie.

Lucy observaba a través de la lluvia cómo las autoridades buscaban a los valientes curiosos y despejaban el muelle, sin duda salvando la vida de alguno de ellos. Para empeorar las cosas, y el peligro, masas húmedas de niebla se acercaban a tierra como los fantasmas de los muertos del Mar del Norte. Ella tembló al pensarlo.

Entonces le llegó una voz desde el mar; la voz del amo. Lucy se alejó de la ventana y sin hacer ruido, con un ojo en la dormida Mina, encontró su capa de noche.

En Purfleet, a la vista de la dilapidada abadía de Carfax, dentro de las frías paredes de piedra del sanatorio, los camilleros (susurrando entre sí) compartieron una sensación de alivio. Renfield, todavía en

su camisa de fuerza, por fin se había dormido. Era la primera vez en cuarenta y ocho horas que había dejado de vociferar. La calma era refrescante. Martin le dio una última mirada y entonces, satisfecho, cerró la mirilla en la puerta, pensado, —Ya era hora.

Al otro lado de la puerta, Renfield escuchó la escotilla cerrarse...y abrió los ojos. ¡Siempre podía engañar a Martin! Ahora, en silencio, rápidamente, de la misma forma que había sorprendido a sus amigos de la infancia con demostraciones de sus «articulaciones sueltas», presionó sus hombros confinados contra la pared dura y empujó. Sus brazos se salieron de sus articulaciones con dos ruidos apenas audibles. Logrado esto, hundió los dientes en la chaqueta y desgarró la tela como un tigre lo haría con su presa.

Con los faros del puerto de Whitby visibles a la distancia, el *Deméter* había cambiado ligeramente de curso, ahora se dirigía en dirección nornoroeste cuando le convenía una ruta más al este. ¡Maldito sea el capitán del barco en el timón! ¡Y maldito el crucifijo en sus manos inertes y frías!

Drácula levantó las manos otra vez, llamando al más aterrador de los eventos marinos, una borrasca gigante. La goleta cabeceó y se escoró. Un tremendo silbido rugió por las velas y los obenques como un tren de aire frío que bajara corriendo del Mar del Norte, después de hacer un gesto hacia arriba con su mano derecha. Entonces, a un movimiento hacia abajo imprevisto de su derecha, vino una mini sacudida que golpeó el lado este del barco como un martillo.

Una pared de veinte pies de agua impulsada por el viento escaló con ira en el aire y azotó al barco en el lado estribor de la popa. Como un juguete empujado en el estanque de un parque, el *Deméter* fue empujado con fuerza hacia el puerto, se inclinó sobre los extremos de la manga y por poco naufraga. La goleta retrocedió a una quilla equilibrada hacia el oeste, en curso otra vez hacia el puerto de Whitby.

El guardacosta y sus compañeros la siguieron con su foco reflector, gritando de excitación y terror. Era casi la hora de la marea alta e, increíblemente, la goleta avanzaba derecho a ellos con todas sus velas izadas.

Fascinado por el avance del barco, se oyó a uno de los viejos marineros mirando desde acantilado detrás de la luz, susurrar, —

Tiene que parar en alguna parte, aunque sea en el infierno.

Envolviéndose en su capa de noche, Lucy no se molestó en atarla al intentar abrir la puerta. La encontró cerrada con llave. Como siempre ahora, cerrada. No sería una prisionera, no aquí ni ahora. La estaban llamando. El significado de las últimas semanas, la respuesta a sus sueños, estaban al alcance de la mano. Tenía que salir.

Mina seguía durmiendo. Mejor así.

Lucy se desplazó a la ventana. Abrió la cortina. Tiró con toda su fuerza y, tras gran esfuerzo, abrió la ventana de guillotina. La ventana crujió. Un relámpago destelló. Un trueno retumbó. La lluvia caía a mares, mojándole la ropa, la parte delantera de su camisón. No importaba. Nada importaba ahora excepto escapar de los confines de la habitación y llegar al cementerio sobre el mar. Forzó la ventana para abrirla un poco más, su ropa de dormir mojada se adhería a sus pechos, su estómago. Sacó la cabeza, determinada a escapar.

— ¡Lucy!

Se quedó quieta, tal como estaba, con la mitad fuera de la ventana del dormitorio de sus aposentos. Mina la tenía agarrada por los hombros, tirando de ella hacia el interior. La lluvia caía como cascada por su largo cabello oscuro, su vestido empapado, formando un charco en el suelo.

— ¡Oh, Lucy! ¡Oh, Lucy!

Lucy no ofreció resistencia, no luchó, ni dijo nada. Todavía estaba dormida.

— ¡Ha llegado!

Todo lo bueno debe llegar a su fin, pensó Martin. Como el silencio de Renfield. Lamentablemente, la paz y la tranquilidad no habían durado mucho.

—El loco está gritando otra vez.

El camillero jefe miró con furia a su asistente. — ¿Crees que estoy sordo? ¿Piensas que no lo oigo?

Martin levantó la mirilla y echó un vistazo al interior. Renfield estaba allí, junto a la ventana, mirando la tormenta y gritando a todo pulmón. — ¡Él ha llegado! ¡Ha llegado! El camillero demoró un momento en darse cuenta de que el paciente ya no estaba atado. Su camisa de fuerza yacía, en jirones, sobre la cama. Además, las

barras de hierro en la ventaba estaban retorcidas como si hubieran estado hechas de queso. Renfield estaba intentando salir.

Martin dijo una palabrota, luchó por meter la llave en la cerradura y abrió con fuerza la puerta Él y su compañero entraron corriendo a la habitación. Un paso por delante, Martin agarró a Renfield cuando este se deslizaba entre las barras retorcidas. Renfield gruñó y respondió con golpes. Martin gritó cuando la sangre saltó a su chaqueta blanca. Lo soltó y el lunático escapó, a través de las barras, y se dejó caer en la oscuridad exterior.

— ¡Me apuñaló! — Martin gritó de dolor.

— ¿Con qué? — William preguntó horrorizado.

— ¿Cómo demonios podría yo saberlo? — bramó Martin, ondeando su mitón manchado de granate. — ¡El maldito me apuñaló! ¿No es suficiente?

William se acercó a la ventana pero se dio cuenta de que ni él ni Martin podrían pasar por ahí. Y no era probable que pudiera torcer más las barras. Además, habían llegado demasiado tarde. Renfield había desaparecido, perdido en la lluvia, en el pozo negro que era el jardín.

—Voy a buscar otra camisa de fuerza, —dijo Martin. Envolvió con fuerza un pañuelo sobre la mano, mirando al suelo. —Tú ve a ponerte botas, amigo. Yo voy a buscar al loco, ¿de acuerdo? No queremos que te mojes los pies.

En la oscuridad, más allá del alcance de sus molestos guardianes, Renfield corrió en línea recta sobre el césped mojado por la lluvia hasta los árboles en el límite del sanatorio. Sin una escalera ni la más mínima vacilación, escaló la pared húmeda que separaba los terrenos del asilo de los de la abandonada abadía de Carfax. Se dio la vuelta al llegar arriba como un artista de circo y se dejo caer al suelo por el otro lado.

En lo que para los humanos sería una niebla cegadora, Drácula se movió entre los mástiles de la mesana y la principal, su capa hinchada en la lluvia y el viento, sus ojos desviados del crucifijo en la mano del hombre muerto.

Por turnos, la mesana y después la principal, rompió las líneas de sujeción desde los cabilleros y las dejo volar al viento. Las grandes botavaras, desatadas, se movían intensamente, barriendo la cubierta hasta estribor. Drácula levantó una mano al aire y apretó el puño. Las botavaras detuvieron su balanceo en respuesta a su orden silenciosa. Redirigidas, todas voluminosas e hinchadas, la goleta

viró hacia el puerto, adquiriendo velocidad.

Volvió a la cubierta de proa, levantó los brazos como un director de orquesta y conduciendo los elementos de la tormenta, el viento, la lluvia y el mar agitado, impulsó el barco. La niebla empezó a debilitarse y justo en frente aparecieron las luces tenues del faro en la boca del puerto de Whitby.

Unos momentos antes, la goleta en problemas había desaparecido en los cambiantes bancos grises.

Ahora la multitud empapada en el acantilado este, y aquellos cerca del puerto, vieron y sintieron cambiar el viento al noreste llevándose consigo la niebla. Desde esa niebla que se desvanecía, como el legendario Holandés errante, emergió la goleta....impulsada por una ráfaga de viento. Golpeada ola tras ola, milagrosamente el barco encontró al acercarse una línea entre los embarcaderos.

— ¡Hay un arrecife plano entre ella y el puerto! —gritó el guardacostas para aliviar su propio terror. —Muchos barcos buenos han sufrido allí. Con el viento soplando desde ese lugar, nunca conseguirá llegar a la entrada del puerto. — ¡Es imposible!

Iluminó al barco con el foco, y esperó su destrucción.

El viento detrás del rompeolas cambió de dirección. Las botavaras en el mástil principal y la mesana del barco se inclinaron, desatendidas, agarrando las ráfagas de viento cambiante. El barco se desvió y rodeó el borde del mortal arrecife. Las botavaras se inclinaron otra vez, las velas se alisaron y se hincharon en la dirección opuesta.

Otra ola de niebla marina fría y húmeda cayó como una manta y la multitud fue obligada a aguzar sus oídos colectivos ya que no podían ver nada. La tempestad rugió, un trueno bramó. Las velas del barco oculto se rompieron, ¡estallando como cañones! El guardacostas fijó el la luz del reflector en la boca del puerto y el embarcadero este donde se esperaba el impacto del inminente choque. Mojados y aturdidos, todos en tierra esperaban conteniendo la respiración.

¡Entonces reapareció la goleta!

Ante los gritos, suspiros y chillidos de la gente, el decrepito barco logró pasar entre los faros y sus largos embarcaderos. Muchos pensaron que habían presenciado un milagro divino. No podían saber que había ocurrido exactamente lo contrario.

La goleta atravesó rápidamente por el rayo de luz al entrar al puerto. Por un instante, mostró al hombre al timón del barco. Se

movía de un lado a otro como una marioneta, su cabeza colgaba balanceándose con el movimiento del barco. Parecía estar borracho y a punto de caerse. De alguna forma conseguía mantener el equilibrio y seguía de pie; se balanceaba pero nunca soltaba el timón.

En la esquina sureste del puerto, que los lugareños llamaban Tate Hill Pier, había una playa de arena y gravilla depositada por las mareas durante años. Los residentes de la zona estaban dormidos, ignorantes de la excitación, o fuera de sus casas mirando desde arriba del acantilado este, por lo que el embarcadero estaba desierto. Por suerte, ya que este fue el objetivo de la rápida goleta cuando el viento la empujó a través del puerto. La muchedumbre gritó, exclamó, contempló asombrada como, con un gran quiebre, un crujido y una alarmante explosión, el barco golpeó contra la arena y encalló...

Los libros de Harrington salieron volando desde la estantería como una pelota de cricket, golpeando la botella vacía de láudano de Smirnov en la parte superior del escritorio. El impermeable de Funar cayó desde la litera superior. Un tonel en la cocina de Swales se rompió contra la pared tirando limones como canicas. Los punzones de Petrofsky navegaron como dardos. Las herramientas de Amramoff hicieron erupción. Los orinales de Popescu derramaron sus contenidos. Las pertenencias personales de Eltsin, Olgaren y Constantin se elevaron y cayeron. El reloj de la muerte de Nikilov rebotó en la puerta del camarote y aterrizó tan roto y muerto como el artesano que lo había fabricado.

Las vigas del barco se agitaron. Los obenques se tensaron. Las ataduras cedieron al caer la gavia rasgada. Todo lo que estaba suelto en la cubierta salió volando, todo lo que estaba atado se soltó. El cuerpo del capitán Nikilov se golpeó contra el timón, se desplomó, pero siguió parado sobre sus pies.

El barco subió por la arena, arrojando agua y gravilla, tirando desechos. La goleta se deslizó sobre las rocas hasta que encalló. ¡Un relámpago iluminó el cielo, el trueno se sucedió in crescendo! El *Deméter* había llegado a Whitby, Inglaterra.

A pesar de la tormenta y las olas que rompían, la multitud excitada, impactada al ver encallar el barco, se desplazó hacia el puerto. Dos de ellos eran buenos corredores, el guardacosta que había dejado su puesto de observación y el corresponsal de un periódico, y llegaron antes que el resto desde el acantilado oeste.

Los técnicos que todavía manejaban la luz exploraron la entrada del puerto como si buscaran las fuerzas demoniacas que habían impulsado al barco. Sin encontrar nada, volvieron a dirigir la luz al barco decrepito para ver si el guardacostas y el periodista habían alcanzado a la playa. Consiguieron llegar rápidamente y avanzaron cuidadosamente hasta el barco encallado, a través de los bauprés rotos, los restos y desechos esparcidos sobre las rocas y la arena.

El guardacostas casi había llegado al barco naufragado inclinado cuando ALGO, una imagen borrosa, saltó por la barandilla de proa y aterrizó en la playa ante él. Se levantó, sorprendido y le tomó un momento, con la luz fulgurante y las largas sombras de la luz de búsqueda, ver lo que era: ¡un enorme perro negro! Hizo una señal y el periodista, que venía detrás, hizo un juramento y se detuvo en el lugar.

El perro (¡o podría haber sido un lobo!) gruñó. Mostraba sus colmillos feroces, con la saliva cayendo de sus labios rojos, y entonces los amenazó con sus fuertes mandíbulas. Ninguno de los dos se movió. El animal, con ojos rojos como el fuego, se desahogó con un aullido tremendo que helaba la espalda, después se alejó corriendo. La criatura atravesó la playa rocosa y desapareció en la oscuridad.

Epílogo

El monstruoso perro, desaparecido en la oscuridad, había asustado profundamente al guardacosta y al periodista. Ahora, cuando se acercaban al buque encallado, el sombrío mascarón de proa hizo lo mismo. Orificios en la cara de la diosa, en la cara de la criatura con colmillos anidada entre sus pechos, y en sus pechos, estropeaban la escultura y le daban un aspecto amenazante a la imagen esculpida. Hasta no hace mucho la figura significaba descubrimiento y una nueva vida, ahora solo asustaba, proclamando la llegada del buque maldito a las costas de Inglaterra. Se obligaron a avanzar dejando a tras la escalofriante doncella de madera.

Una línea desgarrada entre los obenques delanteros caídos sobre la borda, un hombre muerto arrastrado por el agua yacía en la arena. El guardacostas lo agarró y subió; era la primera alma viviente a bordo de la goleta en dos días. El periodista le pisaba los talones. Avanzaron hacia popa, a través de los desechos, y alrededor de la caseta. En el otro lado, pasada la mesana, se juntaron mirando estupefactos hacia el timón. Nadie había visto nunca algo así.

Un marinero, el capitán, si es que el abrigo y la gorra eran suyos, estaba inmóvil ante el timón. Sus manos estaban atadas, una sobre la otra, con un crucifijo y un rosario entre ellas, al timón del barco. Las cuerdas atadas habían cortado sus muñecas hasta el hueso y el pobre hombre estaba muerto.

La multitud había llegado al embarcadero esperando tener una mejor vista; algunos, por el caos, incluso a posibilidad de subir a bordo. En un extremo del embarcadero, los técnicos del guardacostas y el personal de la policía detenían a todos los que llegaban y les impedían acceder al barco. En el otro extremo, el barquero jefe dejaba subir a bordo a sus amigos y parientes. El guardacosta los expulsó, esperando mantener al mínimo las personas que vieran al muerto.

—No le prestéis atención, — dijo un ricachón a la multitud. — Está celoso, porque no tiene derechos de salvataje. Soy estudiante de derecho, sé de lo que hablo. El derecho de salvataje pertenece al primer civil que entra a un barco abandonado. El guardacostas, al

ser un funcionario, no tiene derechos ante el Tribunal de Almirantazgo. Y los derechos del propietario ya han sido sacrificados, —dijo el aspirante a abogado (como si estuviera seguro). —Su propiedad retenida en contravención de los estatutos sobre manos muertas, ya que la rueda del timón, como emblema si no prueba de posesión delegada está en las manos de un muerto.

La gente confundida asintió para indicar que lo habían entendido todo.

—Dr. Caffyn. —llamó un sargento de policía al cirujano local entre la multitud. — ¿Sería tan amable de hacer un examen rápido?

El doctor lo hizo y, al poco tiempo, declaró, — El hombre debe llevar muerto por al menos dos días.

— ¡No hay tripulación! —Gritó el barquero del puerto, interrumpiendo. Había salido de la caseta con tres hombres detrás de él, un hermano y dos sobrinos, atrayendo la atención de la gente.

El sargento intentó calmarlos. — ¿Qué quiere decir?

—Hemos registrado el barco. No hay tripulación. No hay ninguna otra alma a bordo.

Los murmullos empezaron otra vez. Esta vez el funcionario lo dejó pasar.

—Debe haberse atado él mismo las manos, — susurró el guardacostas al doctor. —y apretado los nudos con los dientes.

El doctor registró el cuerpo y sacó la botella tapada de Nikilov. La puso a la luz del sargento, y vio una nota de papel y un lápiz en su interior. —Bueno, a menos que me equivoque, —dijo el doctor. —debe ser un documento interesante.

Se cortaron las cuerdas (se habían enterrado demasiado profundamente para ser desatadas) y el cadáver de Nikilov fue retirado del timón. Su honorable guardia, de este mundo y del siguiente, había durando casi cinco días. Se hizo una cama improvisada con los desechos y, a una señal del magistrado, el capitán fue bajado con reverencia del barco. Una investigación y un entierro con honores, en el cementerio del acantilado de Mina Murray, era todo lo que quedaba del viaje de Nikilov.

La terrible tormenta se debilitaba, la multitud se dispersó y el cielo comenzó a enrojecerse sobre los campos ondulados de Yorkshire.

Martin y William mojados por la tormenta y secos otra vez ahora que el sol lucía en esa mañana luminosa de lunes, habían registrado los terrenos de la propiedad hasta el Támesis y de vuelta, durante

toda la noche, sin señales del lunática. Al volver, cautelosamente derrotada, la pareja fue sorprendida por un aullido distante de regodeo idiota; una risa seguida de...una canción. Los camilleros intercambiaron miradas nerviosas de sorpresa. —Dios bendito, — dijo Martin. Alguien estaba cantando una apasionada versión de «*The Roast Beef of Old England*»[2].

«*When mighty Roast Beef was the Englishman's food,*
It ennobled our brains and enriched our blood.
Our soldiers were brave and our courtiers were good
Oh! the Roast Beef of old England, And old English Roast Beef!»[3]

Las estrofas estaban desordenadas y la canción desentonada, pero Martin no estaba sorprendido. Renfield era el cantante y su entusiasmo compensaba los fallos. La balada danzaba alegremente por el aire.

«*But now we are dwindled to, what shall I name?*
A sneaking poor race, half-begotten and tame,
Who sully the honours that once shone in fame».[4]

Siguieron la música a través de los árboles hasta el alto muro que separaba los terrenos del sanatorio de los de la abandonada Carfax. Pero, a medida que se acercaban los camilleros, descubrieron que la canción procedía, no del muro ni de más allá, sino de las ramas de un viejo roble inglés a su lado. Renfield estaba acurrucado, fuera de su alcance, en el hueco entre la parte superior del tronco y la base de las ramas. Estaba mirando hacia Carfax y cantando con todo su corazón.

«*Oh! the Roast Beef of old England, And old English Roast Beef!*»

Habiéndolo oído mucho antes de verlo, y seguro de que estaba arriba, los camilleros se acercaron lentamente. William tenía lista la camisa de fuerza; Martin llevaba solo su determinación.

«*When good Queen Elizabeth sat on the throne,*
Ere coffee, or tea, or such slip-slops were known,
The world was in terror if e'er she did frown».[5]

—¡Renfield! Martin llamó hacia arriba. —¿En nombre de Dios qué estás...? —Hizo una pausa, boquiabierto. El horror interrumpió la pregunta del camillero.

«*Oh! The Roast Beef of old England...*»

El lunático se movió en su asiento. —¡Hola Martin! —Estaba agarrando un gato (con el cuello desgarrado), la boca y barbilla manchada de sangre. Su pluma sobresalía del cuello del animal.

—Dios ten piedad... —susurró el camillero. ¡Eso no era inteligente, darle una pluma a un lunático peligroso! Martin se debilitó al mirar desde el gato apuñalado hasta su propia mano

vendada.

Por lo que a él se refería, el cuerpo sin vida NO pertenecía a Tabby. La gata tricolor, objeto de la sed de sangre del lunático, había sobrevivido a la tormenta (y a Renfield) intacta. Este tenía un pelaje sarnoso gris y negro, probablemente un gato callejero que pasó por la sombría Carfax en el momento equivocado. Aun así, a pesar de la mueca y el rostro manchado de sangre, Renfield lo sostenía con delicadeza.

Toda la noche habían temido que este momento sería una confrontación violenta, pero nada más alejado de la realidad. Renfield estaba encantado con todo; la soleada mañana, la solicitud de que bajara del árbol, la idea de volver al sanatorio. Todo estaba bien en el mundo y bajó alegremente de su percha. La camisa de fuerza, innecesaria para este amable paciente, se uso en cambio para envolver al pobre gato. (La oferta de Renfield de llevar el bulto fue rechazada amablemente).

William fue a buscar una toalla para el rostro de Renfield, mientras el paciente hablaba tranquilamente con Martin. La conversación unilateral consistía en las habladurías retorcidas propias del lunático, centrada en la Abadía y su insistencia de que la mansión abandonada renacería pronto otra vez. Martin no entendía nada, pero reconocía el regocijo de Renfield, la barbilla sangrienta y sus palabras, « ¡Ha venido! Pronto estará aquí, ya verá» — lo dejaron...intranquilo.

Lucy estaba despierta desde temprano, junto a la ventana de su dormitorio miraba en dirección al este y al puerto lejano. Había sido una tormenta horrible y una emoción recorría el pueblo por la llegada del barco extraviado. Era todo tan emocionante, ¿quién podría dormir? Y sin embargo, ella recordaba poco de lo ocurrido. Recordaba que la habían secado, vestido y metido en la cama... Era tan extraño.

No era, Lucy lo sabía, la misma mujer que había sido hasta ayer. Algo había cambiado. El qué, no podría decirlo pero lo sentía. ¿La amaría todavía Arthur?- se preguntaba - ¿se casaría con la Lucy en que se había convertido?

—Oh, Lucy, — exclamó Mina al entrar en la habitación. Se unió a Lucy junto a la ventana y charlaron alegremente, pasando de un tema a otro. Acababa de ver a la Sra. Westenra que dormía como un bebé. El color, dijo, había vuelto a las dulces mejillas de Lucy. (No era de extrañar que tres hombres se hubieran disputado su mano).

Lucy debía estar mejorando. Quizá la noche anterior fuera el fin de los sueños, las pesadillas. Mina estaba feliz, por primera vez en días. Esperaba tener pronto noticias de Jonathan. ¿Quizás hoy mismo? ¡Y menuda noche!, la tormenta, y cuán terrible fue que el barco terminara encallando de forma tan dramática.

Miraron juntas al puerto y los desechos inclinados de madera y telas sobre la playa rocosa. —Dicen que era rusa. Es horrible. Solo había un marinero a bordo, y estaba muerto.

Lucy escuchaba sin oír, su atención se dirigía desde el barco desecho al distante acantilado este y a la sombría y ruinosa abadía lejana. Algo...alguien allí...la estaba llamando por su nombre. Podía sentirlo. Esta noche, pensó, secretamente... Esta noche.

Las autoridades realizaron su investigación del barco naufragado, reunieron toda la información que pudieron pero sacar conclusiones reales fue curiosamente difícil. Lo más impresionante de todo fue su descubrimiento de que el destino del barco había sido exactamente donde terminó, el propio puerto de Whitby. Cómo, en el nombre del buen y adorado Dios, había llegado allí sin una tripulación viva... Estaban atónitos.

El destino la tripulación era objeto de salvajes conjeturas. ¿Había el capitán cometido un asesinato en masa?, ¿*había asesinado a la tripulación*? Los rumores iban desde el suicidio a lo sobrenatural. El descubrimiento de notas embotelladas en el bolsillo de cadáver, y después su Diario del barco, convirtieron al Capitán Nikilov en un héroe y las sospechas recayeron entonces en el desaparecido primer oficial. Al final, los hechos ya poco importaban, al fin y al cabo los involucrados eran *extranjeros*.

En contraste con su increíble llegada estaba la decepcionante carga. Nada para estimular la imaginación o responder al misterio de la travesía del barco. Aparte de las provisiones normales, un buen suministro de lastre de arena, el barco solo llevaba cincuenta cajas de tierra normal. Estas fueron entregadas al Sr. S.F. Billington, un abogado de Whitby que representaba a un tercero no mencionado. Llegó un representante bastante confundido del cónsul de Rusia, pagó las tarifas de puerto exigidas y reclamó la azotada goleta (para disgusto del sabiondo estudiante de derecho). Y, aunque un número sorprendente de personas lo buscó por algún tiempo, nunca se encontró ningún rastro del perro negro que había abandonado el barco y asustado al guardacosta, a su llegada. Destrozado y desolado, el *Deméter* había cumplido su tarea y

entregado su carga, a costa del capitán y su tripulación. Nikilov había cumplido la suya aunque nadie lo supiera; el barco se había salvado y no había perdido honor de capitán.

El mascarón esculpido en la proa de la goleta, roto y caído en las arenas del puerto de Whitby, observaba con la mirada perdida hacia tierra. El fallecido Trevor Harrington, desaparecido ahora con su amor, arruinado y perdido en el mar, entre los primeros que conocieron al Conde Drácula en su viaje hacia una nueva tierra y una nueva vida, era bien educado y sabía muchas cosas que las personas menos instruidas desconocían. Sabía, por ejemplo, que *Deméter* era una diosa griega, una figura materna que controlaba las cosechas y representaba la fertilidad de las mujeres (y el inicio de la vida). Pero, a pesar de lo instruido que era, Harrington ignoraba el resto de su historia. O, quizás, en esa luminosa mañana, en Varna, cuando hacia planes para su *nueva vida*, simplemente había elegido no recordarla.

La mitología continuaba diciendo que Deméter era la madre de Perséfone. Que su bella hija había sido agredida y después secuestrada de su tierra por Hades. Se le permitió, por toda la eternidad, volver a la tierra a ver a su madre solo cuatro meses del año, cuando los suelos de la tierra florecían con las flores de la primavera. Cuando la temporada de cultivo terminaba, Perséfone era arrastrada de regreso al infierno por su diabólico marido donde pasaba los ocho meses restantes. Harrington no había recordado que la larga antorcha, en la mano extendida de Deméter, no solo iluminaba los mares para los barcos mercantes, sino que también servía para iluminar el camino de la diosa mientras buscaba en la oscuridad y profundidades a Perséfone, robada en la noche y convertida en la novia del monstruoso rey del inframundo.

¿Qué nombre más adecuado podía decorar la proa del barco que llevó al acechador nocturno, el rey de todos los vampiros, a las costas de Inglaterra? Nada más adecuado, parecería, que el *Deméter* de Drácula.

Acerca del autor:

Doug Lamoreaux es padre de tres hijos, escritor y actor. Es autor de dos novelas, The Devil's Bed y Apparition Lake (co-escritas con su hermano Daniel D. Lamoreux), ha contribuido con dos ensayos a *Horror 101: The A-List of Horror Films and Monster Movies* nominada al galardón Rondo, y recibió otra nominación Rondo en 2010 por su artículo *Midnight Marquee* en The Deadly Mantis. Lamoreux apareció en la película de 2006 dirigida por Peter O'Keefe, Infidel, y en las películas The Thirsting y Hag dirigidas por Mark Anthony Vadik.

Otros libros del autor:

The Devil's Bed

The Melting Dead

Corpses Say the Darndest Things (A Nod Blake Mystery)

Co-autor:

Apparition Lake (con Daniel D. Lamoreux)

Colaboración:

Horror 101: The A-List of Horror Films and Monster Movies (Editado por Aaron Christensen)

Hidden Horror: A Celebration of 101 Underrated and Overlooked Fright Flicks (Editado por Aaron Christensen)

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?

Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

[1] Nota de la traductora: «The Smoke» es el sobrenombre que recibía la ciudad de Londres debido a la contaminación.

[2] NT: «The Roast Beef of England» es una canción patriótica inglesa del siglo XVIII

[3] NT: *La carne asada de la vieja Inglaterra /Cuando la poderosa carne asada era la comida del inglés, /*
ennoblecía nuestras mentes y enriquecía nuestra sangre./
Nuestros soldados eran valientes y nuestros cortesanos eran buenos/
Oh, La carne asada de la vieja Inglaterra, y la vieja carne asada inglesa.

[4] NT: *Pero ahora que nos hemos reducido a ¿cómo decirlo?*
una pobre raza vaga, medio nacidos y aburridos
Quién mancilla los honores que alguna vez brillaban de fama

[5] NT: *Cuando la buena Reina Isabel ocupaba el trono,/*
Se conocía el café, o el té o esas chancletas

El mundo temblaba cuando la reina se enfadaba.